

MARTINA LEIVA



**ENTRE
TÚ Y YO,
*un mundo***

ENTRE TÚ Y YO, *un mundo*

MARTINA LEIVA

Primera edición.

Entre tú y yo, un mundo

©Martina Leiva

©enero, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Mi nombre es Sandra, tengo veintiocho años y soy natural de Alicante. Decidí dejar mi tierra al correr detrás del amor, uno que me salió rana. Pero espera, déjame contarte toda la historia desde el principio.

Mis padres murieron cuando yo era una niña, quedándome al cuidado de mi abuela materna, esa que hizo todo lo posible para que no tuviera ninguna carencia, ni afectiva ni económica, y lo consiguió con creces.

Ese verano conocí a Fran, un chico de Córdoba que, aunque no era el típico guaperas, tenía algo especial que a mí me atrajo. Su pelo, que tenía un tono rojizo, y esa sonrisa que iluminaba su cara me dejaron impresionada. Estaba en mi ciudad de vacaciones con la familia de unos amigos, esos que vivían justo en el edificio de enfrente de mi abuela y que siempre habían formado parte de nuestra pandilla.

En principio, solo iba a pasar un mes, pero al final terminó quedándose todo el verano, aunque a mí me faltaron solo dos días para enamorarme, un amor que presumía que era correspondido, pero que luego se vería que más bien era interesado.

Ese verano fue solo el comienzo, ya que luego vinieron otros veranos, y también se añadieron las vacaciones de invierno, la Semana Santa, y un montón de fines de semana. Nos turnábamos el ir y venir, para que no fuera siempre el mismo quien tuviera que hacer el viaje.

Las despedidas siempre me dejaban un mal sabor de boca, sobre todo al final del verano, ya que habíamos compartido dos meses increíbles juntos. Con él descubrí todo, y cuando digo todo, me refiero a todo lo relacionado con el amor, el sexo y cómo sobrellevar una relación a distancia.

—No te preocupes, mi amor, que en pocas semanas estamos otra vez unos días juntos —me consolaba cuando llegaba el momento.

—Pero es que cada vez lo llevo peor, llevamos así ya casi cuatro años. Me estoy planteando que, cuando termine bachillerato, me voy a ir a estudiar a Córdoba, total la carrera que quiero hacer no la hay aquí, y lo mismo me da que sea allí que en otra ciudad.

—Eso sería estupendo, pero ¿y tu abuela? ¿la vas a dejar sola?

—Pues ya eso sería a elección de ella, ya sabes que solo nos tenemos la una a la otra, así que aquí no nos retiene nada ni nadie, aunque no sé si va a estar dispuesta a abandonar nuestra casa, sería cuestión de hablar con ella.

Hizo un gesto con la cara que yo interpreté como preocupación por mi abuela y, pensé, «qué lindo que se preocupa de las dos». ¡Cuan equivocada estaba!

Mis padres me dejaron las espaldas bien cubiertas, ya que cuento con un piso situado en una buena zona de mi ciudad que está completamente pagado. Además, recibí un dinero de un seguro de vida que tenían, el cual mi abuela no había querido tocar. Cuando todo sucedió, ella decidió vender su casa y se mudó a vivir conmigo, para que el impacto fuera el mínimo en mi vida. Gracias a su decisión, no me vi obligada a cambiar de instituto ni de amigos. Ella siempre decía que, con su pensión y la mía de orfandad, podíamos vivir perfectamente las dos sin que nos faltara ni un detalle.

Hablamos de la posibilidad de marcharnos a Córdoba, y que cursara allí mi carrera. Me dijo que, si yo quería, ella estaba más que dispuesta a acompañarme al fin del mundo y que, como sabía que no íbamos a volver, lo más sensato es que vendiéramos la casa y, con ese dinero, compráramos una allí.

—Sandra, cariño mío, es lógico que quieras irte donde tienes el amor, y allí labrarás tu futuro. Yo no tengo nada que me retenga aquí, así que te voy a proponer algo, a ver si te parece bien.

—Dime abuela, siempre será interesante escuchar tu punto de vista. Dice el refrán que «más sabe el diablo por viejo que por diablo».

—Con disimulo, me acabas de llamar vieja, oye. —Reía.

—No, no, vieja no. Te he llamado sabia. —Intenté arreglarlo entre risas.

—Anda, anda, déjate de tonterías que tengo más años que un bosque. Lo que quería comentarte es que, ya que vamos a hacer nuestra vida allí, pienso que lo más lógico es que vendamos esta casa y nos compremos una en Córdoba.

—Abuela, ¿y si no nos va bien?

—Pues si no va bien, empiezas de nuevo, allí o en cualquier otro lugar. El hogar se lleva siempre en el corazón, en los recuerdos y en las experiencias vividas, no lo olvides nunca.

—Tienes razón abuela, tú dejaste tu hogar y toda tu vida para venir a cuidarme, y aquí estás, sin echar nada de menos.

Después de esa conversación, nos dirigimos a una inmobiliaria para poner en venta el piso, y para que nos buscara uno de características similares en Córdoba, ya que a donde nos dirigimos, era una franquicia nacional y tenía oficinas por toda España.

Acababa de salir la nota del último examen de la EBAU, y ya solo quedaba esperar la nota global. En casa, teníamos ya todo empaquetado pues, sacara la nota que sacara, tenía claro que me marchaba de Alicante a empezar mi vida en el sur. En la inmobiliaria ya se habían encargado de todo el tema de la vivienda: desde vender la nuestra, hasta encontrarnos la otra. La mudanza la llevaríamos a cabo a principios del mes de septiembre, ya que Fran pasaría julio y agosto aquí, como todos los años.

Pasados unos días, me dieron la nota y, para mi sorpresa, era más que suficiente para cursar la carrera que quería. De hecho, tenía un margen bastante amplio, así que decidí ponerme manos a la obra y me dispuse a tramitar mi matrícula por Internet. No quería arriesgarme a quedarme sin plaza, así que lo hice de inmediato.

Una vez me hube matriculado, llamé a Fran para decirle que había aprobado, desde el día en el que hablamos de la posibilidad de irme a estudiar allí, no habíamos vuelto a tocar el tema, por lo que iba a ser una sorpresa para él.

—¡Amor, he aprobado! —dije eufórica, tal y como descolgó el teléfono.

—Un momento, supongo que preguntas por Fran, ¿no? Es que ha ido al servicio y se ha dejado el teléfono encima de la mesa —me dijo una chica, y me quedé totalmente descolocada.

—Fran, *gordi*, te llama una chica por teléfono.

—¿Sandra? ¿Ocurre algo? —me dijo totalmente descolocado por mi llamada.

—¿Tiene que pasar algo para llamar a mi novio? Y, dile a quien ha contestado el teléfono, que no soy una chica, soy Tu. Chica —dije recalcando las dos últimas palabras, y obviando que lo había llamado *gordi*.

—Sí, bueno, es que Manuela no te conoce, y estamos tomando algo en la cafetería de la Facultad. —Intentó excusarse.

—Claro, claro, y ese «*gordi*» tampoco significa nada... Bueno mira, es igual, solo te llamaba para decirte que he aprobado, pero como veo que estás muy ocupado, mejor te lo cuento en otro momento —me cabreé.

—Sí, mejor te llamo luego y hablamos tranquilos, que quiero comentarte algo.

Y me colgó, con sus santos cojones me dejó con la palabra en la boca. Era increíble, no tenía ni puñetera idea de quién coño era esa tal Manuela, en la vida me había hablado de ella, ni la había visto las veces que estuve allí. Ojo, que podía ser una amiga, no soy celosa ni mucho menos, pero tanto nerviosismo y tanta familiaridad al hablarse, sumado al hecho de que no le hubiera hablado de mí, me hacía tener la mosca detrás de la oreja.

Llegué a mi casa más cabreada que un mico, y es que, por muchas vueltas que le daba, no encontraba una explicación a nada, lo cual hacía que me enfadara más. No era cuestión de posesividad ni nada de eso, nada más lejos de la realidad, pero tampoco quería ir por la calle

como la madre de Bambi, ni que jugara conmigo y con mis sentimientos.

Al entrar en mi casa, no encontré a mi abuela, lo cual me extrañó bastante, pues a esa hora siempre solía estar allí, ya fuese preparando la comida o disfrutando de su programa favorito en la tele. Al principio no le di mayor importancia, pensé que tal vez había salido a comprar algo que necesitara o a hacer algún recado urgente, pero pasada una hora, empecé a preocuparme. Justo en ese momento, sonó el timbre, así que me dirigí a la puerta dispuesta a echarle la bronca por no avisarme.

—¿Se puede saber dónde has estado metida? —dije sin mirar quién estaba detrás de la puerta.

—Sandra, hija, tu abuela está en el hospital, cuando te fuiste empezó a encontrarse mal y me dijo que la acompañara, no quería que te dijera nada, pero creo que debes ir, es importante —me contó mi vecina Marian, que era una gran amiga de mi abuela.

—Dime que está bien, Marian, dímelo por favor.

—Será mejor que te des prisa, y que sean los médicos los que te digan algo, yo no voy a saber explicarme —contestó con lágrimas en los ojos.

Salimos a toda prisa y nos subimos al taxi que la había traído del hospital. Ella le pidió al chófer que esperara un momento para poder llevarla de vuelta, pero esta vez conmigo.

Llegamos al hospital y le dije a la enfermera que por favor avisara al médico que habíamos llegado, ya que necesitaba que me diese información sobre el estado de mi abuela.

—Doctor, por favor, ¿puede decirme qué le pasa a mi abuela? ¿Se pondrá bien? —interrogué al médico en cuanto entró en la habitación donde estaba mi abuela, y él me miró con una sonrisa triste.

—Acompáñeme a mi despacho, señorita, será mejor que se lo explique allí.

Capítulo 2



Entramos en su despacho y me explicó lo que tenía mi abuela, que no era otra cosa que un accidente vascular, el cuál era muy complicado de solucionar, teniendo unas posibilidades casi nulas de salir adelante. Eso me cayó como un jarro de agua fría, y dos lagrimones me cayeron de los ojos, todo lo demás había pasado a un segundo plano.

Antes de entrar de nuevo en la habitación, telefonee a Fran, lo necesitaba a mi lado, aunque fuera a través de la línea telefónica, pero me cortó la llamada, mandándome un mensaje a continuación de que no podía atenderme porque estaba ocupado, que me llamaría luego. Otra cosa más que sumar a la lista de decepciones que estaba teniendo con él en los últimos días.

—Hola preciosidad, ¿cómo te encuentras? —dije poniendo la mejor de mis caras.

—No tan bien como tú, pero no estoy del todo mal —me respondió con media sonrisa.

—Hasta en el hospital tienes ganas de guasa.

—¿Has hablado ya con el médico? —asentí en señal de que sí— Entonces ya estás al tanto de la situación. Solo quiero pedirte una cosa: sigue con los planes que teníamos, no los cambies porque yo ya no esté. Tienes que seguir adelante con tu vida.

—Abuela, es que yo ahora no estoy tan segura de querer irme, las cosas entre Fran y yo no terminan de estar bien...

—Tonterías, tienes dieciocho años, quieres estudiar una carrera que se cursa allí, con Fran o sin él, al igual que conmigo o sin mí, tienes que labrarte un futuro. Si te quedas aquí, los recuerdos de las dos en esa casa acabaran por consumirte.

—Pero abuela, es que...

—Ni abuela, ni tita, ni prima, se acabó. Vas a empezar de cero en el sur, y si quieres, a mí me incineras y me llevas contigo en un ladito.

Esa llamada de Fran no llegó en tres días, el mismo tiempo que estuve al lado de mi abuela, sosteniendo su mano mientras se iba apagando como una velita, hasta que finalmente dejó

escapar su último suspiro, acompañada por mi vecina Marian. En ese momento, decidí enviarle un mensaje a Fran para informarle sobre el fallecimiento de mi abuela, y su respuesta fue simplemente un frío «lo siento».

A la mañana siguiente, me llamó por teléfono, pues se suponía que vendría ese fin de semana, y yo pensaba, ilusa de mí, que me llamaba para decirme que iba a adelantar su llegada...

—Hola, Sandra. ¿Cómo estás? —me preguntó cuando contesté.

—¿Cómo quieres que esté? Destrozada, totalmente destrozada, así estoy —contesté entre lágrimas— ¿Te vienes ya para acá?

—Te llamaba porque tengo algo que contarte. Resulta que me va a ser imposible ir antes de finales de julio. Mi primo nos ha sorprendido con un viaje a Ibiza para celebrar su cumpleaños, que, como ya sabes, es la semana que viene. No puedo decirle que no, después del dineral que se ha gastado.

—¿En serio me estás diciendo que me vas a dejar sola en estos momentos por irte a celebrar el cumpleaños de tu primo a Ibiza? —pregunté totalmente incrédula.

—No puedo cancelarlo, si no, lo haría, pero es un viaje que lleva mucho tiempo planificando, no sería justo por mi parte.

—Mira, no me digas nada más, ya me has demostrado todo lo que me tenías que demostrar, que te importo una mierda, y que siempre estás tú por encima de todo.

—Vale, ahora estás muy nerviosa, hablamos cuando vaya en dos semanas. Te quiero.

—Si me quisieras estarías aquí conmigo, no te irías a Ibiza —contesté, pero me había dado cuenta de que había colgado la llamada.

No puedo creer lo ilusa que he sido, de verdad, pero es que ni en mis sueños más locos pensé que en estos momentos tan duros para mí no estuviera a mi lado, tanto él como su familia, quienes siempre decían que me consideraban como a una hija. ¡Ja! Si eso fuera cierto, sería la hija que han desterrado.

El peor momento de mi vida fue ese en el que me despedí para siempre de mi abuela, en el que tuve conciencia de que ya no la tendría nunca más a mi lado, pero tal y como me pidió, estaba dispuesta a empezar de cero en Córdoba, con o sin Fran a mi lado. Si ella había podido superar la muerte de su única hija, yo no sería menos fuerte, y, además, sus cenizas vendrían conmigo a la nueva casa.

Después de la muerte de mi abuela, me sentía completamente perdida; nada parecía alegrarme, ni salir a tomar algo con mis amigos, ni ver la televisión, ni nada parecido. Un día, en un arranque de curiosidad, me dio por entrar en las redes sociales y me topé con una foto en Instagram de mi querido novio, en actitud más que cariñosa con la tal Manuela. Para ser sincera, no era nada del otro mundo, pero quizás eran los celos los que me nublaban la vista. No me

consideraba una belleza deslumbrante, pero tenía un cuerpo bastante bonito y unos ojos verdes que llamaban la atención. En lugar de llamarlo y hacer un drama, decidí que ya había llorado lo suficiente por él, así que empecé a planear mi mudanza. Si cuando llegara a Alicante no tenía un lugar donde quedarse, que se fuera a un hostel; ya estaba bien de servirle las vacaciones en bandeja, y encima gratis.

Lo primero que hice fue terminar de empacar todas mis pertenencias, y luego me dirigí a la inmobiliaria para preguntar si había algún inconveniente en mudarme antes. Hablé con la otra persona para saber si estaba de acuerdo, quien me confirmó por teléfono que no había problema, que ya habían dejado las llaves en la oficina de Córdoba y que podía hacer uso de la vivienda cuando quisiera. Así que me puse en marcha, quedando con la chica que le llevaría las llaves de mi casa en cuanto tuviera listo lo poquito que me quedaba por solucionar. En solo dos días estaba de camino hacia mi nueva casa. La única persona a la que se lo conté fue a Marian, a quien también le dejé las señas para que pudiera visitarme cuando quisiera. Ella me dio un fuerte abrazo y me deseó toda la suerte del mundo.

Una semana después de entrar por la puerta de mi nuevo hogar, recibí una llamada de Fran, esa que yo sabía por qué la hacía, pues durante el tiempo que estuvo en Ibiza, no se acordó de mandarme ni un simple mensaje preguntando cómo estaba, y ahora esperaba que yo estuviera allí esperándolo con los brazos abiertos.

—Amor, ¿dónde estás? Acabo de llegar a tu casa y no hay nadie —dijo muy meloso.

—¡Hombre, si estás vivo! —dije muy irónicamente.

—Sí, lo sé, estás enfadada, y tienes motivos. Debería haberte llamado, pero es que mi primo tenía tantas cosas organizadas que no tuve tiempo.

—¿Yo enfadada? Para nada, no te mereces ni eso. Y si no hay nadie allí, debe ser que los nuevos dueños habrán salido.

—¿Cómo que nuevos dueños? ¿Has vendido la casa? Y, ¿dónde vives ahora? Porque yo estoy con las maletas dando vueltas de un lado a otro.

—La verdad es que ahora estoy viviendo en Córdoba, donde voy a empezar la carrera que he escogido. Me he comprado un pedazo de piso, así que lo siento, se te acabaron las vacaciones por la cara, te toca pagar un hotel. También puedes decirle a Manuela que compartáis los gastos, total, ya habéis compartido habitación, no creo que le importe.

—¿Es por eso por lo que estás así? Claro, viste las fotos que subió mientras estábamos en la cama antes de borrarlas, pero te juro que entre nosotros no pasó nada. La verdad es que los huéspedes de la habitación de al lado tenían montada una juerga, y no la dejaban dormir, así que decidió venir a mi habitación.

—¿Te crees que soy gilipollas? —Me reí—. Mira bonito, no he visto esas fotos, pero sí he visto unas en las que la mirabas como si fuera una cerveza en el desierto, como me mirabas a mí antes, así que tengo claro que te has liado con ella, y no en ese viaje precisamente, que la cosa

viene de antes, pero que me da igual, toda esta experiencia me ha servido para abrir los ojos y para darme cuenta de lo que sí y lo que no quiero en mi vida.

Colgué el teléfono con mucha pena, por lo que pudo haber sido y no fue, por todo lo que había sacrificado por él y que no supo valorar, pero, como había dicho anteriormente, no iba a llorar más, estaba dispuesta a que mi vida diera un giro, y tenía que empezar por alegrarme por el lastre que me había quitado de encima.

Capítulo 3



Desde ese momento, no volví a tener noticias de Fran, con lo que me quedó totalmente claro que sus sentimientos por mí eran nulos. Él solo pensaba en sí mismo, y así me lo demostró, por ese motivo, tenía que olvidarlo a como diese lugar, y lo iba a conseguir, tenía que centrarme en hacer nuevos amigos y, sobre todo, en sacar mi carrera adelante.

Mi piso era una cucada, estaba situada en la plaza de las Tendillas, en pleno corazón de la ciudad. Aunque me quedaba un poco lejos de la universidad, la conexión con el transporte público era excelente. Más adelante, cuando que tuviera todo organizado, pensaba en comprarme una moto o sacarme el carné de conducir, aunque todavía no lo tenía claro.

Estaba situado en la segunda planta y contaba con una cocina inmensa, perfecta para relajarme cocinando, ya que era uno de mis pasatiempos preferidos. Justo al lado, estaba el salón, que, aunque no era muy grande, era lo suficientemente acogedor para estar cómoda. A la derecha había un pequeño cuarto de aseo, y luego venían los dos dormitorios: uno más grande que ha había decidido que sería el mío, con un vestidor y un balcón con una terraza muy bonita, y el otro, que iba a ser para mi abuela, lo utilizaría como cuarto de estudios o despacho. Tenía que ponerme las pilas e ir a comprar algunos muebles, ya que, aunque compré el piso ya amueblado, había algunos que quería cambiar, como los del dormitorio pequeño.

—Buenos días. —Me dirigí a la dependienta de aquella pequeña tienda de muebles que estaba cerca de mi casa.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás, venía buscando muebles para un pequeño despacho.

—¿Tenías algo en mente? ¿Tiene que combinar con algún otro mueble?

—Pues la verdad es que no, tanto a una pregunta como a la otra. Vengo abierta a todo lo que me pueda mostrar, la única condición es que tenga un buen escritorio en donde poder colocar mi portátil y mis cosas para estudiar, y una silla que sea cómoda. Y que me lo lleven lo antes posible, eso también.

—Como veo que tienes un poquito de prisa por tenerlos, te voy a llevar a que veas los que tenemos de exposición, ya que de esos tenemos existencias en el almacén y los podrías tener en tu casa mañana mismo.

Estuvimos viéndolos todos, y al final me decidí por un escritorio blanco con bastante capacidad de almacenaje y una superficie en la que podía colocar todos mis bártulos con total comodidad. También elegí una silla ergonómica del mismo color y una lámpara de pie, así como varias estanterías de suelo a techo; me iba a quedar una habitación muy acogedora.

—Pues si firmas aquí, lo tendrás todo esta misma tarde, además también está incluida la retirada de los muebles antiguos y su entrega en el punto limpio. Has hecho muy buena elección —me dijo la chica muy amablemente.

—Muchísimas gracias por todo, Marta, has sido muy amable.

—De nada, mujer, es mi trabajo. Además, a las vecinas hay que tratarlas bien. Creo que no te has dado cuenta todavía, pero soy tu vecina de al lado, y además debemos tener la misma edad, más o menos.

—Perdona, pero llevo pocos días viviendo aquí y, entre la mudanza, cambiar los muebles, entregar la documentación en la facultad y demás, casi no me he fijado ni en los vecinos —respondí riendo.

—No te preocupes, es normal. A mí me pasa lo mismo, pero sustituyendo la mudanza por el trabajo, que yo llevo viviendo ahí desde que nací, con mi madre y mi tía. ¿Qué vas a estudiar? Yo empiezo la carrera de Economía este año, pero tengo que trabajar media jornada para poder pagar la matrícula y los gastos, mi madre, la pobre, no puede darme más de lo que me da.

—¡Qué casualidad, yo también voy a estudiar lo mismo! Aunque, quiero especializarme en la rama sanitaria, gestión de clínicas y hospitales, pero todavía me queda bastante recorrido hasta llegar a ese punto. Yo vivo sola, mis padres murieron cuando era pequeña y mi abuela hace unas semanas, pero afortunadamente, me dejaron bien cubierta para poder estudiar sin tener que preocuparme por buscar un trabajo.

—Tengo una idea, salgo de mi turno en quince minutos, y luego he quedado con mis amigos, ¿por qué no te vienes y así te los presento?

—Pues, ¿sabes qué? Me parece una idea fantástica, que aquí no conozco a nadie y ya empiezo a aburrirme, te espero en la puerta, y muchísimas gracias por el ofrecimiento.

Así fue, la esperé fuera y nos dirigimos al bar donde habían quedado todos para tomar algo, uno que no quedaba lejos de donde nos encontrábamos y en el que se podía estar fresquitos, porque el calor que hacía era infernal. Eso sería una de las cosas a las que más me costaría acostumbrarme.

Sus amigos eran todos geniales y me recibieron con los brazos abiertos, como si hubiera sido parte de su grupo desde siempre. En especial uno, David, destacó entre todos; con los años, se

convertiría en mi mejor amigo, mi confidente y ese hermano que nunca tuve de sangre. Pero ya llegaremos a ese punto más adelante. Por ahora, os sigo contando mis años de universidad.

Formamos un grupo bastante sólido, aunque como ya he dicho, David se convertiría en mi debilidad. Todos íbamos juntos a la universidad, aunque cada uno estaba en facultades distintas, todos estudiábamos en el mismo campus universitario.

Le conté a David el palo tan grande que me llevé con Fran, y cuando le mostré quién era, me abrió los ojos todavía más, no me podía creer lo ingenua que había sido, me sentía una tonta.

—Chica, alégrate de habértelo quitado de encima, ese tío es un crápula sin escrúpulos, que se ha tirado a todo lo que ha querido, mientras que tú le guardabas fidelidad —me dijo enfadado.

—Es que me cuesta creerlo, de verdad. Si no fuera porque sois tú y Marta quienes me lo habéis dicho, te juro por mi vida que no lo hubiera creído.

—María se enrolló con él en la fiesta de fin de año, y lo pasó muy mal después, cuando le dijo que no quería nada serio, que era muy joven para eso, que se podían acostar de vez en cuando, pero nada de exclusividad —comentó Marta.

—Menudo cabrón, decir que no quería nada serio cuando llevaba conmigo cuatro años, y venía a mi casa todo el verano. Ahora me pregunto si no me lo haría allí también cuando me decía alguna noche que se quedaba a dormir en casa de algún amigo.

—Pues seguro que sí, yo no lo dudaría, el que es un interesado, lo es toda la vida —habló David.

—Y yo creyendo lo que me decía, planeando un futuro juntos, si es que no se puede ser más gilipollas que yo. Hasta sus padres, que se jactaban al decir que para ellos era como su hija, no se han dignado a hacerme una llamada y preguntarme qué es lo que ha sucedido. Me siento una tonta.

—No, cariño mío, no eres tonta, eres una persona sin dobleces, que entregas el corazón sin importarte lo que recibas a cambio.

—Pues eso se acabó —dije totalmente convencida—. Todos los tíos son iguales, el mejor colgado del pino más gordo.

—Eh, eh, no nos metas a todos en el mismo saco, que también estamos los que somos fieles y sabemos querer —replicó David.

—Pero tú no me sirves, porque eres gay, aunque... ¿Te has planteado cambiarte de acera? —dije riendo.

—Si me cambiara de acera, serías la primera en saberlo, porque te propondría matrimonio en ese mismo momento, aunque por ahora, me encuentro muy a gusto donde estoy.

Era habitual que nos juntáramos en mi casa los fines de semana, porque allí estábamos a gusto y tranquilos. Nos arreglábamos los tres para salir de fiesta, ya que siempre íbamos como los tres mosqueteros. Así que ese viernes no fue la excepción; después de cenar unas *pizzas*, teníamos planeado ir a una discoteca que le había mencionado el hermano de David.

Resultó que el chico encargado de la discoteca era un rollito de David, y nos sirvió una copa gratis a cada uno, justo después de darle un pico a mi amigo. Copas en mano, nos dirigimos a unas mesas que tenían unos sillones rodeándolas, donde pudimos relajarnos un rato y disfrutar de nuestras bebidas antes de lanzarnos a la pista a bailar.

—Parece que la cosa cuaja con Álvaro, ¿no? —pregunté a mi amigo, pues ya llevaban varios meses juntos.

—La verdad es que no nos va mal, lo que pasa es que tenemos poco tiempo para vernos. Normalmente él solo puede entre semana, que es cuando yo estoy estudiando, y yo puedo verlo los fines de semana, que es cuando él está trabajando. A pesar de eso, siempre logramos encontrar un momento, aunque sea un par de horas a la semana, para vernos. Cuando lleguen las vacaciones, todo será mucho más fácil.

—Claro amigo, querer es poder.

—Por cierto, para eso solo quedan dos semanas, así que ya nos estás contando cuáles son tus planes para los días claves de las fiestas.

—¿Mis planes? Qué cachondo el tío, pues quedarme en casa sola con mi pijama puesto, y cenar cualquier cosa.

—Yo le he dicho que se venga con nosotros al pueblo durante las vacaciones, pero no quiere, incluso mi madre ha insistido un montón, pero no hay nada que hacer —dijo Marta.

—Estás loca si piensas que voy a estar tanto tiempo lejos de mi casa, te lo agradezco de verdad, pero es que no me apetece nada —respondí.

—La que está loca eres tú, si piensas que te voy a dejar sola en Navidad. Ya está hablado con mis padres y decidimos que estos días te vienes a casa con nosotros.

No me dio opción a réplica, me cogió del brazo y nos fuimos a la pista de baile, a practicar eso último que habíamos aprendido en clase de salsa, esa a la que me arrastró un día y en la que nos lo pasábamos de lujo.

Capítulo 4



Llegaron esas fiestas que eran tan temidas para mí, ya que serían las primeras sin mi abuela, quien había sido el pilar más importante de mi vida, y en las que, además, era mi cumpleaños. Tal y como dijo David, a las diez de la mañana del veinticuatro de diciembre, estaba llamando a mi puerta, con una gran sonrisa y una pandereta en la mano, mientras que yo, ese día, no tenía ni ganas de mirarme al espejo.

—Ande, ande, ande, la marimorena, ande, ande, ande que es la Nochebuena. —Cantando entró el loquillo por mi casa, lo que me hizo soltar una buena carcajada.

—Qué buena entrada, hijo.

—Ah no, que me he equivocado, que primero era «cumpleaaaaños feliz, cumpleaaaaños feliz...». Feliz cumpleaños a la mejor amiga del mundo, a la hermana que siempre quise tener. Pero el regalo no te lo doy ahora, lo hago luego en mi casa.

—El mejor regalo es que estés en mi vida, y eso te lo agradeceré siempre, hasta que sea viejecita.

—Anda, *Drama Queen*, vístete ya, que vamos a desayunar y luego salimos a la calle hasta la hora de la comida, porque mis padres han hecho una reserva en un restaurante. No te olvides de llevarte una mochila con ropa para salir después de cenar. Yo he traído la mía para dormir aquí esta noche, y mañana iremos a comer a mi casa.

Eso hicimos, me di una ducha y me vestí con un pantalón pitillo azul marino, mis botas de pelito en *beige*, a conjunto con el jersey de cuello vuelto que llevaba y mi anorak de plumas. Metí en una mochila todo lo necesario para arreglarme esa noche, ya me lo traería de vuelta el día de Navidad después de volver de comer.

Sus padres me recibieron con un fuerte abrazo y un beso cada uno, eran personas vitamina, de esas que con solo tenerlas entre los brazos te recargan las pilas y te dan un chute de alegría. Daniel, su padre, era abogado, y tenía su propio bufete junto a un socio, además de encargarse de toda la parte administrativa de la clínica de su esposa. Hablando de su esposa, Catalina, a quien todos llamaban Lina, era la dueña de una clínica privada muy reconocida en Córdoba, a la que

acudían muchas personas influyentes, ya fuera para tratar sus problemas de salud o para hacerse algún tipo de retoque estético que les ayudara a verse mejor.

—Ya está aquí mi niña bonita —dijo Lina, al abrazarme.

—Gracias, Lina. Sabes que lo que siento es mutuo, para ambos —sonreí al notar que Daniel me observaba con una ceja levantada.

—Pensaba que todo el cariño se lo iba a llevar ella.

—Qué puñetero eres, deja ya de protestar y dale el regalo a la niña.

Porque sí, desde que los había conocido, ellos sí que me trataban como a una hija más, sin hacer distinciones entre David y yo, tanto para lo bueno como para lo malo, todo hay que decirlo. Si había que echar una bronca, me la echaban a mí igual que a él, pero si había un regalo también era para los dos.

Daniel sacó de debajo de la mesa una pequeña bolsa proveniente de una de las mejores joyerías de la ciudad, la cual yo conocía muy bien, ya que no era otra que la de los padres de Fran. Por lo que también conocía sus precios, dado que todas las piezas que se vendían allí estaban elaboradas de manera artesanal y completamente personalizadas, lo que garantizaba que no encontrarías dos joyas idénticas.

—Toma preciosa. Feliz cumpleaños. —Me tendió el paquete.

—No era necesario que me comprara nada, y menos algo tan costoso, porque sabiendo de dónde es, seguro que os ha salido por un ojo de la cara.

—Lo he hice a propósito, y por la conversación que tuve con ese hombre, creo que su hijo se ha mirado en el espejo de su padre, que debe ser otro sinvergüenza igual que él. ¡Me preguntó si el regalo era para una amante! Me dijo que tenía una colección de joyas pensada para eso, y que a él lo había sacado de más de un apuro —me explicó mientras yo abría el regalo.

—Visto lo visto, Daniel, a mí ya no me extraña nada. Esa mujer debe estar aguantando carros y carretas. Debió pensar que yo iba a ser igual, y estaba muy equivocada. Por cierto, ¡me encanta! ¡Es preciosa! —dije al ver la pulsera que me habían regalado, un brazalete semirrígido de oro blanco con dos manos entrelazadas grabadas, simbolizando a mi abuela y a mí.

—Nos alegra mucho que te haya gustado, no te mereces menos —me dijo Lina con cariño—. Bueno, vamos a ir pidiendo que se nos tira la hora encima.

—¿Mi hermano no viene a comer con nosotros? —preguntó David.

—No, ahora no. Se ha ido con los amigos a celebrar la Nochebuena con un almuerzo, vendrá después para cenar.

Todavía no conocía al hermano de David, no habíamos coincidido nunca, y me generaba

muchísima curiosidad, porque todas las chicas decían que era guapísimo y que tenía un cuerpazo. Aunque también era muy simpático y atento, vamos, que lo tenía todo. Estaba estudiando la carrera de Derecho, como su padre, y tenía tres años más que nosotros, por lo que solo le quedaba otro curso más para terminarla. Después entraría en el bufete de su padre, donde empezaría como pasante, hasta que hiciera un rodaje y ocupara el despacho que le pertenecía.

Pasamos toda la tarde entre risas y buen rollo. Aunque a mi cabeza acudían recuerdos de momentos pasados con mi abuela durante la Navidades, pero no las sentía con tristeza, sino con nostalgia. Me prometí a mí misma no derramar una lágrima más, porque a ella le gustaría verme feliz. Estoy segura de que también se sentiría feliz al verme rodeada de tanto cariño, ese que me brindaban esas personas especiales, esos ángeles que habían aparecido en mi vida.

—Daniel, había pensado una cosa, a ver si tú puedes ayudarme —le comenté al padre de David.

—Dime, si está en mi mano, no dudes que lo haré.

—Verás, es que cuando mis padres murieron, su seguro de vida me pagó una cantidad de dinero importante, que sumado al del piso que mi abuela vendió, el cual ingresó en la misma cuenta, da una suma bastante considerable. Mi piso está pagado, pero tengo ese dinero ahí, y la agencia tributaria me pega un buen pellizco todos los años. No sé cómo gestionarlo para que eso no ocurra.

—Tendría que ver todo con detalle, pero te adelanto que hay una manera bastante sencilla de hacerlo: considera invertir en un plan de pensiones. Quédate con algo de dinero en efectivo para cualquier imprevisto, otro tanto en un depósito a plazo fijo, que si te hace falta es fácil de recuperar. Con el resto, sigue mi consejo y haz lo que te sugiero.

—¿Puedes hacerte cargo tú de todo eso? Por supuesto, cobrándome la minuta correspondiente.

—Sí, claro. En besos y abrazos te voy a cobrar, no digas más tonterías, sabes de sobra que eres una más de la familia. Si te parece bien, el próximo lunes, o sea pasado mañana, vamos juntos al banco y una vez allí, miramos la cantidad que vas a destinar a cada cosa y lo dejamos todo listo.

—Me parece estupendo. A veces pienso qué hubiera sido de mi vida si el destino no os hubiera puesto en mi camino. Sois mis ángeles de la guarda —dije muy emocionada.

—Pues te hubiéramos buscado nosotros, tonta, con la falta que me hacía a mí una hermana porque, entre tú y yo, mi hermano está muy bueno y todo eso, pero tiene la sensibilidad de una ameba, para él todo se reduce a culos, tetas y cerveza. —Se reía David.

—¿Ya estás otra vez criticándome, hermanito? Y encima con nuestra invitada, a la que no tengo el gusto de conocer. Hola, soy Alberto, el guapo de la familia y el hermano mayor de este energúmeno. —Se dirigió ahora a mí.

Sin palabras, así me quedé cuando me di la vuelta y lo vi. Tenía ante mí al espécimen de hombre más impresionante que había visto en mi vida, lo que decían de él no le hacía la más mínima justicia, se habían quedado muy, pero que muy cortos.

Capítulo 5



—Hola, soy Sandra, la mejor amiga de David, y no soy muda, aunque te haya dado esa impresión —habló mi amigo por mí, moviéndome la mano como si fuera una marioneta.

—¡Qué tonto eres, de verdad! —dije entre risas— Hola, bueno ya sabes mi nombre, encantada de conocerte. —Me acerqué a darle dos besos.

—Ya había oído hablar de ti, y no solo a mi hermano. Déjame decirte que tienes encantados a mis padres, tanto, que, si David fuera hetero, tengo clarísimo que serías su nuera soñada.

—También estás tú, hermanito, que digo yo que algún día te decidirás a tener una pareja —inquirió David.

—¿Yo una pareja? Quitá, quitá, que eso no está en mis planes, ni a corto ni a medio plazo. Hasta los vellos de punta se me han puesto solo de imaginarlo.

—Pues tampoco es tan malo, a no ser que te toque una pareja interesada que en ti solo vea un cartel que diga: «Polvos cuando quieras y vacaciones gratis, y mientras, me tiro a todo lo que se meneá» —dije un poco resentida.

Antes de que nos sentáramos a cenar, Daniel me enseñó el edificio donde se encontraba su piso, que era completamente de su propiedad y que estaba en proceso de reformas. Su intención era remodelar toda la parte superior, de manera que quedara un piso independiente por planta, y en la azotea quería crear una especie de zona de relax. En la primera planta, que ya había sido renovada, estaba la suya; en la segunda, se ubicaría la de David, y en la tercera la de Alberto. Aunque todos los pisos tendrían una distribución similar, cada uno tenía previsto personalizarla a su gusto.

Por ejemplo, David prefería que su cocina no estuviera abierta al salón, ya que decía que no quería que toda la casa oliera a comida cuando estuviera cocinando. Además, optó por un cuarto de baño separado del dormitorio y solo quería ducha, sin bañera. En cambio, Alberto prefería un diseño más abierto, con la cocina y el salón conectados, y un cuarto de baño en su habitación que incluyera bañera y yacusi, además de otro baño en el pasillo para los invitados, que tendría ducha. En la azotea, planeaba instalar una piscina que se podría cubrir en invierno, para poderla

disfrutar también con el frío, así como una barbacoa, un minibar y una zona con hamacas y camas balinesas, ideal para disfrutar de reuniones con amigos en las noches de verano.

Cuando bajamos, ya estaba la mesa puesta, con todo tipo de manjares, desde una mariscada enorme hasta el más delicioso asado de pavo con verduras, pasando por tostas de salmón con queso, una tabla de ibéricos y, para el postre, una tarta de chocolate en la que se podía leer «Feliz cumpleaños, Sandra», y que me emocionó muchísimo.

—Amiga, ahora sí que te voy a dar mi regalo —dijo David, levantándose para coger un paquete—. En honor a la verdad, tengo que decir que no es solo mío, es también de Alberto.

—No tenías por qué, de verdad, si ni siquiera nos conocíamos —dije un poco avergonzada.

—Claro que sí, hoy es tu cumpleaños y cenaríamos juntos. Aunque es verdad, que el no conocerte me limitaba mucho a la hora de elegir el regalo, por eso le dije a mi hermano que lo comprara él y lo pagábamos entre los dos.

—Toma anda, ábrelo a ver si te gusta —dijo David en ese momento, tendiéndome el paquete.

—¡Madre mía, son preciosos! Tanto el abrigo como el bolso son increíbles, y estoy deseando estrenarlos esta noche —exclamé, sorprendida al ver los regalos que me habían hecho, que eran de una firma muy conocida y que quedarían perfectos con el conjunto que había elegido para esta noche—. No tengo palabras para agradecerlos esto, de verdad.

—A mí no me vayas a llorar, eh, que ya te veo las lagrimillas asomando —decía David, acercándose a mí para darme un abrazo.

—Yo, con un beso, estoy más que pagado —dijo Alberto, mientras que me cogía por la cintura, dándome un beso muy cerquita de la comisura de los labios.

En ese momento, mi cara debía asemejarse a la bombilla de un local de vida alegre, como decía mi abuela, pues me la notaba ardiendo, no puedo decir si por la cercanía, por el calor que desprendía su mano en mi cintura o por el beso, pero que estaba como un tomate era un hecho, más que nada por la sonrisa de medio lado que lució Alberto en ese momento.

Nos fuimos al dormitorio de David, para vestirnos y arreglarnos. Mientras me maquillaba, mi amigo hizo referencia a ese beso, y yo trataba de disimular lo que me había hecho sentir, a la vez que me pintaba con un labial rojo intenso, ese que le gustaba a él.

Mi atuendo consistía en un vestido negro corto y ajustado, con finos tirantes cruzados en la espalda, lo que me permitió prescindir del sujetador. Por suerte, mis pechos eran una de las partes más bonitas de mi cuerpo, y se me veía un escote de escándalo. Lo combiné con unas medias negras de cristal que tenían una costura en la parte trasera, dándole un toque muy sexi, y unos zapatos negros de tacón alto que estilizaban mis piernas, creando un conjunto de lo más llamativo. Para el cabello, opté por una coleta alta y tirante, añadiendo un poco de brillo para que resaltara más.

—Amiga, he de decirte que estás absolutamente deslumbrante, hoy ligas seguro, pero acuérdate de que duermo en tu casa, no vaya a ser que tenga que hacerlo en el sofá.

—Mira que eres pelota, de verdad. Además, sabes que estás por encima de todo ligue.

—¿Pelota? Verás cuando te vea mi hermano, si se quedó babeando cuando te vio en vaqueros, no me quiero imaginar la cara que va a poner ahora —dijo entre risas.

—Déjate de tonterías, hazme ese favor, se va a fijar en mí, claro, y mañana me va a tocar el euro millón también, total ya que estoy en racha, por pedir que no quede.

—¿Qué no? Ahora mismo lo vamos a comprobar, salgamos, nos despedimos y nos vamos.

Cuando salimos, en el salón estaban Daniel y Lina, que se quedaron con la boca abierta al vernos aparecer, acto seguido salió Alberto, que me miró de una forma que me hizo estremecer. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí deseada, pero también tenía claro que sería algo pasajero, y no sabía si estaba preparada para eso.

—No se puede ir más guapo que vosotros dos, pero Sandra es que va espectacular, parece recién salida de una pasarela de moda —comentó Lina.

—Gracias, por la parte que me toca, ya sabemos que mi hermano es tu ojito derecho, pero no tienes que darlo a entender cada vez que hablas mamá, aunque coincido contigo en que Sandra es un espectáculo para la vista —dijo Alberto, haciéndome sonrojar.

—Tú también vas muy guapo, hijo, pero a tu hermano es más difícil verlo así de arreglado, sabes que los dos sois iguales para mí. —Se acercó a darle un beso y un abrazo a su hijo.

—¿Qué te dije? —susurró David en mi oído.

—¿Dónde vais a ir enano? —preguntó Alberto.

—A la discoteca nueva, Álvaro trabaja esta noche, y por lo menos tengo la oportunidad de verlo, aunque no podamos pasar mucho tiempo juntos. Y me duele la garganta de decirte que no me llames enano, que ya casi somos iguales de altura. ¿Y tú, dónde vas a estar?

—Pues la verdad es que no lo sé, dependerá de si vamos solos o con las chicas, porque si vamos juntos, decidirán ellas, como siempre. Aunque a mí, mientras que haya buena bebida y música, me da igual la verdad.

Salimos a la calle, y ya había un taxi esperándonos, ya que mi amigo lo había reservado por la web esa misma mañana, para que, de ese modo, lo tuviéramos seguro, sin tener que esperar a que hubiera alguno disponible. Nos subimos a él, y le dimos la dirección a la que nos dirigíamos, y en la cual, al llegar, había una cola tremenda para poder entrar. Por suerte, llamamos a Álvaro, que vino a buscarnos a la puerta, diciéndole al portero que nos dejara pasar siempre, aunque hubiera mucha gente esperando. Se lo agradecemos, mi amigo más que yo, ya que le dio un morreo nada más atravesamos la puerta.

—Verás que al final el que me dejas sola eres tú —bromeé.

—De eso nada, hemos venido juntos y juntos nos vamos a ir —me contestó.

—No seas tonto, si tienes la oportunidad de irte con él, hazlo, por mí no lo vayas a rechazar, porque me enfadaría muchísimo. Tenéis que aprovechar los pocos momentos que podéis pasar el uno con el otro.

—Está bien, pero no lo creo, no sé si aguantaré hasta la hora de cerrar.

Capítulo 6



Fuimos al guardarropa a dejar los abrigos, y me colgué el bolso a modo de bandolera, ya que no pensaba dejarlo allí, entre otras cosas porque tenía la cartera con toda la documentación, el móvil, las llaves y el tabaco, y no me fiaba de que lo pudieran perder.

Acto seguido, nos dirigimos hacia la barra, y nos pedimos dos copas, yo un vodka con zumo de piña, y David un *gin-tonic* con una rodaja de limón. Aquello estaba hasta la bola de gente, pero al ser amplia, podíamos movernos por allí sin agobios. Mi amigo notó que su teléfono vibró, siendo un mensaje de su hermano, para ver si podía decirle a su chico que saliera a por ellos, seguramente la cola para entrar seguía igual, así que fue a buscar a Álvaro por si podía hacer algo, mientras yo me sentaba en la misma mesa en la que estuvimos la última vez, y que nos habían reservado.

Cuando entraron, Alberto venía acompañado de una mujer impresionante, que parecía sacada de una de estas revistas de moda, y ella no paraba de hacerle carantoñas. Al verme, me saludó con un gesto de la mano, y mientras ellos iban a pedir algo de beber, las chicas se acercaron a nuestra mesa, acompañadas por mi amigo.

—Sandra, ellas son Marisa, Julia y Susana. —Me indicó señalando a cada una—. Ahora cuando vengan los chicos te los presento igualmente.

—Encantada, chicas. —Me dirigí a todas, dándoles un par de besos en las mejillas. La tal Susana, que era la que había entrado con Alberto, me miró con mala cara, como marcando territorio.

—¿Y desde cuando os conocéis? Debe ser desde hace bastante tiempo para haber cenado en su casa, ¿no? —preguntó ella con toda la maldad del mundo.

—Pues nos conocemos de hace unos meses, pero es mi mejor amigo y su familia es mi familia —respondí airosa, pues mi amigo había ido a la barra con su hermano.

—¿Qué pasa, que cómo tú no tienes ninguna te vas a apropiarse de la de los demás? —Se reía.

—Eso ha estado fuera de lugar y ha sido de muy mal gusto —le contestó Alberto, que estaba

justo detrás de nosotras y lo había oído todo—. Tú no eres nadie para decirle a mi familia quién puede entrar en ella o no.

—*Churri*, ha sido una broma —se justificó haciéndose la inocente.

—Para empezar, no soy el *churri* de nadie; para continuar, una broma que no ha tenido ni puta gracia; y, para terminar, que me haya acostado contigo un par de veces, no te da derecho a meterte en lo que no te importa —le contestó muy enfadado.

—¿Sabes bailar salsa? —me preguntó Alberto y asentí con la cabeza— Pues vamos a la pista y me lo demuestras.

—Claro que sí, *churri*.

Le salió una carcajada que se escuchó en toda la discoteca, y eso solo hizo que el enfado y el mal humor de Susana crecieran aún más. Para colmo, él no ayudaba en nada, ya que me cogió de la cintura mientras nos dirigíamos al DJ, pidiéndole que pusiera una canción de Marc Anthony que me encantaba bailar con David.

El baile fue totalmente incendiario, y no sabía si lo estaba haciendo a posta para alejar a Susana o porque realmente le salía bailar así conmigo. Lo único que puedo afirmar es que yo me estaba poniendo como una moto, sintiendo su mano resbalando lentamente hasta el nacimiento de mis pechos, como en una caricia. Nuestras piernas se entrelazaban mientras la respiración se volvía cada vez más entrecortada, creando una atmósfera que se sentía como si estuviéramos haciendo el amor a través de ese baile. Tanto fue así, que cuando quisimos darnos cuenta, estábamos en el centro de la pista y nos habían hecho un círculo alrededor, con su hermano y sus amigos jaleándonos cuando terminó la canción.

—Madre del Amor Hermoso, y eso que es la primera vez que bailáis juntos, me habéis puesto muy cachonda, que lo sepáis —dijo Julia abanicándose con la mano.

—No te preocupes, que eso lo soluciono yo en un momentito en el baño. Por cierto, soy Mario, amigo de Alberto. —Se acercó a darme dos besos.

—Ahora venimos, si tardamos un poquito no os vayáis a asustar, que me parece que con uno no voy a tener bastante. —Arrastraba Julia a Mario del brazo, mientras que todos nos reíamos, excepto Susana, claro.

—Ellos son así. Por cierto, soy Manu, dame dos besos.

—Pues yo no veo que haya sido para tanto —dijo Susana.

—Chica, que Dios te conserve el oído, porque la vista ya la has perdido. Entre ellos hay una química brutal, si eso es en una pista de baile, no me quiero imaginar en una cama, iban a arder las sábanas —le contestó David.

En ese momento, alguien me agarró por detrás, pero su olor me era tan familiar que no me

hizo falta volver la cabeza para saber quién era. Su simple contacto me estremeció, pero no en el buen sentido, sino que sabía que había venido para causarme problemas, para vengarse de que lo dejara tirado en Alicante, sin vacaciones.

—No te engañes pensando que puedes igualarte a esa diosa. Ese tío es demasiado caldo para tan poco pollo —me susurró en el oído.

Y se dio media vuelta y se fue, dejándome allí con la cara descompuesta y temblando, se me había quitado todo el buen rollo que tenía. Alberto lo notó, al igual que David, y ambos se acercaron a mí.

—¿Quién era ese y qué quería? —preguntó Alberto, mientras lo seguía con la mirada.

—¿Qué te ha dicho ese malnacido? —En esta ocasión fue David.

—No es nadie, y no me ha dicho nada. —Quise zanjar el asunto.

—De eso nada, ya me estás contando lo que te ha dicho. Hermano, ese es el cabrón de su ex.

—¿Te ha amenazado, Sandra? —dijo Alberto, cada vez más enfadado, mientras que yo negaba con la cabeza.

—Solo ha venido a incordiar, para hacerme perder la autoestima, que era a lo que estaba acostumbrado.

—¿Con qué palabras exactamente lo ha intentado? Cuéntanoslo, Sandra, por favor, que lo mismo necesita una cura de humildad. —Siguió insistiendo Alberto.

—Me ha dado a entender que tú estabas con Susana y que yo no podía compararme a semejante diosa, que eras mucho caldo para tan poco pollo —dije reteniendo las lágrimas, porque no iba a consentir que me viera llorar.

—Vamos por partes, no puedes compararte con ella porque cada uno es como es, lo que no quiere decir que seáis mejor o peor la una de la otra, y en cuanto a lo segundo que ha dicho, tú no eres pollo cariño, tú eres ternera y de primera —dijo cogiendo mi cara y dándome un breve beso en los labios.

Volvimos a la mesa, pero notaba que Fran no me quitaba la vista de encima, el muy desgraciado trataba de hacerme sentir mal besando a la chica que estaba con él con una pasión que conmigo no mostró nunca. Era patético verlo, pues a mí no me podía importar menos lo que estaba haciendo, esa herida estaba más que cerrada, y me juré a mí misma que, si tenía la oportunidad de pasar una buena noche con algún chico, no iba a desperdiciarla, ya era hora de que viviera, aunque solo fuera el rollo de una noche.

Alberto me cogió de la mano y nos fuimos a la pista de nuevo, pues habían vuelto a poner una canción de salsa, y nos pusimos a bailarla. Si la primera vez fue caliente, esta segunda vez fue una locura; ni él ni yo tuvimos en cuenta que estábamos rodeados de gente. Nuestras manos

volaron por el cuerpo del otro de una manera más que sugerente, pero para nada ordinario, ya que nuestros pasos estaban más que cuidados y lo hacíamos de una manera muy elegante.

Cuando terminó la canción, redujo la distancia que había entre su boca y la mía, y me besó. Lo que empezó siendo un beso dulce, terminó siendo uno de lo más pasionales, nos devoramos el uno al otro, quedándonos con ganas de mucho más, por lo menos yo, aunque a él, determinada parte de su anatomía también le estaba avisando de que se alegraba de verme.

Mario propuso pedir una botella de agua vacía y jugar a verdad, beso o atrevimiento, y todos estuvimos de acuerdo, no tengo claro si porque ya íbamos pasados de copas, aunque lo cierto es que la mayoría solo nos habíamos tomado uno y nos pasamos a los cócteles sin alcohol.

—Venga, David, ¿verdad, beso o atrevimiento? —preguntó Mario.

—Verdad —respondió

—¿Verdad que perdiste la virginidad con tu mejor amigo?

—Pues siento decirte que no, que la perdí con un chico que venía a casa a darme clases de química y que es amigo de mi hermano.

—¡Oh! ¿En serio, hermanito? —exclamó Alberto, mientras todos se quedaban boquiabiertos, ya que eran conscientes de a quién se refería David, quien vivía con su novia desde hacía unos meses.

—Ahora te toca a ti, Alberto, que la botella te está apuntando.

—Yo, beso, por supuesto.

—Tienes que besar a la persona que más te atrae sexualmente.

Desde el principio, sabía que iba a besar a Susana, aunque no tenía claro que me agradara la idea, puesto que me había besado a mí hacía tan solo unos minutos, aunque nadie lo hubiera visto, porque estábamos en un lateral con poquita luz. Pero, contra todo pronóstico, se acercó a mí, me tomó de la mano para que me levantara y, sin pensarlo dos veces, me abrazó y me besó con una intensidad que me dejó sin aliento. Yo por mi parte, respondí a ese beso entre los vítores y las risas de todos los demás.

Capítulo 7



—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté cuando se separó de mí, y aún aturdida por la intensidad del beso.

—Por varias razones. —Me indicó con su sonrisa de medio lado—. Porque estaba tu ex mirando y quería que se tragara sus propias palabras, porque era una oportunidad de quitarme a Susana de encima y, la más importante, porque me apetecía tanto como a ti.

Me dejó absolutamente descolocada, ya que se sentó en mi lugar, llevándome por la cintura a sentarme en su regazo, en el que se podía notar fácilmente que estaba tan excitado como yo. A partir de ese momento, empezó a dejarme breves y suaves besos en mi hombro, mientras acariciaba mi espalda, y todo eso unido al recuerdo del beso, me estaban calentando como una chimenea.

Tal y como lo había previsto, David se acercó con Álvaro de la mano y, tras las presentaciones oportunas, se sentaron con nosotros a tomarse una copa, su mirada no paraba de ir de la mano de su hermano a mi cara y viceversa, y así sucesivamente.

—Sandra, hoy me voy a pasar la noche a casa de Álvaro, que está solo y ya ha terminado su turno, ¿te importa? —suplicó David.

—Sabes que no, que he sido la primera que te he dicho que te vayas, por mí no lo hagas —contesté.

—Pero antes de irnos, te acompañamos a casa, sola no voy a dejar que te vayas.

—Puedes irte cuando quieras, hermanito, que yo me encargo de llevarla a casa y, si me deja, de dejarla en la cama tapadita y dormida. —Esto último me lo dijo susurrando, para que solo yo lo oyera.

—¿En serio, Alberto? ¿Cuento contigo entonces?

—¡Eh! Qué estoy aquí, por si os habéis olvidado. Llevo meses viviendo sola, no me voy a perder por ir a mi casa, que encima es ahí enfrente, como aquel que dice. Además, que yo me

voy ya, que mañana tenemos comida y no voy a ser capaz de levantarme.

Me levanté del regazo de Alberto y, para mi total sorpresa, él lo hizo conmigo, entrelazando su mano con la mía, con la firme intención de irse conmigo. Una sensación de triunfo se apoderó de mí, y no porque lo viera como un trofeo, ni mucho menos, sino porque mi ex estaba mirando y le iba a dar en todas las narices.

Nos despedimos de todo el mundo, quedando ellos después de comer para tomar café, y yo con David en que nos veríamos en la comida, a la que también acudiría Álvaro, aunque todavía mi amigo no me había explicado en calidad de qué lo iba a presentar. Haciéndome gestos, me indicó que ya hablaríamos y que lo pasara bien, lo que me puso aún más nerviosa de lo que estaba. Mientras cogíamos nuestros abrigos del guardarropa, me dio otro beso, de esos de los que te anticipan lo que te espera, y que me dejó temblando, a la vez que él me miraba sonriendo, sabiendo muy bien lo que se hacía.

Fuimos paseando hasta mi casa, pero sin soltarnos de la mano y hablando de su hermano, de sus padres y de los míos; vamos, de cosas sin demasiada relevancia, hasta que llegamos a mi portal y nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos.

—¿Me invitas a subir?

—¿Quieres subir? —dijimos los dos a la vez, y entonces tuve claro que ya no había escapatoria, iba a hacer aquello que no había hecho nunca, tener un lío con una persona que no era mi pareja.

Entramos en el ascensor, y me acorraló contra la pared, besándome con ansias. Mientras yo le rodeaba el cuello con mis brazos, él subía sus manos por debajo de mi vestido, rozando mi sexo, pero sin llegar a tocarlo. Era el preámbulo de lo que iba a pasar en mi casa, y entonces empezaron a asaltarme las dudas, no sabía si iba a estar a la altura, pues solo había estado íntimamente con mi expareja, y se lo hice saber, no quería titubeos por mi parte, quería disfrutar y si para ello tenía que guiarme en lo que le gustara, no tendría ningún problema.

—Dios, menos mal que hemos llegado, si el ascensor tarda un minuto más, lo hubiera pausado y lo habríamos hecho ahí mismo. Mira cómo me tienes —me dijo llevando mi mano hasta su miembro, ese que estaba duro como el mármol

—Mmm, pero antes de meternos en faena, quiero que sepas que no sé si estaré a la altura, porque solo he estado con mi ex —comenté mientras su boca no paraba de morder mi cuello.

—Tú, solo déjate llevar, y a ese gilipollas ni caso que, seguro que te decía que podría ser mejor, ¿me equivoco?

—No me halagaba precisamente, vamos a dejarlo ahí, que tenemos cosas mejores que hacer —dije mirándolo a los ojos, mientras desabotonaba su camisa.

Sus manos fueron directas al bajo de mi vestido, levantándolo con cuidado hasta que lo sacó por encima de mi cabeza, de manera que me quedé tan solo con las braguitas de encaje negro a

juego con las medias de liga y mis zapatos de tacón. Su camisa ya había volado por los aires, al igual que su chaqueta, y me fui directa hacia su cinturón y pantalones, desabrochándolos y dejándolos caer al suelo. Él, con mucha pericia, se deshizo de sus zapatos y calcetines, dejando todo en un montón en el suelo, y quedándose únicamente con el bóxer.

—Madre mía, tú sí que eres una diosa, y quien no lo vea es que, o está ciego, o es gilipollas. Desde que llegué al salón y te vi con ese vestido, soñé con el momento de quitártelo —exclamó mientras iba directo a meterse uno de mis pechos en la boca.

—Joder, vamos a mi dormitorio —lo levanté y lo guie hasta allí.

Por el pasillo, me pegó contra la pared, besándome de una manera muy pasional, y metiendo su mano entre mis piernas, apartando mis braguitas hacia un lado, para poder tocarme a su antojo, ese que yo estaba encantada de darle y que me hacía gemir como nunca antes lo había hecho.

Mientras que él me penetraba con dos dedos y rozaba mi clitoris con el pulgar, yo metí la mano dentro de su bóxer, cogiendo su erección con la mano y acariciándola de arriba abajo. Su cara era de total deleite, al igual que estaría la mía, con total seguridad. Me hizo tener un orgasmo de esos que te tiemblan hasta las pestañas, en mi vida había sentido nada igual, si eso había sido con sus dedos, ni se me pasaba por la imaginación cómo sería cuando me penetrara con su miembro.

—Para cariño, o no llegaré a la cama, y créeme cuando te digo que no es en tu mano donde quiero terminar esta noche —dijo sacando mi mano de su entrepierna.

—No, por favor, estoy deseando tenerte dentro —dije suplicante.

—Me tendrás, pero antes tengo pensado hacerte unas cuantas cositas más —me explicó mientras me tumbaba en la cama.

Empezó besando mi boca, para luego seguir por las mejillas, la barbilla, el cuello, y siguió descendiendo hasta llegar a mi sexo, entreteniéndose antes con mis pechos, aquellos que chupó, lamíó y succionó a su antojo durante varios minutos. Cuando llegó a su objetivo, ya me tenía como el palo de un churrero, ardiendo por dentro y por fuera, y él lo sabía, ya que me miró desde abajo antes de abrir mis labios vaginales y lamerlo entero, lo que provocó que diera un grito de placer, llegando al clímax casi en el acto. Eso no me había pasado nunca, y menos con tan poca diferencia de tiempo entre uno y otro, si había veces en los que ni siquiera alcanzaba el primero.

Se incorporó y fue a buscar un preservativo a su cartera, volviendo en menos de un minuto con él ya puesto, puso mis piernas en sus hombros y me penetró con fuerza, justamente como necesitaba, haciéndome jadear, gemir y hasta pegar más de un grito cuando alcancé mi tercer orgasmo, ese que tuvimos los dos a la vez, y que me dejó totalmente exhausta. Se metió en la cama conmigo, dejándome claro que la noche no había hecho más que empezar.

Descansamos un rato, y volvimos a empezar, aunque esta vez fui yo quien tomó la iniciativa, cogiendo su miembro con la mano, acariciándolo suavemente hasta que se despertó. Quiso

ponerse encima de mí, pero se lo impedí, empujándolo suavemente hacia detrás y bajando mi boca por su torso, dejándole suaves besos por todo su pecho hasta llegar a aquello que estaba buscando, y que me moría por probar. Lamí su dureza de abajo arriba, deleitándome con ella, y la introduje en mi boca, jugando con mi lengua, mientras que él se retorció de placer, lo que a mí me hacía volverme loca, poniéndome más y más caliente si cabía.

—Para, para si no quieres que acabe en tu boca —expresó con el rostro totalmente embriagado.

—No me importaría, si no tuviera otros planes.

Me incliné hacia la mesilla de noche y saqué un preservativo del cajón; y se lo puse yo misma antes de subirme a él a horcajadas, para a continuación introducir su miembro lentamente dentro de mí, moviéndome luego de manera muy lenta y tortuosa.

—Me vas a matar, si sigues a ese ritmo, me va a dar un infarto.

—¿Ah sí? —pregunté en un tono de lo más sensual.

Fue entonces, cuando él se agarró de mis caderas y marcó el ritmo, llevándonos al clímax a los dos a la vez después de un rato, y luego caí sobre su pecho, sintiendo que me faltaba hasta el aire.

—Ha sido una pasada. Gracias por hacerme pasar una noche fantástica —me dijo dándome un beso en los labios, mientras yo me hacía a un lado de la cama.

—Gracias a ti. Mi ex decía que el sexo oral se me daba mal, no sé qué te habrá parecido a ti —pregunté, haciendo mis dudas presentes.

—¿Qué se te daba mal? Permíteme que te diga que ese tío es gilipollas. Pocas veces, por no decir casi ninguna, he sentido lo que hoy mientras me lo hacían, ha sido totalmente espectacular.

Se levantó para vestirse y, ya en la puerta, me dio un suave pico mientras me decía que tenía que elevar mi autoestima, que no dejara que nadie más me menoscabara, que valía mucho.

Capítulo 8



Cuando me metí en la cama, no pude coger el sueño, a pesar del cansancio que llevaba, pues en mi cabeza no paraba de dar vueltas a lo que había sucedido, recreando en mi mente una escena detrás de otra, así que me levanté y me di una ducha.

Me hice un café y me senté a tomarlo junto con un cigarrillo, no solía fumar a menudo, pero de vez en cuando sí que me gustaba hacerlo, sobre todo, cuando me encontraba muy nerviosa, ya que me relajaba bastante.

No sabía cómo reaccionaría cuando nos volviéramos a ver dentro de un rato, porque lo que tenía clarísimo era que, reaccionara como reaccionara, mi trato hacia su hermano y sus padres sería el mismo, ya que los consideraba mi familia.

En un primer momento pensé en llamar y decir que no me encontraba bien, para así no tener que verlo, pero luego me di cuenta de que entonces iba a cambiar mi trato, y no me pareció justo por mi parte, cuando ellos me habían abierto su casa y su corazón.

Me dirigí a mi dormitorio para cambiarme, y opté por ponerme un vestido de lana en color camel, de cuello vuelto y que llegaba hasta las rodillas. Lo combiné con un abrigo de punto en un marrón chocolate y unas botas que eran del mismo color. Para completar el conjunto, elegí un bolso de bandolera del mismo color que el vestido. Mi pelo lo dejé suelto y el maquillaje era suave; tan solo un poco de máscara de pestañas y una sombra marrón que resaltaba el verde de mis ojos. En mis labios llevaban un brillo en tonos dorados, que apenas se notaba, pero que le daba jugosidad. Luego, llamé a un taxi para que me llevara hasta la casa de David, quien me había dicho que salían para allá y me esperaba en la puerta.

Cuando me bajé, allí estaban los dos, de la mano y dándose un piquito, si estaban así en la puerta de su casa, sin importarle que sus padres los vieran, me dejaba claro en calidad de qué iba a presentar a Álvaro. Me alegraba por ellos, puesto que no podían hacer mejor pareja.

—Qué buena cara traes, guapi —dijo con sorna.

—No menos que la tuya, aunque la mía por dormir no será, que tengo las ojeras como un panda.

—Qué pasa, que mi hermano te ha dado lo tuyo y lo de tu prima, ¿no? Me tienes que contar todo, pero sin detalles, por favor, que es mi hermano.

—No querrás los detalles tú, porque yo quiero saberlo absolutamente todo, hasta lo más escabroso, me muero por saber cómo folla un tío como tu hermano —respondió Álvaro sin pelos en la lengua.

—A ver si ahora vas a hacerlo conmigo pensando en cómo lo hace mi hermano. Todavía te doy una patada en el culo que verás. —Se enceló David.

—Haya paz, yo tan solo voy a decir que, absolutamente todo lo que había vivido en el tema sexual, ha sido un mojón comparado con la noche que he pasado con tu hermano. Decir que ha sido alucinante, es quedarme demasiado corta, pero claro, también se puede dar el caso de que yo tenía más bien poco con lo que comparar, y que esto sea lo normal.

—Respóndeme a una sola cosa y te diré si es normal o no. ¿Cuántas veces te ha hecho llegar al orgasmo en esta noche? —sonrió goloso Álvaro.

—En el quinto creo que perdí la cuenta —contesté con una sonrisa.

—Pues entonces, créeme cuando te digo que no es lo normal, aunque tampoco era normal lo que te pasaba con tu ex, que era un egoísta y que solo procuraba llegar él, si tú lo hacías o no, se la traía sin cuidado —me respondió David.

—Venga, vamos arriba ya, que tu madre debe estar desesperada esperando a que lleguemos.

Cuando subimos, mis nervios estaban a flor de piel, de lo cual se dio cuenta mi amigo, que me cogió de la mano, insuflándome tranquilidad, ya que sabía que la manera de reaccionar de Alberto era muy importante para mí.

—Ya están aquí los niños, Daniel, avisa a Alberto de que vamos a comer —le dijo Lina a su marido.

—Hola, mamá. Mira este es Álvaro. —Le indicó David a su madre, sin aclarar qué relación tenían.

—Pero qué yerno más guapo tengo, dame dos besos hijo, y tutéanos, que a mi marido le sienta muy mal que le hablen de usted, ¿verdad Sandra? —preguntó incluyéndome en la conversación, pues solo con escuchar su nombre, me había puesto todavía más nerviosa.

—Ni que lo digas, es capaz de sacarte por la ventana. —Me reí.

—Pues nada, encantada Lina, y gracias por el piropo de antes —contestó Álvaro.

En ese momento llegaron Daniel y Alberto, que se acercaron a saludar al novio de David, dándome un beso también a mí en la mejilla, pero solo el padre, el hijo me saludó como si no tuviera la más mínima importancia mi visita, lo cual me dolió en el alma. Tenía claro que lo

nuestro solo había sido cosa de una noche, pero no me esperaba esa reacción, era como si creyera que por acercarse a mí yo le iba a pedir amor eterno, o me iba a tirar a sus brazos mendigándole su cariño, me acaba de demostrar que era un gilipollas.

Durante toda la comida, casi ni me dirigió la palabra, solo me habló cuando le fue estrictamente necesario, dándose cuenta todo el mundo del cambio de actitud hacia mi persona con relación a la cena del día anterior.

—¿Te pasa algo con mi hijo? —Curioseó Lina.

—¿A mí? Para nada, le sigo teniendo el mismo cariño de siempre, el hecho de que ahora tenga pareja no va a cambiar nada entre nosotros, lo tengo clarísimo, y me alegro mucho por él. - contesté haciéndome la tonta.

—No me refiero a ese hijo, no te hagas la tonta, es con el otro. Solo espero que lo que haya ocurrido entre vosotros no se interponga en tu relación con los demás, porque tanto a mi marido como a mí, nos dolería en el alma.

—¿Has notado algún cambio por mi parte hacia vosotros? No, verdad, pues eso mismo, vosotros no tenéis culpa de que vuestro hijo sea gilipollas —sentenció marchándome de la cocina.

Cuando llegué al salón, él ya se había marchado, sin decir adiós ni a su madre, tan solo se despidió de los que estaban en el salón, dejando claro que llegaría tarde, que no lo esperaran para cenar, no fuese a ser que yo estuviera todavía allí y se viera en el compromiso. Lo que yo decía, era gilipollas desde antes de que Daniel conociera a Lina, no tenía otra explicación, mucho presumir de que era mayor que nosotros cuando tenía la madurez de un niño de diez años, en fin, eso era lo que había, no se le podían pedir peras al olmo.

Nosotros nos quedamos en su casa, jugando al Monopoly mientras tomábamos café con la tarta que sobró de mi cumpleaños el día anterior. Nos reíamos a carcajadas, aunque de vez en cuando, David me interrogaba con la mirada, y yo le respondía con gestos que indicaban que todo estaba bien, a pesar de que en el fondo me sentía fatal por el desprecio que me había mostrado su hermano. No quería que mi malestar afectara su relación, así que decidí que con el tiempo todo se calmaría.

Capítulo 9



—Nos marchamos ya, mamá, que vamos a pasar un ratito en casa de Sandra —explicó mi amigo, ya con el abrigo puesto.

—Eso, y a ver si a ti te cuenta qué ha sucedido entre tu hermano y ella, porque la tensión entre los dos se podía cortar con el cuchillo de la mantequilla — respondió su madre mirándome.

—Lina, de verdad que no te preocupes, que lo que ha ocurrido entre los dos no va a afectar para nada nuestra relación, te lo prometo. Si no fuera así, no habría venido a comer hoy, con tal de no encontrármelo.

—Eso espero, porque si no, por muy hijo mío que sea, lo cojo de los huevos hasta que te pida perdón.

—Tampoco tiene que pedirme perdón por nada, de verdad, son cosas que pasan y que él no ha sabido gestionarla como los adultos que somos, nada más.

—Es decir, cariño, que se han liado y tu hijo se ha imaginado que le iba a tener que pedir matrimonio hoy —dijo Daniel entre risas.

—Pues anda que no me gustaría como nuera....

—No le vayas a decir nada, mamá, que te conozco, y al final la solución será peor que el problema.

Nos fuimos hasta mi casa en un taxi, ya que yo iba cargada de cosas que tenía en casa de mi amigo, desde los regalos de mi cumpleaños hasta la ropa que me había cambiado la noche anterior. Mis amigos no me preguntaron absolutamente nada de lo que había sucedido, por lo menos durante el trayecto, otra cosa ya sería cuando entramos en mi casa.

—No me digas nada, por favor. Poneros cómodos y pide una *pizza*, voy a darme una ducha y a quitarme esta ropa, ahora os cuento todo —y eso hice, ponerme el pijama calentito después de ducharme y antes de enfrentarme al interrogatorio.

—Ya está aquí la *pizza*, no tardes que se enfría y fría, está asquerosa. —Golpeó Álvaro la puerta de mi dormitorio, justo en el momento en el que yo salía de él.

—Bueno qué, nos lo vas a contar o tendremos que torturarte...

Empecé a contarles cómo había sucedido todo, recalcando que era la primera vez que hacía algo así, ya que yo tan solo había mantenido relaciones sexuales con mi pareja anterior, y que después de él no había estado con nadie. Les compartí lo que había sentido, la confianza que él me había dado tanto dentro como fuera de la cama, y cómo no quería que su actitud afectara a nuestra relación.

—¿Sabes lo que pienso de la actitud de mi hermano? —preguntó David con aire interesante, mientras terminaba de comer su porción de *pizza*.

—Ilumíname, porque a mí lo único que se me ocurre es que es gilipollas.

—Eso también, por descontado, pero además de eso que damos por hecho, creo que lo que mi hermano ha sentido contigo no le había pasado antes con nadie, y se ha asustado, queriendo frenar todo intento de acercarse de nuevo a ti, ya que no tiene claro si va a ser capaz de detenerse.

—Claro hombre, lo que tú digas. No seas tonto, David, por favor, solo he sido una muesca más en el currículo sexual de tu hermano, y ahí se ha acabado todo.

Me levanté a preparar unas copas para los tres, y Álvaro me siguió a la cocina, para dejarme claro que él opinaba igual que su chico, pero que no lo diría delante de él para que no me machacara con el tema, lo cual le agradecí infinito, aunque yo no compartía su percepción. La mía era muy distinta, había tenido un calentón y yo no le había sido indiferente, nada más.

Pasaron los días y no volví a ver a Alberto; tanto David como yo, ya que Marta no llegaba hasta después de Reyes, nos dedicamos a pasear, tomar algo juntos y comprar los regalos de Reyes, esos que ya habíamos seleccionado previamente, así que quedamos en vernos en la puerta principal del centro comercial, después de comprar los nuestros, ya que queríamos que fueran una sorpresa.

—Ya estoy aquí. —Llegó corriendo, pues ya pasaban cinco minutos de la hora en la que habíamos quedado—. Había un montón de gente en la caja de la tienda, he tenido que decir que se estaba llevando el coche la grúa para poder colarme.

—Desde luego, eres único, con haberme mandado un audio diciendo que te ibas a retrasar un poco habría sido suficiente. —Me reí.

—Anda, vamos a tomar un chocolate con un bollo, que tengo el azúcar bajo de tanto estrés.

Lo que ninguno de los dos esperábamos es encontrarnos a su hermano con Susana en la misma cafetería, sentados en una mesa y muy acaramelados, tanto, que se me revolvió el estómago, y no porque yo esperara nada más de él en relación con lo que había sucedido entre

los dos, sino porque no fue capaz ni de mirarme a la cara.

—¿Qué pasa hermanito, de compras? —Se acercó David a su mesa.

—Voy a ir pidiendo y a coger mesa, que luego nos pilla el toro —comenté a mi amigo, alejándome del lugar.

Mientras ellos dos charlaban, hice lo que había dicho y aproveché para enviarle un mensaje a Marta. Desde que se fue, no habíamos tenido la oportunidad de hablar, así que le escribí. Ella me respondió que se lo estaba pasando genial y que tenía novedades que nos contaría a la vuelta. Me explicó que no había podido llamarme porque la señal en casa de sus abuelos era terrible, pero que ahora sí podía porque estaba en casa de un amigo y había conseguido conectarse al wifi. Nos despedimos con un beso en cuanto vi que David se sentaba.

—Este tío es cada día más gilipollas. Está haciendo el tonto con esa tía, que lo único que busca es tener un novio con dinero, le da igual el que sea, para poder presumir de él, y mi hermano no se da cuenta, cuando encima no creo ni que le guste, y no digo físicamente, que me gusta hasta a mí —me contó en cuanto se sentó.

—He estado hablando con Marta, dice que tiene novedades que contarnos. —Cambié de tema de manera radical, cosa de la que mi amigo se dio cuenta.

—Vale, vale, ya no digo nada más, vamos a hablar de lo que vamos a hacer en fin de año, mejor.

Nos pusimos a planificar el fin de año, ya que tanto Lina como Daniel, todos los años desde que sus hijos eran mayores, los pasaban a bordo de un crucero de varios días visitando algunas islas. Este año lo harían por Sicilia y Cerdeña, volviendo el día cuatro a casa. Nos invitaron a ir, pero tanto David como yo declinamos la invitación; yo porque no me apetecía y mi amigo porque su chico trabajaba esa noche y no quería pasarla lejos de él.

Al final, decidimos que íbamos a cenar los tres en mi casa, para después irnos a la discoteca en la que trabajaba Álvaro; allí nos tomaríamos las uvas y seguiríamos con la fiesta. Los planes de Alberto los desconocíamos, no sabíamos si se iba de crucero o lo pasaría con los amigos, por eso le dije a David que le mandara un mensaje preguntando, pues no quería que lo pasara solo, a pesar de todo. Le contestó que iba a cenar con sus amigos en un restaurante y que luego saldrían a tomar una copa, que no se preocupara por él.

A continuación, nos fuimos a comprar los regalos y, al pasar por una joyería, vi un reloj que sabía que a Alberto le iba a encantar, era totalmente de su estilo, y entré a echarle un vistazo.

—Tendrás claro que mi hermano no te va a comprar nada, ¿verdad? Lo digo por si esperas algún regalo por su parte el día de Reyes, para que te vayas olvidando.

—Pues claro que lo sé, pero al igual que él dijo el día de mi cumpleaños que no se iba a presentar sin un regalo, yo voy a hacer lo mismo. No me parece bien que el día de Reyes haya regalos para todos por mi parte y no haya ninguno para él.

—Pues cómprale una bufanda, hija, y no un reloj tan caro.

—No me seas tacaño, por favor. No se mira el precio, se mira el detalle de que se hayan acordado de ti.

—Por eso, por eso, acuérdate con algo más barato —dijo entre risas de los dos.

Salimos de allí con el reloj, por supuesto, pero también con unos gemelos de oro blanco para su padre y un colgante del árbol de la vida del mismo material para su madre. Además, de todo lo que ya había comprado con anterioridad. Metimos los paquetes en el maletero del coche y nos montamos en él para irnos a mi casa, ya que David se quedaba a dormir conmigo los días en los que sus padres estarían fuera.

Capítulo 10



Llegó la noche del treinta y uno de diciembre, y estábamos preparando la mesa para la cena, teníamos que hacerlo pronto, ya que Álvaro tenía que estar en la discoteca a las once menos cuarto, dado que abrían a las once para poder repartir las uvas y tener todo organizado para cuando fuera la hora de las campanadas.

Al final, nos decidimos por comprar toda la comida hecha, en la parte gurmé de un gran supermercado, y como fui yo la encargada de comprarlo todo, Lina me había enviado el importe de lo gastado, cuando nos llamó para felicitarnos el año nuevo y saber cómo estábamos. De nada sirvió que intentara disuadirla, decía que ella se tenía que hacer cargo de que sus niños cenaran bien, al igual que había hecho con Alberto, al que también le había enviado el dinero de lo que había gastado.

Después de la cena, y al darnos cuenta de que el tiempo se nos echaba encima, nos dimos prisa y nos fuimos a mi habitación para cambiarnos. Yo ya me había maquillado y peinado antes, así que solo me quedaba retocarme los labios, que habían perdido algo de color tras la comida.

David optó por un traje gris oscuro con una sutil raya diplomática, acompañado de una camisa blanca sin corbata y unas zapatillas de deporte de una famosa firma que costaban un ojo de la cara; arreglado pero informal, como decía él. Por su parte, Álvaro, llevaba un pantalón de vestir azul marino y un chaleco de cuadritos muy bonito, también con una camisa blanca y unas zapatillas deportivas blancas, ya que a él le quedaban muchas horas de trabajo por delante, y tenía que estar cómodo.

Yo decidí no enseñar mi vestido hasta la hora de ponérmelo, dejando a ambos boquiabiertos; era un modelo gris con destellos plateados, largo hasta el tobillo y con una abertura en la pierna derecha que llegaba hasta medio muslo. Tenía un escote en V, lo cual hacía resaltar mis pechos, y por detrás el escote era igual, solo que bajaba hasta el final de la espalda, lo que le daba un toque muy sexi. Lo combiné con unas medias negras de liga y unas sandalias negras de tacón, que tenían una joya plateada en el cierre de la correa. Mi pelo lo llevaba ondulado y recogido a un lado, adornado con un pasador plateado que hacía juego con los pendientes largos que llevaba.

—¡Si fuera heterosexual, no salías de esta habitación! —exclamó David— Si mi hermano te ve esta noche, le da un infarto.

—¿Tú te has visto bien? Pareces una actriz de cine que va a recoger un Oscar. —Esta vez fue Álvaro el que habló.

—Pues mira, me da igual que se llame Oscar, Pedro o Pablo, pero esta noche ligo como que me llamo Sandra. La época del celibato ya se terminó.

—Bien dicho, mi niña —dijeron los dos casi a la vez.

Cuando estábamos listos para salir, ya teníamos el taxi esperando en la puerta. Mi amigo, como en la ocasión anterior, se había encargado de reservarlo por Internet para que no tuviéramos problemas. Le dimos la dirección y en menos de cinco minutos llegamos, ya que estábamos casi al lado, pero me negaba a ir andando hasta allí con las sandalias de tacón, no quería que me dolieran los pies antes incluso de llegar.

Entramos a la vez que Álvaro, evitándonos toda la cola que había ya para acceder a la discoteca, ya que mucha gente iría a tomarse las uvas allí y así no arriesgarse luego a no poder entrar, pero no nos dimos cuenta de que Alberto estaba allí con sus amigos.

Ya teníamos nuestras uvas, dos copas de champán y estábamos junto a la barra, puesto que David deseaba disfrutarlas en compañía de su chico. Habíamos dejado nuestros abrigos y mi bolso en la taquilla de Álvaro, ya que saldríamos todos juntos de allí. Solo había cogido el tabaco, dado que las copas esa noche estaban incluidas con la entrada, la cual, por cierto, tampoco habíamos pagado.

—¡Feliz Año Nuevo! —dijimos David y yo, dándonos un abrazo y un beso.

—¡Feliz Año Nuevo! —Escuché una voz en mi espalda que no reconocía.

Me di la vuelta para ver quién era, y resultó ser un chico muy atractivo que también estudiaba en nuestra universidad. Lo había visto varias veces en los pasillos, pero ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—Gracias, igualmente. Yo soy Sandra. —Me presenté.

—Yo soy Pablo —me contestó dándome dos besos—. ¿Te apetece bailar?

—Claro que sí, dame un minuto que avise a mi amigo para que no se vuelva loco buscándome.

Avisé a David de que me iba a bailar a la pista con Pablo, y me animó a que me dejara llevar. Estuvimos un buen rato bailando y riendo, pero notaba algo raro en el ambiente, como si alguien me estuviera observando. Al girarme durante uno de los bailes, lo vi; estaba muy acaramelado con Susana, pero sin apartar la vista de mí. Noté que apretaba la mandíbula cada vez que Pablo posaba su mano en mi cintura o se acercaba a hablarme al oído. A pesar de eso, decidí que lo mejor era disfrutar de la noche y no prestarle atención.

Después de casi una hora, decidimos acercarnos a la barra para pedir algo de beber, justo

donde mi amigo estaba charlando con su chico. Sin embargo, Pablo sugirió que primero pasáramos por el servicio, así que yo me fui adelantando. Cuando estaba cerca de David, noté una mano que me sujetaba el antebrazo. Me giré para increpar a quién fuera, y para mi sorpresa, era Alberto.

—¿Se puede saber qué haces? —me dijo enfadado.

—No, la pregunta es qué coño estás haciendo tú, agarrándome de esa manera, cuando no me has dirigido la palabra en una semana.

—¿Es que no te das cuenta de que ese tío solo quiere llevarte a la cama?

—Ah, claro, que tú querías jugar conmigo al parchís. No te jode, lo que hay que aguantar. Y ¿qué si quiere eso? A lo mejor yo también lo quiero —le contesté totalmente indignada.

—Tú no quieres eso, no te engañes.

—Y, según tú, que es lo que quiero, dime.

—Tú quieres esto. —Y acto seguido me pegó contra la pared que teníamos detrás, devorando mi boca sin importarle quién nos estuviera mirando, y pegándose a mí para que notara su miembro excitado en mi vientre. A continuación, se dio media vuelta y se fue donde estaba antes, al lado de Susana, que la muy idiota lo esperaba con los brazos abiertos, a pesar de que se había dado cuenta de lo que había pasado.

Cuando me di la vuelta para dirigirme a la barra, me encontré con que Pablo estaba a escasos metros de donde yo estaba y que, por la cara con la que me miró, había visto todo. Fui a darle una explicación, pero me paró con la mano, girándose para el lado contrario y volviendo con sus amigos. En ese momento, dirigí mi mirada a Alberto, que levantó su copa hacia mí con una sonrisa en los labios.

—A tu hermano lo mato, es que no puedo con esto, pero ¿quién coño se ha creído que es para hacerme eso? Lo cojo por los pelos, te lo juro...

—Para, para, respira despacito, y ahora cuéntame qué ha ocurrido. —Intentaba tranquilizarme David.

—¿No lo has visto? Es increíble, me ha visto bailar con Pablo, y cuando venía hacia aquí, me ha acorralado contra esa pared para increparme que el otro lo que quiere es llevarme a la cama. Después de decirme un montón de tonterías, me ha besado, o, mejor dicho, me ha devorado la boca, para acto seguido, irse con Susana a donde estaba antes. Y a todo esto, el pobre de Pablo lo ha visto todo.

—¿Y no le has dado una patada en los huevos? Porque yo se la hubiera dado, a no ser que te haya gustado, claro, y por la cara que has puesto no te ha gustado, te ha encantado. No trates de negarlo porque a mí no puedes engañarme.

—Esa no es la cuestión, si me ha gustado o no. Es que no puede jugar conmigo como si fuera su muñeca, no eres para mí, pero tampoco te voy a dejar que seas para nadie.

—Págale con la misma moneda. Ve hacia allí cómele la boca, ponlo cachondo y luego te vas, te aseguro que te va a responder a ese beso.

Y allá que me fui, aproveché que estaba de pie bailando, para girarlo hacia mí, le cogí la cara y le lamí el labio inferior, para a continuación asaltar su boca, me puso las manos en el culo, para pegarme a él y le dejé hacer, en cuanto se separó, me dirigí hacia donde estaba mi amigo, dejándolo totalmente descolocado mientras que en mi boca se dibujaba una sonrisa. Si quería guerra, conmigo la iba a tener.

Cuando llegué a la barra, junto a mi amigo, este me miraba totalmente sorprendido y, de repente una carcajada salió de lo más hondo de su ser.

—Eres mi ídolo, la cara de idiota que se le ha quedado cuando te has ido —decía sin parar de reír.

—¿Qué pasa que no paráis de reiros? ¿Qué habéis hecho? —preguntaba Álvaro, ajeno a lo que había sucedido.

Le hicimos un breve resumen de todo, y cada vez abría más la boca, totalmente sorprendido y anonadado, se veía que no terminaba de procesarlo todo...

—Pues muy bien que has hecho, ese va de macho alfa y no sabe con quién ha venido a dar —sentenció Álvaro.

—Cambiemos de tema que viene para acá —dijo David, justo en el momento en el que su hermano pasaba por nuestro lado y nos miraba.

Capítulo 11



Era el día de víspera de Reyes, y habíamos quedado para comer e ir a la pista de patinaje sobre hielo que habían instalado junto al centro comercial, para después marcharnos a ver la cabalgata. Sí, éramos dos adultos, pero disfrutábamos de ese día como si tuviéramos cinco años, antes iba con mi abuela, a quien también le encantaba este día, y ahora me tocaba con David, puesto que tengo la certeza de que a ella no le gustaría verme triste. Me abrigué bien, ya que hacía un frío de mil demonios, y me dirigí a casa de mi amigo a recogerlo, que seguro que todavía no estaba listo.

—Buenos días, seguro que tu hijo todavía no está listo, ¿verdad? —sentencié a Lina cuando me abrió la puerta.

—¿A cuál de ellos te refieres? Porque tengo dos, que ahora mismo están desayunando juntos en la cocina.

—No me lías, no me lías, que sabes que vengo a por David —dije entrando en la cocina—. No vuelvo a quedar contigo por la mañana, da igual a la hora que quedemos, que siempre me toca esperarte.

—Yo me visto en un segundo —dijo Alberto con una sonrisa divertida.

—No es contigo con quién he quedado, pero por mi parte no hay inconveniente en que te unas a nosotros. —Le espeté, si lo que quería era incomodarme, lo llevaba claro.

—Con gusto lo haría, pero he quedado con Susana para ir a comer y a patinar.

—Pues procura no cruzarte con nosotros en la pista si vas con esa arpía. No la soporto, es superior a mí —le dijo David a su hermano.

Salieron todos de la cocina, dejándome sola con él, cuando se acercó a mí por detrás, poniendo una mano a cada lado de mi cuerpo, dejándose caer en la encimera, me dio un beso en el cuello.

—Ve con cuidado en la pista de hielo que es muy traicionera, y no querrás partirte un pie,

especialmente siendo una principiante como tú —me susurró al oído.

—Más vale que el cuidado lo tenga tu chica, porque con lo superficial que es, capaz de querer patinar en tacones, y seguro que monta un drama cuando se parta una uña —contesté sin sacarlo del error de que yo no era novata, que lo descubriera cuando me viera patinar.

Pasamos una mañana de lo más divertida, alternando el paseo con las risas y con alguna que otra compra más. Una de estas compras era un objeto que David había mencionado que me entregaría antes, con la intención de hacerle una broma a su hermano. Lo llevaba escondido y ni él mismo sabía lo que era. Le había pedido a su chico que lo comprara antes de que nos juntáramos, porque esa tarde y noche íbamos a estar todos en casa de David. Álvaro tenía libre desde ese día hasta el viernes siguiente, así que querían aprovechar al máximo el tiempo juntos.

Cuando llegamos a la pista de patinaje, ya estaba hasta la bola de gente, pero esperamos un rato a que los padres con niños fueran saliendo, ya que se iban a comer pronto para poder ir temprano a ver la cabalgata. A nosotros nos daba igual verla más tarde, por lo que nos iríamos a comer cuando la cosa estuviera más tranquila.

Al fondo de la pista, estaban Alberto con todos sus amigos, aunque nos había dado a entender que solo había quedado con ella, supongo que, para ponerme celosa, cuando yo ya tenía totalmente asumido que entre nosotros no habría nada más y, en caso de que lo hubiera, sería un rollo, nada serio.

Patinamos hasta llegar a ellos y, mientras los demás nos recibieron con amabilidad, a Susana se le puso una cara, que parecía que estaba oliendo mierda, con perdón de la expresión, pero es que no encuentro una manera más gráfica de describirla.

—¡Pero si sabes patinar, no eres novata! —exclamó Alberto mientras se acercaba a mí, dejando a Susana a un lado.

—Eso de novata lo dijiste tú, no yo. Patino desde que tenía cinco años, que lo hacía con mi abuela, además de haber ganado algún que otro premio de patinaje artístico cuando era pequeña —contesté divertida, mientras que me cogía de la mano, llevándome con él a patinar. Tras una de las vueltas, me pegó a él y rozó sus labios con los míos.

—Estás totalmente irresistible —dijo para, a continuación, profundizar en un beso que me hizo perder casi el equilibrio, y salir patinando, dejándome desconcertada y en medio de la pista. En ese momento, se acercó David con Mario, ya que a Álvaro le daba miedo patinar, al igual que a Julia, y se habían quedado en el bar tomando algo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Estáis juntos? —me interrogó Mario.

—Eso ha sido el capullo de mi hermano jugando con fuego, y al final se va a quemar, ya lo verás. Y tú —se dirigió a mí—, no dejes que te bese cuando le dé la gana, que eres tonta y te tiene totalmente abducida con sus encantos.

Dejamos la pista atrás y nos fuimos comer todos juntos, mientras que él actuaba como si no

hubiera pasado nada en esa pista, yo no paraba de darle vueltas a lo sucedido. A lo mejor mi amigo tenía razón y era tonta, porque estaba jugando conmigo a su antojo, y no lo iba a permitir más, era hora de jugar bien mis cartas.

Susana me miraba con resentimiento, se pensaba que ese manjar era suyo, lo que no sabía era que lo que se estaba comiendo formaba parte de la carta de un restaurante de comida rápida, vamos que estaba al alcance de todo el mundo. Iban de la mano, como si fueran una pareja y yo atacué de la manera más ruin que encontré, lo reconozco, pero no se podía quedar la cosa así, no me iba a ganar la partida.

Me acerqué a Manu, que también era un hombre de esos que llaman la atención. Tenía el pelo castaño y ondulado, y siempre lo llevaba despeinado pero cuidado, no sé si me explico, lo llevaba a su aire, como si no se hubiera peinado, cuando la realidad era que, sí lo había hecho, y tenía unos impresionantes ojos color miel que, junto con su impecable percha, hacía que las mujeres se volvieran a mirarlo por la calle, y me colgué de su brazo, ya que era el único que no tenía pareja.

—Sígueme el rollo, por favor —le susurré para que los demás no pudieran oírnos.

—Claro que sí, preciosa, lo que tú quieras —respondió echando su brazo por mis hombros.

—Alberto actúa como si no le importara nada lo que ha sucedido entre nosotros, y eso me mata por dentro, pero no le digas nada.

—Ese tío es idiota, si yo tuviera la misma oportunidad contigo, no la rechazaría, y todo por el miedo al compromiso que tiene, al final se va a arrepentir. Tú tampoco le digas nada, pero le gustas y mucho, que lo sé de buena tinta.

—Es que no sé qué es lo que tiene en la cabeza, de verdad que no. ¡Qué tampoco le estoy diciendo que se case conmigo mañana! —exclamé mientras que a él le salía una carcajada.

—Tiene la mandíbula apretada, como siga así va a terminar por partirse un diente, y nosotros lo vamos a hacer peor, a ese le da hoy una úlcera de estómago. —Y esa vez la que reía era yo.

Así pasamos la tarde, los dos juntos, mientras que veíamos la cabalgata y mi amigo se volvía loco gritándole a Baltasar que no se olvidara de llevarle su regalo estrella, que ya estaba harto de vivir con tanta gente, y Alberto parecía que estaba en un velatorio, no cambiaba la cara por nada en el mundo, y mientras la otra haciéndole carantoñas, me partía por dentro, no se podía ser más patética.

Capítulo 12



Ya estábamos en casa de Lina y Daniel, habíamos comprado pescadito frito y varias raciones de ensaladilla y patatas alioli para cenar. La idea era evitar meternos en la cocina, sobre todo porque como decía Lina, debíamos acostarnos temprano ya que venían los Reyes. Antes de que nos fuéramos a la cama, planeábamos dejar nuestros regalos debajo del árbol de Navidad, porque ella y Daniel los pondrían en el salón, diferenciando los de cada uno con un globo con nuestro nombre, además de que estaban envueltos en papeles de regalo de distinto color.

Álvaro tenía planeado quedarse a dormir con David, mientras que yo me quedaría en el cuarto de invitados. Pero antes de irme a mi habitación, habíamos decidido pasar un buen rato los tres en el cuarto de mi amigo. Estoy segura de que nos íbamos a reír un montón con ese regalo que, supuestamente, iba a poner a su hermano taquicárdico, aunque no sabía cuándo, ya que eso no lo especificó.

—Toma asquerosa, espero que te guste, aunque en realidad lo hemos comprado pensando en mi hermano, ese que cuando te lo vea puesto, se va a quedar bizco —dijo dándome un paquete.

—Gracias por lo de asquerosa, nunca un insulto me había sonado tan bien —respondí mientras abría el paquete—. ¿Cuándo se supone que va a ver esto tu hermano? —dije sujetando un camisón entallado de encaje negro, que traía el tanga a juego.

—Esta noche, ya que esta mañana escuché que estaba hablando por teléfono y decía que iba a ir a tu habitación, que te iba a poner muy calentita y que luego se marcharía, aunque luego tuviera que darse una ducha de agua fría. Por eso pensé que no había mejor venganza que, al entrar en tu habitación, en lugar de verte con ese pijama, te encuentre con este camisón. —Se reía.

—Pues entonces, manos a la obra, voy a cambiarme aquí, por si me lo encuentro en el pasillo.

Me quité el pijama que llevaba, dejándolo en el dormitorio de David. Luego me puse ese camisón tan sexi, junto con el tanga y salí rápidamente hacia mi habitación, cerrando la puerta con un poco de ruido para que supiera que ya no estaba con su hermano. No pasó mucho tiempo antes de que él apareciera en mi habitación.

Vino a por lana y salió trasquilado, porque lo que menos se pensaba era encontrarme en la cama, con el móvil en la mano, haciéndome un selfi más que sugerente con esa ropa. Tragó saliva en cuanto me vio, y se vino directamente hacia mí, quitándome el teléfono de las manos.

—¿Qué coño estás haciendo? ¿A quién le ibas a mandar esa foto? ¿A caso es que eres una inconsciente y quieres que esa foto esté rulando por Internet en cinco minutos? —Le salía humo por las orejas.

—Punto número uno, la pregunta sería ¿quién coño te crees tú para quitarme el teléfono? Punto número dos, la foto se la iba a enviar a Manu, y no creo que tu amigo la difunda por Internet, como has dicho, y si lo hiciera, tampoco estoy desnuda ni nada por el estilo, hay fotos de publicidad mucho más explícitas que esta —dije quitándole el móvil y mostrándole la foto.

—No juegues con fuego, pequeña —me dijo con los ojos encendidos en deseo después de ver la foto, y cogiéndome por la cintura—. Esa foto solo la voy a ver yo, ni Manu ni nadie, ¿me has entendido?

Acercó su cuerpo al mío, pegando nuestros torsos, me agarró del culo y me levantó en brazos, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura. Me pegó a la puerta y me penetró con un solo movimiento, mientras sus labios devoraban los míos con pasión, descendiendo luego hasta mis pechos, esos con los que se volvió loco. Me hizo llegar al clímax en un abrir y cerrar de ojos, para a continuación salir de mí y terminar en su mano; no me había dado cuenta de que no se había puesto preservativo, os podéis imaginar hasta qué punto me desconcertaba su cercanía.

—Ya estoy harta, Alberto, no podemos seguir así, no voy a consentir que juegues así conmigo —dije limpiándome las lágrimas, pues me sentía utilizada.

—Ahora vas a decir que tú no lo disfrutas como yo. Esto es lo que hay, lo coges o lo dejas. No pienso unirme a nadie tan joven, no voy a desperdiciar mi vida teniendo pareja, cuando puedo disfrutar de todo lo que se me ponga a tiro —dijo enfadado.

—Pues lo dejo, no quiero sentirme utilizada, no quiero que tú puedas estar con quién te dé la gana y yo no, o jugamos todos en la misma liga, o se acabó.

Salió dando un portazo, y me dejó allí llorando, sin importarle lo más mínimo cómo me sentía. Era un insensible, lo tenía más que claro, así que se terminó, no iba a volver a caer en sus redes, todos los tíos a los que me acercaba eran iguales. Me iba a centrar en mis estudios, y ya el tiempo me pondría un hombre de verdad en mi camino.

A la mañana siguiente, hice de tripas corazón y decidí comportarme como si no sucedido nada la noche anterior, abriendo los regalos con una sonrisa en la cara. Lina y Daniel, junto a sus hijos, me dieron una cajita pequeña que contenía las llaves de un coche, precisamente el que a mí me gustaba y que tenía previsto comprarme pasadas las fiestas. Sin embargo, ellos ya lo habían adquirido hacía unas semanas, lo que me conmovió hasta las lágrimas. Se lo agradecí con un beso y un abrazo a cada uno de ellos. Aparte de eso, también recibí maquillaje, un perfume y una cazadora.

Llegó la hora de entregar los nuestros, y eso hicimos. Comencé yo, le di los regalos a sus padres en primer lugar, quienes se quedaron encantados y emocionados. A continuación, hice los mismo con David y Álvaro, a quienes les había regalado un fin de semana en París, un destino que tenían muchas ganas de visitar. Finalmente, le entregué su regalo a Alberto, quien me miraba con una mezcla de sorpresa y vergüenza. Cuando lo abrió, se quedó sin palabras, solo se acercó y me dio un breve beso en la mejilla, dándome las gracias. Como era de esperar, él no me había comprado nada, aunque no se lo recriminé, cosa que sí hicieron sus padres y su hermano, quien le dijo que me lo había advertido, que no esperara nada de su parte. No voy a negar que eso no me doliera, puesto que, aunque lo intuía, esperaba al menos un simple detalle que indicara que se había acordado de mí. Otra cosa más que me demostraba que yo no era importante para él.

—Bueno, ahora queda el regalo estrella para mis chicos, porque las llaves del coche no son, por mucho que os haya gustado —dijo Daniel eufórico.

—Subamos a la planta de arriba, primero —comentó Lina dando saltitos.

Al llegar, nos dimos cuenta de que ya no había restos de obra por ninguna parte. Daniel, emocionado, les entregó a sus hijos un juego de llaves y le pidió a David que abriera la puerta. Cuando lo hizo, nos quedamos boquiabiertos. La obra estaba totalmente terminada, y la casa estaba lista para entrar a vivir, completamente amueblada y muy al estilo de su hijo menor.

—Es una maravilla, papá, y encima ya está amueblada. Nosotros ahorrando para comprar los muebles porque, para que lo sepáis, Álvaro y yo nos venimos a vivir juntos. Vamos, el tiempo de ir a por nuestra ropa, porque ya esta noche dormimos aquí. —Saltaba David de alegría.

—Eso, solo papá, que mamá no ha hecho nada, solo encargarse de los muebles y de la decoración —lo increpó Lina.

—Que no, mamá, que no me has entendido. Las gracias a los dos. Por cierto, Sandra, ¿nos ayudas con la mudanza? —Me miró suplicante.

—Por supuesto que sí, eso no tienes ni que preguntarlo.

—Pero antes de que empecéis, vamos a subir a ver la casa de Alberto y la zona de la azotea, ¿os parece? —dijo Daniel.

La casa de Alberto era todavía más bonita que la de David, puesto que, aunque ambas tenían la misma superficie, la distribución era totalmente distinta entre una y otra. Me parecía que estaba como más aprovechada, no sé cómo explicarlo, la cocina abierta al salón hacía que se viera mucho más grande, y el cuarto de baño del dormitorio principal era una verdadera maravilla, todo en mármol blanco con los muebles y accesorios en negro, y esa ducha de lluvia que tenía en el techo, era una pasada.

La zona de la azotea era espectacular, con esa piscina infinita desde la que se podía ver gran parte de la Mezquita. Por la noche tenía que ser un espectáculo bañarse allí contemplando ese trocito de historia. Por no hablar, de las camas balinesas junto a la barra de bar, además de esa parte donde poder hacer barbacoas. Sin embargo, había un rincón que me intrigaba, ese que

estaba separado del resto por una puerta que, al abrirla, nos mostró un gimnasio completamente equipado con todo lo necesario para mantenerse en forma. Tanto Alberto como David, eran dos apasionados del deporte, y se quedaron con la boca abierta al descubrir esa sorpresa que sus padres habían mantenido en secreto, lo que hizo que el momento fuera aún más especial para ellos.

Capítulo 13



Los años fueron pasando...

David y Álvaro seguían viviendo juntos, y Alberto ya era parte del bufete de abogados de su padre, demostrando que tenía madera para ello, pues consiguió su despacho en menos de seis meses después de que terminara la carrera.

Nuestra relación seguía siendo la misma, ni contigo ni sin ti, aunque yo había tenido algunas citas con otros chicos a lo largo de estos años. Sin embargo, ninguna relación acababa de cuajar por culpa del maldito abogado. Cada vez que se daba cuenta de que salía con un chico más de dos veces, venía a buscarme y yo, tonta de mí, caía en su juego una y otra vez.

Álvaro decidió comprar la discoteca donde había estado trabajando, dado que su anterior propietario anunció su jubilación. Él vio la ocasión perfecta de mejorar su situación laboral, ya que el local iba viento en popa. De hecho, algún que otro fin de semana, la afluencia de gente era tan alta que hubo personas que se quedaron fuera, incapaces de entrar porque el local había alcanzado su aforo máximo.

Esa noche era la de nuestra graduación, la de David y mía, él se licenciaba en Psicología, y entraría a trabajar en la clínica que era propiedad de su madre, de momento como residente, para hacer como su hermano, demostrar que valía y así, tiempo después, poder tener su propia consulta. Yo me licenciaba en Económicas y, a la misma vez, había terminado un Máster MBA en Dirección y Gestión de Empresas de Salud y Bienestar, ese que tanto Daniel como Lina insistieron en que hiciera de cara al futuro, y ahora me tocaba buscar trabajo. Pero lo haría con calma, ya que tenía las espaldas bien cubiertas, puesto que la manera de invertir que me aconsejó Daniel, así como los beneficios de la discoteca, daban su fruto.

Es verdad, no os lo había dicho, yo era la socia capitalista de Álvaro, ya que para que no solicitara ningún préstamo al banco, y que se viera ahogado, decidí que yo ponía el dinero a cambio de un treinta y cinco por ciento de los beneficios, de manera que tanto él como yo salíamos ganando, cada uno había puesto un porcentaje del dinero que hacía falta para comprarlo y, a su vez, él tenía un sueldo por gestionar todo, mientras que yo me limitaba a recoger las ganancias. Habíamos hablado de que, el día de mañana, si él quería comprar mi parte, yo estaría encantada de vendérsela, a lo que él siempre contestaba que no, que, de ninguna manera, que

seríamos socios toda la vida, que no iba a olvidar nunca la mano que lo ayudó, formábamos nuestra particular familia.

—Ya estoy lista —dije saliendo del dormitorio de invitados de David, ese en el que me había arreglado, ya que queríamos salir los dos juntos hacia el acto de graduación.

—Menos mal, hija mía, creía que de aquí me iba a tener que ir a la clínica directamente, que eres más lenta que el caballo del malo de las películas.

—De lenta nada, es que lucir así lleva su tiempo. —Me mostré ante él como si de una pasarela de moda se tratase.

—Joder, decir que estás espectacular, es quedarme corto. Estás que partes cuellos —me piropeó boquiabierto.

Para esa ocasión, opté por un vestido a media pierna en color morado, que contaba con una abertura en la parte trasera que llegaba justo a la rodilla. Tenía un escote en V, que ya he comentado antes que es uno de mis favoritos, y la espalda completamente cubierta. Lo complementé con un cinturón estrecho en verde pistacho, así como unas sandalias joya del mismo tono que tenían un tacón de vértigo y me hacían lucir unas piernas largas y estilizadas. El cabello lo llevaba recogido en una cola baja con la raya en medio, totalmente tirante, y el maquillaje era muy sutil, tan solo resaltaba el ahumado en tonos morados de mis ojos, que hacían que se vieran más verdes que nunca. En cuanto a las joyas, solo me había puesto unos pendientes largos en verde pistacho y la pulsera que me regalaron Lina y Daniel el primer cumpleaños que pasé en Córdoba, esa que no me había quitado nunca, y que me recordaba la suerte tenía de tenerlos en mi vida, a pesar de que eso incluyera también al energúmeno de su otro hijo.

Tomamos un taxi, ya que habíamos decidido no coger el coche, porque después de la ceremonia de graduación, habíamos reservado nuestra discoteca exclusivamente para nosotros. Contábamos con un servicio de catering que se encargaría de servir la cena y, después, el personal de nuestro local se encargaría de las copas. Cuando llegamos, ya estaban allí Daniel y Lina junto a Álvaro, que había pasado antes por la discoteca para comprobar que todo estaba en orden. Además de Alberto, puesto que Susana también se graduaba, aunque ella no se matriculaba de cursos completos, sino de asignaturas sueltas, decía que prefería terminar más tarde pero no tirar el dinero sabiendo que todo el curso no lo iba a aprobar.

—¡Vaya pareja de guapos! —exclamó Álvaro cuando nos vio llegar, dándole un beso a su chico.

—Ni que lo digas, mi niña hoy se echa novio —dijo Daniel mirando de reojo a Alberto, al que se le había cambiado el semblante cuando lo escuchó.

—Dios te oiga, Daniel, porque últimamente solo se me acercan capullos, a ver si de una vez por todas, el capullo se convierte en flor. —Reía agarrándome de su brazo, y fijando mi vista en Alberto.

—Plántalos tú y verás como florecen —me aconsejó Lina, haciendo un juego de palabras.

—Eso voy a hacer, Lina, dejarlos plantados una temporadita, porque me voy a Roma unos días con algunos amigos de la facultad, lo mismo me ligo a un italiano y me quedo allí.

Entramos riendo, localizando sus asientos y dirigiéndonos a la parte en la que teníamos que estar nosotros, que no estaríamos juntos, ya que la distribución de las localidades era por orden alfabético y, mientras que yo era Bello, él se apellidaba Romero, pero estaría también Marta, que estaba a mi lado, esa que aquel año, cuando llegó del pueblo, nos dijo que se mudaba allí definitivamente, y que estaba loca de contenta, estudiaría a distancia, y solo vendría para los exámenes y la graduación.

—Hola, petarda. ¿Contenta de haber llegado hasta aquí? —pregunté a Marta

—No lo sabes tú bien, la vida en el pueblo me ha cambiado, aunque os echo de menos. Pero es que allí estaba mi vida, mi abuela nos necesita, mi madre, al no tener que pagar ni casa ni nada de eso, va mucho más desahogada, y no se tiene que matar a trabajar. Encima recuperé el amor del chico con el que estaba antes de venirme a vivir a la capital.

»Cuando regrese, solo tengo que firmar el contrato de trabajo, ya que me han contratado en el departamento de contabilidad de la fábrica, esa misma en la que trabaja mi chico de administrativo. Por fin la vida me ha sonreído —me contaba Marta emocionada.

—No te puedes imaginar lo que me alegro por ti. Ojalá, en mi vida también se fuera ya colocando cada cosa en su sitio.

—Verás como pronto la tuya también estará encauzada, sobre todo en el tema sentimental, aunque para eso tendrás que darle una patada al capullo que lleva jugando contigo desde que te conoció.

La ceremonia fue muy bonita y emotiva, como primera de mi promoción, me tocó a mí salir a cerrar el acto con un discurso que, a pesar de los nervios, me hacía muchísima ilusión.

—Buenas tardes, hoy me ha tocado a mí cerrar este acto, pero seré breve, no os preocupéis que la Nochebuena la pasamos en casa —dije mientras se escuchaban las risas—. En primer lugar, me gustaría dar las gracias a todos por estar hoy aquí, en uno de los días más importantes de nuestra vida, ese en el que, la mayoría, pasaremos a engrosar la lista del paro.

»Ahora ya, sin bromas. Gracias al claustro de profesores, por ponernos a nuestro alcance todos los medios necesarios para llegar a donde hoy estamos. Para terminar, me vais a permitir que agradezca a todos y cada uno de mis compañeros los momentos compartidos, sus risas y anécdotas, que siempre quedarán en nuestros recuerdos y nuestros corazones. Y ahora, nos toca disfrutar un poquito del verano. Muchas gracias.

Entre aplausos, bajé del atril para reunirme con los míos, cuando noté una mano en la cintura, esa que conocía bastante bien y que, aún con el paso de los años, me seguía poniendo nerviosa.

—Has estado fantástica, nos vemos luego —susurró en mi oído y se marchó, maldita sea mi estampa, que siempre me hace lo mismo y yo caigo una y otra vez.

Capítulo 14



Llegamos al local, y ya estaba todo preparado, nos habían puesto unas mesas redondas para cada familia, con unos entremeses para picar antes de que llegara la cena, que consistían en unas tablas de ibéricos; con jamón, queso, caña de lomo y morcón. Por otro lado, teníamos unas mini tostas de salmón ahumado con queso brie, una fuente de marisco y otra de croquetas de jamón y de gambas. Como plato principal, tendríamos un solomillo de cerdo en salsa de Jabuguitos, y de postre un surtido de mini pasteles.

En nuestra mesa, estábamos sentados Lina, Daniel, David, Álvaro y yo, quedando cinco asientos vacíos. A mi querido Alberto no se le ocurrió otra cosa que ofrecérselos a Susana y su familia, compuesta por sus padres y su hermano, quien, curiosamente, era un año mayor que yo.

—Ya que, al parecer, vamos a ser familia, qué mejor que sentarnos juntos, ¿verdad querida?
—Se dirigió Mati, la madre de Susana a Lina.

—No tenemos ningún inconveniente en que os sentéis con nosotros, pero de ahí a lo que insinúas, me parece que te equivocas un poquito.

—No sé, tengo entendido que tu hijo y mi hija llevan ya unos años de relación, pero si lo dices tan convencida, lo mismo es que no te han contado nada, manteniéndote al margen —le respondió ella muy airosa.

Aquello iba a terminar como el Rosario de la Aurora, lo estaba viendo, y mientras tanto, el peñazo de Martín, el hermano de Susana no paraba de tirarme la caña, y a mí me daba que lo único que iba a pescar era una mala contestación

—Si por relación te refieres a que se acuestan cada vez que a mi hijo le da la gana, te lo compro. Aunque, también te digo que si fuera familia de los padres de todas las chicas con las que se acuesta, me tenían que dar el carné de familia numerosa— le soltó Lina, mientras todos nos reíamos por lo bajo, incluido Alberto.

—Pues si no es por su hijo, permítame que corteje a esta bella joven que tienen bajo su amparo —dijo el cursi de Martín, y ahí ya no me pude aguantar.

—Vamos a ver, chiquillo, para empezar, estamos en el siglo XXI, así que más vale que

actualices tu lenguaje, que se ha quedado bastante obsoleto. En segundo lugar, a mí no me tiene que permitir nadie un cortejo, como tú dices, ligo con quien me da la gana, que para eso el cuerpo es mío y no es de nadie. Y tercero, pero no menos importante, como le vuelvas a hablar a Lina y a Daniel de usted, no vas a tener un lugar donde esconderte, porque eso es lo que más detestan estas dos personas.

—Muy bien dicho, preciosa. —Me jaleó Daniel.

—Como comprenderás, le he inculcado a mi hijo todos los valores que un caballero debe tener, y es de recibo que le hable de usted a los futuros suegros de su hermana —sentenció muy solemne.

Alberto, que en ese momento estaba tomando un trago de su copa, se atragantó, escupiendo el vino en modo aspersor, poniendo a Susana y a su padre perdidos, mientras que a los demás nos salió una carcajada.

—Corre, hermano, que como sigas aquí diez minutos más, estos reservan la iglesia y el banquete —dijo David entre risas.

—Las copas corren por cuenta nuestra, ¿verdad Sandra? —bromeaba Álvaro, mientras que a Alberto le cambiaba el semblante por momentos.

—Verá usted, señor Paco, es que lo que tenemos Susana y yo no es tan serio, somos amigos y poco más —se justificó Alberto, haciéndole entender a «su suegro» que no había nada de cierto en eso que les había contado su hija.

—En mi época, si te acostabas con una mujer, era porque tenías intención de casarte con ella. A no ser que fuera una mujer de mala vida, y no creo que mi hija se dedique a eso, precisamente.

—Esos eran otros tiempos, Paco, ahora los jóvenes, tanto hombres como mujeres, viven la vida de otra manera, afortunadamente para ellos, que catan la mercancía antes de unirse y, si no funciona, a la calle y otro —respondió Daniel.

Me disculpé y me dirigí al servicio, ya que aquella conversación se estaba tornando un poco complicada, con uno que era más antiguo que el hilo negro y el otro que todo lo que implicaba avanzar lo veía maravilloso. Me dirigí a la calle, a fumarme un cigarro, mientras que ellos se decidían a cambiar de tema, porque, además, es que me imaginaba a Alberto casado con esa arpía con cara de tonta, y se me revolvía el estómago.

—Dame uno a mí, anda, que me ha entrado una ansiedad, que no veas —me pidió Alberto.

—Toma —le di uno y el mechero—, pero la culpa la tienes tú, por no pararle los pies a esa que, a saber, lo que les ha contado a sus padres. Con esas ínfulas de grandeza que tienen todos, que se creen de la realeza británica, con tanto cuento.

—Te doy toda la razón, le he dicho que ahora en cuanto vuelva, vamos a hablar, y le voy a dejar claro que se acabó, ya no sé qué hacer para decirle que no es nada en mi vida, que nos

acostamos de vez en cuando, nada más, que no implica nada el que salgamos en la misma pandilla.

»Pareja son Julia y Mario, ellos sí, porque aparte de los planes que hacemos todos juntos, hacen otros los dos solos. Nosotros solo estamos solos cuando hay tema, y en cuanto terminamos, tú a tu casa y yo a la mía.

—Si hasta te ha visto besarme y ha vuelto a ti, me parece patético que esté dispuesta a consentir todo por estar con un tío. Lo mismo y hasta te conviene casarte con ella, total, vas a poder hacer lo que te dé la gana y acostarte con quien quieras, que ella no te lo va a reprochar nunca —dije haciendo de tripas corazón.

—Créeme que, cuando me case, lo haré porque amo a mi pareja, y querré tener lo mismo que tienen mis padres: complicidad, cariño y pasión; no lo voy a hacer con alguien que no se quiere lo suficiente para consentirme todo, y que encima es una seta en la cama. Sé que está feo que lo diga, pero es que ni en eso le veo ya la gracia a esta muchacha.

Nos fuimos para dentro, donde ya estaban sirviendo la carne, y habían cambiado de conversación, pasando a hablar de los planes de futuro en cuanto a lo laboral se refiere, de cada uno.

—Bueno, ya que estás aquí, y que está el tema sobre la mesa, a Lina y a mí nos gustaría proponerte algo —me dijo Daniel.

—Como ya sabes, el director de mi clínica se jubila en septiembre, y tras haberlo hablado y meditado mucho, hemos llegado a la conclusión de que el máster que hiciste nos va a venir muy bien para que asumas la dirección en cuanto que se jubile, siempre que tú quieras, claro.

—¿Cómo no voy a querer? Es un sueño hecho realidad, de verdad que no sé cómo agradeceróslo —dije visiblemente emocionada.

—¡Me parece inaudito! —Alzó la voz Paco—. Lo lógico sería que se lo ofrecierais a vuestra futura nuera, que ha terminado la misma carrera que ella, y así todo quedaría en familia.

—¡Se acabó! —dio un golpe en la mesa Alberto— Mis padres, y en especial mi madre, que es la propietaria, se lo ofrecerá a quien le salga de las narices. Además, se lo ha ofrecido a su futura nuera, porque si algún día me caso, será con ella, que es de la que llevo enamorado desde que la conozco, no de su hija, con la que únicamente me he estado acostando esporádicamente, y que no me deja en paz.

Se levantó de la mesa, me cogió la cara entre sus manos y me dio un beso digno de película, ya que a mí no me había dado tiempo a sentarme todavía, dejándome completamente atónita por la confesión que acababa de hacer. Por supuesto, no pude evitar corresponderle con un beso.

La noche terminó, con Lina y Daniel aplaudiendo; David diciendo que ya era hora; Álvaro emocionado, ya que decía que no había visto nunca una declaración de amor más bonita, y Alberto y yo besándonos cada dos por tres y abrazados el uno al otro. Por la otra parte, Susana llorando a moco tendido, implorando que no la dejara, que ella se adaptaba a todo, que no tenía

que estar con ella solamente. Al padre que casi le da un infarto de escuchar a su hija, la madre como si todas sus expectativas de prosperar socialmente se hubieran ido por el retrete, y el imbécil de su hermano, diciendo que él iba a lavar el honor de su hermana y de su familia, pues como no lo llevara al tinte, eso ya no había por dónde cogerlo.

Capítulo 15



Me fui a la pista a bailar con mis amigos, una vez resuelto el entuerto que se había formado en la mesa después de cenar. La verdad es que esa declaración me tenía un poco escamada, no me terminaba de fiar de Alberto, ya que no sabía si lo había dicho de verdad o para tener la oportunidad de quitarse a Susana y a su familia de encima. Aunque, por otro lado, no lo veía tan mezquino como para jugar con mis sentimientos, y mucho menos delante de su familia.

—¿Cómo está mi cuñada favorita? —dijo David al acercarse a mí, con toda la ilusión del mundo.

—Quita, quita, cuñada ni cuñada, que no las tengo yo todas conmigo todavía.

—Mujer, no pienses eso. Lo que mi hermano ha expresado hoy en alto, lo teníamos claro todos los demás desde hace mucho tiempo y hoy, por fin, ha dejado sus miedos atrás.

—Todos menos yo, que no es que no lo tenga claro, es que no me fio ni un pelo de tu hermano y de las palabras que ha pronunciado. Y cambiando de tema, cuándo nos vamos a reunir para ver qué nos llevamos a Roma, ¡que nos queda solo una semana para irnos! —exclamé muy entusiasmada.

—¿Qué es eso que te entusiasma tanto? ¿Es por mi declaración? —Apareció Alberto en ese momento, abrazándome desde atrás por la cintura.

—No, no, para nada, tú todavía estás en cuarentena. Es por la semanita que viene, que nos vamos a Roma.

—Entonces es en serio que os vais, ¿no? Pues disfrutad muchísimo y pasadlo de lujo, que es una ciudad preciosa.

Seguimos bailando, y con mucho disimulo, me llevó tras una columna, esa en la que hacía un punto ciego, y desde donde no nos podía ver nadie. Asaltó mi boca de una manera desesperada, como si estuviera hambriento y fuera la única comida que había en el mundo, metiendo las manos por debajo de la falda de mi vestido.

—Para, para, espera un momento, antes que nada, vamos a dejar las cosas claras ¿qué somos Alberto? Porque yo no pienso consentir más idas y venidas, ni que hoy estés conmigo y mañana con otra. Si es eso lo que quieres, vuelve con Susana que va a hacer como si no pasara nada.

—¿Qué parte de que no quiero estar así con una persona, no entiendes? Solo quiero saber qué es lo que quieres tú.

—Exclusividad, solo quiero eso, que en nuestra pareja estemos tú y yo, que no le des cabida a nadie más.

—Perfecto, me parece lo más lógico, pero yo también tengo algo que decir. No quiero tener que estar pegado a ti todo el tiempo, ni que me bombardees a llamadas cada dos por tres para controlarme, poder hacer planes con mis amigos sin que tú tengas que estar incluida, porque entonces empezaría a agobiarme y no llegaríamos a nada.

—No sé qué clase de persona crees que soy, pero estoy de acuerdo, siempre que todo eso que has expuesto sea recíproco y que en esos planes no se me falte al respeto, por mí no hay problema.

—Pues con todo eso aclarado, ¿qué tal si nos vamos a mi casa y sellamos el acuerdo? — preguntó con una sonrisa de medio lado, que me indicaba el tipo de cierre que quería.

Lo que pasó entre nosotros fue como un torbellino de pasión. Aprovechando que no nos podía ver nadie, nos lanzamos a la boca del otro, y nuestras manos comenzaron a volaron por nuestros cuerpos, poniéndome como una moto. De repente, sentí cómo sus manos se deslizaban por debajo de mi vestido, apartando a un lado la parte delantera de mi tanga, y comenzó a acariciarme el sexo de arriba abajo. Con dos dedos me penetró, mientras que con el pulgar me acariciaba el clítoris, llevándome a un orgasmo que me dejó sin aliento, para a continuación meterse los dedos en la boca y saborearlos. Sin pensarlo dos veces, me cogió de la mano, y nos marchamos sin despedirnos de nadie. Ya le mandaría un mensaje a David por el camino para que supiera que estaba bien.

Cuando llegamos a su casa, y nada más entrar, me aprisionó contra la puerta de entrada, y nos devoramos mutuamente. El primer asalto lo tuvimos ahí mismo, sin ni siquiera quitarnos ni los zapatos. Subió mi vestido, me puso de cara a la puerta, mientras que se desabrochaba el pantalón, ese que cayó hasta sus rodillas, apartó mi tanga a un lado y me penetró de una sola embestida, la cual fue brutal, y me hizo gritar de placer. Nada de preliminares, ni nada de nada, directos al grano, me retorció de placer, hasta que llegamos al clímax los dos juntos, ni siquiera se había puesto un preservativo, ya que sabía que yo tomaba la píldora.

—Bestial, follar contigo es brutal. En mi vida había sentido algo así, te lo prometo —dijo apoyado en mi espalda una vez que habíamos terminado.

—A la mierda el romanticismo —dije entre risas.

—Eso no es lo mío, y lo sabes. Lo mío es hacerte gritar y disfrutar como lo has hecho, y seguiré haciendo toda la noche. Por cierto, ¿tienes algo de ropa en casa de mi hermano? Lo digo

para que no tengas que marcharte mañana con la misma ropa.

—Qué manera más sutil de decirme que me tengo que marchar, pero tranquilo, no entraba en mis planes quedarme aquí contigo, hemos quedado a las dos para comer y planificar el viaje.

—Ya te lo he dicho antes, no quiero tener una pareja pegatina, que no soy una carpeta. No te lo tomes a mal, pero necesito tener mi espacio.

—Y yo, por eso me voy a Roma y tú te quedas aquí —dije, en cierto modo un poco mosqueada, el tacto no estaba entre sus cualidades.

—¿Te apetece que llene el *jacuzzi* y lo estrenamos? —preguntó con mucha habilidad, pues sabía que como siguiéramos con el mismo tema, se podían torcer bastante las cosas.

—Ve preparándolo mientras voy al baño. —No tenía ganas de ir, pero necesitaba estar un rato a solas para tranquilizarme y que se me fuera pasando el cabreo un poco.

Entré en el baño y me asecé un poco, a la vez que me echaba agua en el cuello y en las manos, pues eso me relajaba bastante. De verdad que lo necesitaba en ese momento. Cuando salí, ya tenía el *jacuzzi* listo, había puesto unas velas de vainilla alrededor, y había preparado dos copas que estaban apoyadas en el borde, él ya estaba dentro, desnudo y esperándome.

Me desvestí de una manera muy lenta y muy sensual, empezando por el vestido, ese que dejé a un lado, en una pequeña silla que había, continué por la ropa interior, que cayó al suelo de manera despreocupada, bajando mi tanga muy lentamente, para terminar apoyando cada una de mis piernas en el borde del mismo para desabrochar mis sandalias, dejando mi sexo a la altura de sus ojos, en cuya mirada se podía ver a simple vista que estaba nublada por el deseo y es que, tal y como él mismo había dicho antes, la química entre nosotros era brutal, y cuando lo hacíamos, se podían escuchar los fuegos artificiales a nuestro alrededor.

—Ven aquí, anda —me dijo dándome la mano para ayudarme a entrar, y situándome entre sus piernas, en las que pude notar su miembro más que dispuesto para un nuevo asalto—. Perdóname el ser tan bruto a veces, pero es que no estoy acostumbrado a esto, y me agobia el pensar que voy a perder mi libertad.

—¿Bruto tú? Por favor, si eres todo sensibilidad y amor —respondí con ironía—. Ahora en serio, el ritmo lo vas a marcar tú, no tengo ningún problema por eso, pero también te digo que no me vas a llamar solo cuando quieras tener sexo, no quiero que me trates como una muñeca hinchable, que también quiero salir a pasear contigo, ir a cenar, a bailar, al cine, vamos lo que hacen todas las parejas. Eso tenlo claro.

—¡Joder, pero eso es estar siempre contigo! —exclamó asustado.

—No te estoy diciendo que lo vayamos a hacer todo en la misma semana. Y, si no lo tienes claro, deberías tomarte esta semana que voy a estar de viaje para pensarlo, no quiero que me hagas más daño. Solo tienes que decidir qué te da más miedo perder si tu libertad o a mí.

—Bueno, eso ya se verá, ahora estamos aquí y vamos a disfrutar de la noche.

Y tanto que la disfrutamos, nos pasamos casi toda la noche haciéndolo, no dejamos ni un rinconcito de la casa por inaugurar, hasta que, viendo el amanecer, abrazados desde su cama, caímos rendidos en un profundo sueño. Me dormí pensando en si estaba haciendo lo correcto, poniendo en sus manos mi corazón, porque cada vez tenía más claro que me lo iba a romper, y no sabía si podría superar esa ruptura.

Capítulo 16



Cuando me desperté, Alberto ya no estaba en la cama, y en la silla de su dormitorio había unos *shorts* tejanos y una camiseta que tenía en casa de su hermano, para tener ropa aquellos días en los que me quedaba a dormir en su casa, así como unas cuñas y ropa interior.

Pero lo que más me dolió fue la nota que había encima: «Cierra bien al salir», ni un nos vemos luego, o te llamo en cuanto pueda, nada de nada, y ya un te quiero o un beso, sería una utopía. Me estaba tratando como a una de sus conquistas, con la única diferencia de que a mí me conocía y no tenía miedo de dejarme a solas en su casa. ¿Quería yo eso? Aunque mi cabeza decía que no, mi corazón me instaba a que le diera tiempo, que ya se acostumbraría a tener pareja.

—Hombre, mi cuñadita —dijo David al abrirme la puerta de su casa—. Mi hermano bajó hace un rato a por tu ropa. ¿Quieres meter en la lavadora la de anoche?

—Tu «cuñadita» está que trina. Gracias por lo de la ropa, pero no, me la llevo a casa, ya la tengo preparada en esta bolsa, pero a lo que venía. ¿Tú sabes que tienes un hermano que es gilipollas? Aunque me parece que la gilipollas voy a ser yo, al final.

—¿Qué ha hecho ahora? Porque por la cara que traes, me espero lo peor.

—Qué no ha hecho, mejor. Toma, juzga por ti mismo. —Le entregué la nota para que la leyera, y se quedó con los ojos como platos—. Si fuera Álvaro, ¿qué harías tú?

—Colgarlo de los huevos.

—No me ha despertado cuando se ha ido, ni un beso, ni un ¿necesitas que te lleve a algún sitio antes de irme? Me está tratando como si fuera su nuevo juguete, y si a eso le sumas todas las condiciones que me ha puesto para tener esta relación, cuando yo solo le he exigido respeto y exclusividad, pues apaga y vámonos.

Le conté todo lo que habíamos hablado por varias razones. La primera porque era mi mejor amigo, y necesitaba sacarlo fuera y escuchar su punto de vista y la segunda porque, además, era su hermano y lo conocía más que nadie. Quería que se pusiera en mi lugar y me aconsejara qué hacer, pues yo estaba hecha un lío y no sabía por dónde tirar.

Llegamos a la conclusión de que le diera tiempo, también tenía que ponerme en sus zapatos, Alberto no estaba acostumbrado a tener una pareja, y poco a poco se iría poniendo todo en su sitio. Me iría a Roma y ya hablaríamos cuando volviera.

No recibí ni una llamada ni un mensaje en toda la semana, así que yo tampoco lo hice, le dije que él marcaría los tiempos, pero no iba a dejar que me pisoteara, como también tenía claro que iba a disfrutar de mi viaje, ese que me había ganado con creces, no me amargaría nadie, y menos él. Coincidimos el día antes de irnos en una comida en casa de sus padres, esos que no hacían más que preguntarme cómo me iba con su hijo, y a los que no paraba de decir que simplemente iba, que el tiempo ya diría.

—Hola preciosa —dijo acercándose para darme un beso en los labios, pero yo giré la cabeza y me lo dio en la mejilla, extrañándose por mi gesto. Su hermano vio el gesto y me aplaudió, dándome la razón.

—Hola, ¿qué tal todo? ¿Mucho trabajo? —pregunté con muy mala leche, pero sonriendo como si no pasara nada.

—¿Este mucho trabajo? Si se lo ventila todo en un tris, lleva toda la semana saliendo antes que yo —contestó su padre sin darse cuenta de que había dejado a su hijo sin coartada, y a este le mudó la expresión del rostro.

—Te iba a llamar luego, por si te apetecía que cenáramos juntos y pasar la noche en mi casa —dijo con la mirada suplicante.

—Pues va a ser que no, que mañana nos vamos temprano a Sevilla para coger el avión, y no quiero llegar tarde. —Lo tenía claro si pretendía que aceptara, hoy tenía ganas de meneo, pues que se lo diera él solito. Si pensaba que yo iba a correr a sus brazos nada más que me llamara, lo tenía claro, eso ya se acabó y, o me incluía en su vida, o yo lo iba a echar de la mía.

—¿En qué coche vais? ¿En el vuestro o en un taxi? —preguntó Lina que entraba en ese momento con el asado.

—No y no. Iremos junto a dos compañeros más en el coche de Pablo, que tiene familia allí, que recogerán su coche para meterlo en el garaje hasta que lleguemos, y luego se lo llevarán al aeropuerto para que podamos volver —explicó David a su madre.

—¿Qué Pablo, ese que bailaba contigo en la discoteca aquel día? ¿Al que se le notaba a leguas que lo que quería era llevarte a la cama? —susurró bastante cabreado.

—Ese mismo —respondí igual de cabreada. No se acordaba de mandarme un mensaje en toda la semana y, ahora, se ponía celoso—. Vamos, lo mismo que tú llevas haciendo desde que nos conocemos, ni más ni menos.

—¿Estás celoso, hermanito? —preguntó David con mucha guasa— Porque para no tener celos ni inseguridades con respecto a tu pareja, la cosa es muy sencilla, no la descuides y no necesitará buscar en otro lado lo que le falta contigo. Mira yo, mi chico que se queda en la discoteca toda la

semana y, ¿qué hay más peligroso que la noche? Absolutamente nada, pero como entre nosotros no faltan los gestos de cariño y la complicidad, no tengo celos porque, aunque también es muy necesario, el sexo no lo es todo, corazón mío.

—¿Celos yo? ¿Me has visto bien? Ese no me llega ni a la suela del zapato, querido. Además, que Sandra sabe lo que hay y lo que necesito en una relación.

—Y tú, ¿sabes lo que necesita ella? Porque a lo mejor te llevas una sorpresa cuando te enteres, pero claro como aquí todo gira en torno al señorito.

—No todo es el exterior —dije casi con lágrimas en los ojos—. El interior de una persona también es muy importante.

—¿Me estás diciendo que lo prefieres a él? Porque si es así, me lo dices claro y no pierdo más el tiempo.

—¿Qué tiempo estás perdiendo tú? En todo caso lo estaría perdiendo yo, que llevo toda la semana esperando, aunque fuera, un puto mensaje preguntando cómo estoy. Y no estoy diciendo que lo prefiera a él, te estoy diciendo que estamos en dos puntos muy distintos.

»Tú quieres tener una novia para echar un polvo cuando te plazca, y yo necesito a mi lado a una persona que comparta conmigo sus cosas, al igual que yo con él, que no tiene por qué ser necesariamente que tengamos que hacer todo juntos.

—Me dijiste que yo marcaría los tiempos, y ahora me reprochas que no te llame en toda la semana.

—Hijo, es que eso tampoco es normal —dijo su madre, que estaba siendo espectadora de toda la discusión.

—Déjalo Lina, no es capaz de entender lo que le digo, él lo ve todo a su manera. Me voy a mi casa, se me ha quitado el hambre —le dije para, a continuación, dirigirme a Alberto—. Tómame esta semana como dijimos, y piensa qué te da más miedo perder, si a tu libertad o a mí, y a la vuelta hablamos, pero ten claro una cosa, no voy a estar a tu disposición cada vez que a ti te dé la gana, una cosa es que hagas planes con tus amigos sin incluirme, y otras es que no me incluyas en ninguno que no implique tener sexo contigo. Buenas tardes.

Me levanté y me fui, sin pararme a escuchar a mi amigo que me llamaba, tenía que salir de ahí, necesitaba que me diera el aire, pues notaba que me ahogaba, esa presión que me estaba aplastando el pecho debía echarla de alguna manera, y lo conseguí rompiendo a llorar desconsolada. Lo sabía, sabía que era una mal idea tener una relación con él, pero me empecé en que la cosa iba a cambiar, y ahora estaba pagando los platos rotos.

Noté que me abrazaban por detrás y, a pesar de que deseaba que fuera él, era su hermano, mi amigo del alma, que había salido corriendo detrás de mí y, al ver en el estado en que me encontraba, lloró conmigo a la vez que trataba de consolarme, acariciando mi espalda y dejando que expulsara todo de mi cuerpo.

En cuanto me tranquilicé un poquito, me juré a mí misma que no iba a echar ni una lágrima más, que ya era hora de que me valorara, él tenía una semana para pensar lo que quería, y yo iba a aprovechar ese mismo tiempo para pasarlo bien y disfrutar, para conocer cada uno de los rincones de una ciudad que deseaba tanto conocer.

Capítulo 17



Mientras yo salía de allí...

—¿Es que no te vas a mover de ahí? —preguntó Daniel incrédulo.

—Ya la has oído, dice que necesita estar sola —respondió Alberto.

—David, ve tras ella, no le vaya a pasar algo, que sería lo que iba a faltar. —Se dirigió a su otro hijo—. Y tú, ¿me puedes decir en qué estás pensando? ¿Es qué todas esas palabras que dijiste en la cena eran mentira? Porque empiezo a pensar que sí, que lo dijiste solo para quitarte a esa otra chica de encima.

—¿En serio me vez tan ruin para hacer eso? A veces pienso que tu hija es ella en vez de yo. Pues claro que eran ciertas, pero no sé cómo manejar esto, me da miedo perder mi independencia, me da miedo depender emocionalmente de otra persona y que no sea capaz de seguir adelante si la cosa no sale bien —respondió Alberto enfadado.

—Y todo eso, ¿se lo has dicho a ella? Porque si no lo sabe, ella lo único que puede interpretar es que la estás utilizando, lo mismo que he pensado yo, e imagínate cómo se siente, está claro que tenéis mucho de lo que hablar. Lo más sensato es que hagas lo que te ha dicho, tómate esta semana para pensar muy bien lo que quieres y a lo que estás dispuesto a renunciar por ella, si te merece la pena seguir viviendo así, con total libertad de acostarte con quien quieras, pero sin nadie con la que compartir tus penas y celebrar tus triunfos.

Ya en mi casa...

Nos habíamos levantado pronto, pues David llamó a Álvaro y le contó lo que había sucedido, y le dijo que se quedaba a dormir conmigo. Su chico le dijo que no había problema, que él saldría tarde de trabajar, puesto que la discoteca celebraba esa noche un evento y le darían las tantas para cerrar, pero yo me sentía culpable de que mis amigos no pudieran estar juntos antes de que pasasen sin verse una semana.

—De verdad que lo siento, ahora podrías estar despidiéndote de tu chico y no aquí conmigo que, incluso, me estoy planteando no ir a Roma.

—Estás loca si piensas que te voy a dejar quedarte y perderte este viaje. Además, que mi chico me acaba de enviar un mensaje para decirme que viene para acá a despedirnos.

—¡Qué suerte! El mío, en todo caso, me enviaría uno diciéndome que me compre un mapa para no perderme, aunque lo mismo le viene hasta bien que me pierda —contesté con total ironía.

—Venga, vamos, que ya están esperándonos abajo, Álvaro incluido.

Nos dimos prisa en bajar, cada uno con su maleta, menos mal que el maletero del coche de Pablo era grande, porque si no, íbamos a tener que llevar la maleta sujetándola por la ventanilla. Mis amigos se fundieron en un fuerte abrazo con beso de película incluido. Yo añoré que Alberto no hubiera ido a despedirme. Había llegado a una conclusión, si no íbamos a tener algo así, no quería nada, sanaría mi corazón y buscaría a una persona que diera el cien por cien en la relación, al igual que yo lo daría, no me iba a conformar con migajas.

María, que era una compañera de la facultad, David y yo, íbamos en la parte trasera, mientras que Ángel iba en el asiento del copiloto. En ese momento, en mi teléfono sonó un mensaje de WhatsApp, y miré pensando que sería de Lina, para desearnos buen viaje o algo así, pero me llevé una sorpresa, era de él.

Alberto: *No sabía exactamente a qué hora os ibais, porque no me lo dijiste, he ido a despedirte a tu casa, pero ya no estabas. Pásalo de lujo, te espero a la vuelta, tenemos mucho de lo que hablar. Te diría que te quiero, pero prefiero que la primera vez sea cara a cara. Un beso y no me olvides.*

Le enseñé el mensaje a David, que se sorprendió de la misma manera, yo que había llegado a pensar que su hermano le habría avisado de que nos íbamos para que se despidiera de mí, me había dado cuenta de que no era así.

—No quiero pensar mal, pero me parece que lo ha hecho porque como sabe que Pablo viene con nosotros, por si se me pasa por la cabeza liarme con él —le dije a mi amigo en cuanto nos bajamos del coche y nos quedamos solos.

—Te mentiría si dijera que no he pensado lo mismo, pero acabo de hablar con mi madre, para decirle que voy a apagar el móvil, y me ha dicho que anoche mi padre estuvo hablando con él, y que también tiene sus razones para estar así, esas mismas que te explicará cuando vuelvas.

Me dejó descolocada con eso que me había dicho, no le había contestado al mensaje, para que supiera lo que se siente, y ahora dudaba si llamarlo o no, pero no quería hacerlo, puesto que quedamos en que hablaríamos a la vuelta. Lo que sí hice fue contestarle al WhatsApp, dándole las gracias y diciéndole que se aplicara el cuento, que yo siempre lo llevaba en mi pensamiento, y apagué el móvil puesto que teníamos que embarcar ya y no quería que se me olvidara.

Llegamos al aeropuerto de Fiumicino, en Roma, casi a la hora de comer, por lo que, sin dejar las maletas ni nada, entramos en una pizzería que nos cogía de camino hacia el hotel en el que nos íbamos a alojar, y al que el microbús que habíamos alquilado para el traslado no podía llegar,

dejándonos en la esquina más próxima, que estaba a menos de dos minutos andando, ya que era una calle peatonal. Nos pedimos una porción cada una para llevar, esa que en realidad era doble, ya que en ese lugar las daban dobladas como si fuera un libro, y un refresco, y nos sentamos fuera en unas mesitas que habían instaladas para eso.

Una vez terminamos de comer, nos fuimos hacia el hotel, para dejar el equipaje y descansar un rato, para luego irnos a descubrir la maravillosa ciudad de Roma. La habitación, esa que compartiría con David, era una maravilla, tenía una cama doble *King Size*, en la que podíamos dormir los dos sin ni tan siquiera rozarnos, un cuarto de baño con una ducha efecto lluvia y un banco de hidromasaje, ese que estábamos deseando probar, y una terraza con vistas al ayuntamiento, al que llaman la tarta nupcial, por su forma y color.

Una vez hubimos descansado un rato, salimos a ver un poco la ciudad, aunque realmente las visitas guiadas las tendríamos a partir del día siguiente. Estuvimos paseando por la zona del Panteón, el cual no podríamos visitar en profundidad, ya que se encontraba en proceso de rehabilitación en su interior, y nos sentamos a tomarnos un capuchino en una cafetería que había justo en frente, y en la que nos habían dicho que encontraríamos el mejor café de toda la ciudad.

—Te prometo que ese mensaje de tu hermano me ha dejado un poco trastornada —le comenté a David cuando el camarero nos tomó nota.

—Eso es porque no estás acostumbrada, pero me parece que, a partir de ahora, vas a tener noticias tuyas muy a menudo, sobre todo esta semana, que tenemos a Pablito rondando por aquí.

—Pero si Pablo está con una chica que vino de Erasmus a Córdoba y era italiana, es más, ayer mismo me dijo que, probablemente se quede aquí más tiempo, en Florencia, que es de donde es la chica, a ver si encuentra trabajo y poder establecerse con ella.

—Pero eso mi hermano no lo sabe y, después de lo que vio aquella noche, lo ve como su principal rival, y no porque sea más guapo precisamente, sino porque te brindaba unas atenciones que él no hacía, poniéndote como su principal prioridad.

—Tu hermano no tiene rival posible en lo que a mí respecta, y lo de Pablo solo fueron cuatro bailes, ni siquiera hubo un beso entre nosotros. Y, además, que está enamorado de su chica.

—Joder con Pablito, que va en serio con la italiana, al final vamos a tener vacaciones gratis en la Toscana —dijo entre risas.

De allí nos fuimos a cenar al restaurante del hotel, en el que disfrutamos de los mejores tallarines al pesto que había comido en mi vida, junto con una ensalada de tomate con rodajas de queso mozzarella que quitaban el sentido, y como postre, un salame de chocolate, que estaba para chuparse los dedos, y nos fuimos a descansar, ya que al día siguiente nos esperaba una buena caminata.

—En cuanto llegue, me lavo los dientes y me voy a la cama, no puedo con mi alma —dijo David bostezando.

—Te pondrás el pijama al menos, ¿no? —le increpé, sabiendo que no usaba pijama, porque siempre dormía en bóxer.

—¿Y desde cuando uso yo de eso? Parece mentira, pedirme a mí que me ponga un pijama —replicó totalmente indignado mientras yo me partía de risa.

Capítulo 18



Nos despertó el sonido de un móvil, que resultó ser el mío, que sonaba al recibir una llamada, y me quedé muerta, era Alberto el que me llamaba y a las nueve y media de la mañana de un sábado. ¿Habría ocurrido algo?

—¿Alberto? —contesté inmediatamente.

—El mismo que viste y calza. ¿Por qué me preguntas con esa voz de incredulidad si soy yo?

—Hombre, no es que esté yo muy acostumbrada a recibir noticias tuyas, y menos aún un sábado tan temprano. ¿Te encuentras bien? —le pregunté mientras él se reía a mandíbula batiente.

—Sí, sí, estoy bien, y eso de no tener noticias, va a cambiar a partir de ahora, ya que te voy a llamar o a escribir por lo menos una vez al día, y espero que tú lo hagas otra.

—¿Dónde quedó eso de no quiero llamadas, mensajes ni nada por el estilo que cohibía mi libertad? —pregunté imitando su voz— Me estás dejando fría, oye.

—Pues eso tiene fácil solución, eso sí, cuando vuelvas, porque ahora no voy a hacer nada para que entres en calor, y que otro te quite la calentura. Y en cuanto a lo que me has preguntado antes, digamos que una charlita con mis padres me ha hecho ver todo de otra manera, pero eso lo hablaremos a la vuelta.

Estuvimos hablando casi una hora por teléfono, tanto que casi llegamos tarde a la visita programada que teníamos esa mañana, y todo por mi culpa, ya que me costaba creer que me hubiera llamado y me estuviera diciendo esas cosas, me tenía totalmente desconcertada.

La primera visita era a El Coliseo, estábamos solos David y yo, ya que los demás iban por libre, y nosotros queríamos las cosas más organizadas. Nuestra primera impresión fue la de quedarnos absortos por completo, mientras escuchábamos las explicaciones que el guía nos iba dando del lugar, tantos datos en ese pedacito de historia viva de la humanidad. Una cosa que me llamó mucho la atención es que en las gradas donde se sentaba el público, había una zona destinada a los gaditanos que, según nos comentaron, era una zona de la Hispania muy influyente

en la civilización romana.

—¿Dónde comemos? —preguntó mi amigo nada más terminar la visita— Porque no sé tú, pero yo me muero de hambre.

—Yo también. Tenemos dos opciones, comer en el hotel y descansar un rato para luego salir, o comer por aquí y seguir visitando la zona, de manera que estemos en el hotel para la cena y ya no salgamos más. Porque no pienso estar todo el día en la calle y después salir de fiesta, me niego en rotundo, o cuando llegue a Córdoba me van a tener que ingresar.

—Venga, voto por la segunda opción, a mí también me resulta más atractivo disfrutar de la ciudad de día y descansar de noche, ya tendremos tiempo de salir de fiesta cuando volvamos a casa.

Y eso hicimos, nos fuimos a comer a una pizzería que nos habían aconsejado en el hotel, y en la que había una cola impresionante para coger una mesa, pero no nos importó esperar, pues los platos que veíamos salir tenían una pinta estupenda, y nos merecería la pena.

—Esta *pizza* está de muerte. Espera que te hago una foto y se la envías a mi hermano —dijo David mientras que cogía mi móvil de la mesa.

—Estás loco, esta foto es para mí —dije con mi mejor sonrisa.

—Demasiado tarde, ya se la he enviado. Y además está escribiendo —me comentó mientras reía.

—Trae aquí, mal bicho, que eres un mal bicho. Ahora te voy a dejar con la intriga de saber lo que contesta. —Le saqué la lengua, en un gesto muy infantil.

—No te lo crees ni tú, si no me lo dices ahora, ya lo leeré después, sabes que me sé tu patrón de desbloqueo. —Me chinchó un poco.

—Entonces, mejor te lo cuento. Dice que estoy preciosa, y que no ve el momento de que termine este viaje, que al próximo ni se me ocurra dejarlo en tierra.

Después de comer y de tomarnos un capuchino, ese al que nos habíamos hecho adictos, seguimos paseando por esas callejuelas estrechas que tanta y tanta historia tenían encerradas. En el escaparate de una tienda de artículos de piel, vi un maletín que sabía que a mi chico le iba a gustar, pues era muy de su estilo, y le vendría de lujo para el trabajo. Ya le denominaba mi chico, sí, porque el cambio que estaba sufriendo nuestra relación era bastante notable, y parecía que ya se lo empezaba a tomar en serio. Entré y me lo llevé, ni siquiera pregunté el precio, adquiriendo otro bastante más femenino para mí, ya que en cuanto llegáramos me esperaba mi puesto en la clínica, para ponerme al día antes de que el antiguo director se jubilara.

—Tú no le puedes llevar una camiseta o un imán como todo el mundo, no, tú ahí, derrochando el dinero. A ver ahora que le llevo yo a mi chico sin quedar como un cutre —dijo David de cachondeo.

—No sé, caliéntate la cabeza, como yo —repliqué para picarlo.

—Desde luego, qué mala eres conmigo, hija. Me voy a llevar aquella cazadora, que también me gusta para mí y así podemos compartirla.

Paseando llegamos hasta la Fontana di Trevi, el momento de doblar esa esquina de la calle por donde íbamos, y darnos de frente con esa impresionante fachada, fue épico, se nos quedó una cara de tontos a los dos que no fue ni medio normal. Yo la había visto en fotografías o en algún documental que habían emitido por la televisión, pero verla in situ era mucho más impactante, y nos hartamos de echarnos fotos, aprovechando que había poca gente, ya que hacía un calor de mil demonios.

Desde la fuente, vimos un puestecito de *souvenirs*, y decidimos acercarnos para ver lo que había y poder llevarnos alguna cosa, cuando tuvimos claro lo que queríamos, mi amigo del alma se puso a regatear los precios de una manera desorbitada.

—Para, para, que te estás pasando ya —susurré para que solo me escuchara David.

—Tú, eres catalán, ¿no? —le dijo el vendedor, haciendo alusión al tópico del catalán tacaño.

—No, no, yo andaluz, de Córdoba. —Se reía mi amigo mientras le pagaba y yo cogía la bolsa.

—Desde luego, que eres único en tu especie. Lo que se va a reír tu madre cuando se lo contemos.

Seguimos disfrutando del ambiente y de las calles de la ciudad eterna, y de vez en cuando también de los italianos, esos a los que mi amigo no paraba de piropear cuando pasaba alguno guapo, bueno guapos vimos pocos, más bien impresionantes. Esos a los que parábamos para pedir alguna indicación para llegar a algún lugar, alegando que el GPS del móvil no iba bien, cuando en realidad lo único que queríamos era hablar con alguno de ellos.

Así fue transcurriendo la semana, y poco a poco, llegamos al último día de nuestro viaje. Entre Alberto y yo, las llamadas y los mensajes eran constantes, pero ese día sucedió algo que no me esperaba, lo llamé dos veces y me no me contestó, aunque pensé que estaría reunido o algo, que ya me devolvería la llamada. A la hora de comer, y viendo que no me había llamado, lo intenté de nuevo.

—¿Cómo me llamas a esta hora? —preguntó nervioso nada más descolgar.

—¿Es que debo tener un horario para hablar con mi chico? —le contesté un poco mosqueada.

—Alberto, cielo, te espero abajo, pero no tardes que la reserva es para dentro de media hora —dijo una voz femenina.

—Sí, tardo cinco minutos, el tiempo de terminar esta llamada —contestó él tapando el auricular, pero no le sirvió de nada, puesto que había escuchado todo—. Sandra, te llamo luego, que tengo una comida de trabajo en media hora.

—Sí, cielo, no la hagas esperar —Y colgué el teléfono. Ni siquiera fue capaz de volver a llamar para preguntar qué me sucedía.

Estuvimos comiendo todos juntos ese día, ya que Pablo se quedaba dos semanas más con su chica, que le había concertado varias entrevistas de trabajo a ver si así podía quedarse allí con ella, y aprovechamos para hacernos varias fotos en las que saliéramos todos, para tenerlas de recuerdo, cuando me entró un WhatsApp de un número desconocido, se me cambió la cara y me puse blanca como la pared, tanto que me tuve hasta que sentar de la bajada de tensión que me dio, era lo último que me podía esperar.

Capítulo 19



—¿Qué te pasa Sandra? Me estás asustando. Reacciona, por favor —me suplicaba David, puesto que yo me había evadido por completo, me había metido en mi propio mundo, intentando paliar el dolor que ese mensaje me había producido.

—Juzga por ti mismo —respondí a David volviendo en mí, y vi en la cara de mi amigo cierto alivio de que hubiera reaccionado.

—¡Hijo de puta! —exclamó enfadado— Aunque mi madre sea una santa. Este tío no tiene escrúpulos, ¿o qué? Es que es alucinante, vamos. Cuando lo tenga delante le voy a partir esa cara bonita que tiene.

Daba vueltas de un lado a otro, diciendo todo tipo de impropiedades destinados a la misma persona, que no era otra que su hermano. Os estaréis preguntando cuál era el contenido de ese mensaje, pues os lo cuento ahora mismo, me había llegado una foto de Alberto, en la puerta de un restaurante, besándose con una mujer, y no, no podía ser de otro día porque la foto estaba hecha con uno de esos dispositivos en los que se reflejan el día y la hora, y se había tomado hacía unos escasos veinte minutos, esa era la comida de trabajo que tenía.

—Yo me vuelvo al hotel, le voy a hacer una videollamada y a ver si tiene huevos de darme una explicación —le dije a David.

—Y yo me voy contigo, te prometo que no voy a intervenir, pero quiero estar delante para que luego no intente tergiversar las cosas.

—Haz lo que quieras, de verdad. Menos mal que hoy es el último día y mañana ya estaremos en casa, porque te juro que no puedo más. Necesito tenerlo delante y decirle cuatro cosas.

Tal y como entramos en la habitación, le hice una videollamada como le había comentado a David, esa que intenté más de tres veces, y que no me contestó, de manera que le escribí un mensaje.

Sandra: *He intentado hablar contigo cara a cara, para que me dieras una explicación antes de sacar conclusiones, pero por lo visto estás demasiado ocupado en otros menesteres en este*

momento. Solo te pedí una cosa, exclusividad, que fuésemos tú y yo, nadie más. Como puedes ver en esta foto, brilla por su ausencia. Está claro que me equivoqué apostando por ti, lo mismo me hubiera ido mejor si lo hubiese intentado con Pablo.

Y le reenvié la foto. En ese mensaje no había resentimiento, sino dolor, mucho dolor, y le dije lo de Pablo porque sabía que era donde más le dolía, en su ego, en su papel de machito que se creía insuperable. A continuación, me metí en la ducha, donde lloré bajo el agua lo impensable, mientras mi cabeza le daba vueltas y vueltas a lo mismo: ¿por qué tenía tan mala suerte en el amor?

Al salir, vi a mi amigo muy sofocado hablando por teléfono, pero colgó después de proferir un montón de insultos, y, al coger mi móvil, vi que tenía cinco llamadas perdidas de Alberto, una videollamada y un mensaje en el que me pedía que le contestara la llamada, que le dejara explicarse. En ese mismo momento, le entraba una videollamada a David, que supe que era de su hermano por la manera de contestarle.

—Te he dicho que no, Alberto, que no le voy a pasar el móvil a Sandra, que si ella no te ha contestado al suyo es porque no quiere hablar contigo.

—Te lo pido por favor, David, déjame que se lo explique, que no es lo que parece —le suplicaba.

—¿Qué quieres Alberto? ¿No me has hecho ya el suficiente daño, que todavía me quieres tomar por tonta? —dije mientras le quitaba el teléfono a mi amigo.

—Sandra te juro que no es lo que parece. Déjame que te lo explique, por favor.

—Empieza, y espero que lo que salga de tu boca sea verdad, porque de lo contrario, colgaré la llamada y no te dirigiré más la palabra, así que piensa bien lo que vas a decir —contesté muy enfadada.

—Esa mujer es una compañera de otro bufete, tenemos un caso en común, ya que ella representa a una parte y yo a la otra en un divorcio que se está complicando bastante. Esta mañana me llamó para proponerme comer juntos y ver si así podíamos llegar a un acuerdo, ya que ninguna de las dos partes desea ir a juicio.

—¿Y esa manera de llamarte, cielo? —le interrumpí.

—Ella habla así a todo el mundo, dirigiéndose a la gente con palabras como cielo, amor y cosas por el estilo, pero deja que continúe, por favor —me explicó—. Hemos estado allí más de dos horas, hasta que llegamos al punto en que el acuerdo beneficiaba a las dos partes. Cuando salíamos, me acerqué a ella para darle dos besos de despedida, y ella giró la cara, de manera que el beso cayó en sus labios.

»Pero me retiré inmediatamente, diciéndole que tenía pareja y que entre nosotros no iba a suceder absolutamente nada. Después de ver esa foto, me doy cuenta de que lo tenía todo preparado, que había alguien esperando para hacer la foto justo en ese momento, aunque no sé cuál era su finalidad al hacer eso. Álvaro puede corroborar que todo esto es cierto.

—¿Qué pinta tu cuñado en todo esto? Y ¿por qué no me has contestado a la videollamada? Por cierto, esa no es tu habitación, ¿dónde estás? —Le bombardeé a preguntas.

—Joder macho, qué interrogatorio, ni en la Gestapo. —Aparecía Álvaro por detrás.

—Pues pinta porque estaba esperando para recogerme, porque estamos en Sevilla, ya que nos hemos informado de a la hora a la que llega vuestro vuelo e íbamos a daros una sorpresa, plantándonos en el aeropuerto a vuestra llegada, pero ya nos han chafado nuestros planes.

—¿Eso significa que ya no vais a recogernos? —pregunté un poco triste.

—No, tonta, eso significa que ya no podemos daros la sorpresa, pero estaremos allí antes de que aterricéis —dijo sonriendo.

—Que digo yo que, ya que habéis aclarado las cosas, con testigo y todo, mi hermano te puede llamar al tuyo y tú devolverme el mío, que también me apetece hablar un ratito con mi chico, vamos digo yo si no es mucho pedir —dijo David.

Eso hicimos, le devolví el móvil a mi amigo, a la vez que recibía la llamada de mi chico, ese que estaba hablando desde el teléfono de su cuñado, y ninguno nos habíamos dado cuenta, y nos pusimos a charlar hasta bien entrada la noche, ya que teníamos que preparar todo para salir hacia el aeropuerto y poder estar allí a las tres, ya que nuestro vuelo salía a las cinco, y teníamos que facturar un par de horas antes.

Ese ratito que nos tumbamos para descansar no pude pegar un ojo, dándole vueltas al tema, tratando de entender por qué me habían enviado esa foto y, sobre todo, quién la había hecho y tenía ese afán de hacerme daño. La verdad es que no lograba imaginar quién podía ser. Además, el hecho de saber que Alberto estaría esperándome al bajar del avión, era otra de las cosas que me quitaban el sueño; estaba ansiosa por verlo, por tener esa conversación cara a cara y saber en qué punto estábamos.

Justo en el momento de salir, recibí un mensaje de Alberto, en el que me enviaba una foto de los dos montados en el coche, y que decía: «*allá vamos*», y al que me puse a contestarle.

—Vamos chiquilla, deja ya el telefonito, que al final perdemos el vuelo y nos tenemos que quedar aquí —me increpó David.

—Quita, quita, no llares a la mala suerte, que estoy deseando de aterrizar en Sevilla, el reloj no corre —le contesté cogiendo el asa de mi maleta para salir de la habitación.

Nos montamos en el microbús que nos llevaba hacia el aeropuerto, pero durante todo el trayecto fui mensajeándome con mi chico, ojalá y con mi llegada no cambiara nada pues, aunque aún teníamos muchas cosas de las que hablar, tenía la sensación de que, por fin, nos habíamos encontrado en ese punto que equilibraba lo que los dos deseábamos.

Me despedí de él con un último mensaje, ya que estábamos montados en el avión a punto de despegar, y tenía que apagarlo, expresándole en él las inmensas ganas que tenía de verlo y de

darle un abrazo.

Capítulo 20



Lo vi desde lejos, cuando estábamos recogiendo las maletas de la cinta transportadora, junto a Álvaro, lo notaba nervioso, buscándome en la puerta que no era, y por la que estaba saliendo gente procedente de otro vuelo. Recogimos el equipaje, y le señalé a mi amigo dónde estaban, indicándole que no los llamara, que iríamos por el lateral, para que se llevaran una sorpresa.

—¿Has visto aquellos dos bombones que están allí? Parece que buscan a alguien, ojalá y los veamos afuera en la cola de los taxis —dijeron dos rubias que iban delante de nosotros.

—Lo siento, cariño, pero esos dos bombones los vamos a degustar nosotros, otra vez será —le contestó David con mucho arte.

Tal y como habíamos hablado anteriormente, los rodeamos para que no nos vieran, y cuando estábamos cerca de ellos, le indiqué a David por señas que no dijera nada.

—Perdone, ¿busca usted a alguien? Porque le veo muy interesado en la gente procedente de los vuelos —le dije a Alberto, situándome justo a su lado.

—Sí, buscaba al amor de mi vida, pero parece que no aparece. Así que mejor me voy con usted, que no me desagrada físicamente —me contestó siguiéndome la broma.

Acto seguido, me cogió en brazos, obligándome a dejar la maleta a un lado, y me agarré a su cuello, besándonos como si hiciera mil años que no lo hacíamos. Mis amigos nos miraban sonriendo, al igual que la gente que pasaba a nuestro lado, pues parecía la típica escena de película de Navidad, en la que la chica pierde el vuelo y llega tarde a la cena de Nochebuena, pero su chico la espera en el aeropuerto, y el reencuentro es maravilloso, con música romántica de fondo, aunque nosotros en vez de música, teníamos a dos chicharras metiéndonos prisa.

—Las hay con suerte, oye. —Escuchamos a las dos mismas chicas de antes cuando pasaron por nuestro lado.

—Ya os llegará, chicas, que estos dos han tardado más de tres años en darse cuenta. —Las esperanzó mi amigo, y todos nos echamos a reír.

Fuimos hasta el coche abrazados, metimos el equipaje en el maletero y nos montamos, yendo David en el asiento del copiloto, Álvaro conduciendo y Alberto y yo en el asiento trasero, donde no parábamos de darnos pequeños picos en los labios ni de hacernos carantoñas.

—Qué listo mi hermano, ha querido que sea Álvaro el que traiga su coche para poder ir detrás con la niña haciendo manitas. Pues que sepáis los dos, que dentro de un ratito cambiamos posiciones —dijo David señalándonos con el dedo.

—Pues me parece que tu chico va a tardar en sentarse aquí detrás, por lo menos hasta mañana que volvamos a Córdoba, porque vamos en dirección al hotel de Sevilla que tenemos reservado desde ayer y hasta mañana —respondió su hermano.

—¿De verdad? —pregunté a Alberto— ¿Para qué, si tenemos casa propia todos?

—Muy sencillo, porque necesitamos un sitio neutral para hablar, no quiero que, mientras hablamos, te sientas incómoda por estar en mi casa o sentirlo yo por estar en la tuya. Y, además, así pasamos un día fuera del entorno habitual.

Llegamos al hotel y, tras bajar la maleta, nos dirigimos a nuestras habitaciones, indicándonos mis amigos que iban a colocar el cartel de no molestar en la puerta e iban a apagar el móvil hasta mañana, que no los llamáramos a no ser que el hotel se estuviera quemando, porque se habían echado mucho de menos y querían recuperar el tiempo perdido.

Cuando atravesamos la puerta de nuestra habitación, dejó la maleta a un lado y se sentó en el sofá, llevándome del brazo a sentarme en su regazo.

—No creas que nosotros no vamos a recuperar el tiempo perdido igual que esos dos, pero antes tenemos una conversación pendiente —sentenció el que, hasta ahora consideraba mi chico, después de esa charla que íbamos a tener, se vería si se confirmaba.

—Tú dirás —le dije más tensa que el pellejo de un tambor.

—En primer lugar, relájate, que estás demasiado tensa. Me he tomado esta semana para pensar en lo nuestro, aunque realmente lo tenía claro desde el mismo momento en que saliste por la puerta aquel día. La charla que tuve con mi padre me abrió los ojos a base de bien.

—Y, ¿qué te dijo, en concreto, para que lo tuvieras tan claro? —pregunté queriendo llegar al final del asunto, puesto que me iba a dar algo. Mientras él acariciaba mi espalda, intentando que me tranquilizara.

—Me hizo una pregunta que removió todo por dentro de mi cuerpo. Me dijo: «¿Lo que dijiste en esa cena sobre tus sentimientos, era verdad o lo hiciste solo para quitarte a la otra chica de en medio?» —contestó imitando la voz de su padre.

—La verdad, es que yo también llegué a pensar eso, que te venía bien para que desapareciera Susana y ya luego no sabías cómo salir del entuerto.

—¡Para nada! Y eso mismo me dijo mi padre, si yo lo he interpretado así, imagínate cómo lo habrá hecho ella. Eso hizo que reaccionara, pero también tengo que decirte cómo me sentía yo; tenía miedo a perder toda mi independencia, a depender psicológicamente de tu persona, a que se acabe algún día y no pueda salir del agujero. Entonces mi padre me dijo: «Pon en una balanza qué te compensa más si vivir con la libertad de acostarte con quien te dé la gana, cosa que ella también va a hacer, pero no tener a nadie con quien compartir tus penas y celebrar tus triunfos, o lo contrario».

—¿Y qué es lo que has decidido? Lo pregunto, más que nada, para ir haciéndome a la idea.

—Qué voy a decidir, tontita, quedarme contigo. Quiero que te traigas ropa a mi casa, al igual que yo voy a llevar a la tuya, si tú quieres, claro, para pasar tiempo juntos. Ahora soy yo el que quiere que me incluyas en tus planes, porque yo lo haré en los míos, quiero ir a recogerte al trabajo para comer juntos, o que lo hagas tú. En definitiva, como dijo mi padre, compartir mis penas y celebrar contigo mis alegrías.

A continuación, me plantó un beso de esos que hacen que te tiemblen las piernas, ese que se fue volviendo más intenso y pasional, y que nos iba calentando a fuego lento.

Mis manos fueron directas a su miembro, mientras que él luchaba con el cierre del sujetador, puesto que las camisetas ya habían volado, un cierre que era delantero, y que yo me abrí, dejando que cayera al suelo. Su boca bajó de la mía hasta el pecho, dejando pequeños mordisquitos y besos a su paso. Cuando llegó a su objetivo, lamió y mordió mis pezones, esos que ya estaban duros como una piedra, con lo que arrancó gemidos de lo más profundo de mi garganta. Mientras que mis caricias sobre su miembro no cesaban, y aprovechando que me puso de pie para bajar mis pantalones y mis braguitas, me arrodillé entre sus piernas.

Bajé sus pantalones, junto a su bóxer, y me decidí a hacer algo que hacía mucho tiempo que deseaba volver a hacer, y que no era otra cosa que degustarlo, al igual que él hacía conmigo cada vez que estábamos juntos íntimamente. Noté que tenía una gota de líquido preseminal, esa que me llevé de un lametazo, y que hizo que soltara un grito de placer para, a continuación, introducirlo en mi boca, haciéndolo llegar hasta lo más profundo de mi garganta, devorándolo como el que se come un helado.

Cuando noté que ya no podía más, me levanté del suelo y me senté a horcajadas sobre él, metiendo poco a poco su miembro en mi interior, mientras que él me dedicaba las caricias más dulces y los dos jadeábamos, por primera vez desde que estábamos juntos noté que no estábamos follando, que hacíamos el amor, y cuando llegamos al clímax, eso fue alucinante, y tanto él como yo lo notamos.

Ese fue el primer asalto de muchos de los que tendríamos ese día, ya que de ahí pasamos a la cama, donde entre caricias y besos, nos volvimos a enredar. Algo entre nosotros había cambiado, no podría decir el qué, pero hacía mucho tiempo que no me sentía así al lado de un hombre, estaba segura de mí misma, no me veía inferior a ninguna otra chica, como me ocurría anteriormente, por primera vez nos veía futuro como pareja, y eso me brindaba una felicidad inmensa.

Nos quedamos dormidos abrazados, con mi cara en su pecho y nuestras piernas enredadas, y cuando nos dimos cuenta, eran más de las cinco de la tarde y no habíamos comido nada. Yo en concreto no había probado bocado desde la comida del día anterior, porque en la cena pasó lo de la foto y no comí, y esa mañana solo me había tomado un café, puesto que los nervios me tenían el estómago cerrado. Si juntamos todo eso con el ejercicio que habíamos hecho, tenía un hambre descomunal, y mis tripas empezaron a rugir.

—Hay hambre, ¿no? —preguntó divertido.

—Nooo, quéé vaaa —contesté—. Parece que tengo un león en la barriga.

—Anda, vamos a darnos una ducha y bajamos a buscar algún sitio donde comer algo. Aunque por la hora que es, me parece que nos vamos a tener que conformar con una hamburguesa de alguna de esas franquicias de comida rápida.

Capítulo 21



Tras darnos esa ducha, que de rápida tuvo bien poco, ya que nos enredamos otra vez, y tardamos más de una hora en bajar, nos dispusimos a buscar algo para comer.

El hotel estaba en las inmediaciones de la Catedral, así que encontramos un Burger King a pocos metros, y entramos como el que ve un oasis en el desierto, y nos compramos un menú gigante con complemento para cada uno, decididos a comer y volver al hotel a seguir recuperando el tiempo perdido. Antes de bajar, hicimos una visita a la habitación de mis cuñados, por si querían algo.

—¿Qué parte de no molestar es la que no entendéis? —dijo al abrir la puerta en albornoz.

—Hola, hola, venimos por si necesitáis algo, que vamos a bajar a comer algo —le dije a mi amigo, que fue el que abrió la puerta de la habitación, eso sí después de insistir mucho y de decir que éramos nosotros.

—¿No habéis pedido al servicio del hotel? Al final habéis aprovechado el tiempo mejor que nosotros. —Se escuchó a Álvaro de lejos, pues solo nos abrió una rendija de la puerta.

—Dicho lo cual, no necesitamos nada, gracias. Hasta mañana. —Nos cerró la puerta en las narices, dejándonos claro que iban a seguir dándole al tema.

Las risas que nos echamos fueron pocas, eso se lo íbamos a reprochar toda la vida, a modo de broma, claro está, pero teníamos la excusa perfecta para poder cerrarle la puerta sin que nos pudiera decir nada.

Tras la comida, volvimos al hotel, nos tomamos un café en la cafetería de este, entre miradas y gestos de complicidad, que nos estaban indicando que, una vez que llegáramos a la habitación, nos esperaba otra buena ración de sexo que, efectivamente llevamos a cabo, enredándonos una y otra vez hasta que nos dieron las tantas de la madrugada, esa que aprovechamos para descansar antes de coger el coche.

—Que sepáis, que ahora el coche lo conduce mi hermano, que mi churri y yo vamos a ir haciendo manitas en el asiento de atrás —dijo David, muy solemne, mientras que los demás nos

reíamos.

—¿No habéis tenido bastante? A ver si al final vas a tener que acudir a un colega tuyo para tratarte un problema de adicción. —Le chuleaba yo.

—Qué adicción, ni adicción, a ver si vosotros, cuando llevéis el mismo tiempo juntos que nosotros, sois capaces de mantener la llama del amor así de prendida.

— Por favor, que poético, tengo hasta los vellos de punta. —Continuamos con la guasa mientras emprendíamos el viaje de vuelta a casa.

Durante todo el camino, fuimos bromeando, diciéndoles si necesitaban parar en la farmacia antes de llegar a su casa, a comprar vitaminas o algo, porque tenían mala cara, mientras que ellos reían diciendo que a lo mejor éramos nosotros quienes teníamos que parar a comprar preservativos o la píldora del día después.

— Te vienes para mi casa, ¿no? —preguntaba Alberto.

— No, no, me voy para la mía. No sabes la cantidad de ropa que tengo que poner a lavar, además de que mañana empiezo en la clínica, así que debo dejar todo listo hoy —le respondí.

—Vale, pero me voy contigo. Subo un momento a por ropa para el trabajo, y así mañana salgo de tu casa para el despacho directamente, no tardo nada —dijo, dejándome en el coche hablando con los chicos mientras que él subía, ya que Álvaro nos dejaría en mi casa y se volverían de vuelta.

—Joder con el que decía que necesitaba su espacio, para mí que no terminó la frase y lo que quería decir es que donde lo necesitaba era en tu armario —soltó mi amigo con todo el arte del mundo.

—Miedo me da que, de pronto, vaya todo tan bien, os lo prometo, a ver por dónde va a salir todo —respondí un poco agobiada.

— Niña, no seas pájaro de mal agüero, la gente cambia cuando llega la persona idónea.

Así fue como, entre risas y charlas, una vez que llegó Alberto, emprendimos camino a mi casa. Les dijimos que subieran un rato, pero, tanto uno como el otro, dijeron que preferían llegar ya y dejar todo listo, para empezar la semana sin nada pendiente.

Tal y como llegamos, le dije a mi chico que el armario del cuarto de invitados estaba casi vacío, ya que las pocas prendas que había en él eran de su hermano y de su cuñado, que colocara su ropa allí y yo me fui directa al cuarto de la lavadora, con la maleta a cuestas. Cogí toda la ropa sucia, esa que llevaba en una bolsa aparte, dejando la que no había utilizado para colocarla en el armario, y separé la blanca de la ropa de color, poniendo un lavado de color en ese mismo momento, cuando llegué al dormitorio, me encontré a Alberto sentado en mi cama, con una sonrisa demasiado pícara.

— ¿Qué haces ahí sentado? ¿Han puesto una televisión en la puerta del armario y no me he dado cuenta? —le pregunté con guasa.

—Para nada, me he sentado aquí para tener una vista privilegiada y panorámica de tu trasero cuando te inclines a guardar la ropa.

—Desde luego, eres un caso —le dije riendo mientras me agachaba a coger la ropa de la maleta.

Casi sin darme cuenta, ya lo tenía abrazándome por detrás y dándome besitos en el cuello, totalmente excitado, pues notaba su dureza en mi trasero. Yo llevaba un peto de falda vaquero corto, con un top que hacía las veces de sujetador y mientras que me besaba, quitó los dos broches del peto, dejándolo caer al suelo, de tal manera que me quedé tan solo con el tanga y el top, en el tiempo en el que yo guardaba la ropa, él se había quedado en bóxer.

Me fue empujando en dirección a la cama, cayendo encima de él, de espaldas y con mucha habilidad, me dio la vuelta, de manera que habíamos invertido las posiciones, pero esta vez mirándonos cara a cara.

— Alberto, por favor, que tengo muchas cosas que hacer — imploré a la vez que jadeaba mientras besaba mi cuello.

—Voy a comprobar que no tengas las mismas ganas que yo. Si es así, te dejo tranquila, si no, no te voy a soltar hasta que hayas tenido, por lo menos, tres orgasmos —dijo mientras metía sus manos por mi tanga, comprobando que tenía tantas o más ganas que él.

Con una sonrisa de satisfacción, me levantó los brazos, para sacarme el top por ellos y, una vez que tuve los pechos desnudos, fue deslizándose su lengua desde mi boca hasta ellos, con los que se llevó jugando un rato, lamiendo, mordiendo y pellizcando cada uno de ellos, de manera que me iba incendiando cada vez más.

Una vez se hubo saciado de mis pechos, siguió hacia abajo, recreándose en mi ombligo, hasta alcanzar mi tanga, ese que hizo jirones con sus manos y sus dientes. Posando su mano en mi sexo, volvió a subir hasta mi boca, devorándola mientras que, con sus dedos, me llevaba a llegar al primer orgasmo, ese que chillé de manera desmedida, pues me había ido calentando a fuego lento.

Tras eso, fue deslizándose hacia abajo, cogiendo mi pierna y besándola desde el tobillo hasta la ingle, primero una y luego la otra, para terminar con su boca en mi sexo, ese en el que metió su lengua, y que degustó a saber cuántas veces, porque yo ya había perdido la noción del tiempo, hasta que me hizo alcanzar el clímax por segunda vez. Para, a continuación, penetrarme con una estocada digna de un torero, madre mía de mi alma, que atrasada estaba yo en esto del sexo, aunque con él iba a aprender todo lo que no había aprendido con el otro. Con mis piernas levantadas a la altura de su cuello, seguía bombeando dentro de mí, hasta que no pudimos aguantar más ninguno de los dos, y nos dejamos ir, juntos, con el mayor de los placeres.

—Misión cumplida —dijo con la respiración entrecortada por el esfuerzo—. Te dije que te

dejaría cuando te hiciera llegar tres veces, y lo he hecho.

—Desde luego, eres de lo que no hay, a ver ahora cómo me pongo yo a hacer las cosas que tengo pendientes, si no puedo ni con mi alma.

—Soy único, afortunadamente para ti. Y en cuanto a lo del cansancio, eso tiene fácil solución, nos quedamos aquí en la camita abrazaditos, y más tarde las hacemos entre los dos, ¿te parece?

—Me parece, me parece —contesté casi quedándome dormida en sus brazos.

Desde luego, quién lo había visto y quién lo veía, es como si en el tiempo que estuve en Roma le hubieran hecho un lavado de cerebro. En meses anteriores, le hubiera faltado tiempo para vestirse y salir corriendo y, sin embargo, ahí estaba, dormido abrazado a mí.

Capítulo 22



La tarde del domingo, la pasamos entre hacer lo que teníamos pendiente, bueno en realidad, lo tenía que hacer yo, pero él me ayudó; tendiendo la ropa mientras yo ponía otra lavadora, guardando todo entre los dos y demás. Además, de los momentos de pasión que compartimos juntos, esos que se daban cada dos por tres, ya que no éramos capaces de dejar las manos quietas. Cuando el que estaba calmado era él, yo iba a provocarlo, poniéndole mi trasero delante, o mis pechos a la altura de la cara, y cuando la que estaba tranquila era yo, entonces era su turno de provocarme, rozándose conmigo para que notara su dureza, o abrazándome por detrás mientras me daba un mordisco en el cuello, por poner algunos ejemplos.

—Voy a pedir algo de cena, que no tengamos que meternos en la cocina. ¿Qué te apetece? —preguntó después de salir de la ducha, esa en la que también habíamos dado rienda suelta a nuestra pasión, y mientras que yo me secaba.

—Menos *pizza*, que vengo un poco harta, me da igual, pide lo que te apetezca a ti.

—Sándwich de pollo para cada uno y una ración de patatas fritas con alguna salsa para compartir, eso me apetece.

—Pues por mí, perfecto. Me visto en cuanto termine de ponerme la crema, y pongo la mesa. En la puerta del frigorífico está el folleto de la hamburguesería donde solemos pedir tu hermano y yo, que además son muy rápidos.

—Oído cocina, llamo yo mismo. Y si necesitas que te ayude a ponerte la crema, me avisas que estoy aquí antes de que termines de pronunciar mi nombre —contestó con una sonrisa de medio lado, la misma que me volvía loca.

Si lo llamaba para que me ayudara a extender la crema, corríamos el riesgo de comernos la cena en el desayuno, porque era más peligroso que una caja de bombas, así que, mientras me reía yo sola pensando en la que podía liar si lo llamaba, terminé de vestirme y salí al salón.

Llevaba puesto una de esas camisolas que son como camisetas de tirantes, de una marca muy conocida de ropa interior y de dormir, en color rosa pastel, con un dibujo de un personaje de dibujos animados en el centro de la parte delantera, y que me llegaba a medio muslo, debajo

llevaba unas braguitas brasileñas de algodón azul marino, él iba solo con la parte de abajo de un pijama de verano, que le marcaba todo el paquete.

—Espero que el repartidor no sea una chica, porque de la impresión seguro que te da el cambio mal —le dije mirando su entrepierna.

—De eso nada, primero porque te vería a ti, que pareces sacada de un catálogo de la firma, y se moriría de envidia y, en segundo lugar, no me podría dar el cambio mal porque he pagado con tarjeta, incluyendo también su propina —respondió sacándome la lengua, a la vez que nos reíamos a carcajadas.

Al final, resultó que quien trajo el pedido era un chico, pero era gay, y lo conocíamos de otras veces, además de que David y él eran muy amigos, ese que, cuando Alberto abrió la puerta, le hizo un escáner de cabeza a pies, soltando un «mátame camión» que nos hizo reír a todos.

—Las hay con suerte. —Lo escuchamos decir mientras bajaba las escaleras en dirección a la calle.

Cuando terminamos de cenar, recogimos todo para dejar tanto el salón como la cocina recogidos para el día siguiente, y nos fuimos a la cama, en esa en la que desatamos de nuevo nuestra pasión, para caer rendidos, según él iba a relajarme para que no estuviera nerviosa en mi primer día de trabajo, cuando lo que él no sabía es que lo que me ponía realmente de los nervios, era todo lo que estaba viviendo con él.

El despertador sonó para los dos a la misma hora, pero cuando me levanté, ya no estaba en la cama y pensé que lo había vuelto a hacer, que otra vez había salido huyendo, pero mi sorpresa fue cuando lo vi entrar en la habitación, después de ducharse y a medio vestir.

—Venía a despertarte y a decirte que ya está listo el café y las tostadas lo estarán en cuanto termines de arreglarte —dijo mientras se abotonaba la camisa.

—Pensé que ya te habías marchado.

—A ver si te entra en esta cabecita que ese tiempo ya pasó, que no me voy a marchar sin despedirme antes.

—Pero no me has despertado a tiempo de poder ducharnos juntos —le respondí melosa, a la vez que me levantaba desnuda de la cama.

—Si lo hago, llegamos tarde al trabajo los dos, eso sí llegamos. Me voy a la cocina mejor, no tardes —dijo mirándome con lujuria mientras salía del dormitorio.

Me di una ducha rápida, ya que el pelo no me lo tenía que lavar, pues lo hice la noche antes, y me vestí para ir a la clínica. Me había comprado un traje de chaqueta de verano, compuesto por un pantalón de vestir, de pata ancha, un chaleco que hacía las veces de camisa, y debajo del cual solo llevaba el sujetador, y una chaqueta finita, todo en color gris clarito, y lo combiné con unas sandalias negras de tacón cuadrado, que aportaban elegancia y comodidad, ambas al mismo

tiempo y el bolso del mismo color. Mi pelo lo recogí en una coleta alta, y complementé mi atuendo con joyas plateadas, incluyendo pendientes, pulsera y anillo. Cogí mi maletín y fui a la cocina, donde ya estaba todo preparado para desayunar.

—¿Vas a la clínica o has quedado con otro? —me dijo nada más verme entrar.

—En realidad, las dos cosas. Voy a la clínica porque he quedado con el director saliente para que me ponga al día de todo.

—Mientras que no sea con un médico jovencito, irá todo bien, que allí los hay con mucho peligro.

—Ah, claro, me olvidaba que entre las abogadas no hay ninguna trepa que quiera tirarse a tus brazos —respondí con mucha ironía.

—Hablando de ese tema, ¿tienes por ahí el mensaje que te enviaron con la foto? Es que me gustaría comprobar una cosa.

—Claro, aquí lo tienes, no lo borré, por si acaso —dije mostrándole el móvil.

—Lo sabía, es que lo sabía. ¿Sabes quién te mandó el mensaje? —contestó enfadado mirando el número de teléfono.

—No tengo ni idea, ilústrame, por favor.

—Susana, ella fue quién te mandó el mensaje. Y no se va a quedar así, por supuesto que no.

—Déjalo estar, total, no se ha salido con la suya... Hay que ser lerda para mandarlo desde su propio número, con razón se ha sacado la carrera en más años, la pobrecita no da más de sí —dije en tono conciliador.

—No lo ha conseguido porque estaba Álvaro de testigo, que, si no, ya te diría yo a ti dónde si estaríamos juntos o no.

—Vamos a hacer una cosa, a partir de ahora, cada vez que pase algo así, que ponga en peligro nuestra relación, antes de sacar conclusiones, lo hablamos. Tenemos que aprender a confiar el uno en el otro, empezando por mí.

—Me parece perfecto —dijo mientras me abrazaba pegándome a su costado, pues estábamos saliendo de la puerta de mi casa.

Me dejó en la entrada de la clínica, antes de irse hacia su despacho, y quedó en llamarme si venía a recogerme para comer juntos, puesto que la mañana se le presentaba bastante complicada. Si no era así, yo iba a aprovechar para pasar más tiempo en mi trabajo, ya que según me había comentado Lina, había muchas cosas que no cuadraban, y es que el director en los últimos meses y viendo su jubilación a la vuelta de la esquina, había descuidado algunos asuntos de su trabajo, dejándolo en manos de los jefes de cada departamento, y quería que eso cambiara.

Podía delegar todo lo que considerara necesario, pero bajo una exhaustiva supervisión.

—Buenos días, soy Sandra, y venía buscando al señor Echevarría —le dije a la chica que se ocupaba de la recepción de la clínica.

—Hola, buenos días. El señor Echevarría se ha cogido vacaciones hasta el momento de la jubilación, pero en su lugar se encuentra la propietaria de la clínica, un momento que la aviso —contestó la chica muy apurada.

—No hace falta, María, ella es mi nuera y, a partir de ahora, será la nueva directora —contestó Lina, recalcando lo de nuera y directora, ya me explicaría el porqué.

—Disculpe señorita Sandra, no me habían informado de nada.

—Solo Sandra, por favor, y no tienes por qué disculparte. Lo que sí creo es que también haces las veces de mi secretaria, ¿verdad?

—Anteriormente lo hacía del antiguo director, pero si considera que no necesita mis servicios, o tiene a alguien más cualificado, lo entenderé.

—Para nada, más bien todo lo contrario. Creo que, al principio, te voy a necesitar, y mucho, por eso me parece que vas a abandonar la recepción para pasar junto a mí, pero eso lo veré con tiempo, ahora voy a ver qué me encuentro en ese despacho, en el que miedo me da entrar.

Nos reímos las tres muchísimo, y la dejamos en la recepción mientras Lina y yo entrábamos en el despacho, ese que estaba hecho un desastre, y en el que me contó que María había estado enamorada de Alberto desde que entró a trabajar en la clínica, pero que él no le hacía caso, lo que terminó por aburrir a la muchacha en su intento de conquista.

Capítulo 23



Dos horas llevábamos ya encerradas en el despacho, y cada vez tenía más claro que aquello era un desastre, ya que no solo había delegado su trabajo, sino es que, además, no lo había supervisado ni organizado, con lo cual estaba todo mezclado; facturas, albaranes y hojas de pedidos con cuadrantes de horarios y guardias. Necesitaría por lo menos una semana para poner todo aquello en orden y empezar a planificar la nueva estrategia de dirección, con razón se había ido antes de que yo llegara, porque eso no lo entendía ni él.

—Esto no hay por dónde cogerlo, Lina, es un puñetero desastre —le dije mientras miraba la montaña de papeles que tenía delante.

—No entiendo qué es lo que ha estado haciendo este hombre todo este tiempo.

—El último año ya te lo digo yo, tocarse los huevos a dos manos, y perdón por la expresión, pero es que no ha hecho otra cosa.

—Estoy dudando hasta de que haya venido a la clínica, porque a trabajar está claro que no ha venido.

—Voy a necesitar estar aquí una semana encerrada para poder organizar todo esto, además de agendar una cita con todos los jefes de departamento, para que me pongan al día de las tareas que el antiguo director les tenía encomendadas.

—Tranquila, tómate el tiempo que sea necesario, no te agobies, no pretendas hacer en un día el trabajo que no se ha hecho en un año.

—María, por favor, pásate por mi despacho cuando puedas —dije a través del interfono—. Vamos a tener que buscar a alguien para la recepción y que la chica que está ahora se quede aquí, mano a mano conmigo.

—Contrata todo lo que sea necesario, sabes que a mí no me tienes que preguntar nada, la gestión de la clínica es tuya —me respondió Lina, dándome carta blanca con la seguridad de que lo iba a hacer bien, en el momento en el que María llamaba y entraba en mi despacho.

—María, ¿tienes a alguien de confianza a la que puedas llamar para que empiece en la recepción lo antes posible? —le pregunté empezando a agobiarme.

—¿Es que me vas a despedir? —preguntó al borde de las lágrimas— Si es por mi enamoramiento por Alberto, te prometo que esa etapa ya pasó.

—¿De qué estás hablando, chiquilla? Anda, anda, no digas más tonterías, despedirte ni despedirte. Lo que quiero es que alguien se haga cargo de la recepción, y a poder ser que aprenda rápido, porque te quiero aquí conmigo como mi secretaria. Se te hará un cambio en el contrato laboral, de recepcionista a asistente de dirección, con las ventajas económicas que eso conlleva, claro, siempre que tú estes conforme con el cambio —aclaré todas sus dudas.

—¿Conforme? Lo que voy es a sacarte a hombros, como a los toreros —dijo con todo el arte—. Normalmente, cuando yo me voy de vacaciones, es mi hermana la que me sustituye, si te parece bien puedo llamarla para que venga ahora mismo, porque además ella ya sabe todo el funcionamiento, así que no tendría que explicarle nada y podría incorporarse inmediatamente, con lo cual yo estaría a tu entera disposición.

—Pues ya estás tardando, que mira la que hay liada aquí, y necesito dos manos más para terminarlo antes.

—A sus órdenes, jefa, ya mismo la llamo y en media hora la tenemos aquí, sentada en la recepción y atendiendo al trabajo.

—Mujer, tampoco hace falta que corra tanto. Con que esté aquí lo antes posible, no hace falta decirle que venga asfixiada, la pobre. Eso sí, dile que traiga todo lo necesario para elaborar el contrato, lo mismo que las veces anteriores en las que te sustituía.

Después de esa charla, Lina me dijo de ir a tomar un café, en tanto la hermana de María no llegaba, y así también despejarme un poco, ya que ella se marchaba en cuanto desayunase conmigo, pero a mí me esperaba un buen montón de horas allí metida entre montañas y montañas de papeles.

—María me parece una chica encantadora, creo que haremos un buen equipo, y nos llevaremos muy bien —le comenté a Lina.

—Lo es, y yo también lo creo. Mira quién viene por ahí. —Me indicó el lugar hacia donde estaba mirando, cuando vi que era Alberto el que se acercaba.

—¿Cómo están mis chicas preferidas? —preguntó mientras le daba un beso en la mejilla a su madre y se acercaba a darme a mí uno en los labios.

—¿Tú no decías que estabas hoy hasta arriba de trabajo? —Me dirigí a mi chico—Porque yo no sé por dónde le voy a meter mano a lo que hay en ese despacho.

—Y así es, pero tenía que venir aquí al lado a ver a un cliente, y me he dicho, voy a darle una sorpresa a mi chica. ¿Tanto trabajo hay pendiente?

—Muy bien hecho lo de la sorpresa, sí señor, así me gusta, que os cuidéis el uno al otro. Y, dicho esto, yo me marchó ya, si tienes algún problema me llamas, aunque me parece que poco te voy a poder ayudar. Y contrata todo lo que necesites, ya sabes lo que te he dicho. —Apostilló mi «suegra», qué raro se me hacía llamarla así, dándonos un beso a los dos.

—¿Tienes prisa? Porque podemos ir al despacho y compruebas por ti mismo lo que ha estado haciendo ese hombre en el último año.

Hacia allí nos dirigimos, pero al pasar por la recepción noté a María un poco cortada, como si le diera apuro hablarme delante de Alberto, así que le hice un gesto para que no se preocupara y me sonrió, diciéndome que su hermana ya venía de camino, que en cuanto llegara me avisaba.

Tal y como atravesamos la puerta de mi despacho, Alberto me aprisionó contra la puerta, y se abalanzó sobre mi boca, al igual que yo sobre la suya, pero paró antes de que la cosa fuera a más, dado que no era ni el momento ni el lugar, ya que estaba esperando a que llegara la hermana de María y no quería que nos viera en una actitud comprometida. En otra ocasión, cuando ya lo tuviera todo organizado, estaba segura de que sería yo misma la que lo incitaría a ir a más.

—Madre mía, ¿todo esto está pendiente? —Se asombró mi chico.

—Todo esto y más, que en los archivos todavía no he mirado nada, vamos a ir por partes. Estoy esperando a que llegue la hermana de María, que se va a hacer cargo de la recepción, ya que a ella la voy a ascender a mi asistente, porque si no, voy a terminar para Corpus del año que viene.

—Haces bien, mi padre dice que es una chica muy eficiente, que además aprende rápido, así que haréis un buen equipo, con total seguridad.

—Yo también lo creo. ¿A qué hora saldrás hoy?

—Creo que hasta bien entrada la tarde, por lo menos a las siete, me pediré algo de comer en la cafetería que hay debajo del despacho, ¿por qué lo preguntas?

—Por si me recoges cuando salgas, ya que yo también me voy a quedar aquí trabajando, quiero dejar todo organizado lo más pronto posible, a ver si María no tiene planes y se puede quedar conmigo, cobrando las horas extras, por supuesto.

—Hago una cosa, si te parece bien. Cuando vaya a salir del despacho, te aviso, para que te dé tiempo de cerrar en lo que estés trabajando, y te recojo con el coche. Si tú has terminado antes, pues me avisas a mí y nos vemos en el despacho.

—Jefa, ya está aquí mi hermana —me avisó María por el interfono.

—Perfecto, pasa con ella, por favor —respondí.

—Bueno «jefa» —dijo Alberto recalcando esa última palabra—, yo me voy, que también tengo mucho trabajo, nos vemos luego, y acuérdate de comer algo, que te sumerges en el trabajo

y te olvidas de alimentarte, como hacías mientras estabas estudiando. —Marchaba hasta la puerta después de darme un beso en los labios, a la vez que llegaba María con su hermana.

—Jefa, ella es Patricia, mi hermana, de la que hemos hablado antes.

—Un placer conocerte, Patricia, pasa y te explico las condiciones de tu contrato para, si estás de acuerdo, vayas a Recursos Humanos y que te elaboren el contrato a partir de hoy mismo, ya que si no tienes inconveniente, me gustaría que te incorporaras ahora mismo, ya mañana tendrás un uniforme de tu talla.

Pasamos al despacho, donde le expliqué cuáles serían sus tareas, esas que ya sabía llevar a cabo de sobra, el salario y el tipo de contrato que, en principio sería de un año, con un mes a prueba, que estaba segura de que iba a superar con éxito.

Del mismo modo, le expliqué a María también cuáles serían sus nuevas condiciones laborales, esas que ya ella ejercía con el anterior director, sin recibir ningún incremento en su nómina, tan solo algunos meses se le ingresaba algún tipo de comisión por los servicios prestados.

Capítulo 24



—¿En serio, Sandra? ¿Lo que me estás contando es de verdad? Porque si es así, no sé cómo te lo voy a poder agradecer. Eres como mi ángel de la guarda, no sabes lo bien que va a venir tanto el sueldo de mi hermana como el gran aumento del mío en mi casa, por fin vamos a poder retirar a mi madre de trabajar —me decía con lágrimas en los ojos.

—No te puedes ni imaginar lo que esto supone para nosotras, de verdad que no. El poder llegar a final de mes sin problemas, y que encima mi madre deje ya de trabajar de una vez, pues sufre de Fibromialgia y para ella es un suplicio el coger la fregona, pero no teníamos más remedio, ella y yo. Y, aun así, había meses que no llegábamos. —Lloraba Patricia mientras me lo contaba.

—Pues entonces me alegro muchísimo de poder contribuir, aunque sea un poquito, a vuestro bienestar. Además, a vuestra madre la está viendo algún especialista y tendrá recetado algún tipo de rehabilitación, ¿no es así?

—Al principio sí que iba, tanto a un lado como al otro, pero después ya no podíamos pagarlo, y ella se bajó una tabla de ejercicios por Internet para paliar un poco los dolores, y los hace cuando tiene un ratito —me contestó Patricia, a la vez que su hermana le hacía gestos para que se callara, y de los que yo me di cuenta enseguida.

—¿Por qué quieres que se calle, María? Déjala que hable, ya que la que tenías que haber puesto esto en conocimiento del antiguo director eras tú, para poner a su alcance todos los medios necesarios —le reproché a María.

—Le estoy diciendo que se calle porque ya lo hablé con el señor Echevarría, y me dijo que no era posible hacer nada, que el coste de esas sesiones en la clínica era muy elevado, y que el lugar que ocuparía mi madre lo podía ocupar otro paciente, al que no rechazaría, porque eso supondría que no entrara ese dinero en las arcas, y no quiero que te pongamos en un aprieto —contestó muy apurada.

—Dios, ahora también voy a tener que revisar el departamento de contabilidad, esto se pone cada vez peor —murmuré más para mí que para nadie—. Verás María, la clínica tiene en su presupuesto una partida para ayudar a personas de bajos recursos, y otra de descuento para su

personal y sus familiares, lo que significa que podrías haber usado de ellas, obteniendo una rebaja considerable, ya que una no es incompatible con la otra, pudiendo salir incluso a coste cero si sumamos las dos.

— No sabía nada...

— Es que tú no eras la que deberías saberlo, pero el director, sí —la interrumpí—. Lo que me lleva a pensar que no las ofrecía porque se llevaba calentito el dinero de las dos partidas presupuestarias, y eso me obliga a revisar el departamento de contabilidad a fondo. María, me parece que tú y yo vamos a salir de aquí solo para ducharnos y dormir, durante algún tiempo. Por supuesto, se te pagarán las horas extras, eso no hay problema, el único inconveniente que encuentro es que vamos a tener cero vida social de lunes a viernes.

—Para mí no es inconveniente, todo lo contrario, porque el dinerito de las horas extras, que además antes no cobraba ni reclamaba por miedo a un despido, me va a venir de lujo para guardarlo y tener un colchoncito económico para cualquier imprevisto que pueda surgir en mi casa.

—Pues con todo aclarado ya, Patricia llégate a Recursos Humanos, que ya están avisados de que ibas a ir y, como ya teníamos tus datos, tienen el contrato redactado, solo para que lo firmes, y te incorporas a la recepción inmediatamente. Y tú y yo —me dirigí a María—, vamos a ponernos manos a la obra, o no veremos la luz del sol en mucho tiempo —dije riendo.

Codo con codo, entre las dos, logramos clasificar un montón de documentos agrupándolos por departamentos, esos a los que, en cuanto estuviera todo organizado, iríamos llamando para que nos entregaran facturas y toda la documentación que les fuese requerida, aunque algo me decía que no la íbamos a tener toda, puesto que esto había sido una ciudad sin ley.

Pasamos toda la semana así, sin salir del despacho para nada, hasta pedíamos la comida, que nos la traían a la recepción y que comíamos en la sala de reuniones, pero el primer paso, ya estaba hecho, y la verdad es que habíamos tardado menos de lo que pensaba, puesto que María era muy organizada y lo controlaba todo muy bien. En principio, habíamos puesto una mesa auxiliar en mi despacho, para que ella trabajara a gusto, pero ya había llamado al departamento de mantenimiento para que limpiaran y acondicionaran un pequeño despacho que había junto al mío, y que se comunicaban entre los dos por una pequeña puerta, ya que tanto ella como yo necesitábamos nuestro espacio, y al que la trasladaría en cuanto estuviera todo listo.

—Se acabó el papeleo, ahora toca empezar a recabar documentación de cada departamento, para ir asociándola con cada presupuesto y demás que tenemos aquí, aunque tengo la corazonada de que eso va a ser misión imposible —dije a María.

—Dime por dónde quieres empezar, y voy agendando las citas para la semana que viene, y así terminar de una vez por todas.

—Pues la verdad es que me da igual, lo único que quiero es que la de contabilidad me la dejes para el final, y que ese día solo me agendes esa.

—Perfecto, me pongo a ello antes de irme y te envío un correo electrónico para que las tengas.

—Mejor, vamos a hacer otra cosa, y así no tienes que trabajar doble. Voy a sincronizar la agenda de mi Tablet con la del ordenador a través de la intranet de la clínica, de manera que, cuando agendes alguna cita en el ordenador, aparezca inmediatamente en ella. Y voy a exigir a cada departamento que haga lo mismo, así cuando Patricia de alguna cita para el médico que sea, no tenga que enviar el listado al final del día, sino que sea el propio médico quien deba mirar su agenda para su siguiente consulta.

—Joder, jefa, no solo nos pagas más, sino que nos vas a hacer trabajar menos, eres un genio.
—Se sorprendió ante mi propuesta, esa que era tan sencilla como apretar un botón, pero al parecer los de arriba eran demasiado cómodos y los de abajo eran demasiado conformistas, pero eso iba a cambiar.

—Quita, anda, si eso es lo más sencillo del mundo. Aquí van a cambiar muchas cosas a partir de ahora, y eso va a hacer que todos trabajemos mucho más cómodamente. Por cierto, no te creas que se me ha olvidado lo de tu madre, que en cuanto tenga todo arreglado, me voy a encargar personalmente de que la vea el mejor de los especialistas y que tenga un tratamiento que la haga ganar en calidad de vida.

Me abrazó, en un abrazo que noté de lo más sincero y agradecido, y que hizo que se me saltaran las lágrimas, puesto que para ellas supondría un alivio total, tanto económico como a nivel emocional.

—Dicho lo cual, se terminó para mí por hoy, me marchó ya que voy a ir al despacho de mi chico a llevármelo a comer, que me dijo esta mañana que hoy estaba más libre de trabajo, para así poder empezar a disfrutar del fin de semana, que nos lo merecemos.

»Por cierto, solo quiero que te quedes para agendarme las citas del lunes, después te marchas a casa, que ya has trabajado bastante. —Me despedí de ella, dándole un beso en la mejilla.

Salí de la clínica para coger mi coche, ya que esa mañana me había tocado a mí llevar a Alberto al despacho de abogados, porque habíamos pasado la noche en mi casa, desde que volví de Roma, no pasábamos ni una noche separados, íbamos rotando de una casa a la otra, eso sí, el fin de semana lo pasábamos en su casa, ya que en esa azotea habíamos compartido alguna barbacoa con sus amigos y los chicos, así como disfrutábamos de la piscina cuando estábamos solos.

Llegué al bufete y me dispuse a buscar dónde aparcar el coche, puesto que no lo había avisado de que lo recogería para comer, pero tuve la inmensa suerte de que había un aparcamiento en la misma puerta, por lo que no tardé nada en subir. Al salir del ascensor, vi que no había nadie en el lugar, ni siquiera el chico de la recepción estaba ya en su puesto, pero escuché gritos que provenían del despacho de mi chico...

— ¡Te he dicho que no! Lo que pasó entre nosotros no se va a repetir, fue un tremendo error por mi parte, que no estoy dispuesto a cometer de nuevo, así que te recomiendo que desistas y me dejes en paz. —Escuché que decía Alberto, mientras que yo, totalmente decidida, abría la puerta, encontrándome con la misma abogada de la foto que me mandaron, con los brazos

enroscados en el cuello de mi pareja. —Sandra, esto no es lo que parece —intentaba explicarme con una completa desesperación.

Capítulo 25



—Tú me dirás, estoy dispuesta a escuchar todo lo que me tengas que decir. Voy a cumplir mi palabra de no sacar conclusiones precipitadas, ahora bien, te exijo que de una vez por todas me digas la verdad con respecto a esta señorita y no te dejes nada en el tintero, por favor —dije sin que él supiera que lo había escuchado rechazarla, pues necesitaba saber, de una vez por todas, qué era lo que la unía a ella.

—Te ruego que te marches, porque si no lo haces por las buenas, te sacaré por las malas, y te pido por favor, que no aceptes más casos en los que yo sea el abogado de la parte contraria, porque me veré obligado a denunciarte al colegio de abogados por mala praxis, ya que puedo demostrar, con los correos que me has enviado de tus ofrecimientos y malas artes para llegar a un acuerdo, en el que precisamente, no es tu representado el que sale beneficiado. Y ahora, si haces el favor, ya sabes dónde tienes la puerta —la advirtió Alberto.

—Esto no va a quedar así, te juro que no, así dedique mi vida entera a ello, no vas a ser feliz con ninguna mujer —lo amenazó ella.

Esperamos a quedarnos absolutamente solos, para empezar a hablar, mientras que ella cogía el ascensor soltando todo tipo de impropiedades por la boca, desde insultos hasta amenazas.

—Empieza a hablar, porque cada vez que quiero darte una sorpresa, termino llevándomela yo, y encima tengo que escuchar amenazas —dije expectante.

— No sé ni por dónde empezar.

— ¿Qué tal por el principio? Sería lo más lógico, desde luego.

—Vamos a ver... Conocí a Salma cuando terminé la carrera, y entré en su bufete para empezar las prácticas. Ella es dos años mayor que yo, por lo tanto, ya tenía su despacho y llevaba sus propios casos, y me asignaron como su adjunto. Antes de que me preguntes el por qué no las hice aquí, te diré que quería entrar en este edificio con mi título de abogado bajo el brazo, y con todo el rodaje que pudiera, como era el primero de mi promoción, tuve el privilegio de poder elegir, y me decanté por ese, ya que tenía bastante fama, después de este.

—Para tu padre debió ser un palo grande que te fueras a la competencia, ¿no?

—No, porque ya sabía mi manera de pensar. Pero eso es otra historia que, si quieres te la cuento luego, ahora solo quiero contarte todo lo que nos envuelve a Salma y a mí, y que entiendas lo que ha pasado aquí hoy, y lo que no va a volver a pasar, así que continuo.

»Nada más entrar allí, me echó el ojo, y se me insinuaba sin ningún pudor, y yo, como gilipollas que era, o soy, todavía no lo tengo claro, caí a lo grande un día en su despacho, mientras trabajábamos en un caso. Pensaba que ella quería lo mismo que yo, un polvo sin compromisos, que se iba a quedar solo en ese día, pero mi error fue pensar eso, puesto que no fue así.

»A los pocos días, me dijo que quería repetir y, como me negué, me amenazó con suspenderme las prácticas, lo que me imposibilitaría conseguir las metas que me había puesto en el plazo establecido, así que, cada vez que ella quería, nos liábamos. Para mí tampoco era un suplicio, porque no puedo negar que es una mujer cañón, y como no tenía nada serio con nadie, pues a nadie le amarga un dulce.

»Al principio, no sabía quién era mi padre, hasta el día en el que terminé la carrera y me ofrecieron trabajar allí, cosa que decliné puesto que lo que quería era trabajar con mi padre.

— Y le salió la vena ambiciosa —afirmé con seguridad.

—Totalmente, entonces me convertí para ella en la gallina de los huevos de oro, ya que todo su afán desde entonces ha sido atraparme de la manera que sea, bien para entrar a trabajar en el despacho de mi padre, o bien para sacar tajada de ello de alguna manera, incluso me insinuó una vez que no le importaría haberse quedado embarazada si yo era el padre, a lo que le contesté que conmigo no podía ser, puesto que yo siempre ponía medios para que eso no sucediera nunca.

—Vale, hasta ahí, todo claro. Pero ¿y hoy, a qué ha venido? —dije queriendo llegar al meollo de la cuestión.

—Pues, se suponía que venía a traermelo el acuerdo firmado por su representante, cosa que podría haber enviado fácilmente por mensajería, que es además como lo hacemos siempre, pero ha aprovechado la última hora, que sabía que no habría nadie, ya que hoy viernes y todo el mundo se va a mediodía y ya no vuelve hasta el lunes, para quedarse a solas conmigo, e intentar lo que el otro día no la dejé.

»Pero te juro por lo más sagrado que no lo ha conseguido, no he dejado que me diera ni un beso, la estaba rechazando y pidiéndole que se marchara y me dejara en paz cuando has llegado tú —dijo suplicando con los ojos que lo creyera.

—Eso lo sé, llevaba un rato aquí fuera antes de entrar, y te he escuchado cómo se lo decías, pero necesitaba conocer qué había pasado entre vosotros, para saber a qué atenerme en un futuro con esa mujer —le aclaré.

—No sabes el peso que me quitas de encima, preciosa, porque la presencia de esta mujer solo me trae problemas. Y ahora que está todo aclarado, ¿qué tal si nos olvidamos de ella y nos marchamos a comer? porque me muero de hambre. Aunque, también puedo empezar por comerte a ti —dijo con mucha picardía, a la vez que me atrapaba entre sus piernas para darme un

beso, ese que debería haber sido lo primero que hiciéramos nada más entrar en ese despacho.

La cosa no se nos fue de las manos, y no sería por falta de ganas de ninguno de los dos, pero preferíamos ir a comer, antes de que nos anularan la reserva que yo había hecho en un restaurante que nos encantaba a los dos antes de salir de la clínica, y luego irnos a su casa a comernos el postre, que no sería otro que terminar lo que habíamos empezado en ese despacho.

Una vez que habíamos saciado nuestra hambre, en todos los sentidos, y con el calor que hacía, decidimos irnos a darnos un chapuzón a la piscina, esa que estaba en su azotea y con el agua bastante fría, ya que Daniel había instalado un sistema de renovación automática del agua, de manera que, por muy alta que estuviera la temperatura fuera, dentro de ella la temperatura nunca superaba los veinticuatro grados.

Me puse un bikini en azul eléctrico con pequeños lunares blancos. La braguita era de estilo brasileño, mientras que la parte superior era sin tirantes y contaba con un nudo en el centro que realzaba mi escote de una manera preciosa, acentuando mis curvas. Para completar el conjunto, me puse un caftán blanco que llegaba a media pierna y unas cómodas cuñas playeras del mismo color.

—Joder, Sandra, si te llego a ver vestida así en mi casa, no llegamos a la piscina, te lo prometo —soltó con la mirada nublada de deseo. La verdad, es que ese bikini me hacía un cuerpo de escándalo.

—¿Por qué te crees que he salido ya vestida del baño? He querido sorprenderte con este modelito que me compré el otro día por Internet —dijo andando hacia él como si fuera una modelo de pasarela.

—Ven aquí, que me parece que te va a durar muy poco tiempo puesto. —Tiró de mí hacia él, pegando su cuerpo al mío.

—No te lo crees ni tú, para que suba alguien y nos coja en plena faena —respondí con la boca pequeña, ya que lo que más deseaba era que me lo quitara e hiciera conmigo lo que quisiera.

—Si lo que te preocupa es eso, primero, la puerta tiene el pestillo interior echado, ya que tanto mi hermano como yo, nos pusimos de acuerdo en poner uno, así si uno de los dos subía y no se podía abrir con la llave, es que el otro estaba en una situación, digamos algo así como comprometida, y entendía que no podía entrar.

»Así que, por parte de David, no hay problemas, y mis padres, que no suelen subir a no ser que les digamos que vamos a hacer una barbacoa o algo, si lo hacen, no podrán entrar y tendrán que llamar, dándonos tiempo a recomponer nuestra ropa. Dicho lo cual....

Me agarró por las nalgas y me subió en brazos, rodeando su cuerpo con mis piernas, y me llevó hasta la zona de las camas balinesas. Allí me recostó suavemente sobre una de ellas, pero antes de eso, me había despojado ya de la parte de arriba de mi bikini, ese que ya estaba tirado en el suelo. Una vez allí, rompió el beso, y fue bajando por todo mi cuerpo hasta llegar a mi monte de venus, desde donde agarró la braguita y la deslizó hacia abajo, lamiendo la zona por donde pasaba, y poniéndome a mil por hora, al igual que lo estaba él.

Cuando ya me tenía completamente desnuda, me pidió que abriera las piernas para él, que, desde donde estaba, tenía una visión completa de mi cuerpo, pasando sus dedos por mi sexo, de arriba abajo y, al contrario, arqueando mi cuerpo de placer y, cuando ya me tenía que no podía más, chupó y mordisqueó mi clítoris, haciendo que tuviera un orgasmo que tuve que gritar, en ese punto, ya me daba igual quién me escuchara.

Se levantó con una sonrisa en los labios, como si fuera un niño pequeño que ha conseguido que sus padres cedan a algo que, en un principio, habían dicho que no. Me cogió en brazos, y nos lanzó a la piscina, donde me dijo que me agarrara al borde y, levantando mis nalgas, me penetró sin piedad, cogiendo un ritmo y una fuerza que me estaba volviendo loca, hasta que ambos conseguimos llegar al clímax juntos.

Salimos del agua para vestirnos y quitar el pestillo, puesto que sabíamos que a esta hora, David y Álvaro subían a darse un baño, antes de que este último se fuera para la discoteca, al que la mayoría de los días lo acompañaba su chico, ya que él no empezaba en la clínica hasta septiembre.

—He pensado que podríamos irnos algunos días en agosto de viaje a algún sitio. ¿Dónde te gustaría ir? —comentó mientras nos tomábamos una cerveza en una de las hamacas dobles que había.

—No sé si tendré vacaciones, acabo de empezar a trabajar, aunque supongo que, si le digo a tus padres que me voy a coger unos días, no creo que me digan que no.

—Tú estás loca si piensas que te lo van a negar, así que venga, ve pensando dónde quieres ir para programarlo y reservarlo todo.

Y así pasamos la tarde, mirando todos los posibles destinos, y al final nos decantamos por irnos cuatro días a Florencia, ya que era un lugar en el que no habíamos estado ninguno de los dos, y que queríamos conocer. Aunque en un principio habíamos pensado decírselo a David y a su chico, al final decidimos que preferíamos hacer ese primer viaje solos, para el próximo ya contaríamos con ellos, por eso hicimos la reserva del hotel y compramos los vuelos. Nos íbamos a mediados de agosto, ya que eran unas fechas de baja asistencia en la clínica, donde la mayoría de los pacientes pausaban sus tratamientos para poder irse de vacaciones, con lo que solo se quedaban los más importantes.

Capítulo 26



El fin de semana lo pasamos entre su casa, la piscina en la azotea y la discoteca, a la que fuimos el sábado, pero tuvimos la mala suerte de encontrarnos allí a Salma, esa que se puso a coquetear y a provocar a un hombre delante de Alberto, que se reía comentándome lo bajo que había caído ella haciendo eso, como si a él le importara. La pasión entre nosotros se había hecho patente en cada lugar en el que estuvimos solos, llevándonos en algunos momentos a enloquecer de placer.

Pero había llegado el lunes, ese día que no queríamos que llegara, ya que suponía el tener que separarnos más de lo que nos gustaba, y estábamos en su coche de camino a mi trabajo, en el que me dejaría antes de irse al despacho.

—¿Me recoges para comer o tienes mucho trabajo? —pregunté antes de bajarme del coche en la puerta de la clínica.

—Pues no sé decirte, preciosa, no te puedo decir cómo se va a presentar la mañana, puesto que mi padre ha puesto un mensaje de difusión citándonos a todos a las nueve en la sala de reuniones, y no tengo ni idea de cuál es el motivo de la reunión.

—Vale, te llamo a las dos para que me digas lo que sea, ya que en caso de que no puedas venir, bajaré a la cafetería a comer y subiré de nuevo a trabajar hasta que vengas a recogerme, porque me vas a recoger. ¿no?

—Eso sí, se me tiene que torcer mucho la cosa para no poder hacerlo, pero, de todos modos, llámame a las dos y te aclaro todo —contestó antes de darme un beso y arrancar el coche para ir a trabajar, cosa que no llevo a cabo hasta que no me vio entrar en la clínica.

Entré en mi despacho, después de saludar a Patricia y preguntarle por su fin de semana. Me comentó que había sido bastante tranquilo, ya que el sábado fueron al cine con su madre, quien se encontraba mejor ese día, y luego disfrutaron de una cena en un restaurante cercano. Era increíble cómo la vida de estas dos chicas giraba en torno a las necesidades de su madre, coartando por completo su libertad y su intención de hacer planes, ya que se podían ver truncados por un mal día de su progenitora.

—Buenos días, María. ¿Qué tenemos hoy? —pregunté a mi secretaria.

—Muy buenos días, Sandra. Para empezar, a las nueve y media, he citado al responsable del primer departamento, y así con todos en fracciones de media en media hora, dejando al de contabilidad para mañana a primera hora, tal y como me indicaste.

—Perfecto entonces, nos da tiempo de tomarnos un cafecito antes de entrar en la primera reunión. Manda también una circular por la intranet, indicando a todos que, a lo largo del día de hoy, deben tener la Tablet proporcionada por la clínica sincronizada con el ordenador de su secretaria o, en su defecto, con el de recepción.

»A partir de hoy, no se facilitarán más listas de cita previa por parte de nadie. Si alguno no sabe hacerlo, que se ponga en contacto con el departamento de informática, que le solucionaran el problema. Y ahora, vamos a lío, a ver lo que nos encontramos y si podemos dejar ya todo el tema del papeleo cerrado, que quiero ponerme cuanto antes con las mejoras tecnológicas y de gestión.

Contra todo pronóstico, la mayoría de los departamentos tenían la documentación totalmente organizada, a pesar de que el señor Echevarría no se hubiese preocupado en supervisar nada. Se informó al personal indicado, que se iba a llevar a cabo otro sistema de organización, del que se les daría un curso intensivo para que todos y cada uno de ellos se ajustaran a las nuevas directrices, las cuales les iban a resultar más cómodas, ya que todo estaría conectado entre sí, pasando por mi despacho en última instancia, para que fuera yo quien diera o no autorización.

Eran las dos menos cinco, cuando recibí un mensaje de Alberto, diciéndome que, si yo había terminado, vendría a recogerme para ir a comer, que lo haríamos en su casa, ya que por la tarde lo que le quedaba era papeleo, y para eso no era necesario estar en el despacho. Le contesté que, cogía el bolso y lo esperaba abajo, puesto que lo que me quedaba pendiente, también podía hacerlo desde el portátil, ya que no era otra cosa que agrupar por carpetas toda la documentación que habíamos escaneado.

—María, coge tus cosas que ya hemos terminado por hoy —le dije a mi secretaria mientras me colgaba mi bolso y metía el ordenador en el maletín.

—Pero, si me queda todavía una hora, ¿cómo me voy a ir? —contestó incrédula.

—Porque yo me marchó ya, lo que me queda, lo puedo hacer en casa tranquilamente, y si yo no estoy, es de género tonto que permanezcas tú.

—Vale, me voy a casa, pero con una condición, vamos a repartirnos el trabajo que queda, y así no se te hace pesado a ti y a mí me ayuda a entretenerme esta tarde.

—Está bien, te paso luego un listado de los que voy a hacer yo y los que vas a hacer tú, pero cuando llegue a casa y termine de comer —le dije para convencerla de que se fuera, pero sin intención ninguna de enviarle nada.

Al salir de la clínica, vi a mi chico esperándome en el coche, aunque, la verdad es que no traía muy buena cara. Parecía que algo le preocupaba, pero decidí que iba a esperar a que él decidiera contármelo, ya que no quería presionarlo ni hacerle sentir incómodo.

Capítulo 27



—Buenas tardes, amor —dije al montarme en el coche, y el respondió dándome un beso de tornillo, que me dejó hasta mareada—. ¿Y ese beso?

—Buenas tardes, preciosa. Ese beso es que me apetecía y lo necesitaba, ha sido una mañana demasiado dura —contestó entristecido—. Después de comer te cuento, mejor, a ver si así me da tiempo a relajarme y no me sulfuro mientras lo explico.

—Como prefieras, y si puedo ayudarte de alguna manera, me lo dices, que ya está hecho.

Fue conduciendo en absoluto silencio, pero no era como otras veces que aún sin hablar, había miradas cómplices entre nosotros, esta vez era como si estuviera sumido en sus propios pensamientos, como si algo lo atormentara y no lo dejara pensar con claridad.

Antes de llegar a casa, pasamos por una pizzería que nos encantaba a los dos, para recoger un pedido que, previamente, él había encargado, ya que decía que hoy le apetecía ese tipo de comida, aunque en casa tuviéramos comida hecha que solo teníamos que calentar, así como una tarrina de helado de plátano con chocolate.

—Vamos a ponernos cómodos y ahora pongo la mesa, ¿te parece? —me preguntó.

—Si, por Dios, que estos tacones me están matando. Necesito quitarme toda esta ropa y encender el aire acondicionado, este calor va a acabar conmigo —dije medio bromeando para intentar sacarle una sonrisa, esa que conseguí, aunque solo a medias.

Decidí darme una ducha rápida, pues venía con mucho sudor y me notaba pegajosa. Me puse una camiseta tipo vestido de tirantes, sin sujetador y sin nada más debajo que mis braguitas, y me dirigí al salón, donde ya Alberto había dispuesto todo para el almuerzo en la mesa baja y nos sentamos en el suelo en un puf. Sabía que me encantaba comer así, cuando terminamos, recogimos todo y nos sentamos en el sofá con la tarrina de helado, y pusimos la televisión de fondo, en el que había en ese momento un programa de cotilleos.

—¿Me vas a contar ya qué es lo que te tiene así, por favor? Es que estoy empezando a preocuparme.

—Es que es para preocuparse, espera un momento y le digo a mi padre que suba, y así te lo contamos entre los dos, que va a ser mejor, ya que mi padre querrá escuchar tu parte de la historia.

—¿Cómo mi parte de la historia? No entiendo nada, de verdad que no.

—No te preocupes, que ahora mismo lo vas a entender todo —dijo en el momento en el que llamaron al timbre de la puerta.

—Hola Sandra, ¿te ha contado algo mi hijo? —preguntó con una mezcla de rabia y tristeza.

—Hola Daniel, buenas tardes. Pues no ha querido soltar prenda hasta que tú no llegaras, y de verdad que me estoy preocupando, y más cuando me ha dicho que tú querrás escuchar mi parte de la historia.

—Vamos a ver, primero quiero que entiendas que, como padre, esto que te voy a contar no es plato de buen gusto, pero como abogado, el suyo en este caso, necesito saber absolutamente todo, por mucho que me pueda doler.

—¿Su abogado? ¿Para qué necesita Alberto un abogado? —pregunté nerviosa perdida.

—Salma lo ha denunciado por acoso e intento de agresión sexual —me informó—. En su denuncia dice que todo sucedió el viernes al medio día, que fue a entregarle una documentación y que él la abordó e intentó agredirla sexualmente al negarse ella a seguir manteniendo relaciones sexuales con mi hijo.

»También expone que pudo salir de ahí porque, en un descuido, le propinó un rodillazo en la entrepierna, lo que le facilitó su huida hasta la calle, donde tomó un taxi, cuyo conductor puede explicar en el estado de nervios en el que la encontró. —Terminó de explicarme.

—¿Qué?! Esa tía está completamente loca, eso no sucedió así, yo estaba allí y fue completamente al revés —dije muy excitada y enfadada. Desde luego que había perdido todos los escrúpulos, al caer tan bajo por no conseguir sus propósitos.

—Te ruego que me cuentes todo lo que pudiste ver u oír, aunque me pueda doler como padre, ya te lo he dicho antes. Confío en ti plenamente, ya que tengo claro que no te vas a callar nada, y me dirías siempre la verdad.

Empecé a relatarle todo lo que había acontecido el viernes a la hora en la que decía que Alberto había intentado agredirla, recalcando la parte en la que nos amenazaba, tanto a él como a mí, así como los gritos de mi chico pidiéndole que se marchara y lo dejara en paz.

—Sé que Alberto tiene en su poder mensajes y correos electrónicos en los que ella busca obtener favores sexuales a cambio de hacer que sus representados firmen acuerdos que no les benefician en absoluto. Además, hay amenazas por su parte durante el tiempo que él hizo las prácticas como su adjunto, en los que dejaba claro que, si no accedía a sus deseos carnales, se vería obligada a suspender dichas prácticas. He tenido la oportunidad de revisar esos documentos, ya que tu hijo me los mostró en su despacho.

—Lo sabía, tenía claro que mi hijo me ocultaba algo, que no me había contado todo por no hacerme daño en mi papel de padre, exponiéndose incluso a un juicio por ello. Gracias Sandra, acabas de salvarle el pellejo a tu chico, aunque ahora mismo quiera matarnos a los dos.

—No es eso, papá, es que, si ya ha sido humillante para mí tener que contárselo a Sandra, imagínate a ti. Os pido perdón a los dos, por haberos involucrado en mis movidas con Salma, con esa mujer a cuyos deseos nunca debí haber cedido, ahora me siento como un gilipollas —expresó en un tono que era una mezcla de tristeza y enfado.

—A mí no me tienes que pedir perdón, puesto que tú lo único que hiciste fue mantener relaciones sexuales con esa mujer, en una etapa de tu vida en la que no tenías que rendir cuentas a nadie. La misma que parece que ha perdido la cabeza, es eso o que tenga demasiada maldad en el cuerpo —dije tomando su mano entre las mías.

—Yo tampoco necesito ninguna disculpa, lo único que quiero es que no me ocultes nada más, nos jugamos mucho en esto ya que, aunque sea mentira, tenemos que demostrar que fue al contrario, impidiendo que esta demanda se admita a trámite, porque entonces saldrá en todos los medios y tu nombre se verá manchado, sin razón alguna.

»Ahora que ya tenemos todo claro, necesito que me envíes todos esos mensajes y correos electrónicos que te haya mandado ella a mi cuenta del despacho, para solicitar inmediatamente una vista oral con el juez que instruye el caso y mostrarle todas las pruebas.

»Sandra, en principio le voy a llevar una transcripción de tu declaración, así como la grabación de esta, pero no descarto que quiera escucharla a viva voz, por eso debes estar preparada por si te llaman para declarar ante él.

—Por mí no hay ningún problema, iré encantada, a ver si esa bruja obtiene su merecido. Yo, a todas las personas que pusieran una denuncia falsa de este tipo, las metía en la cárcel el mismo tiempo que solicitara el fiscal para el falso acusado, veríamos entonces cómo se iban a terminar estas cosas —dije indignada.

—Bueno, yo me marchó ya, que tendréis mucho de lo que hablar. Hijo, estoy abajo por si me necesitas —expresó Daniel.

—Gracias papá, te acabo de enviar todo lo que tenía guardado de ella, espero que sirva para poder parar todo este sinsentido —contestó Alberto.

Cuando su padre se marchó de su casa, se derrumbó por completo, llorando como un niño pequeño y refugiado entre mis brazos. Era todo muy injusto, y esperaba que esa mujer no se fuera de rositas, porque había demostrado que era mala hasta decir basta, y que iba a llevar a cabo sus amenazas, hasta el final.

—Te necesito, Sandra, no te puedes imaginar la rabia y la impotencia que siento en estos momentos. Gracias por creerme, gracias por estar a mi lado y no soltarme de tu mano, y gracias por apostar por lo nuestro —expresó, levantando mi cara para mirarnos a los ojos, y entonces nos besamos.

Ese beso llevo a otro, y el otro a otro nuevo, y así nos enredamos otra vez. Os puede parecer

una frivolidad, pero yo sabía que era la única manera de que mi chico se olvidara de lo que se le venía encima, además de que no era solo sexo, yo quería que notara que iba a estar a su lado, pasase lo que pasase, puesto que tenía clarísimo que no era culpable, y él quería demostrarme que era la única mujer en su vida.

Después de hacer el amor, porque eso fue lo hicimos, demostrarnos el amor que nos teníamos, de manera lenta y delicada, nos quedamos medio dormidos en el sofá, con su brazo por encima de mi abdomen, como si tuviera miedo de que desapareciera al quitarlo, puesto que cada vez que me movía, me apretaba más.

Capítulo 28



A las nueve y media de la noche, subió Daniel a comentarnos que el juez instructor había admitido como pruebas toda la documentación que había presentado, pero que también había dictaminado una confrontación cara a cara de los dos implicados, del mismo modo solicitó mi presencia, ya que yo había sido testigo de parte del suceso, para así intentar esclarecer los hechos de la manera más precisa posible.

—Papá, las cámaras —dijo Alberto en ese momento, pegando un salto del sofá en el que estábamos sentados.

—¿Qué cámaras, hijo? No sé a qué te estás refiriendo —preguntó Daniel sin saber a qué estaba haciendo alusión su hijo.

—Las que mandamos instalar en el bufete la semana pasada, a raíz del intento de agresión de aquel turno de oficio. ¡Ahí tiene que estar grabado todo, puesto que yo no las desconecté! —exclamó mi chico esperanzado.

— ¡Es verdad! Me había olvidado de que estaban, voy a llamar ahora mismo a la empresa de seguridad, para que nos envíen las imágenes a la mayor celeridad. Estamos salvados, hijo, estamos salvados. —Lloraba abrazado a su hijo, cuyas lágrimas también resbalaban por sus mejillas.

Apenas unos minutos después de que Daniel hiciera la llamada, recibimos las imágenes de aquel día en su correo electrónico. Solo fue necesario seleccionar la cámara del despacho de Alberto y avanzar el vídeo hasta que apareció la imagen de esa mujer. Así pudimos comprobar que todo sucedió tal como lo había contado mi chico. Decidimos grabar esas imágenes en un *pen drive*, el mismo que llevaríamos al juzgado al día siguiente, a la hora en que nos habían citado para la confrontación.

Llamé a María para avisarla de que me cogía el día siguiente libre por asuntos personales, para que me pasara la reunión con contabilidad para el próximo día, y para que fuera ella la que organizara la documentación escaneada, ya que yo no había tenido la cabeza para hacer nada, centrada como estaba en sacar a mi chico de ese lío en el que estaba metido.

Pasamos toda la noche en vela, sin poder pegar un ojo, ya que la confrontación que tendría lugar a la mañana siguiente, así como las imágenes de la cámara, esas que no tenían audio, pero en las que se veía claramente cómo era ella la que iniciaba el acercamiento y Alberto la rechazaba, serían cruciales para determinar el futuro de mi chico. Estuvimos abrazados, dándonos besos y acariciándonos, sin pasar de ahí, pero dejando constancia de lo importante que éramos el uno para el otro.

Ya estábamos en el juzgado, esperando nuestro turno para entrar todos juntos a declarar, y que el juez pudiera tomar una decisión. Lina no se había querido quedar en casa, decía que iba a apoyar a su hijo, aunque se tuviera que quedar fuera de la sala, ya que ella no podía entrar al no estar citada.

La vimos llegar, mostrando una altanería que no era ni medio normal, mirándonos por encima del hombro y con una sonrisa de maldad al pasar a nuestro lado, como si creyera que lo tenía todo ganado. Lo que ella no sabía es que teníamos un as bajo la manga, las imágenes, esas que ya estaban en poder del juez, y que estaba visualizando en ese momento con Daniel.

Nos hicieron pasar a la sala, en la que ya se encontraban los dos abogados con el juez, la cara del abogado de Salma, que no era otro que un compañero de su despacho, lo decía todo, aquello no tenía ni pies ni cabeza, su testimonio no se sostenía por ningún sitio.

—Señorita González, en su declaración hace usted referencia a que el acusado intentó besarla, ¿puede usted relatarnos como sucedió todo? —dijo el juez, intentando que se retractara de su declaración, para así no tener que acusarla de falso testimonio.

—Por supuesto —dijo ella sin hacer caso a los gestos de su abogado, que intentaba decirle que no siguiera con esta farsa—. Yo llegué al despacho a eso de la una y media, aproximadamente, que era la hora en la que el señor Romero me había citado, sabiendo él que estaríamos solos, para entregarle la documentación de un acuerdo, como habíamos hecho siempre. Nada más llegar, intentó besarme, a lo que yo me negué, ya que llevaba una temporada en la que no me encontraba a gusto con lo que teníamos, y estaba dispuesta a decirle que lo nuestro se había terminado.

—Entonces, está diciendo que la que quería terminar la supuesta relación era usted, ¿verdad? —le insistió el juez.

—Sí, sí, fui yo la que tenía claro que no quería seguir, pero él se lo tomó muy mal, e intentó tomarme por la fuerza, pero yo aproveché un descuido y le propiné una patada en la entrepierna, y pude salir huyendo de allí —explicaba ella haciendo como la que lloraba, mientras su abogado, que ya tenía conocimiento de las imágenes y los mensajes, se llevaba las manos a la cabeza, totalmente desesperado, puesto que él la creyó en su relato, y ahora estaba quedando como un idiota en el juzgado.

—Señorita, le he dado la oportunidad, dos veces, además, de que se retractara de su declaración, y ha hecho caso omiso, tanto a mí como a su abogado, que lleva un rato insistiendo en que no continúe hablando, pero por lo visto, se considera usted más lista que nadie.

»Sé que os había citado a todos para declarar, pero después de las pruebas que ha presentado

el abogado de la defensa, y que el de la acusación ha visto, asistiendo a su derecho de hacerlo, creo que estamos todos de acuerdo en que la denuncia que afecta al señor Romero es completamente falsa. Dicho lo cual, no se admite a trámite.

»Lo que sí se confirma es la demanda a la señorita González por difamación y falso testimonio, por la cuál será citada en los próximos días. Y ahora, si me permite señorita González, si usted es igual como abogada, tenga cuidado, pues su despacho prescindirá de sus servicios más pronto que tarde. Buenos días — sentenció el juez.

Salimos hacia la sala de espera, donde estaba Lina atacada de los nervios, la cual en cuanto nos vio llegar con esa cara de felicidad, supo que todo había salido bien, y se abrazó a su hijo llorando, pero eran lágrimas de alegría y tranquilidad.

En ese momento, también salía Salma con su abogado, ese que se acercó a Alberto para pedirle disculpas, mientras que ella hablaba por teléfono, no se sabe con quién, de manera muy sofocada e indignada, como si tanto su abogado como mi chico, lo hubieran tramado todo para desprestigiarla.

—Esta guerra no ha hecho más que empezar —dijo al pasar por nuestro lado tras colgar la llamada—. Te voy a hacer la vida imposible, si no eres para mí no serás para nadie.

—¡Déjanos en paz! —gritó Alberto— Estás completamente loca, no te quiero ver a menos de cincuenta metros de mí o de mi familia, ¿te ha quedado claro?

—Y si no lo hago, ¿qué?, ¿me vas a denunciar? —dijo riéndose mientras salía de allí, como si lo único que le importara fuera hacerle daño a mi chico, lo de tirar su vida por la borda, como que le traía sin cuidado.

—Déjala, no entres en su juego. No lo ha conseguido, y eso es lo importante, ella misma va a cavar su propia tumba —le dije evitando más confrontaciones entre los dos.

—No lo ha conseguido ahora, pero seguro que ya está tramando su siguiente jugarreta —me contestó con rabia por todo lo que había tenido que soportar por parte de esa mujer.

—Pues ya cruzaremos ese puente cuando nos toque, pero juntos, como hemos hecho ahora, que no se salga con la suya, ese tiene que ser nuestro objetivo. Y ahora, vamos a comer todos juntos para celebrarlo, llama a tu hermano y a tu cuñado, que cuando se enteren que los hemos dejado al margen de todo, se van a enfadarse de lo lindo, y con toda la razón del mundo —le dije, cogiendo su mano y saliendo hacia la calle, ya que el aire ahí adentro se me estaba haciendo irrespirable.

La llamada a su hermano fue, tal y como predije un rato antes, explosiva, los gritos por no habérselo contando se escuchaban a distancia, mientras que Alberto intentaba tranquilizarlo, diciéndole que había sido todo muy precipitado, y que se lo iban a contar hoy, después de ver en qué quedaba todo este entuerto, y emplazando a los dos en el restaurante al que ya nos dirigíamos los demás.

—¡No me lo puedo creer, es que no puedo! Me habéis tratado como si fuera un extraño,

ocultándome esto tan grave —decía mientras que abrazaba a su hermano, con lágrimas en los ojos.

—No es eso, hermano, te prometo que no, pero antes de exteriorizarlo, tenía que asimilar lo que me estaba sucediendo, ni siquiera fui capaz de contárselo a Sandra, que lo tuvo que hacer papá, y porque necesitaba su testimonio que, si no, tampoco lo habría hecho en ese momento, sino cuando tuviera claro lo que iba a pasar —le contestó. Aunque por mucho que él dijera, estaba convencida de que a mí me lo hubiera contado, por el simple hecho de que necesitaría desahogarse y explicarme su versión.

Estuvimos allí hasta media tarde, ya que después de la comida, nos tomamos una copa, con la que brindamos por la verdad, esa que, tarde o temprano siempre sale a la luz.

Capítulo 29



Cerrado un frente, el de Alberto, ahora me tocaba enfrentarme a otro, el de destapar al señor Echevarría, y aclarar cuánto dinero se había perdido, porque las cuentas no salían por ningún lado, por eso estábamos esperando a que llegara el responsable de contabilidad, ese que también estaba en mi punto de mira, pues no tenía claro todavía si estaba compinchado con el antiguo director o no, y que esperaba descubrir antes de terminar esta reunión.

—Buenos días, Sandra. Aquí traigo todo lo que me solicitaste en el correo —dijo Matías, que era la persona responsable del departamento de contabilidad. Era un hombre joven, de no más de cuarenta años, y mi impresión a primera vista, era que no tenía nada que ver, pero lo vería a continuación.

—Hola Matías, ¿qué tal todo? Toma asiento, por favor, porque me parece que vamos a tener aquí para rato, ya que hay mil cosas que no cuadran.

—Eso mismo le decía yo al antiguo director, y aquí traigo también los correos en los que se lo explicaba, puesto que quiero guardar mis espaldas de una posible acusación, porque es mucho el dinero que no se puede justificar, Sandra, y yo solo me limitaba a seguir las directrices del señor Echevarría, que era el que daba y firmaba las ordenes de transferencias.

—No te preocupes por eso, ahora sí que tengo más que claro que tú no tuviste nada que ver, pero necesitamos saber cuánto y a dónde fue ese dinero que no tiene justificación en cuanto a facturas ni nada. Vamos a ponernos manos a la obra, a ver si podemos cuantificar todo y terminar ya de una vez por todas, para conocer la situación real de la clínica y a qué debemos atenernos.

Más de cuatro horas estuvimos punteando movimiento por movimiento, anotando aquellos en los que no aparecían facturas que lo justificara, así como la cuenta al que había sido transferido ese dinero o el número de cheque al que correspondía. Al final, con todos los datos recopilados, vimos que la cantidad de dinero que había sin justificación superaba con creces los cien mil euros, y esos solo correspondían al último año.

—Yo me encargo de llamar ahora mismo al director del banco, para que haga los trámites correspondientes para saber el titular de la cuenta y el DNI de quién cobró los cheques, en cuanto

lo tenga te aviso —dijo Matías con evidente preocupación, aunque sabía que contaba con mi plena confianza, y esos datos iban a terminar de corroborar mi suposición.

—Gracias Matías, yo mientras me voy a poner en contacto con la propietaria, para que se pase por aquí en cuanto pueda, y hacerla partícipe de la situación para, entre todos, tomar una decisión —le respondí.

Y eso hicimos, él se marchó a su despacho para terminar con las gestiones correspondientes, y yo me encerré en el mío para llamar a Lina y que viniera, ya que lo que teníamos que hablar no era una cosa que se pudiera tratar por teléfono, era mejor hacerlo cara a cara.

—Ya estoy aquí —dijo Lina al entrar en mi despacho, con el gesto preocupado por lo que pudiera decirle—. Qué es eso tan importante que me tienes que contar. Dime por Dios que no tiene nada que ver con mi hijo y esa mujer.

—Tranquila, que no es nada de eso —dije para intentar relajarla, aunque fuera solo un poco—. ¿Recuerdas cuando te comenté que había cosas que no me cuadraban respecto a la contabilidad de la clínica? Pues mis sospechas eran ciertas. Hay más de cien mil euros sin justificar, sin una factura o albarán, que se han cobrado por transferencia a una cuenta bancaria o por cheques. Matías está intentando averiguar, hablando con el director de nuestra sucursal bancaria, los datos de la o las personas que lo han cobrado.

—¿Lo dices en serio? Es inaudito, Alfredo era de nuestra total confianza, fue el último director que trabajó con mi padre, antes de hacerme cargo yo, y siempre ha sido un hombre muy eficiente en su trabajo, me niego a pensar que se lo ha llevado él —respondió sin terminar de creerlo, en el mismo momento en el que Matías llamaba a mi puerta.

—Jefa, ya tengo el certificado de titularidad de la cuenta y el DNI de la persona que cobró los cheques. Me ha costado mucho trabajo que el director cediera a darme esos datos, ya sabes por eso de la Ley de Protección de Datos, pero cuando le he contado para qué lo necesitábamos, no ha dudado en echarnos una mano. Además, me he dado cuenta de otra cosa al ver la foto del DNI.

—Ilústrame, por favor, porque miedo me da lo que has descubierto —le dije esperándome lo peor.

—Pues verás, tanto la cuenta como el DNI, corresponden a Gustavo Echevarría, que es sobrino del antiguo director, y al ver los datos, me vino a la cabeza un flas de un contrato que se firmó poco antes de yo empezara a trabajar aquí, y que me tocó a mí archivar. Con lo cual, me he ido a la base de datos de los empleados y, agárrate que te vas a caer de culo, y perdón por la expresión, pero es que yo me he quedado con la boca abierta...

—Al grano, Matías, que me tienes de los nervios —le interrumpí para que no divagara más sobre ese asunto.

—Voy, voy. Pues resulta que el tal Gustavo este, lleva contratado en la clínica como personal de mantenimiento desde hace casi tres años, cobrando su nómina puntualmente todos los meses,

y sin aparecer por aquí ni para cambiar una bombilla —contestó en un tono triunfante, como que por fin habíamos llegado al fondo del asunto.

—Yo conozco a Gustavo —dijo Lina—, es el hijo de su hermana, que falleció siendo él un chaval, y que se quedó a cargo de Alfredo, que fue su tutor hasta que cumplió la mayoría de edad, pero no ha trabajado aquí nunca, y mira que se lo ofrecimos veces a su tío.

—Pues se tomó el ofrecimiento al pie de la letra, no venía a trabajar, pero sí que estaba dado de alta y cobraba por ello. Cada día me maravillo más de la poca vergüenza de la gente. Sobra decir que quiero ese contrato anulado desde ya, sin indemnización ni nada por el estilo, y que aparezca por aquí a reclamar algo, si tiene valor.

—Sandra, eso no podemos hacerlo, puesto que, hasta hace poco, consta que fichaba al entrar y salir todos los días, seguramente sería su tío quién lo hiciera por él.

—Déjame que lo hable con el abogado de la empresa, y ya mañana te digo lo que sea, porque no va a salir ileso de esto; nos roba, no trabaja y encima se va a querer llevar hasta una carta de recomendación, verás tú.

»Intenta localizar al antiguo director, María, por favor, y cítalo aquí, pero que no sospeche nada, dile que yo soy muy torpe y que no puedo entrar en el ordenador del despacho, que no sabemos la clave, los datos los tenía encriptados, así que creará que no voy a ser capaz de descifrarlos y picará.

—Nuera, vámonos ya a comer, que todo esto me ha dado dolor de cabeza y necesito salir de aquí. ¿Sabes si mi hijo y su padre estaban hoy libres para comer con nosotras? —dijo Lina con mala cara.

—No, hoy no venían a comer, tenían un almuerzo de trabajo con uno de sus representados para ver si estaba conforme con un acuerdo de disociación de una empresa, y me dijo Alberto que tenían para largo, puesto que nunca estaba de acuerdo con lo que le proponían, así que estarían con él hasta por lo menos media tarde.

»Con lo cual, nos vamos las dos a comer al centro comercial y después echamos un vistacito a las tiendas —informé a mi suegra, la cual asintió muy conforme a la idea de ir de compras, puesto que no había nada que le gustara más que estrenar un trapito nuevo.

A pesar del disgusto inicial que llevábamos las dos por lo acontecido esa mañana, pasamos una tarde muy divertida, en la que ambas entramos en una tienda de lencería y arrasamos en ella, comprándonos más de un conjunto de ropa interior muy sexi para sorprender a nuestros chicos y es que, ella decía que, a pesar de que no teníamos la misma edad, ella disfrutaba de esos juegos con su marido una barbaridad. Lo que nos reímos esa tarde no fue poco.

Capítulo 30



Llegamos a casa de Lina a eso de las siete y media, pero ellos todavía no estaban allí, lo cual significaba que la reunión se había alargado más de la cuenta, la dejé preparando la cena, y me subí a casa de Alberto con intención de hacer lo mismo, aunque antes iba a darme una ducha y ponerme uno de los conjuntos de lencería que habíamos comprado.

Los puse todos encima de la cama, y, finalmente, me decanté por uno que se componía de un corpiño negro de encaje que terminaba a la altura de la cadera, con un tanga del mismo material, tenía unos pequeños lacitos en color rosa, que le daba el toque de inocencia que de por sí no tenía, y sabía que lo volvería loco. Encima me pondría una bata de gasa también negra, que llegaba a la altura de los glúteos, y así me pondría a cocinar, había decidido hacer una carne en salsa de Pedro Ximénez, con unas patatas panaderas, que dejaría listas, solo para freír, aunque me daba la impresión de que íbamos a tardar en cenar más que otros días.

Miré el reloj, y ya eran las nueve de la noche, pero todavía no había llegado. El teléfono no me daba señal, así que me puse una camisola encima y bajé a ver si Daniel había llegado.

—Lina, perdona que te moleste. ¿Ha llegado ya Daniel? —pregunté preocupada.

—Llevo aquí más de una hora, ¿por qué? —respondió Daniel, que en ese momento asomaba por allí.

—No tengo ni idea de dónde está Alberto, y estoy preocupada, ya que lo llamo y su teléfono no da señal, es como si lo tuviera apagado.

—Pues no te puedo decir, la última vez lo dejé hablando con Mario a punto de coger su coche para venir a casa, lo mismo y se le ha hecho un poco tarde, y se ha quedado sin batería, aunque me extraña que no te haya avisado. Espera que vaya a buscar el número de Mario para llamarlo, a ver qué me dice —me respondió Daniel.

—No te preocupes mujer, seguro que se ha entretenido con algo —dijo Lina.

—Acabo de hablar con Mario, no te preocupes, que Alberto está bien, están en casa de Manu toda la pandilla junta, celebrando que todo lo de Salma ha salido bien, y el móvil de mi hijo es

que se lo ha dejado en el coche —me contó Daniel.

—Me parece perfecto, así me gusta, que me incluya en sus planes, pero al parecer conmigo solo comparte las cosas malas. Ahora, si me disculpáis, me voy a vestir para irme a mi casa —dije cabreada.

—Entiendo tu enfado, Sandra, pero no te vayas, espera a que venga y se explique —dijo Lina.

—Estoy hasta el mismo moño, por decirlo de una manera elegante, de las explicaciones de tu hijo. No quiero que me lleve como una mochila, pero una simple llamada diciéndome que no lo esperara porque estaba con sus amigos, me parece que no es mucho pedir.

»¿O es que tengo que esperarlo para calentar su cama? Para que me encuentre a su entera disposición, sumisa y entregada. Pues lo siento, pero no va a ser así, estoy cansada de sus idas y venidas, de tener que estar siempre ahí para él cuando para mí no está nunca —dije derrotada, y Lina me entendió, dándome un abrazo para reconfortarme.

Subí para cambiarme. Metí la bolsa con la lencería nueva, así como la ropa que tenía en su casa en una maleta. Era el momento de decidir si me tomaba en serio o si todo se acababa aquí y ahora; ya estaba bien de que me tratara como si no le importara. Saliendo del portal, lo vi que se bajaba de un taxi, en claro estado de embriaguez.

—Sandra, espera. — dijo sin poder casi pronunciar palabra. — Sandra, por favor, déjame que te explique.

—Déjame en paz, estoy harta de tus explicaciones —le grité llorando de rabia.

—Me encontré con Mario, que habían quedado en casa de Manu, y me apetecía pasar un rato con mis amigos, necesitaba despejarme y pasarlo bien.

—Y era mucho pedir que me avisaras, aunque fuera con un simple mensaje, porque de llamarme para que fuera mejor no decir nada, se ve que conmigo solo te diviertes de una forma. Pero ¿sabes qué? No va a volver a suceder más, porque se acabó aquí y ahora.

—No me hagas esto, por favor —suplicó casi sin poder mantenerse en pie.

—Yo no te hago nada, lo has hecho tú solo. Y ahora, déjame en paz, que quiero marcharme —dije mientras que salía andando y lo dejaba en el portal.

Esa noche me costó mucho coger el sueño, así que cuando sonó el despertador me quería morir, tenía los ojos hinchados de tanto llorar, podría haber llamado a María y decir que no iba a ir porque me encontraba mal, pero preferí acudir, ya que el centrarme en el trabajo haría que no pensara en otras cosas. Me di una ducha, a ver si así lograba espabilarme un poco, me vestí, me maquillé, ya que tenía una cara que daba miedo verme, esa cara no la sacaban ya ni en las películas de miedo, y me fui a la cocina a tomarme un café. Mientras lo hacía, me llegó un mensaje de Alberto, pidiéndome perdón, ese que dejé en visto y ni siquiera contesté, al rato recibí una llamada, que tampoco descolgué. Si se creía que con un mensaje y una llamada lo iba arreglar todo, lo llevaba claro.

—Buenos días, María —le dije a mi secretaria—. ¿Has podido localizar a Alfredo?

—Buenos días, jefa, traes mala cara, ¿te sucede algo?

—Nada que no se solucione en un par de días —le respondí con una sonrisa que no me llegaba a los ojos.

—Sabes que estoy aquí si necesitas hablar —asentí con la cabeza, dejándola que continuara hablando—. Con respecto a lo que me has preguntado antes, la respuesta es sí, de hecho, tiene que estar a punto de llegar. ¿Aviso a Lina?

—Sí por favor, mientras yo me preparo un café que termine de espabilarme, que he dormido bastante mal esta noche. Me parece que el antiguo director va a pagar todo mi mal humor de hoy —le dije a María mientras las dos reíamos.

Ni media hora más tarde, estaba entrando por la puerta Lina, y justo detrás venía Alfredo, que no se dio cuenta de que ella estaba sentada en el despacho.

—Pronto has tenido que llamarme para que solucione tus problemas —dijo en un tono de chulería, como el que se cree el amo del mundo—. Me parece a mí que este puesto te queda un poquito grande.

—Buenos días, señor Echevarría, tome asiento, por favor —dije ignorando su comentario anterior, ese que se tendría que tragar, palabra por palabra.

—Déjate de asientos, que tengo prisa, y dime qué es lo que no entiendes del ordenador, para que pueda irme cuanto antes, que tengo que disfrutar de mi jubilación.

—Sobre todo con el dinero que, entre su sobrino y usted, habéis sustraído de la clínica, ¿no es así? —le respondí, ahora sí, con mucha chulería por mi parte, ya que lo teníamos, como se suele decir, cogido por los huevos, mientras que su cara mudaba del asombro al miedo.

— Yo.... Yo es que....

—Se acabaron lo balbuceos y las tonterías, Alfredo —dijo Lina haciéndose ver, pues había entrado tan subidito y confiado, que ni cuenta se había dado de su presencia—. Te hemos llamado para darte la oportunidad de explicarte, antes de presentar la denuncia correspondiente, aparte de despedir a tu sobrino, por supuesto, y de manera totalmente legal, no como lo habéis hecho vosotros.

—Lina, él me convenció, mi sobrino me dijo que lo haría de tal manera que no os daríais cuenta nunca, y que podría considerarlo como un plan de pensiones por el tiempo que había dedicado a la clínica. Me lo pintó tan bien, que pensé que era legal —explicó al borde de las lágrimas.

—Claro que sí, y nosotras ahora somos tontas. Por eso también contrató a su sobrino, y le

fichaba la entrada y la salida, para que no tuviera que molestarse en venir hasta aquí, para qué, si le ingresaban la nómina todos los meses —dije muy cabreada—. Sus lágrimas, déjeme que le aclare, que a mí no me afectan para nada.

»Tiene cuarenta y ocho horas para devolver el dinero sustraído, me da igual cómo lo tenga que hacer, como si tiene que vender un riñón, ya sabe a la cantidad que asciende, si no quiere que la demanda siga adelante. Lamentablemente, al haber fichado por su sobrino, no podemos reclamarle el salario recibido en todos estos años, aunque ya tiene la carta de despido en su buzón, sin indemnización y sin absolutamente nada, ya que lleva más de dos semanas sin aparecer por el trabajo y sin una causa justificada.

—Venderé la casa y haré lo que haga falta, pero, por favor, paren esa demanda, que arruinaría mi reputación —suplicó.

—Me parece una vergüenza que, después de lo que has trabajado, por culpa de tu avaricia, te veas en esta situación. Nunca se te trató mal, todo lo contrario, te veíamos como parte de la familia, poniendo mi herencia en tus manos —le contestó Lina, con lágrimas en los ojos por la tremenda decepción que había sufrido.

Se marchó de allí, pero no sin antes solicitar una ampliación de plazo de una semana, ya que decía que, en cuarenta y ocho horas, no le daba tiempo a reunir los más de cien mil euros que habían sustraído, a lo cual accedimos, tampoco queríamos que cometiera una locura.

En ese momento vi a Patricia con un ramo de flores enorme en las manos, dirigiéndose a mi despacho, y la miré interrogante, pues no sabía quién lo había mandado, aunque podía hacerme una ligera idea.

Capítulo 31



—Jefa, pedazo de ramo que te han enviado. A ver cuando tengo yo la suerte de que me manden uno así a mí —dijo Patricia con voz soñadora mientras me lo entregaba, aunque yo solo me centré en la nota, y no me había equivocado de quién procedía.

—Créeme, preferiría que no hubiera tenido que enviarlo, puesto que eso sería señal de que no tendría que pedir perdón —le respondí con tristeza.

Releí la nota otra vez, antes de entrar en mi despacho de nuevo, donde Patricia se encontraba poniendo las flores en un jarrón con agua, preguntándome con gestos si me parecía bien donde las había colocado, a lo que asentí con la cabeza. Esas palabras que venían junto a las flores no dejaban de dar vueltas en mi cabeza.

«He sido un idiota, perdóname, por favor. Vamos a hablar»

Si pensaba que con eso iba a ablandarme, lo llevaba claro, pero la culpa era mía y nada más que mía, pues lo tenía acostumbrado a que, con dos palabras bonitas, ya me tenía de nuevo a sus pies.

Ahora sí, cogí mi bolso y salí del despacho para dirigirme a mi coche, el cual estaba estacionado en el aparcamiento de la clínica, pero mi sorpresa fue mayúscula cuando lo encontré apoyado en él, cabizbajo y esperando a que yo llegara, ni siquiera hizo el ademán de venir hacia mí, por si había algún gesto de rechazo por mi parte.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunté con una mezcla de enfado y tristeza.

—Hola, Sandra, te estaba esperando. Tenemos que hablar, por favor, no podemos seguir así.

—¿Así cómo, exactamente? Porque ayer estabas estupendamente, realmente tan bien, que se te olvidó hasta enviarme un mensaje, así que no me habrás echado mucho de menos.

—No seas injusta conmigo, y déjame que te explique cómo se dieron las cosas, que todo tiene una razón —suplicó.

—¿Injusta, yo? ¿En serio me estás diciendo eso? No puedo creer que me digas algo así, es lo

último que me faltaba. La única razón es que estabas tan a gusto con tus amigos que te olvidaste de que había alguien esperándote en casa, alguien que podría estar preocupada por lo que ha pasado últimamente con esa mujer, a la que, por cierto, no le das la más mínima importancia, para ser claros. Es lo mismo de siempre, nada que no haya visto antes.

—Eso no es cierto, si no me importaras, no estaría ahora mismo aquí, me encontraría en mi despacho trabajando, pero no me concentraba y a mi mente venía una y otra vez tu cara de decepción.

—No te preocupes que, para la próxima vez, te recibo con una pancarta y una banda de música —respondí con ironía.

—Me parece que este no es un sitio para hablar de esto, vayamos a otro lugar donde podamos estar más tranquilos, te lo ruego, donde tú quieras y te encuentres a gusto.

—En este momento, no me encontraría a gusto contigo en ninguna parte, pero si piensas que por decirme cuatro chorradas voy a volver a caer en tus brazos, lo llevas claro.

—Ahora he sido yo el que he sacado conclusiones precipitadas, vamos a la cafetería y te lo enseño. Si después decides que no quieres saber nada más de mí, te prometo que me iré y no te volveré a molestar. —La idea de no volver a verlo ni a tenerlo en mi vida me provocó un escalofrío en la espalda; al fin y al cabo, por escucharle no perdía nada.

—Está bien, pero mejor en mi despacho, que en la cafetería siempre hay oídos pendientes de todas las conversaciones, y no quiero salir mañana en el tablón de anuncios de la clínica.

Nos dirigimos al interior, en dirección a mi despacho, en el que, además, estaríamos más fresquitos, ya que fuera hacía un calor de mil demonios, Patricia me miró con la ceja arqueada, y yo le hice un gesto de que no pasaba nada.

—Pasa —le dije una vez que había abierto la puerta—. Toma asiento mientras me acerco a por dos refrescos, que fuera hacía mucho calor y se me ha debido bajar la tensión.

—Siéntate tú mejor, yo iré a buscarlos, no vaya a ser que te sientas mal y te desmayes —dijo con preocupación, mientras se dirigía a una pequeña nevera que había en el despacho para coger dos latas de refresco de cola y ponerlas sobre la mesa.

—Tú dirás, ¿qué es eso que tenías que mostrarme?

—Míralo por ti misma, lo recibí ayer mientras conversaba con Mario, quien, al verme la cara, me propuso que lo acompañara a casa de Manu, donde habían quedado todos —dijo mientras me enseñaba una foto en su teléfono, en la que se me veía a mí junto a Matías en la mesa de reuniones, y parecía que estábamos en una actitud más que cariñosa—. Como podrás imaginar, después de ver esto, lo que menos ganas tenía era de avisarte dónde estaba y por qué motivo.

—Esa foto no muestra la realidad, está sacada desde un ángulo en el que parece que entre nosotros hay algo más, pero te juro por lo que más quiero en este mundo, que no es cierto. Ese es

Matías, el jefe de contabilidad...

—Sé quién es, por eso me puse así —me interrumpió.

—Me dejas seguir hablando, por favor —increpé.

—Perdona, continúa.

—No sé si tu madre te ha puesto al día de lo que hemos descubierto en las cuentas de la clínica, pero yo te lo aclaro, por si acaso. Descubrimos que hay un agujero de más de cien mil euros, y, además, hay un empleado al que se contrató hace más de tres años y que ha estado cobrando su salario sin venir un solo día a trabajar.

»Lo más sorprendente es que otra persona se estaba encargando de fichar por él, tanto a la entrada como a la salida. El momento en el que tomaron esa foto es justo en el que descubrimos todo el pastel, de ahí nuestras caras y nuestra postura.

—Esto que me estás contando, ¿es en serio? Nadie me ha dicho nada. ¿Desde cuándo lo sabéis? Me parece increíble, ¿tenéis algún sospechoso?

—Todo eso te lo responderé más tarde, ahora quiero que me respondas tú a una sola pregunta. ¿Por qué has dicho eso de que te pusiste así porque sabes quién es? No sé a qué te has referido.

—Matías tiene fama en la clínica de ser un donjuán, siempre que se fija en una mujer no duda en intentar conquistarla, no sé si me he explicado bien, y me llevaron los demonios por dentro. Solo pensar que pudieras estar en los brazos de otro hombre hizo que se me revolvieran las tripas.

»Así que decidí ahogar mis penas en alcohol. Pero, todo cambió cuando mi padre llamó a Mario y le dijo que estabas preocupada, eso me hizo darme cuenta de que todo había sido mentira, una más de las artimañas de Salma para salirse con la suya.

—Te voy a decir dos cosas: la primera es que, por muy mujeriego que sea Matías, que no te lo voy a discutir porque no le conozco más de las horas que hemos pasado revisando documentación, la que tiene que querer soy yo, y me parece que nunca te he dado motivos para dudar de mí. Y la segunda, pero no menos importante, dijimos que preguntaríamos las cosas antes de sacar conclusiones, y a la primera de cambio, me vienes con esto.

»¿Qué pasa, que cada vez que esa gilipollas se plantee intentar algo, vamos a terminar cada uno por su lado? Porque si es así, me lo dices y me plantó aquí y ahora. No puedo más, te lo prometo, tantas idas y venidas me están destrozando, no puedo estar hoy en tus brazos y mañana querer matarte.

—Te prometo que eso se acabó, te doy mi palabra de que, a partir de ahora, hablaré las cosas contigo antes que con nadie más, pero perdóname, no concibo mi vida sin que estés en ella, ya no.

—No sé cómo te las apañas, pero siempre consigues que te perdone —dije a la vez que me tomaba entre sus brazos para sellar la reconciliación con un beso.

—Ahora que lo nuestro está arreglado, quiero que me des detalles de lo sucedido aquí, sin que te dejes nada, como diría mi padre.

—Pues a parte de lo que te he contado, te diré que todo lo tenía orquestado el señor Echevarría y su sobrino, ese con cuya tutela se quedó cuando falleció su hermana, y que ya nos hemos puesto en contacto con él... —le expliqué todo lo que habíamos hecho y acordado con el antiguo director, de modo que pudiera evitar una demanda que le costaría acabar con su reputación.

— Joder con Alfredito, y parecía tonto. Menudo disgusto se habrá llevado mi madre, que lo tenía como si fuera parte de la familia. Si incluso venía a casa a comer o a cenar en alguna ocasión, porque mi madre decía que era más cómodo hablar allí que encerrados en un despacho.

Salimos de allí con una actitud muy diferente a la que habíamos entrado, de camino a mi coche, pues él había llegado en un taxi, y nos dirigimos a mi casa, donde pediríamos algo de comer y pasaríamos la tarde.

Capítulo 32



Había llegado el momento de nuestro viaje a Florencia, que inicialmente planeamos como una escapada romántica, pero que terminó convirtiéndose en una aventura familiar. En cuanto se enteraron sus padres, su hermano y su cuñado, no dudaron en apuntarse, y fue imposible decirles que no. La verdad es que a mí no me importaba, ya que sabía que tendríamos nuestros momentos a sola cuando lo deseáramos, y las noches de pasión también estaban aseguradas. La presencia de la familia no resultaba ser una carga, sino todo lo contrario; con David a mi lado, las risas y la diversión estaban aseguradas.

—¿Llevamos todo? ¿Se olvida algo? Revisad bien, que todavía estamos a tiempo. —decía Lina nerviosa, pues, como ella había dicho en más de una ocasión, hacía muchísimo tiempo que no viajaba toda la familia junta, con los agregados incluidos.

—Sí, llevamos todo lo necesario para el viaje, y si se nos ha olvidado algo, te recuerdo que allí también hay unos locales que se llaman tiendas, donde podemos comprar lo que necesitemos —respondió David son una sonrisa.

Salimos de casa con rumbo al aeropuerto, en un microbús que Daniel había contratado previamente y que ya nos estaba esperando en la puerta. Al igual que cuando lleguemos a Florencia, donde también nos esperaría otro de las mismas características para llevarnos al hotel donde nos alojaríamos. Afortunadamente, lograron encontrar dos habitaciones disponibles en el mismo en el que habíamos reservado nosotros.

Después de realizar el registro en la recepción del hotel y recibir las llaves de las habitaciones, quedamos en subir las cosas, refrescarnos un poco y luego bajar a comer al restaurante del hotel, ya que eran las dos y media de la tarde y, si salíamos a buscar otro sitio, se nos podría hacer tarde y encontrarnos con las cocinas cerradas.

Al cruzar la puerta de la habitación, me encontré con una estancia preciosa que contaba con una cama doble *King Size*, ideal para descansar, y una acogedora zona de estar que incluía un pequeño sofá y una televisión. El baño era un verdadero lujo, equipado con una ducha de masajes que prometía momentos de relajación. Además, de una terraza que ofrecía una vista impresionante de la Piazza della Signoria, y que yo estaba loca por conocer. Sin embargo, mi chico tenía otros planes en mente; en cuanto cerró la puerta, me giró suavemente, sujetándome

por los glúteos y acercándome a él para compartir un apasionado beso.

—¿Qué tal si nos damos una ducha juntos? —preguntaba mientras daba pequeños mordiscos en mi labio inferior.

—Alberto, hemos quedado dentro de media hora para bajar a comer, se nos va a hacer tarde —respondí a la vez que sentía cómo su mano se dirigía a mi entrepierna, y notaba cómo me excitaba cada vez más.

—En media hora puedo hacer que te corras, por lo menos dos veces, ducharnos y que nos dé tiempo a vestarnos y estar listos —dijo en un tono juguetón.

Dicho y hecho, nos metimos en la ducha de manera inmediata, todavía no me explico cómo fue capaz de desnudarnos tan rápido, ya que al cuarto de baño llegamos ambos sin ropa. El primer asalto fue en el mueble del lavamanos, donde me dejó caer hacia detrás, sentándome al borde de la encimera a la vez que él se agachaba para degustarme a placer, hasta que consiguió arrastrarme al clímax con su boca para, a continuación, meternos en la ducha los dos juntos.

Allí, me enjabonó con todo el mimo que su estado de excitación le permitía, al que yo contribuía poniéndoselo más difícil, ya que también lo cubría de jabón, prestando especial atención a su miembro. Cuando ya no pudo más, me dio la vuelta y me puso de cara a la pared; elevó mis caderas y me penetró con una desesperación que me hizo soltar un grito de placer, uno que seguramente habían escuchado hasta en la recepción. Continuó moviéndose con una fuerza que sabía que me encantaba, hasta que ambos alcanzamos el clímax, dejándonos exhaustos y satisfechos.

A la media hora exacta, aparecíamos por el restaurante, en el que ya estaban sentados en una mesa, Lina y Daniel, pero donde no había rastro de David ni de Álvaro.

—Menos mal que por lo menos vosotros sois puntuales, porque ya nos veíamos comiendo solos mi marido y yo —dijo Lina apurada.

—¿Y quedarme sin comer? Eso no entra en mis planes, Lina, que vengo muertecita de hambre, que desde esta mañana solo tengo un café en el cuerpo, con lo que yo como —respondí sonriendo.

—Hombre, digo yo que algo os habréis comido al llegar aquí, si no, no hubierais tardado tanto... —soltó Daniel con todo el arte.

—Papá, yo sí he comido algo, pero eso no harta, me quedo siempre con ganas de más —respondió Alberto mientras sus padres reían a carcajadas, y yo me ponía como un tomate, la cara me iba a explotar de lo roja y caliente que me la notaba.

—Perdón, perdón por el retraso, pero es que este hombre no me soltaba —dijo David nada más entrar por la puerta del comedor del restaurante.

—¡¿Yo?! Tendrás poca vergüenza decir eso delante de mis suegros, cuando has sido tú el que

no me dejabas en paz, hasta que no te has salido con la tuya, como si hiciera años que no estuviéramos juntos. —Se indignó Álvaro.

—Querida, te lo dije, que no pasaba nada por tardar un poquito más, y tú que teníamos que dar ejemplo que para eso éramos los padres, y al final ha quedado demostrado que todos han tenido relaciones sexuales en cuanto han llegado, todos menos nosotros —le decía Daniel a su mujer a la vez que a todos nos salía una carcajada, menos a ella, a la que en esta ocasión le tocó pasar la vergüenza.

Una vez que terminamos de comer, y de tomarnos una copa allí tranquilos, decidimos salir a pasear un poco, ya que teníamos muchas cosas que ver y muy poco tiempo, porque sólo estaríamos cuatro días.

La primera parada obligada fue la Piazza della Signoria o plaza de la Señoría en castellano, un lugar emblemático en el que se encontraban algunas de las esculturas más antiguas de la ciudad, como *El rapto de las sabinas* y en la que encontramos también una réplica a escala natural de *El David* de Miguel Ángel, cuya escultura original se encuentra dentro de la Galleria dell'Accademia, esa que tendríamos el placer de visitar al día siguiente.

Todos nos hicimos una foto junto a la famosa estatua, ya que no teníamos claro que dentro de la galería nos dejaran hacernos alguna, así como en la Fuente de Neptuno, más conocida como *Il Biancone*, y fue la primera fuente pública de toda Florencia. A continuación, nos dirigimos hasta la *Basilica di Santa Croce*, que era otra maravilla arquitectónica. De camino hacia ella, nos encontramos con un montón de tiendas, pero una de ellas llamó mucho mi atención, ya que era un pequeño local que evocaba la carpintería de Geppetto, el padre de Pinocho. En su interior, se ofrecían una variedad de artículos de madera elaborados a mano, que iban desde objetos sencillos como lápices y pinzas, hasta muebles más complejos y elaborados. No pude resistir la tentación de entrar y me dejé llevar por la emoción comprando un montón de cositas, desde recuerdos de la ciudad hasta lápices y bolígrafos, tanto para María como para Patricia y para mí, la verdad es que había hecho buenas migas con las dos y tenía pendiente coordinar lo de su madre.

—Casi te dejas medio sueldo ahí, hermano, que caprichosa es esta mujer —dijo David a mi chico, para buscarme la lengua.

—Nadie ha dicho que tuviera que pagar él, que para eso yo tengo mi dinero, mi trabajo y mis ahorros así que, si no quiere pagar más, por mí no hay problema ninguno.

—Ya recibí yo, y no he abierto ni la boca. Tú compra todo lo que te guste, mi amor, que yo no pienso protestar, si quieres te doy directamente mi tarjeta, y ya vas pagando con ella, no quiero saber ni lo que gastas —dijo Alberto con guasa.

Así, paseando, llegamos hasta una joyería que estaba situada junto al *Ponte Vecchio*, un lugar que yo quería visitar de noche, ya que en las guías turísticas decían que era un espectáculo verlo así, levemente iluminado. Alberto y Daniel nos dejaron en una cafetería, donde nos acomodamos para tomar algo fresco que nos ayudara a sobrellevar un poco el calor que hacía. Ellos se fueron

diciendo que habían olvidado algo, y que no tardarían. Sin embargo, al cabo de casi media hora, aparecieron los dos muy sonrientes, a saber lo que estaban tramando.

Capítulo 33



Tras pasar una tarde estupenda, nos fuimos de vuelta al hotel, donde nos daríamos una ducha y descansaríamos un rato, antes de volver a salir a la hora de la cena. Daniel había hecho una reserva en uno de los restaurantes más conocidos de la ciudad, donde tendríamos la oportunidad de disfrutar de un menú degustación que incluía los platos más típicos de la zona.

En el momento en el que atravesamos la puerta de nuestra habitación, lo hicimos también del umbral de la pasión, ya que se volvió a desatar la misma entre nosotros dos, enredándonos de nuevo en una espiral de besos, que nos llevó a tener otro momento de intimidad en el que los jadeos, los gritos y el placer, fueron los principales protagonistas de la historia.

Una vez nos hubimos saciado el uno del otro, y tras el nuevo encuentro que tuvimos en la ducha, nos vestimos y nos acomodamos en el sofá, a esperar que fuera la hora en la que habíamos acordado vernos en el vestíbulo del hotel. Aunque podríamos haber bajado a tomar algo al bar, preferimos quedarnos en la habitación, ya que todavía teníamos asuntos pendientes que tratar.

—Estoy dándole vueltas al asunto de la foto, no me explico cómo pudieron hacerla sin que me diera cuenta —reflexioné en voz alta.

—Está claro que, quien la hizo, es alguien de dentro de la clínica, alguna persona a la que le interesara nuestra ruptura al igual que a Salma —me aclaró Alberto.

—¿En serio me estás diciendo que tengo al enemigo dentro de mi casa? Porque a esa zona solo tienen acceso los jefes de departamento, Patricia y María, y de estas últimas no tengo ninguna duda al respecto, ellas dos no tienen nada que ver. Y con respecto a los jefes de departamento, en ese momento solo había uno, Matías, y no creo que estuviera por la labor de boicotear su propio trabajo.

—Pues no sé entonces quién puede ser, Sandra. El caso es que debemos estar atentos y no fiarnos de absolutamente de nada que recibamos, porque está claro que, tal y como ella misma dijo, la guerra sólo acaba de empezar —sentenció mi chico.

—Es que me cuesta creer que haya alguien más involucrado, no creo que su maldad llegue a

tanto, a no ser que esté el dinero de por medio, en ese caso, podría ser cualquiera, ya que a nadie le amarga un dulce, aunque tendría que ser una persona sin escrúpulos, a la que no le importara arruinar la vida de otra persona.

Con esas reflexiones llegamos a la conclusión de que podía ser cualquiera, dicho lo cual, lo mejor era no confiar ni hacer partícipe a nadie de lo que nos ocurriera dentro de la pareja. Hablando de ese tema, llegamos a la entrada del hotel, donde ya estaban David y Álvaro esperando, aunque todavía no habían llegado sus padres.

—Nos van a hacer pagar lo de esta mañana, seguro que se les ha ido la cosa de las manos practicando sexo y son los que van a llegar tarde —dijo David en un tono burlón.

—Arggg, demasiada información, no había necesidad de decir eso, que la imaginación va por libre y ahora no voy a poder quitarme de la cabeza la imagen de mis padres manteniendo relaciones sexuales —expresaba Alberto con cara de asco.

—Qué fino y elegante, hermanito. Se dice follando, no manteniendo relaciones sexuales, no me voy a poder quitar la imagen de mis padres follando, habla con propiedad. —Seguía David burlándose de su hermano.

—Calla, calla, que todavía es peor.

Estallamos todos en carcajadas, mientras que la cara de Alberto era un poema, boqueaba queriendo hablar, pero sin saber qué decir, de manera que más nos reíamos nosotros, cuando en ese momento llegaron Lina y Daniel, todavía me costaba llamarlos mis suegros, tantas idas y venidas en nuestra relación me hacían dudar de absolutamente todo.

—¿A qué vienen tantas risas? —preguntó Lina al vernos doblados de la risa a los tres.

—Mamá créeme que es mejor que no lo sepas, tan solo tienes que mirarme la cara —contestó Alberto medio descompuesto.

—Papis, se os ha echado la hora encima practicando sexo del bueno, ¿no? —dijo David entre risas, mientras que su hermano no sabía con qué cara mirarlo, si de enfado, vergüenza o indignación.

—No lo sabes tú bien, hijo. Tu madre, que se ha comprado unos modelitos de lencería que resucitarían a un muerto, y ha salido de la ducha con uno de ellos puesto y, que quieres que te diga, uno no es de piedra —contestó Daniel con una sonrisa, mientras que Lina y yo nos mirábamos y rompíamos a reír de nuevo.

—¿Cuál de ellos has estrenado, suegri? —le pregunté ante la total incredulidad de mi chico— ¿El negro o el verde aguamarina?

—El rojo, hija, el rojo, y casi le da un infarto al verme salir —me respondió sin parar de reír. Y es que, a pesar de sus años, que ya estaban rozando los sesenta y dos, Lina tenía un cuerpo espectacular, que no aparentaba más de cincuenta y pocos porque, además, en su cara no se

notaba ninguna arruga, ni siquiera esas de expresión.

—He dicho que no necesito tener tantos datos, que ya me vale con saber que mis padres, a su edad, todavía practican sexo, eso es más que suficiente —continuaba mi chico con su retórica sobre el asunto.

— Pues tú no has visto los que se compró Sandra, cuando le veas el conjunto color vino tinto puesto, al que le va a dar el infarto es a ti —respondió Lina con mucha guasa.

Entre bromas y risas, llegamos a la entrada del restaurante, donde Daniel dio los datos de la reserva. Tras lo cual, nos condujeron a una mesa que ya estaba lista para nosotros, sobre la que había una gran variedad de entremeses, con los que se me hizo la boca agua, deseando probarlos todos.

Cenamos en el mejor de los ambientes, porque, aparte de la exquisita comida que mencioné antes, la tranquilidad y el buen rollo que reinaba entre nosotros se sentía en el aire, lo que propició que muchos momentos que se convertirían en anécdotas inolvidables.

Salimos del restaurante, y mientras los demás optaron por regresar al hotel debido a su cansancio, Alberto y yo decidimos dar un paseo por el Ponte Vecchio, a la luz de la luna, buscando esa intimidad que ambos necesitábamos en ese momento. Llegados a un punto, nos paramos para contemplar la impresionante belleza que nos rodeaba, un espectáculo que era digno de admirar, cuando mi chico, con una sonrisa cómplice, sacó una caja alargada que llevaba guardada.

—Antes que nada, quiero que entiendas que no es una pedida de mano como tal, no te vayas a asustar. —Se dirigió a mí mientras abría la caja, en la que se encontraba una preciosa gargantilla con un árbol de la vida, en el que estaban grabados nuestros nombres.

—Dios mío, es precioso —le dije emocionada.

—Esto es para que te quede claro que quiero un proyecto de vida contigo, los dos juntos, y en el caso de que tengas alguna duda, lo mires y veas nuestros nombres en él, y el resto de las ramas, en las cuales iremos grabando el nombre de nuestros hijos. Porque sí, Sandra, has cambiado todos los esquemas de mi vida y, aunque meta la pata mil veces, que lo haré, necesito que entiendas que me gustaría que formáramos nuestra propia familia, no hoy ni mañana, pero tampoco en un futuro muy lejano.

»Entiendo que, en este momento, es muy precipitado decirte que te vengas a vivir conmigo, pero tampoco quiero que alarguemos esa decisión mucho más tiempo, solo el que nos lleve afianzar nuestra relación, y que tengas claro que va a ser para siempre —me decía mientras mis ojos se convertían en dos cascadas, puesto que no podía parar de llorar de la emoción.

—Eso que acabas de decir ha sido muy emotivo y, por supuesto, que mi respuesta es sí, quiero que tengamos nuestro propio proyecto de vida, los dos juntos, pero también necesito tener seguridad en lo nuestro, y eso solo el tiempo lo va a conseguir, aunque también espero que no tarde mucho, puesto que me encantaría vivir contigo más pronto que tarde.

Después de la sorprendente y emocionante declaración por parte de Alberto, continuamos nuestro paseo, entre abrazos y besos, hasta que decidimos dar por finalizada la jornada y regresar al hotel. Aunque, eso no significaba que nos fuésemos a dormir, puesto que aún nos quedaban muchas horas por delante para disfrutar el uno del otro, alcanzando ese estado de éxtasis que nos hacía perder la noción del tiempo, hasta que nuestros cuerpos se rindieran por completo. Eso fue lo que hicimos, en una noche en la que vimos el amanecer enredados en el cuerpo del otro, alcanzando juntos el clímax, y afianzando aún más nuestra relación en ese mágico momento.

Capítulo 34



Disfrutamos de cuatro días idílicos, rodeados de un entorno de ensueño que nos hacía sentir como una verdadera pareja. Sin embargo, era la hora de salir de esta burbuja de felicidad y regresar a la realidad, una realidad a la que me daba pavor enfrentarme, pues el miedo a que todo se torciera estaba latente en cada paso que daba.

A pesar de ello, era necesario echarle valor, ya que si no lográbamos enfrentar la realidad y solo estábamos bien cuando la rutina y la cotidianidad no estaban presentes, entonces no éramos una pareja de verdad. Una verdadera pareja se apoya mutuamente ante cualquier adversidad, así que, como se solía decir, «valor y al toro», al menos eso pensé al bajarme del avión.

—Déjenos en el mismo edificio a todos, por favor —le indicó Daniel al chófer que nos llevaba desde el aeropuerto hasta la dirección indicada—. Por qué ¿tú te quedas en casa de Alberto?

—Por supuesto, papá, esta semana nos quedaremos aquí y la próxima iremos a su casa, y así iremos alternando hasta que tomemos la decisión de mudarnos juntos a una de las dos —le respondió Alberto sin contar para nada conmigo a la hora de dar sus argumentos, aunque en honor a la verdad, tengo que decir que me encantó lo que había propuesto.

—Puede que me veas algo egoísta, pero sinceramente, preferiría que todos mis polluelos estuvieran bajo mi ala, por si llegaran a necesitar algo. En otras palabras, me encantaría que te mudaras a la casa de mi hijo, aparte de que tiene más comodidades que la tuya, sin desmerecer, que sabes que lo digo con todo el cariño del mundo —dijo Lina refiriéndose a mí y a mi casa.

—Lo sé, Lina, pero debes entender que, después de todo lo que ha pasado, para mí es un poco precipitado dejar mi casa. Antes de hacerlo, me gustaría estar más segura de nuestra relación, pues no me gustaría arrepentirme luego y verme en la calle.

—Eso de verte en la calle, sobra, porque sabes que ninguno dejaríamos que eso ocurriera, a pesar de que lo vuestro saliera mal, eres como una hija para nosotros, pero tienes razón, tienes que estar segura del paso que vas a dar, sin titubeos, ya que es muy importante, tanto para ti como para mi hijo —sentenció Daniel, al que no podía estar más agradecida, puesto que tanto él como su mujer, me habían demostrado con creces su cariño, y eso era lo más importante, sobre

todo, cuando empiezas de cero en una ciudad prácticamente desconocida y completamente sola.

Nos dirigíamos al piso de Alberto, en el que, casi por arte de magia, estaban de vuelta todas mis cosas, esas mismas que yo no había sacado de la mía, pero que tenía claro quién había sido el encargado de traerlas de nuevo, y así me lo corroboró él mismo, ya que decía que su hermano estaba como alma en pena en cuanto descubrió que no había nada mío en su casa, y que él remedió devolviéndolas al lugar de donde no debieron salir, el cómo y el cuándo no me lo preguntéis, porque no tengo la más remota idea.

Eran casi las siete de la tarde cuando llegamos, así que, sin pensarlo dos veces, comencé a poner lavadoras para dejar todo ordenado. Sin embargo, entre una tarea y otra, Alberto aparecía de repente, buscando jaleo, ese mismo que yo le daba. Al final, ambos terminamos exhaustos de tanto trajín. Afortunadamente, Lina nos había invitado a cenar en su casa, porque de no ser así, probablemente me habría conformado con un yogur y me habría ido directa a la cama.

La noche la pasamos como siempre, perdiéndonos el uno en el cuerpo del otro, pero esta vez durante menos tiempo, ya que tanto él como yo, teníamos que madrugar. Yo porque tenía que ponerme con las reformas logísticas de la clínica cuanto antes; él porque tenía un juicio de divorcio a primera hora de la mañana, y antes quería comentarle a su representado varias cosas que habían descubierto antes de entrar.

—Amor, en cuanto salga del juicio te aviso, para ver si podemos comer juntos, aunque te adelanto que sería comer y volver al despacho, ya que tengo una reunión a primera hora de la tarde con un cliente, cuyo juicio está a la vuelta de la esquina —me comentó tras darme un beso y antes de que me bajara del coche.

—Perfecto, tú me avisas, y no te preocupes, que yo también tengo que volver a la clínica, porque tengo pendiente el trabajo de estos días, de modo que, si no vienes, pido que me suban algo de la cafetería y sigo trabajando. Espero tu llamada —le dije para, a continuación, devolverle el beso.

Me dirigía a mi despacho, pero antes quise hacer una parada en la recepción, puesto que lo de la foto todavía estaba dando vueltas en mi cabeza, a ver si Patricia había visto algo.

—Patricia, por favor, cuando tengas un momento, ¿podrías pasar por mi despacho? Me gustaría comentarte algo importante —le dije al ver que tenía la recepción llena de gente. Uno de los médicos había llamado para avisar que se encontraba enfermo y a los pacientes de las primeras citas no había dado tiempo de avisarlos, así que estaba organizando su reprogramación para la semana siguiente, dado que el médico estaría de baja toda la semana.

En cuanto llegué, María no estaba en su puesto, había ido a por dos cafés, tal y como pude leer en la nota que me había dejado encima de mi mesa, por lo que me acomodé y fui encendiendo tanto el ordenador como la Tablet, a la espera de que llegara, porque con ella también quería tratar el tema de su madre.

—Ya estoy aquí, jefa —dijo Patricia entrando en mi despacho—. Ya están todas las citas reubicadas sin saturar al doctor González.

—Me parece genial, y a él seguro que mejor que a mí. Vamos a esperar a que llegue tu hermana, y así no me veo obligada a repetirlo de nuevo —le dije en el mismo momento en el que María abrió la puerta—. Mira, justo a tiempo, ya no vamos a tener que esperar a nadie.

—¿Ocurre algo, Sandra? —preguntó preocupada, y es que María vivía en una preocupación continua, fuera por lo que fuera, al contrario que su hermana, a la que poco o nada, alteraba su carácter y su sonrisa.

—Si sigues llevando ese nivel extremo de preocupación por todo, no vas a llegar a los cuarenta, María. Relájate, que solo son dos cosas que os quería comentar. La primera, que es la más importante, es que ya tenemos cita para vuestra madre con el doctor Vilches, que es uno de los mejores médicos en su campo, y el que revisara el estado de vuestra madre.

»También le pondrá el tratamiento específico que el considere más oportuno para su dolencia, y cabe decir que no os va a costar absolutamente nada, a excepción de la medicación que le recete, esa que, si en algún momento no podéis hacer frente, ruego me lo digáis, ya que tendremos una partida del presupuesto dedicada a ello, por lo que dicha medicación saldrá de la farmacia del hospital.

—No sé cómo te vamos a agradecer esto que estás haciendo por nosotras, de verdad que no —decía María con lágrimas en los ojos, totalmente emocionada.

—A mí no tenéis que agradecerme nada, es parte de mi trabajo intentar que los empleados de la clínica tengan todos los recursos al alcance de su mano. Por otro lado, y aquí sí que me gustaría que fueseis totalmente sinceras, porque mi relación con Alberto está en juego —dije muy seria.

»El día que Matías y yo tuvimos la reunión para aclarar todo el tema de la contabilidad, y en el momento en el que descubrimos la verdad, alguien nos hizo una foto totalmente fuera de contexto, esa que daba a entender que entre nosotros había algo más, y se la enviaron a mi chico, haciéndole ver que yo le estaba siendo infiel. Necesito saber si alguna de las dos visteis a alguien haciendo la foto.

—Jefa, fui yo —dijo Patricia llorando, mientras que a María y a mí se nos desencajó la mandíbula de asombro—, pero tiene una explicación.

—Adelante, estamos deseando de escucharla, tanto Sandra como yo, y espero que sea totalmente convincente porque, de lo contrario, yo misma le pediré que te ponga de patitas en la calle, así que ya estás largando. Desagradecida, que eres una desagradecida, con todo lo que ella está haciendo por nuestra familia, y tú se lo pagas con una traición. —Espetó María a su hermana muy enfadada.

—Deja que se explique y no saques conclusiones precipitadas, María, vamos a darle un voto de confianza. —Tranquilicé a su hermana—. Y bien, ¿cuál es esa razón que justifica tus hechos?, te estoy esperando.

Capítulo 35



—Unos días antes de esa reunión, una mujer vino por aquí preguntando por ti, y yo le respondí que ya te habías marchado. En ese momento, apareció Matías, quien se puso muy contento al verla, como dos viejos amigos que llevaban tiempo sin verse. Después de charlar un rato, se fueron a tomar un café.

»Al regresar, se acercaron de nuevo a mi mostrador y me comentaron que el jefe de contabilidad quería que una mujer lo dejara en paz. Para lograrlo, necesitaba una foto en la que se insinuara que podría tener algo con otra persona.

»Me ofrecieron una buena remuneración si la conseguía, y mencionaron que, si la foto era contigo, sería aún mejor, ya que eso haría que la otra chica se lo tomara más en serio y lo dejara en paz. Cuando le envié la foto a la chica, me hizo un Bizum de quinientos euros, que si quieres, puedo darte para lo que necesites, ya que no los he tocado.

—Si te enseño una foto de la mujer, ¿serías capaz de reconocerla? —le dije con la mosca detrás de la oreja, porque solo había dos candidatas.

—No va a hacer falta, tengo aquí su WhatsApp, y tiene puesta una foto suya en el perfil. Es ella —dijo visiblemente afectada, a la vez que giraba su móvil para enseñarme la foto.

—¡No me lo puedo creer, es que esta mujer no se va a cansar nunca! Patricia, no te voy a amonestar ni nada parecido, pero sí quiero que te quede la cosa muy clarita. Para empezar, esa señora, por llamarla de alguna manera, tiene totalmente prohibida la entrada en este centro, así venga metida en una ambulancia y su vida dependa de ello.

»Y por otro, ante cualquier propuesta de este tipo o del que sea, dirigida a mí o a los míos, te ruego que me lo comentes antes, porque ya no te voy a dar ni una oportunidad más. Si hay una próxima, estás despedida, y me jodería mucho, hablando mal y pronto, tener que hacerlo, puesto que os he cogido cariño tanto a ti como a tu hermana, pero lo primero es lo primero, y no pienso estar en tensión en mi trabajo. ¿Lo has entendido bien? ¿Necesitas alguna otra aclaración? —dije con evidente enfado.

—Lo he entendido perfectamente, y te pido disculpas, ya que en ningún momento pensé que podía afectarte de esta ni de ninguna manera —contestó llorando y avergonzada.

—Ahora, si me disculpas, necesito poner algunas cosas en orden con tu hermana, vuelve a tu

puesto de trabajo.

—Sandra, te pido disculpas de corazón en mi nombre y en el suyo, no sé cuándo cojones va a madurar esta niña, que ya no tiene quince años para ir haciendo el idiota por ahí. Le has brindado una oportunidad única, y parece que no quiere darse cuenta. —Se dirigió a mi María.

—No te preocupes, no es tu culpa, ni tampoco de ella, cuya inocencia queda patente en sus comentarios, pero le he hablado así de dura para que, antes de hacer otra de las tuyas, se lo piense mejor y venga a hablarlo conmigo.

»La culpa es de esa mujer, que está obsesionada con manejar a Alberto a su antojo, y no es capaz de procesar y admitir que tiene una pareja y no va a volver a ceder a sus deseos, con lo cual, está haciendo todo lo posible para que él no sea feliz. Dicho esto, vamos, manos a la obra, que hay muchos cambios que hacer aquí.

Alberto me llamó al mediodía para decirme que el juicio se había complicado y que no podría llegar a tiempo para cometiéramos juntos, lo que yo, en cierto modo, agradecí. No es que no quisiera ver a mi chico y pasar un rato con él, es que estaba tan inmersa en los cambios que tenía pensado hacer, que prefería hacerlos todos de una sola vez y así poder irme a casa lo más pronto posible, aunque para eso todavía me faltaran varias horas.

Tuvimos una reunión con todos los jefes de departamento de la clínica, primero de manera individual y luego todos juntos, para hacerles partícipes de las últimas novedades en cuanto a la gestión de esta y escuchar sus propuestas, ya que ellos sabían de primera mano cuáles eran las necesidades en cada área. Una de las primeras sugerencias fue cambiar de proveedor de material sanitario, dado que el actual no cumplía con los estándares requeridos para trabajar sin necesidad de correr ningún riesgo. Acepté esta propuesta de inmediato y quedé a la espera de recibir un listado con las empresas más fiables, para ponerme en contacto con ellos y solicitar presupuesto, para de esa manera, poder llegar a un acuerdo con la que nos resultara más beneficiosa. Así estuvimos casi todo el día, hasta que llegó la hora de hablar con Matías, ese a quien también le dejé las cosas claras.

—Matías, no te marches, por favor. Tengo que comentar contigo un asunto —le dije de manera que no conociera mis intenciones, sino que estuviera totalmente confiado.

—Aquí me quedo, Sandra. —contestó esperando a que salieran todos sus compañeros de la sala de reuniones—. Si es referente a los presupuestos, si quieres que yo les eche un vistazo antes, por mí no hay problema, ya sé que puedes llegar a estar saturada.

—No es nada de eso, el revisar presupuestos y aceptarlos o no, es parte de mi trabajo, lo que quiero hablar contigo es personal —dije viendo la contrariedad en su rostro.

—Pues, tú dirás.

—Primero que nada, quiero que sepas que estoy al tanto de todo lo que sucedió con la fotografía que le pediste a Patricia, la cual, supuestamente, tenía como objetivo deshacerte de una mujer. En realidad, no fue más que un burdo intento por parte de tu amiga Salma para romper mi relación con Alberto, algo que ni él ni yo le vamos a permitir.

»Es importante que sepas que esa mujer tiene prohibida la entrada a este centro médico mientras yo esté a cargo, así venga de tu mano. Por lo tanto, si la veo dentro de este edificio o si vuelvo a enterarme de que eres cómplice de sus fechorías, estás inmediatamente de patitas en la calle. ¿Me he explicado bien? —pregunté mientras su cara mudaba de color a medida que yo iba hablando.

—Sandra, yo no sabía que era para intentar boicotear tu relación, te lo prometo. Hacía muchísimo tiempo que no veía a Salma, que es la prima de un buen amigo mío, y cuando me comentó lo que necesitaba, me dijo que era para gastarle una broma a tu familia, y que pensarán que te habías echado un novio y no se lo habías contado, y de ese modo ponerte en un compromiso en una comida familiar a la que ella estaba invitada, pero que tú no podías enterarte, evidentemente, porque si no se le chafaría la broma. No la he vuelto a ver desde ese día.

—Pues, para que te quede claro y no vuelvas a caer en su telaraña, te diré que no tengo a nadie, que mi única familia es la de Alberto, a la que quiero como si fuera de mi sangre, ya que me demuestran su cariño día tras día, y es la que quiere a Salma muy lejos de ella.

»Ya ha intentado arruinarle la vida a su hijo de muchas maneras, y lo seguirá intentando, pero no lo va a conseguir. Admítame un consejo, aléjate de ella lo máximo que puedas, porque al final vas a terminar pagando tú las consecuencias de sus actos.

Una vez que terminamos de aclarar el tema, y durante cuya charla me juraba y perjuraba que él no había tenido nada que ver, y que la invitaría a irse en cuanto la viera de nuevo, salí de ese despacho, ya que me encontraba totalmente saturada, necesitaba llegar a casa, darme una ducha y desconectar de todo, y para ayudarme con eso, mi chico era el número uno.

—Ya estoy en casa, amor —me dijo Alberto en cuanto escuchó la llave en la cerradura de la puerta —Estoy en la ducha, ¿vienes?

—En cuanto suelte el bolso y el maletín, espérame —contesté sabiendo lo que me esperaba en ese habitáculo, y que, por otro lado, yo estaba deseando.

Nos consumimos en esa ducha, en la que se me quitó todo el cansancio, el enfado y la impotencia que llevaba, ya que Alberto se encargó de que así fuera, mimándome a la vez que mostraba su lado más seductor, mientras sus muestras de cariño se entremezclaban con la más pura pasión, esa que me volvía loca, aunque más bien, nos volvía locos a los dos.

—Tengo que contarte una cosa, bueno en realidad es más de una, pero te vas a quedar con la boca abierta —le dije a la vez que me secaba y mientras que él se estaba vistiendo.

—Pues empieza a contar, que para luego es tarde —contestó deseoso de saber los cotilleos.

—Después de cenar te cuento, que ahora mismo parece que tengo un organillo en el estómago, estoy que me muero de hambre, ya que no he parado más que para tomarme un café y un bollo a media mañana, y eso tiene que estar ya en mi dedo gordo del pie —le expuse con guasa, dejando esa conversación para más tarde, cuando mi estómago estuviera satisfecho, porque seguro que si lo hacía antes me iba a saltar algún detalle importante por las prisas de terminar para saciar mi hambre.

Capítulo 36



Cuando terminamos de cenar, empecé a contarle todos los detalles de aquello que había descubierto sobre quién y por qué hizo la foto, así como de la supuesta amistad de Matías con Salma, y lo que conectaba a los dos, así como las explicaciones que él me dio al respecto de lo que había sucedido.

—No quiero meterme en tu trabajo, ni mucho menos, pero yo le pondría el despido en la mesa a la voz de ya —me dijo Alberto muy enfadado.

—Ya les he dejado claro lo que opino al respecto, tanto a Matías como a Patricia, y las medidas que no dudaré en tomar en cuanto me vuelvan a dar motivos para ello, entre las que se encuentra el despido inmediato —le respondí, para que entendiera mi postura, pues no me gustaba hacer uso de mi poder en la clínica sin dar una oportunidad o una advertencia antes.

Nos fuimos de nuevo a la cama, ya que ambos estábamos demasiado cansados para prolongar más la sobremesa de esa cena, y a mí, personalmente, se me estaban cayendo los párpados, ya que había sido un día muy largo y con demasiadas emociones, por eso nos entregamos a los brazos de Morfeo, no sin antes entregarnos a los nuestros, ya que nos quedamos dormidos abrazados, haciendo lo que se conoce como la cucharita.

Otra mañana más en la que íbamos juntos al trabajo, nos habíamos hecho una rutina que cada vez nos era más cómoda para los dos, y que afianzaba, cada vez más nuestra relación de pareja. Ese día, habíamos quedado para comer, ya que no tendríamos una jornada matinal demasiado complicada, por lo que me recogería a las dos y media para dejarme de nuevo en la clínica después de comer, ya que tenía una reunión con uno de los proveedores, ese que me daba las mejores condiciones contractuales y con el que me gustaría llegar a un acuerdo.

—Buenos días, Patricia. ¿Alguna novedad? —pregunté al pasar por la recepción.

—Buenos días, jefa. Sin novedades en el frente —me respondió con una sonrisa, detrás de la que escondía todavía algo de vergüenza por lo ocurrido, aunque yo seguía actuando como si no hubiera sucedido nada.

—Pues nada, voy a mi despacho entonces, a ver si terminamos ya con los cambios logísticos y

empieza a rodar ya todo solo.

Me encerré en mi despacho junto a María, esa que estaba más que contenta y esperanzada, porque el doctor le había dicho que su madre tenía muchas posibilidades, siempre que se tomara en serio sus recomendaciones y con el tratamiento adecuado, de tener una buena calidad de vida. Sus palabras dándome las gracias, así como sus lágrimas, me llegaron al corazón, puesto que sabía lo importante que era para ella, ya que, si su madre lo conseguía, podría llevar a cabo todos sus planes sin que se vieran interrumpidos o tuviera que anularlos a causa de la enfermedad de su madre.

La mañana pasó volando, llegando la hora de comer en un suspiro, cada minuto que pasaba, dejábamos organizada otra cosita más, haciendo que, poco a poco, todo se fuera encauzando, de manera mucho más eficiente y cómoda para todos.

Tras el almuerzo con Alberto, volví a la clínica, encontrándome con Matías que terminaba su jornada laboral, el cual me paró en cuanto me vio.

—Sandra, ¿tienes un minuto? —preguntó apurado.

—Y dos también, ¿qué ocurre? —contesté actuando con él al igual que con Patricia, como si no hubiera pasado nada.

—Quería decirte que ayer, cuando salía de la clínica al terminar mi guardia, me encontré a Salma en la puerta. Estaba allí esperando a que terminara mi turno, porque la recepcionista del fin de semana le había prohibido la entrada. En cuanto puse un pie fuera de aquí, me acorraló contra la pared, para decirme que, si la ayudaba a destruir vuestra relación, ella me pagaría muy bien, y no solo en términos monetarios.

»Por supuesto, la mandé un poquito más lejos de Canarias, por no decir exactamente cuáles fueron mis palabras, pero quería que te enteraras por mí, no fueras a enterarte por otra persona y las cosas se malinterpretaran, tal y como habíamos hablado —me explicó para que me supiera de su manera de proceder al respecto.

—Te lo agradezco de corazón, porque así se acaban los malentendidos, aunque también te digo que estoy empezando a cansarme de la actitud de esta mujer, y al final voy a tener que tomar otro tipo de medidas. Gracias de nuevo, si se vuelve a poner en contacto contigo de alguna manera, te agradecería que me lo contaras. —le dije agradecida.

Mi reunión con el proveedor terminó mejor de lo que estaba previsto, ya que los descuentos y los plazos de entrega que habíamos firmado en el contrato eran mucho mejores que los hablados al principio, y eso contentaba tanto a los profesionales que trabajaban en la clínica como a la dirección, o sea a mí, que ya estaba empezando a ver los frutos de mi trabajo.

Y así, día tras día, mi trabajo como directora me estaba dando grandes satisfacciones, puesto que los empleados me veían como a una mujer luchadora, pero a la vez, cercana a ellos, con la que podían contar a la hora de resolver cualquier problema, tanto de carácter profesional como personal, ya que algunos se habían dirigido a mí tras escuchar las maravillas que María hablaba de lo que la había ayudado con la enfermedad de su madre, y que necesitaban ayuda médica para

algún amigo o familiar, a los que se les daba dicha atención siempre que estuviera en mi mano.

De Salma, llevábamos ya unos meses sin tener noticias de ella, ni para bien ni para mal, tampoco se había vuelto a poner en contacto con Matías a través de ningún medio, lo que nos hacía pensar que se había cansado de intentar amargar la vida a Alberto, así como de boicotear nuestra relación, esa que iba viento en popa, como se suele decir, y cada día que pasaba estaba más afianzada.

—Amor, me parece que ya deberíamos plantearnos el irnos a vivir juntos, me muero por formar una familia contigo —me dijo mi chico suplicante.

—Vamos a darnos un poco más de tiempo, Alberto. Mira, te propongo algo: esperemos a que termine el verano, que para entonces habremos cumplido un año juntos de manera oficial, sin altibajos. Si seguimos así, me mudaré a tu casa y pondremos la mía en alquiler, ¿te parece bien? —le respondí, porque aún tenía miedo, y no es que no confiara en mi chico, todo lo contrario, pero tanta calma por parte de Salma me daba mala espina, y me asustaba que, una vez que nos fuéramos a vivir juntos, apareciera otra vez para jorobarlo todo.

—Me parece bien, pero ni un solo día más, en cuanto vengamos de las vacaciones, nos mudamos a vivir juntos, que ya estoy cansado de dar vueltas de una casa a otra. Por cierto, este fin de semana hay una fiesta ochentera en la discoteca, a partir de ahora y una vez al mes, van a hacer una fiesta temática, para diferenciarla de otras y que siga asistiendo más gente —me contestó sonriente.

—Sí, algo me han contado tu hermano y Álvaro, pero la verdad es que tenía tantas cosas en la cabeza que no les presté demasiada atención. ¿Vamos a ir juntos o vamos a acudir por separado? —pregunté y me miró con cara rara — Quiero decir que, si tú vas a ir con tus amigos, yo iré con David y con María, a la que me gustaría invitar, ahora que su madre se encuentra mejor de salud.

—A María le puedes decir que vaya si quieres, pero yo voy a ir a la fiesta con mi novia, si mis amigos están allí, evidentemente que me acercaré y me tomaré algo con ellos, pero junto a ti. Hace mucho que los planes por separado se terminaron, por si no te has dado cuenta todavía, que cuando se reúne mi pandilla, vamos los dos, y me parece que mal no te tratan, ¿no?

—Desde luego, que tonto eres hijo mío, pues claro que no me tratan mal, todo lo contrario, me siento muy a gusto con ellos, solo lo decía por si te apetecía ir con ellos y ya nos veíamos allí.

Así, entre bromas, estuvimos haciendo planes para ese sábado, en el que disfrutaríamos de una velada entre amigos que, esperaba, no enturbiara nadie, porque, aunque Salma tuviera la entrada vetada también en la discoteca, eso no quitaba que Susana se encontrara allí, ya que seguía saliendo con la misma pandilla, parecía un poco masoquista, la verdad, o es que ya había superado a Alberto por completo, que también podía ser.

Capítulo 37



Llegó el sábado, y con él la fiesta ochentera, para la que era indispensable ir con el atuendo adecuado, es decir, vestidos con ropa de esa época.

Decidí vestirme con un mono de licra de color flúor, más concretamente en verde, que se ajustaba a mi figura como si fuera una segunda piel, y que me hacía un cuerpazo, no es que yo lo diga, es que los ojos de Alberto cuando me vio con él puesto, se salieron de sus órbitas. Complementé mi atuendo con una cazadora en rosa fucsia, a juego con unos calentadores que iban desde el tobillo hasta casi la rodilla. En mis pies, opté por unas deportivas de botas con cuñas y en el pelo, una coleta alta a un lado, adornada con una cinta trenzada que combinaba con los colores de mi vestimenta.

Me costó un mundo definir mi *outfit*, pero al final lo encontré todo en una tienda *vintage* que había en el centro de Córdoba, donde también le compré a mi chico el suyo, que consistía en un pantalón tejano desgastado, de pitillo, junto a una camiseta ajustada blanca y una chaqueta vaquera forrada de tela de borreguito y unas botas militares negras, le daban una imagen chulísima. El pelo lo llevaba engominado con el flequillo en forma de tupé.

— Madre mía de mi alma, ¿tú te has visto? —me dijo David en el momento en el que me vio salir de la mano de su hermano.

—Ella no sé si se ha visto, pero yo sí. Esta noche le voy a tener que quitar a los tíos de encima con un matamoscas, ya verás —le respondió Alberto.

—Si yo fuera tú, no la dejaba sola ni para ir al baño. Aunque tú también estás cañón, si no fueras mi hermano ni hetero, te juro que te tiraba la caña para que hicieras un trío con Álvaro y conmigo —le dijo riendo.

—Es tu hermano, pero no el mío, todavía lo puedo coger en un descuido en el que su chica vaya al baño, y llevármelo al despacho para hacerle un trabajito, aunque sea una manualidad —contestó Álvaro con picardía.

—Eso no te lo crees ni tú, este no se separa de mi lado en toda la noche, así me tenga que poner un pañal para evitar ir al baño —respondí entre risas.

—Ahí, ahí, así me gusta, marcando territorio. —Reivindicaba mi chico mientras me cogía por la cintura, pegándome a él de lado.

Nos fuimos juntos hacia la discoteca, esa que habían decorado como una de los ochenta, y en la que había multitud de personas ataviadas con ropajes de esa época y esperando para poder acceder a ella. Entre la multitud, distinguimos a los amigos de Alberto, y les hicimos gestos de que se fueran a la puerta de atrás, por donde entrábamos nosotros mientras que el local estaba cerrado, de manera que, cuando abrieron las puertas, ya estábamos todos dentro.

La noche fue espectacular, tanto en ambiente como en risas, a nosotros se sumó un poco más tarde María, esa que había empezado como mi secretaria, y que se había convertido en una amiga, y que se portaba conmigo como si de mi hermana se tratara, haciéndome la convivencia en el trabajo muy fácil y cómoda.

—Gracias por invitarme a venir con vosotros, Sandra, ya me hacía falta una salida así, que ya estoy harta de ir al cine, y encima sola, puesto que mis amigas ya tienen todas sus vidas encauzadas con sus parejas, algunas incluso ya tienen hijos. —Agradeció María.

—De gracias, nada. Además, me he dado cuenta de que Manu te mira mucho, ¿no? ¿Ha pasado algo que yo no sepa? —pregunté mientras que ella se ponía roja de vergüenza.

—¿Qué dices, tonta! Como que él no tendrá chicas mejores que yo a su alcance, si solo hay que verlo, que guapo es un rato.

—Te voy a decir lo mismo que una vez me dijeron a mí, no dejes que nunca nadie te haga sentir inferior, eres una mujer guapísima, con un cuerpo que quita el hipo y, si te gusta, ve a por él. Mañana no sabes qué va a pasar, pero hoy te mereces darle una alegría al cuerpo. No lo pienses y disfruta del momento.

—¿Sabes una cosa? Normalmente no soy de las que se acuestan con una persona que acaba de conocer, pero como me tire la caña, esta noche va a pescar que, como tú bien has dicho, merezco una alegría para el cuerpo, aunque hace tiempo que no lo hago, que lo mismo y hasta se me ha olvidado —comentó a la vez que se nos escapaba una carcajada, mientras que Manu no le quitaba el ojo.

—¿Se puede saber qué es eso tan gracioso? —preguntó Alberto a la vez que me abrazaba desde atrás, poniendo una de sus manos en mi cadera, pegándome a él y dándome besos en el cuello.

—¿No te has fijado en que tu amigo Manu no le quita el ojo a María? Le he dicho que no se lo piense y que se dé un homenaje con él.

—Buen consejo, sabes que Manu es un buen tío que ha tenido muy mala suerte con sus parejas, ya que ambas le fueron infieles, cuando él lleva la fidelidad por bandera. Y nosotros, ¿también nos vamos a dar un homenaje? Porque estoy loco por quitarte esta ropa y ver lo que hay debajo, que ojalá sea uno de esos conjuntitos tan sensuales que te compras con mi madre.

—Pues siento comunicarte que no, que debajo no hay nada de eso, bueno, no hay nada en realidad, ya que el mono es tan estrecho que se marcaba todo, y he optado por la mejor opción.

—¿Qué es? —preguntó refiriéndose a la opción— Porque como me confirmes lo que estoy pensando, ya mismo estamos los dos en casa, revolcados en cualquier rincón.

—Si eso que tienes en tu cabeza es que no llevo ropa interior, te lo confirmo ahora mismo —dije con una sonrisa pícaro en la cara porque, estaba muy a gusto ahí, pero me moría por encerrarme con mi chico en casa y consumirme de placer junto a él.

—Señores, nosotros damos por terminada la noche, nos vamos a casa que tenemos mejores formas de sudar que aquí pegando saltos entre tanta gente —anunció, y los demás rompimos a carcajadas.

—Manu, te encargo la protección de María, no la dejes que se vaya sola de vuelta, por favor —le pedí al amigo de mi chico.

—¿Sólo la protección? Joder yo pensaba que me ibas a encargar que disfrutara de la noche —respondió con toda su intención.

—Eso me lo tendrás que preguntar a mí, digo yo que tendré algo que decir en sí quiero disfrutar contigo o no —habló María, dejándonos con la boca abierta, ¿dónde estaba la chica tímida? Escondida en algún rincón de su cuerpo, seguro, ya que nada más decir eso, se puso como un tomate.

—Pues habla, ¿estás dispuesta a disfrutar conmigo? —preguntó Manu con doble intención, mientras que los demás íbamos con la cabeza de uno a otro, como si estuviéramos en un partido de tenis.

—Te voy a decir lo mismo que le he dicho a mi amiga cuando me ha aconsejado que disfrute de la noche. Si me tiras la caña, vas a pescar —le contestó, y acto seguido, le puso una mano en el cuello y fue acercándola poco a poco a su boca, dándole tiempo a negarse si quería, cosa que no sucedió, plantándole un beso que la dejó con las piernas temblando, mientras los demás aplaudíamos, ya que no estábamos acostumbrados a que Manu actuara de esa manera.

Nosotros también salimos de la discoteca entre besos y arrumacos, tomando un taxi que nos llevara hasta la casa de Alberto, ya que últimamente pasábamos los fines de semana allí, que tenía más comodidades que la mía. En cuanto atravesamos el umbral de su puerta, devoramos literalmente la boca del otro, con una urgencia y una necesidad que no sabíamos que teníamos hasta ese momento. Ese beso nos llevó a un estado de ansiedad, que nos hacía querer poseer del otro más de lo que podíamos abarcar, y que terminó con los dos enredados en la misma entrada de su casa, no pudimos llegar ni siquiera al salón. Tras ese primer asalto, nos trasladamos hasta su dormitorio, donde seguimos con nuestra propia fiesta, y así estuvimos hasta bien entrada la madrugada, tanto que los primeros rayos de sol nos sorprendieron con nuestros cuerpos enredados y sin tener ganas de que se terminara aquello que habíamos empezado horas antes.

Capítulo 38



Casi sin darnos cuenta, el tiempo fue pasando, y con él nuestro plazo, ese que nos dimos para irnos a vivir juntos, y que ya estaba llegando a su fin. Entre nosotros, las cosas iban cada vez mejor, no habíamos vuelto a tener noticias de Salma, así como tampoco volvimos a sufrir sus maldades, parecía que todo se estaba encauzando de una vez.

En el tema laboral, tampoco me iba mal, es más, me estaba yendo muy bien, ya que había logrado llevar a cabo todos y cada uno de los cambios que tenía planeados, así como lograr introducir una maquinaria especializada para tratar algunas dolencias y que, gracias a un acuerdo de colaboración con la empresa fabricante habíamos conseguido a muy buen precio, ya que fuimos la primera clínica que se decidió en incorporarla, por lo que nuestros precios nada tenían que ver con los de la competencia. Debido a ello, también conseguimos cerrar contratos con la mayoría de las aseguradoras de salud, por lo que los ingresos estaban subiendo como la espuma, convirtiéndonos en una de las clínicas privadas principales en Andalucía.

—¡Buenos días! —exclamé, saludando a María, esa mañana al entrar en mi despacho, puesto que me había levantado muy contenta.

—Buenos días, Sandra. Cuanta efusividad, ¿no? —me respondió con una sonrisa en los labios.

—Pues sí, hoy me he levantado muy feliz, no sé por qué. Es como si tuviera un presentimiento de que algo bueno va a sucederme.

—Pero si no te puede ir mejor en todos los aspectos de tu vida, tanto en el plano personal como en el laboral.

—Eh, que tú tampoco puedes quejarte —respondí sonriendo, y es que a ella su vida le había dado un giro de ciento ochenta grados.

—La verdad es que no, que mi vida ha cambiado un cien por cien, gracias a mi ángel de la guarda, el cual vino a la tierra en forma de jefa.

—¿Qué dices loca? Yo tengo de ángel de la guarda lo mismo que de monja, o sea,

absolutamente nada.

—¿No? Y entonces, ¿cómo llamarías tú a la persona que te ha ayudado hasta la saciedad, lista? Porque no sólo lo has hecho en el tema laboral, que eso también podría decirse que es fruto de mi esfuerzo, sino que te faltó tiempo para poner a nuestro alcance todos los medios para que la salud de mi madre mejorase, y no sabes el cambio que ha dado. Y, encima, me invitas a una fiesta en tu discoteca, en la que conozco al amor de mi vida. Si no eres un ángel, que venga Dios y lo vea.

—¡Qué torta tienes, hija mía de mi alma! Eso se llama amistad, y para eso están los amigos, para llorar tus penas y celebrar tus triunfos, para echar una mano en lo que le sea posible y, en definitiva, para estar en las duras y en las maduras. Y ahora vamos a trabajar, que hoy quiero irme tempranito, que tengo que ir a la peluquería, ya que hoy toca cenita romántica y voy a sorprender a mi chico. —Zanjé la conversación.

La mañana transcurrió entre llamadas, reuniones y papeleo, y cuando quise darme cuenta, ya eran casi las doce y media, y no había parado para tomarme ni un triste café, así que salí a buscar a María para irnos a tomar algo, puesto que empezaba a notarme decaída, tendría que ser la tensión. Antes de marcharme, tenía la intención de pasar por ginecología, puesto que me debería haberme bajado la regla hacía unos días, y no lo había hecho, cuando yo era un reloj en ese aspecto, no fuera a ser que tuviera algún desarreglo hormonal provocado por tanto estrés.

—Mariquilla, venga, vamos a la cafetería que nos vamos a caer en redondo, ni un mísero café nos ha dado tiempo hoy a tomar —le dije con la total confianza que tenía con ella—. Además, me tienes que contar qué tal te va con el chicarrón que tienes por novio.

—Ay, Sandra, no puedo estar más feliz con él —dijo agarrándose del brazo mientras salíamos hacia la cafetería, donde nos sentamos y pedimos un sándwich con un refresco para cada una, ya que, de un tiempo a esta parte, el café me sentaba mal, era olerlo de cerca y me daban arcadas.

—No sé qué me pasa últimamente con los olores, es como si mi sentido del olfato se hubiera desarrollado mucho más de pronto, y me afectara en el estómago.

—Uy, jefa, a ver si va a venir un romerito en camino —dijo en referencia al apellido de mi chico, y encendió todas mis alarmas.

—No creo, ¿no? —contesté dubitativamente, aunque tenía todas las papeletas me negaba a creerlo.

—Jefa, donde hay ocasión, hay peligro, por muchos medios que se pongan, algunas veces fallan, que me lo digan a mí. —Esta última parte la dijo en un susurro, pero yo me enteré perfectamente.

—¿No me digas que estás embarazada?

—Sí hija, menuda puntería tuvo la criatura, en la primera noche, esa de la discoteca.

—No me lo puedo creer —dije riendo—. ¡Cuéntamelo todo!

—Hombre, todo, todo, tampoco, solo lo esencial, para que me entiendas. Aquella noche bebimos bastante cuando os fuisteis, y estuvimos tonteando de lo lindo, con besos por aquí y por allá, y nos fuimos a su casa. Nos metimos en faena, y cuando nos dimos cuenta, no teníamos preservativos, pero como yo tomaba la píldora, pues me dio igual, se lo dije y seguimos adelante. Hace unas dos semanas, empecé a encontrarme mal, y subí, a la salida del trabajo, a que me hicieran una analítica, y ahí me dieron la sorpresa.

— Y, ¿cómo se lo ha tomado Manu? —pregunté con miedo, aunque después pensé que, si me había dicho que estaba loca con él, muy mal no debería de haber ido.

—Ese está encantado de la vida, dice que no podía haberle dado mejor noticia, que una de sus mayores ilusiones era ser padre, y que no podría haber elegido a una madre mejor que yo. Te juro que cuando me dijo eso, casi me desmayo de la emoción.

»Sé que llevamos muy poco tiempo, y que puede parecer una locura, pero estoy tan feliz, que creo que esto era lo que me faltaba para conocer la felicidad al completo. Me trata como si fuera de porcelana, me llama o mensajea varias veces al día, y me ha pedido que me vaya a vivir con él.

—¿Y estás dispuesta a hacer ese cambio? Piensa que tu madre ya no te necesita, ni económicamente ni por motivos de salud, y que tú misma acabas de decir que eres feliz a su lado, no te lo pienses y lánzate de cabeza, que eso del tiempo es relativo. Hay parejas que, después de toda una vida juntos, no han avanzado, mientras que otras, en un par de semanas, tienen más recorrido de lo que habían imaginado.

Terminamos el desayuno y nos fuimos de vuelta a la clínica, ahora sí que sí iba a subir a ginecología para que me sacaran de dudas. Sabía que Alberto se pondría loco de contento, puesto que ya me había hablado muchas veces de tener un hijo pronto, decía que no quería ser un padre que pareciera un abuelo, así que por ese lado no había problema, y por parte de su familia tampoco, el miedo lo tenía yo, a no saber si sería capaz de llevar todo adelante, o si mi faceta como madre afectaría a la laboral, pero fuera como fuese, la verdad es que la idea de tener un hijo me hacía muy feliz.

Una vez que terminé de organizar todo, decidí subir a conversar con Macarena, una ginecóloga excepcional que trabajaba en nuestra clínica y que era reconocida por su gran profesionalismo. Me hizo una analítica, cuyos resultados estarían al día siguiente, y una ecografía vaginal, no me dijo nada en absoluto, lo que empezaba a asustarme.

—Pues con esto, ya hemos terminado tu examen ginecológico. Enhorabuena, vas a ser mamá —me dijo con una sonrisa en los labios, mientras que a mí me caían dos lagrimones de la emoción.

—Gracias. La noticia ha sido muy impactante, puesto que no lo habíamos buscado, pero no podía ser nada mejor que eso. ¿Tengo que tomar alguna medicación?

—Poca cosa, un comprimido de ácido fólico y poco más. Te voy a dejar recetado también un

complejo vitamínico, así como un jarabe por si te vienen náuseas alguna vez, que puede pasar, aunque ahora te encuentres como una rosa. Por cierto, estás ahora mismo de seis semanas, hasta las doce semanas, procura no tomarte las cosas demasiado a pecho, ni hacer demasiados esfuerzos, pero sí, antes de que me lo preguntes, porque lo hacéis todas las embarazadas, puedes mantener relaciones sexuales.

Le di las gracias nuevamente, y salí de la consulta como subida en una nube, tan en mi nube iba, que no me di cuenta de que Patricia me estaba hablando hasta que la tuve delante de mí.

—Jefa, jefa, despierta, que te estoy hablando y estás en Babia —me dijo tocando palmas delante de mi cara.

—Perdona, Patricia, es que iba distraída. ¿En qué puedo ayudarte?

—Ha llegado este sobre para ti, y parece importante, por eso cuando te he visto he pensado en dártelo, no fuera a ser algo urgente.

—Gracias preciosa —contesté a la vez que lo cogía para abrirlo y saber de qué se trataba.

Me quedé completamente sorprendida al ver quién era el remitente de la carta: una prestigiosa revista de salud que anunciaba unos premios que se entregarían en unas semanas. En la carta me informaban que había sido nominada para el galardón a la mejor gestión privada en el ámbito de la salud. Y lo tuve claro, aprovecharía esa ocasión especial para decirle a Alberto que íbamos a ser padres. Hablaría con alguna empresa para que, mientras asistíamos a la ceremonia de entrega de premios, decoraran la habitación del hotel, de modo que, al regresar, él se llevara la sorpresa.

Capítulo 39



No fui ni a la peluquería, me dirigí directamente a casa de Lina y Daniel, puesto que sabía que se encontrarían allí, y tenía que darles la noticia, no la del embarazo, que esa quería dársela primero a mi chico, no lo sabría nadie hasta que él estuviese enterado, pero sí la de la nominación a ese premio que, aunque no me lo llevara, era un paso muy importante en mi carrera, ya que se vería reflejado todo mi esfuerzo y mi trabajo.

—Hola corazón mío, ¿qué haces aquí? ¿No me dijiste que habías cogido cita en la peluquería? O lo mismo es que yo me he confundido de día, que últimamente no sé ni en qué día vivo. —Me atropelló Lina con sus preguntas nada más abrir la puerta.

—Hola Lina —contesté dándole un abrazo—. No, no te has equivocado de día, pero no he acudido, ya la cambiaré para más adelante. Tenía que venir corriendo a contarte y mostrarte esto. —Le tendí el sobre para que lo abriera y leyera la invitación.

—Pero ¡esto es maravilloso! Ay, hija que alegría. Si mi padre viviera, estaría muy orgulloso de ti, has conseguido en dos años lo que el antiguo director no consiguió en toda una vida. Eres una gran directora, que sabe llevar las riendas de la clínica desde el respeto y la igualdad, logrando que todos te perciban como una jefa accesible y comprensiva, lo que permite que todo funcione en perfecta armonía. Estoy muy feliz por ti, de verdad.

—¿Qué son esos gritos? ¿A quién le ha tocado la primitiva? —Salió Daniel junto a su hijo del despacho que tenía en su casa, ya que acababan de volver del bufete y querían cerrar algunas cosas que tenían pendientes.

—Es mejor que eso. A Sandra, la han nominado desde la prestigiosa revista *Tu salud*, lo primero, al premio a mejor gestión privada, y eso, además de un reconocimiento a su esfuerzo y su trabajo, es publicidad para la clínica y estoy que salto de felicidad —contestó Lina emocionada.

—Enhorabuena, Sandra, más que merecida esa nominación. Es un gran logro conseguir esto en tan poco tiempo al frente de la clínica, lo que significa que lo que estás haciendo muy bien —me decía Daniel mientras se acercaba a darme un abrazo.

—Es genial, preciosa, me alegro muchísimo. ¿Cuándo es la gala? Porque tendremos que prepararlo todo para poder asistir la familia al completo —dijo Alberto a la vez que me besaba en los labios.

—Pues tenemos que estar en Madrid dentro de nueve días, que es cuando se llevará a cabo la entrega de los premios. Tengo que llamar para confirmar el número de asistentes, para saber las habitaciones que tienen que reservar, ya que se celebrará en un hotel de la Gran Vía.

—Confirma seis asistentes, porque tengo claro que David y Álvaro no querrán perderse ese acontecimiento —me contestó mi chico.

Con esa euforia y esa alegría, nos fuimos a comer todos juntos a un asador cercano, en el cual quedamos con los dos que faltaban por conocer la noticia, y que sabíamos que se iban a alegrar igual o más que nosotros.

—Ya estamos aquí —dijo David acercándose a la mesa en la que nos encontrábamos— ¿Qué celebramos? Que os veo demasiado contentos.

—Pues que han nominado a tu cuñada para un premio por su trabajo de una prestigiosa revista de salud —contestó Alberto demostrando orgullo en sus palabras.

—¿En serio, Sandra? —asentí con la cabeza— Enhorabuena, sabía que conseguirías llevar a la clínica a lo más alto, y te lo dije en su momento, esto demuestra que no me equivoqué en lo más mínimo contigo. Ya estamos tardando en pedir una botella de champán.

—Para mí, un zumo de uvas, mejor, que llevo varios días con un virus estomacal y estoy tomando medicación, con lo que no puedo beber alcohol, no me vaya a poner peor —comenté, así como despreocupada, esperando que no se dieran cuenta.

Pasamos toda la tarde entre risas y felicitaciones, hasta que decidimos volver a casa, yo estaba dispuesta a hablar con Alberto respecto al tema vivir juntos, ese en el que insistía cada dos por tres, ya que había tomado una decisión.

Al llegar a casa, y antes de hablar absolutamente de nada, y tal y como estábamos acostumbrados, nos enredamos en nuestra particular espiral del placer, que nos llevó a estar más de una hora disfrutando de nuestros cuerpos, acariciándonos y llevándonos a lo más alto, sin dejar ni un solo centímetro de nosotros sin explorar ni degustar, tanto de él como mío, para terminar totalmente exhaustos y saciados, en los brazos del otro.

—Tenemos que hablar de ese tema que tanto te gusta y que a mí me aterra, hasta ahora, que ya he tomado una decisión —le dije mientras le acariciaba el pecho, totalmente desnudo tras haber hecho el amor.

—Dime, por favor, que estás dispuesta a que vivamos juntos. Porque la verdad, es que ya prácticamente lo hacemos, y no tendremos que estar con bolsas para tu casa y bolsas para mía —dijo mientras que yo asentía con la cabeza.

—Sí, he decidido que es una tontería estar de un lado para otro, eso sí, vamos a esperar a que

volvamos de la gala de los premios, y así preparo todo y hacemos la mudanza con tranquilidad. Lo mismo y me cojo unos días libres, para así tomármelo con calma.

—Con mucha calma, tampoco, que estoy deseando poder compartir todo mi tiempo contigo, y encontrarme todas tus cosas en el vestidor, que ahora parece que estás de visita —me dijo y me levantó la cabeza para darme un beso en los labios.

Nos levantamos para darnos una ducha, en esa en la que de nuevo nos perdimos en nuestro cuerpo, y preparar la cena, ya que al día siguiente él tenía un juicio a primera hora de la mañana, y queríamos acostarnos pronto para poder descansar lo suficiente, aunque no sabía si los nervios de todo lo que rondaba en mi cabeza me iban a dejar conciliar el sueño.

No pegué un ojo en toda la noche, y eso que María decía que, desde que estaba embarazada, parecía una marmota que, si por ella fuera, se llevaría todo el día durmiendo, pues yo desde que lo sabía, parecía un zombi, aunque no solo era el embarazo, es que se habían juntado muchas cosas, las mismas que me provocaban todo tipo de emociones, desde el miedo de irme a vivir con Alberto hasta la felicidad de lo que se estaba gestando en mis entrañas, pasando por la incertidumbre de si conseguiría el premio. Afortunadamente para mí, las náuseas no habían hecho acto de presencia, y no solo por la incomodidad que ellas conllevan, sino porque entonces no podría llevar a cabo mi intención de comunicárselo a mi chico de una manera original, ya que se daría cuenta de lo que me pasaba.

Hablando de eso, tenía que buscar una empresa en Madrid que pudiera llevar a cabo mi idea, y que lo pudiera hacer en tiempo récord, mientras que estábamos en el salón de abajo, en la celebración de la gala, así que me senté en mi ordenador, y me puse manos a la obra.

—Buenos días, les llamaba para realizar una consulta, sería posible... —le expliqué mi idea a la chica que me atendió, llegando a un acuerdo a los pocos minutos, ya que el precio era muy razonable, y lo podrían llevar a cabo en el momento que yo les había indicado, por lo que me envió el contrato por correo electrónico, ese que yo firmé digitalmente casi a la misma vez que le hacía la transferencia por el importe de su trabajo.

Ahora me tocaba buscar un vestido acorde al protocolo de la gala, ya que en la invitación especificaba que las mujeres debían llevar vestidos de noche y los hombres, esmoquin. Afortunadamente, conocía la tienda perfecta, donde tenían unos modelos exclusivos y sus precios no eran desorbitados, porque no quería gastarme tampoco un pastizal en algo que probablemente no volvería a usar, a no ser que me invitaran a una boda, claro.

—Lina, soy Sandra. Te llamaba para hacerte una propuesta: una tarde de compras de chicas, para buscar el vestido para la gala —le dije a mi futura suegra por teléfono, sabiendo de antemano cuál sería su respuesta.

—Por supuesto que acepto esa propuesta, es más, creo que te la voy a intentar mejorar —contestó entre risas—. Los chicos tienen hoy para largo en el juzgado, así que te propongo recogerte en la clínica en una hora, para que me dé tiempo a ponerme bella como una camella.

»Comemos juntas en ese italiano que nos gusta tanto, para después dirigirnos al centro en busca de los dos vestidos más impresionantes que haya en toda la ciudad, porque otra cosa no,

pero nosotras vamos a destacar esa noche como si fuera la de los Oscar.

—Perfecto, me mandas un mensaje cuando salgas y así te espero en la puerta, a ver si somos capaces de encontrar esos vestidos que dices —respondí sonriente, porque Lina era mucha Lina, y tenía el arte a raudales.

Capítulo 40



«En busca del vestido perfecto», así se podría llamar nuestra tarde de chicas, esa que empezamos llenándonos el estómago con los más succulentos manjares en uno de nuestros restaurantes preferidos, del que salimos totalmente saciadas, vamos lo que vulgarmente se conoce como ir hasta las cejas. De allí, y tras dejar el coche en el mismo aparcamiento, pues nos cogía relativamente cerca, nos fuimos paseando hasta la zona de tiendas, más concretamente hacia la que yo tenía en mente, que fue la primera que visitamos.

—A mí me gusta ese que tiene el maniquí del escaparate, ¿lo tendríais de mi talla? —preguntó Lina a la dependienta, mientras yo seguía echando un vistazo en los diferentes percheros que había, ya que era una tienda especializada en vestidos de ceremonias y fiestas, y tenían una gran variedad de estilos, formas y colores.

—Por supuesto, usa usted una talla cuarenta y dos, ¿me equivoco? —Le indicó la chica, llevándola hasta la zona de probadores.

—No, no te has equivocado, vaya ojo que tienes, además de que la experiencia, ya es un grado. —Se marchó con ella, mientras continuaban hablando.

Yo seguí a mi ritmo por la tienda, ya que tenía una idea en mente, y no sabía si llegaría a encontrarla cuando, de repente, lo vi y me enamoré de él al instante. Se trataba de un vestido largo, de tela vaporosa y corte griego, de un solo hombro, en color blanco roto, con un solo tirante que estaba bordado con un hilo plateado muy fino y elegante, ese mismo bordado también lo llevaba en la cintura, a modo de cinturón. Su abertura en el lado derecho de la falda dejaba ver al caminar casi toda la pierna, llegando la misma a la mitad del muslo. Decidida, me lo llevé al probador, puesto que era mi talla, y entré con él para probármelo y ver si me sentaba bien, justo cuando llegaba, salía Lina con el suyo puesto.

—Te queda precioso —le dije nada más verla—. Estás guapísima con él puesto. Si te pones ese día el pelo con unas ondas al agua, ya terminarías de completar el estilo. Yo voy a probarme este, a ver qué tal.

—Sí, me lo voy a llevar. Me cambio mientras te pruebas el tuyo, que quiero ver qué tal te sienta.

Entré en mi probador, y tras quitarme mi ropa, me lo puse, quedando encantada con la forma en la que caía por mi cuerpo, y salí para que me lo viera Lina y la dependienta, la cual salió corriendo tras vérmelo puesto.

—Espectacular, con ese vestido pareces una actriz de cine, vas a dejar a todos con la boca abierta —dijo Lina a la vez que la dependienta venía corriendo con una caja en la mano.

—Tengo los complementos perfectos para ti, toma Pruébatelos —dijo mientras me tendía una caja con unas sandalias plateadas de tacón fino y de, aproximadamente, diez centímetros—. ¿Tienes pensado cómo vas a llevar el pelo?

—Las sandalias quedan de cine con el vestido, y el bolsito es ideal —le contesté con ella ya puestas, y es que le daba el toque que le faltaba para terminar de ser perfectos—. En el pelo me gustaría llevar un recogido trenzado, como en la antigua Grecia.

—Pues te voy a traer la decoración para que ese recogido sea lo que termine de complementar tu atuendo.

Cuando me hizo un recogido improvisado y me colocó esa especie de diadema que iba desde lo más alto de la trenza hasta lo más inferior, aquella que quedaba por dentro de mi propio pelo, me vi simplemente especial. Era todo muy sencillo, pero tenía una elegancia y una finura que llamaban la atención sin ser nada extravagante, con lo cual, me lo llevé todo. A la hora de pagar, Lina no me permitió sacar mi tarjeta, alegando que yo había conseguido llevar a lo más alto el legado de su familia, en concreto de su padre, y que no iba a consentir que pagara ni un céntimo del vestuario, que era su obligación moral, por todo lo que me debía.

—No digas tonterías, Lina, soy yo la que os tengo que estar agradecida, a ti y a toda tu familia, por la manera que tenéis de tratarme desde el primer momento que entré en vuestra casa, en esa Navidad de hace ya tantos años. En ti he encontrado esa madre que perdí, y que tanta falta me ha hecho en determinados momentos de mi vida, esos en los que ahora puedo contar contigo —le dije saliendo de la tienda.

—Al final, me vas a hacer llorar, ya verás tú. Sabes que te quiero como si fueras mi hija, independientemente de la relación que, con los años, has empezado a mantener con mi hijo Alberto, y que, pase lo pase entre vosotros, seguiré estando ahí, al igual que mi marido y mi hijo David.

—Lo sé, no hace falta que me lo digas, y por ello te doy las gracias nuevamente. Y te propongo algo, para destensar el momento telenovela que acabamos de vivir, vámonos a merendar, que he descubierto una pastelería cerca de aquí donde ponen un batido helado de chocolate junto con un cruasán de mermelada recién hecho, que quita las penas —le respondí.

—Ya estás tardando en llevarme, que me muero de hambre. Eso de ir de compras me abre el apetito.

Hacia esa pastelería nos dirigíamos, cuando nos cruzamos con David, que venía de entregar una documentación en el juzgado de menores ya que, aunque era psicólogo y trabajaba en el

hospital, también hacía los peritajes de los niños para algunos casos de divorcio del despacho de su padre, casi siempre de esos en los que uno de los dos progenitores pedía la custodia compartida, para determinar que sería lo mejor para ellos.

—Hombre, mis dos chicas favoritas, que ¿de compras? —nos dijo mientras se acercaba a nosotros y nos daba un beso a cada una.

—Venimos de comprarnos el atuendo para la celebración de la gala, y tengo que decirte que vamos a ir deslumbrantes, chico —le soltó Lina.

—Vamos a merendar, ¿te apuntas? —Ofrecí a mi mejor amigo—. Que hace mucho que no compartimos un ratito juntos, anda vente.

—Venga, va, me voy con mis chicas a merendar. Total, ya he terminado por hoy, tanto aquí como en la consulta. Pero, eso sí, llevadme a un sitio donde haya mucho dulce, que lo necesito en días como este que he tenido.

Seguimos andando, con él enganchado a cada uno de nuestros brazos, y contándonos que el día había sido especialmente duro, puesto que en el caso que había evaluado, no era que los padres se pelearan por conseguir la custodia del niño o una compartida, sino que era todo lo contrario, ninguno de los dos se quería quedar con la criatura, un precioso niño de tres añitos, que estaba sufriendo el desprecio de sus progenitores, que tenían otros planes, por lo que habían decidido darlo en adopción, aunque primero pasaría por una familia de acogida.

Esa historia me llegó al alma, no podía comprender como a unos padres se les pasaba siquiera por la cabeza, hacerle eso a un hijo, sobre todo siendo tan pequeño como era, y la cara de David, me estaba indicando que algo se le había ocurrido.

—¿Os puedo preguntar algo? —preguntó con tristeza.

—Adelante, hijo. Sé que algo se te pasa por esa cabecita loca, pero aquí estaremos para apoyarte en lo que hayas decidido —dijo Lina, dejando claro que contaría con su aprobación, fuera lo que fuese que estaba ideando.

—No sé si es una locura, o si es que me involucro demasiado en determinados casos, pero es que la mirada de ese niño se me ha quedado clavada en la retina, y ese abrazo que me dio en cuanto le di un poco de juego, me dejó claro que estaba muy falto de afecto y cariño, y Álvaro piensa lo mismo.

»Ya he dado los pasos oportunos para que, de momento, me concedan la acogida de ese niño, un colega de profesión será el encargado de evaluar a Pablo, que así se llama, para determinar su situación emocional en el tiempo que permanezca con nosotros, para así dictaminar si somo aptos para tramitar la adopción definitiva.

—Amigo, tienes un corazón enorme, y ese pequeño va a tener mucha suerte de tener unos padres como vosotros, ya que no tengo ninguna duda de que os concederán la adopción definitiva —le contesté con lágrimas en los ojos, porque no sabía si era por la historia en sí o porque las hormonas del embarazo me tenían totalmente trastornada, pero el caso es que me

había llegado al alma.

—Contad conmigo para todo lo que necesitéis, tanto en el plano económico como en cualquier otro, aquí estaremos para ayudaros a criar a mi nieto el mayor, ese al que llenaremos de besos y de cariño en cuanto tengamos ocasión —le dijo su madre, limpiándose también las lágrimas que caían por sus mejillas.

Una vez que terminamos nuestra merienda, volvimos a casa, en donde David, le explicó al resto de la familia lo mismo que horas antes había hablado con su madre y conmigo, y todos le dieron su apoyo incondicional, dejándole claro que estarían allí para él.

Capítulo 41



Acabábamos de llegar a Madrid, ya habíamos avisado antes de salir de Córdoba, que necesitaríamos un vehículo de siete plazas con conductor, para llegar al hotel en el que esa noche se celebraría la gala de entrega de premios, aunque antes teníamos un almuerzo de bienvenida todos los asistentes.

—Estás temblando, amor, tranquilízate, que al final no vas a poder asistir porque te vas a poner enferma —me dijo Alberto al ver como mis manos y mis piernas parecían tener vida propia.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo controlarlo, estoy demasiado nerviosa. —Lo que él no sabía es que no solo estaba nerviosa por el premio que, al fin y al cabo, aunque no me lo llevara, siempre aparecería en mi currículum como algo importante, sino que la mayoría de mis nervios se debían a esa sorpresa que le iba a dar una vez terminara la gala.

Llegamos a la recepción e hicimos el registro sin problemas. Luego, subimos a nuestra habitación para darnos una ducha y cambiarnos de ropa antes de bajar al salón donde se reunirían todos los asistentes de esa noche. Huelga decir que nos entretuvimos un poquito más de la cuenta, ya que nos era imposible apartar las manos de nuestros cuerpos cada vez que nos encontrábamos solos, aunque logramos bajar a tiempo.

—No me lo puedo creer, con la cantidad de tiempo que hacía que no teníamos noticias de ella, y tiene que estar aquí, en el día más importante de mi carrera, seguro que lo tenía planeado —le comenté a Alberto en cuanto vi que Salma se encontraba en el salón.

—Tranquila, no nos va a afectar. Yo sabía que iba a estar aquí, porque su despacho representa a una clínica de la competencia —me dijo intentando aplacar mis nervios por su presencia.

Le faltó tiempo para acercarse a nosotros, con la excusa de felicitarme, pero no me fiaba de ella ni un pelo, esa es la verdad, y así se lo hice saber a mi chico, que se empeñaba una y otra vez en decirme que había cambiado, que su jefe le había dado un ultimátum en cuanto se enteró que la denuncia que le había puesto era falsa, pues así se lo hizo saber su compañero, y se estaba jugando su puesto.

La comida transcurrió muy tranquila, y en ella conocí a la esposa de uno de los nominados que, precisamente era de la clínica a la que representaba el despacho de Salma, se llamaba Carol, y estaba allí para apoyar a su marido, a pesar de que se encontraba embarazada de casi seis meses, se veían una pareja muy unida, y ella era encantadora.

—No te vayas a creer que mi embarazo ha sido un camino de rosas, que a mí me tocaron solo las espinas. Ahora es cuando estoy medianamente bien, pero lo hemos pasado muy mal, al principio todo fueron náuseas, esas que consiguieron que estuviera ingresada en varias ocasiones, porque llegué incluso a deshidratarme.

»Una vez que pasaron y que creía que ya por fin iba a vivir esta etapa de manera más relajada, vino una amenaza de aborto, que me tuvo durante dos semanas más postrada en una cama, en reposo absoluto, hasta que pasó todo. Por eso, ahora que ya estoy bien, no me pierdo nada de nada —me explicó la pobre relatando todas y cada una de las vicisitudes de su gestación. Menos mal que yo, hasta ahora, no había sentido nada de eso que ella contaba del principio.

—Pues haces bien en disfrutar de todo lo que puedas, los dos, porque supongo que para él también habrá sido duro —le respondió Alberto—. Nosotros también queremos intentar ser papás prontito, por lo menos a mí, no me gustaría esperar mucho más.

—Amigo, es la sensación más bonita del mundo, desde el momento en el que te enteras de que un pedacito vuestro se está gestando en el vientre de tu pareja, hasta cuando escuchas el latido de su corazón por primera vez, pasando por verlo crecer en las ecografías. Todo merece la pena, por muy duro que haya sido —explicaba Santi, su marido, mientras que mi chico asentía con la cabeza, lo que él no se podía imaginar es que el nuestro ya venía de camino.

Después del ratito que habíamos compartido con ellos, que estaban sentados en nuestra misma mesa, ya que en la que estaba destinada a su clínica, estaban los ocho comensales que cabían, mientras que, en la nuestra, quedaban dos asientos libres, por lo que no dudaron en pedirnos permiso para ocuparlos, subimos a la habitación a descansar un poco. La verdad es que agradecía que se hubieran sentado, cualquiera menos aquella mujer, a la que miraba y me daba muy mala espina, no lo podía remediar, y sabía que intentaría algo, el qué, no tenía ni idea, pero el que llevaba planeando algo todo este tiempo, estaba claro como el agua de un manantial.

A eso de las siete, y después de tener de nuevo nuestro ratito de pasión, al cual no renunciábamos en cuanto teníamos ocasión, llamó a la puerta la peluquera y la maquilladora que Lina se había encargado de contratar para arreglarnos, puesto que decía que los nervios no iban a dejar que nos preparáramos para lucir acorde a la situación. Mientras que nosotras nos poníamos guapas en nuestra habitación, Alberto bajó al bar del hotel junto a su hermano, su padre y su cuñado, no sin antes darme un beso de esos que te quitan hasta el hipo.

—¡Toma ya! No se puede estar más bonita que tú y, además, me encanta la apertura de esa falda. Puedes tener claro que me voy a sentar a tu derecha, para ir calentándote a fuego lento, porque, en cuanto termine la gala y entremos por esa puerta, estaré encantado de quitarte ese vestido —me dijo con el deseo reflejado en sus ojos.

—Que adulator eres para conseguir lo que quieres, pero no hace falta que me digas cosas que no sientes, sabes que estaré encantada de que me quites el vestido, eso sí, no lo vayas a partir,

que me tiene que servir para la boda de Manu y María —contesté mientras le ponía mis brazos por el cuello, y él abrazaba mi cintura.

—¿Tú sabías que estaban embarazados? —asentí con la cabeza— Pues yo me enteré anoche, que me llamó para contármelo y para pedirme que fuera el padrino del bebé, ya me lo podías haber dicho tú antes.

—No soy quién, además de que me enteré por casualidad, porque a María se le escapó, pero querían esperar a cumplir las doce semanas, que es cuando se supone que pasa el peligro de aborto —le contesté mientras salíamos cerrando la puerta, esa que se abriría minutos más tarde para decorar la que sería la sorpresa de su vida.

Bajamos hasta la zona del hotel en el que se llevaría a cabo la cena y la posterior celebración de la gala, y en la cual ya estaban la mayoría de los asistentes, Salma incluida, que me miró con una cara que me estremeció por dentro, esa sonrisa y esa mirada transmitían pura maldad, y ante mi estremecimiento, Alberto me abrazó más fuerte, dirigiéndonos hacia donde se encontraban Carol y Santi, que nos hacían gestos para que nos acercáramos.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó Santi a mi chico y a mí.

—Yo quiero una cerveza, y mi chica un zumo de uvas, que lleva varios días con problemas de estómago y no puede tomar alcohol con las pastillas —contestó Alberto en dirección al camarero, que ya había tomado nota y se iba a encargarse de preparar todo.

En ese momento, Salma llegó a la barra en la que estábamos nosotros con otra mujer, esa que aprovechó que Carol había ido al servicio, para acercarse demasiado a Santi, al que se le vio la incomodidad de su presencia.

—¿Qué estás haciendo, Martina? —le preguntó enfadado— Te he dicho mil veces que no te quiero cerca, que por tu culpa casi aborta mi mujer, por tus malas artes haciendo ver lo que no es, igual que ahora. Ya no sé en qué idioma decirte que entre nosotros no va a pasar absolutamente nada, como no ha pasado en todo el tiempo que hace que te conozco.

—Ay, Santi, querido, nunca digas de esta agua no beberé —respondió ella mientras que su amiguita le pasaba una copa de champán y se alejaban de allí.

—Perdonar este atropello, pero realmente no sé cómo evitar que se acerque a mí, especialmente porque es la hija del dueño de la clínica en la que ambos trabajamos. Ella es mi asistente de dirección, así que el despido queda descartado —se justificó Santi, a la vez que le daba la cerveza a Alberto y una de las copas con zumo a mí, reservando la otra para Carol, que ya había entrado en la sala. Al ver a esa mujer cerca de su marido, su rostro reflejaba claramente su enfado.

Capítulo 42



Al llegar, Carol le pidió explicaciones de la presencia de esa mujer a su lado, esas que él mismo le dio desde el primer momento y sin titubear, a lo que nosotros añadimos lo que habíamos tenido que pasar con su amiguita.

—Parece ser que Dios las cría y ellas se juntan, chica —le dije mientras que le daba un sorbo a mi copa.

—Es que, cuando una tipa así se te cruza en el camino y se obsesiona con tu pareja de esta manera, ya no sabes ni qué pensar, si a eso le sumamos que pasan toda la mañana juntos y que encima tu inseguridad hace mella porque te ves como una bombona debido al embarazo, pues es un cóctel difícil de digerir, con el que cada vez te cuesta más lidiar —contestó Carol con las lágrimas saltadas.

—Te he dicho ya, por activa y por pasiva, que estás preciosa, y que esa mujer me atrae menos que nada, por muchos aires de diva que lleven las dos, porque incluso llegó a ofrecerme un trío con su amiga —dijo Santi.

—De la otra, me espero cualquier cosa. ¿Me permites que te dé un consejo, Santi? —respondió Alberto, a lo que Santi asintió con la cabeza— Habla con su padre, te aseguro que es un hombre muy cabal, ya que tengo el gusto de conocerlo, si alguien puede pararle los pies, es él.

—Te haré caso, y si no, siempre tendré la opción de buscar otro trabajo, pero no me va a joder la paz de mi familia, eso lo tengo claro —concluyó Santi.

Nos avisaron de que ya podíamos pasar a las mesas, así que apuré mi zumo para dejar la copa en la barra, y dirigimos hacia la que nos correspondía, y en la que volveríamos a coincidir con Santi y Carol.

Al rato de empezar a comer, empecé a notarme rara, pero pensé que serían los nervios, y seguí comiendo sin darle la menor importancia, pero esta vez pedí agua para beber, porque también podría achacar mi malestar al zumo que me había tomado antes.

Mientras transcurría la cena, me llegó un mensaje de la empresa que había contratado para la

decoración de la sorpresa, indicándome que ya estaba todo listo y esperando que me gustara tanto como a ellos haberlo hecho, y poniéndose a mi disposición por si algún otro día necesitaba de sus servicios de nuevo.

Alberto estaba pendiente de mí en todo momento, acariciando mi pierna a través de la abertura del vestido, dejándome claro lo que me esperaba cuando volviéramos a la habitación, lo que él no sabía es que eso lo dejaríamos para después, para celebrar la noticia de la mejor forma.

Casi sin darnos cuenta, llegamos al momento de la entrega de los premios, haciendo que todos los nominados subiéramos al estrado por categorías. Cuando llegó la correspondiente a mi nominación, me tocó subir a la vez que Santi, que me ayudó, ya que de vez en cuando, notaba algo raro en mi cuerpo.

—Y ahora, procedemos a la presentación de los tres nominados al premio a la mejor gestión privada en el sector sanitario que son, Santiago Martínez, por la clínica La sanidad; Herminio Sánchez, por el centro de salud Las cruces y, por último, aunque no menos importante Sandra Marcos por Las Flores. Dicho esto, procedemos a abrir el sobre para anunciar el ganador o ganadora —anunció el director general de la revista que otorgaba los premios—. ¡Sandra Marcos, por su gestión en la clínica Las Flores!

No me lo podía creer, en tan poco tiempo lo había conseguido, y me dirigí hasta el atril para decir unas palabras, a la vez que veía la emoción en los míos, en esos que estaban allí apoyándome al cien por cien, en el momento en el que vi que Salma se acercaba a nuestra mesa, pero no quise pensar mal, seguramente había ido a darles la enhorabuena.

—Quiero expresar mi más sincero agradecimiento —dije después de recibir unos aplausos—. Me habéis dejado sin palabras, ya que no lo esperaba en absoluto. Este premio no es solo mío; en gran medida pertenece a mis empleados, quienes me han apoyado en cada cambio que he implementado, siempre con una actitud positiva y facilitando mi labor.

»Otra parte les pertenece a los dueños del centro, quienes depositaron en mí toda su confianza recién salida de la universidad, confiándome su legado y permitiéndome actuar con total libertad para tomar decisiones que considerara necesarias. No puedo olvidarme de mi mejor amigo, ese que me abrió las puertas de su casa y de su corazón en cuanto llegué a Córdoba procedente del levante español completamente sola; hoy en día se ha convertido en mi cuñado.

»Y, por supuesto, dedico este premio a mi pareja, quien siempre está a mi lado en los días difíciles y se esfuerza por hacerme sonreír cada día. Alberto, te quiero, y espero que siempre estés a mi lado.

Terminé mi discurso, ese al que mi chico no había prestado la menor atención, aunque a mí me saliera declararle mi amor desde ese atril, puesto que estaba muy distraído con lo que Salma le estaba contando en ese momento, pero no estaba dispuesta a que nadie me amargara la noche más importante de mi carrera.

—Enhorabuena, cuñadita, y gracias por acordarte de mí en este momento que sé que es de los más felices de tu carrera —me dijo David dándome un abrazo, puesto que Alberto no se había dado cuenta ni de que había bajado del estrado.

A David, le siguieron Álvaro, Lina y Daniel, mientras que su hijo no se detuvo ni a mirarme, ni siquiera a decirme ahí te pudras, y se dirigió a la barra junto con Salma y su amiga, dejándome más tirada que a una colilla, mientras que en mi cara se reflejaba la decepción que tenía, esperaba que todo tuviera una buena explicación, porque si no, me iba a costar muchísimo el perdonarle este desplante.

Por momento que pasaba, me encontraba peor, no sabía qué me ocurría, si era la tensión del momento, el desplante de Alberto o era un cúmulo de todo junto, el caso es que envié a David a que me pidiera una botella de agua, porque la boca se me estaba quedando seca y casi no podía mantenerme en pie.

—Me estás asustando —me dijo mirándome a los ojos—, creo que voy a ir a buscar a mi hermano.

—Ni se te ocurra acercarte siquiera a él. O es que no ves que está pasando olímpicamente de mí. Ese no va a cambiar nunca, en cuanto se le pone un buen pecho delante, se le nubla la visión y el sentido —dije enfadada.

—Está bien, pero que te quede bien claro que no va a quedar así, que ya tendré yo unas palabritas con él, que me tiene hasta los cojones con su actitud.

—Cariño, ¿te ocurre algo? —preguntó Lina al verme la cara blanca como el papel.

—No me encuentro muy bien, ahora mismo ha ido David a por una botella de agua, si en un rato sigo así, me parece que voy a dar por terminada la noche.

Así fue, transcurridos unos quince minutos, y viendo que no se me pasaba el malestar, me dirigí a la mesa alta donde estaba Alberto con otro tipo y esas dos mujeres. En otras circunstancias, me habría ido sola para la habitación y lo habría dejado allí, pero no quería que todo el esfuerzo que había hecho para darle la noticia del bebé hubiera sido para nada.

—Alberto —me acerqué a él, llamándolo con un toque en el brazo—, no me encuentro bien, creo que deberíamos irnos a la habitación.

—Me parece que has formulado mal la frase, no es «deberíamos irnos» es, «debería irme». O acaso ¿ves que yo tenga mala cara? No verdad, pues me importa un huevo cómo te encuentres. Si te quieres ir, adiós, porque yo tengo muy claro que voy a terminar la noche con estos amigos, que me van a llevar a un club que conocen y en el que se practica el sexo libre. Al que por cierto no estás invitada, por si aparece en tu pensamiento la idea de acompañarnos —me contestó con desprecio.

Salí de allí corriendo, con las lágrimas cayendo por mis mejillas, y dándole gracias a Dios por no haber hecha todavía la mudanza hacia su casa ni haber puesto la mía en alquiler. La humillación a la que me había visto sometida por su parte en esos últimos minutos de la noche no se lo iba a perdonar en la vida. Para mí Alberto como pareja estaba muerto y enterrado, se enteraría de que iba a ser padre, eso por supuesto, y tendría todos sus derechos con el bebé, pero hasta ahí.

Capítulo 43



Tomé el camino de las escaleras, no me veía con fuerzas de esperar al ascensor mientras todo el mundo me miraba, ya que las palabras que Alberto me había dirigido, las habían escuchado mucha gente, y no soportaría las miradas de compasión de los demás.

Cuando llegué a mi planta, abrí la puerta de nuestra habitación, me derrumbé, estaba todo tan bonito que, el hecho de que él se lo cargara todo, hizo que cayera de rodillas, llorando como una niña recién nacida. En el suelo habían puesto dos globos con la figura de un bebé, uno de niño y otro de niña, ya que todavía no conocíamos cuál sería su sexo, y en el medio, otro con forma de chupete, desde el que salían otros tres en los que ponía, «Vamos a ser padres». Junto a eso, habían colocado una mesa pequeñita, y encima de ella, una foto enmarcada en blanco de la ecografía que me hicieron en el hospital, al lado de unos patucos y un chupete.

Me entraron unas náuseas repentinas, que me llevaron a vomitar todo lo que tenía en el estómago, dejando mi cuerpo con la fuerza suficiente para ponerme de pie. Al hacerlo, sentí un dolor que me dobló por la mitad, algo no iba bien, lo sabía, así que me decidí a llamar a la puerta de Lina y Daniel, que era la contigua a la nuestra, pero no me dio tiempo a llegar, noté un pinchazo en la parte baja del abdomen que me hizo soltar un alarido, cayendo a plomo en el suelo del pasillo, debido a la intensidad del dolor.

Ante el estruendo de la caída, muchas personas salieron de sus habitaciones para ver qué era lo que había ocurrido, entre ellas Lina que, al verme tirada, salió gritando y corriendo hasta llegar a mi lado.

—¡Sandra! —gritó Lina—. Sandra, por Dios, despierta. ¡Que alguien llame a una ambulancia!

—No da tiempo a esperar a que llegue ninguna ambulancia, si lo hacemos, le aseguro que no llega al hospital. Mi clínica está a la vuelta de la esquina, yo me encargo —respondió un hombre mientras me tomaba en brazos y salía corriendo hacia allí, con Lina pisándole los talones. Afortunadamente, no se había puesto el pijama todavía, llevaba unos *leggings* con una camiseta blanca de manga corta y unas zapatillas, lo que suponía que no tenía que cambiarse, aunque no hubiera dudado en venirse conmigo con lo que llevara puesto.

Las horas transcurrían lentamente, y Lina, acompañada de su marido, su hijo David y Álvaro,

esperaban con ansiedad a que alguien saliera para informarles de mi estado, puesto que entré directamente a quirófano.

—Veinticinco llamadas perdidas le he dejado al cabrón de mi hermano, y no se ha dignado ni a contestar una de ellas, joder, que no sabe por qué lo estoy llamando —dijo David, visiblemente enfadado.

—A mí tampoco me contesta, que también lo he intentado en más de diez ocasiones —respondió Daniel

—Su mujer en un quirófano jugándose la vida, y el follando por ahí con otra que, además, es la misma que lo denunció por intento de agresión sexual. Si es que no se digna ni a devolver la llamada, porque está claro que, si tú ves tantos mensajes en tu teléfono, es porque algo está sucediendo, pero le importa todo un carajo —se indignaba David.

—Tranquilízate mi vida, seguro que todo tiene una explicación, lo mismo y ha perdido el móvil —dijo Álvaro en un intento de apaciguar el asunto.

—¿Qué me tranquilice?! No puedo, es mi mejor amiga la que está ahí dentro debatiéndose entre la vida y la muerte que, si tarda un minuto más en salir, no lo cuenta. Claro que tiene una explicación, que está con la golfa esa, y que mañana vendrá aquí con su cara de no haber roto un plato, se pondrá a llorar delante de Sandra, diciéndole que se ha equivocado, que lo perdone, que tal y que cuál, y ella, que es carajota y está enamorada de él hasta la médula, lo perdonara.

»Ahora, que una cosa os digo, como después de esto lo perdone, no la vuelvo a mirar más a la cara, eso os lo juro por lo que más quiero. Y, por supuesto, mi hermano, desde este momento, está muerto para mí. No quiero en mi vida a una persona sin corazón, como él, tan egocéntrico que solo le importa su persona. Como no aparezca por aquí, en el momento en el que nos crucemos, le pienso dar un puñetazo, que será él quien termine en urgencias.

—David, con la violencia no se soluciona nada, ignóralo si quieres, estas en todo tu derecho de hacerlo, pero déjame a mí con él, que vamos a tener unas palabritas —contestó Daniel.

—¿Unas palabritas? Esas que le entran por un oído y le salen por el otro, se lleva unos meses bien y, en cuanto consigue lo que quiere, otra vez vuelta a las andadas —decía David, en el mismo momento en el que vieron salir al médico que me había cargado hasta el hospital, que fue también el que se ocupó de intervenirme quirúrgicamente, y hacia el que Lina se dirigió, diciéndole con gestos que dijera solo lo imprescindible.

—Doctor, ¿cómo ha ido todo? ¿Cómo se encuentra Sandra? —preguntó Daniel nada más llegar a la altura del médico.

—Afortunadamente, ya está fuera de peligro. No las tenía todas conmigo, en realidad, puesto que cuando llegó aquí lo hizo en muy mal estado. Ahora mismo está en una habitación, a la espera de que se despierte de la anestesia, lo que ocurrirá en un ratito —contestó el doctor.

—¿Puedo pasar a verla? —preguntó Lina.

—Por supuesto, es más, debería quedarse con ella hasta que despierte, porque seguramente no recordará nada de lo ocurrido, y así podría tranquilizarla, acompáñeme.

—Cuénteme todo, doctor por favor —le pidió Lina al médico en cuanto cruzaron el pasillo, antes de entrar en la habitación.

—Sandra ha pasado por una experiencia muy difícil, ya que ha sufrido un aborto. Para entender mejor lo que ha ocurrido, hemos solicitado análisis tanto de su sangre como de la del feto, y ahora estamos esperando los resultados. Por suerte, no hemos tenido que practicarle una histerectomía, que era una posibilidad dada su condición al llegar.

»Pero hemos logrado evitarlo, lo que significa que aún tiene la oportunidad de ser madre si en el futuro así lo desea. Ahora, lo más importante es que se recupere pronto, necesitará mucho apoyo por vuestra parte, puesto que lo que le ha sucedido suele dejar una huella que, en algunos casos, cuesta superar. —explicó el doctor.

—Muchísimas gracias por todo, doctor, no sé cómo voy a ser capaz de pagarle lo que ha hecho por ella porque, aunque no la he parido, la considero mi hija. —contestó Lina.

—De momento, empiece por llamarme Guillermo, ya lo demás lo vamos hablando. Sandra tiene mucha suerte de tener a personas como vosotros, que la queréis y apoyáis, y eso es lo que va a necesitar a partir de ahora, comprensión y cariño.

»Te dejo que entres, y ante cualquier cambio, o cuando despierte, avisa en el control de enfermería, que me llamarán de inmediato, para poder explicarle todo a ella, y espero que tengamos los resultados, para decirle también la causa que lo ha provocado y como poder ponerle remedio en un futuro, para que no ocurra más.

Lina entró en la habitación en la que yo estaba, y movió un sillón que había allí, hasta situarlo al lado de mi cama, donde se sentó y me cogió la mano, llorando desconsolada por todo lo que habíamos tenido que pasar, empezando por la actitud de su hijo y terminando por la pérdida de mi bebé, pasando por el susto de creer que me perdían a mí también. Sin ninguna duda, el que iba a ser un día de ensueño, había terminado tornándose una pesadilla, de la que estaba dispuesta a despertar a toda costa.

Pasados unos minutos, o unas horas, porque tampoco estoy segura de nada, ya que la noción del tiempo la tenía totalmente perdida, intenté abrir los ojos, que me pesaban como si me hubieran puesto una tonelada de piedras en cada párpado. Lo hice muy lentamente, desorientada por completo, e intentando habituarme a la claridad del lugar en el que me encontraba, el que descubrí que no era la habitación del hotel, parecía un hospital, y entonces empecé a recordar lo que me había ocurrido.

Capítulo 44



Al bajar la cabeza, me di cuenta de que tenía a Lina agarrando mi brazo, y con la cabeza postrada en la cama, justo al lado de donde estaba situado mi cuerpo. Cuando se levantó y me miró, noté el sufrimiento en su mirada, esa que me decía que lo que más temía había terminado sucediendo.

—¡No, no, dime que no! —Salía de mi boca sin control, con total desesperación, pero las lágrimas que salían de sus ojos me decían todo lo contrario a lo que yo deseaba.

—Lo siento, mi niña, no han podido hacer nada, y a ti casi te perdemos también. Ahora toca ser fuerte. Voy a avisar a la enfermera y a los chicos que están en la sala de espera —contestó ella con tristeza.

—Espera un momento, por favor, me gustaría hablar contigo antes. ¿Quiénes son los que están esperando? —pregunté aun sabiendo la respuesta de antemano, haciendo mío eso que dicen de que la esperanza es lo último que se pierde.

—Mi marido, mi hijo David y su pareja. A Alberto llevamos toda la noche llamándolo, pero no atiende a las llamadas —contestó avergonzada por la actitud del que, hasta esa noche, había sido mi chico.

—Entonces, si ha vuelto a la habitación ha visto....

—No ha visto nada, yo me he encargado de todo. Intuyendo lo que podía pasar, antes de venir hasta aquí, me paré en la recepción para decir que subiera alguien a la habitación y quitara toda la decoración, lo hicieron en el momento, no te preocupes por eso —me interrumpió Lina.

—Pues si es así, me toca pedirte otro favor. Me gustaría que lo que ha pasado se quede entre nosotras dos, que él no se entere de nada. Si no ha tenido los cojones de estar aquí en el peor momento de mi vida, no creo que tenga derecho a enterarse de nada de lo que ha sucedido —le pedí.

—No seré yo la que le diga nada a mi hijo, pero me parece que van a pagar justos por pecadores, ya que los que sí han estado aquí, preocupándose de ti, tampoco lo van a saber, y no

me parece justo, puesto que ellos no han tenido la culpa —me contestó con los ojos llorosos.

—Tienes toda la razón en eso, pero escucha mis argumentos y dime que si no es así. Supongamos que se lo contamos a los que están fuera, y que prometen no decirle a nada a Alberto, pero en el momento en el que, a David, por ejemplo, se le crucen los cables y le reproche la situación, ¿no crees que se lo vaya a soltar? Porque yo, conociendo su impulsividad, no tengo la menor duda de que lo haría.

—Viéndolo de ese modo, pienso que sí, que lo mejor será que quede entre nosotras dos, y así nos ahorraremos reproches y disputas. Aunque, David está que se sube por las paredes, si tuviera a su hermano delante, tengo claro que le partía la cara de un puñetazo. Esto que ha hecho no se lo vamos a perdonar en la vida, por mucho que yo sea su madre, no he criado a mi hijo para que no sepa cuidar y valorar a una mujer que lo ha dado todo por él, como es tu caso.

»Ahora voy a avisar a la enfermera, a los chicos les voy a decir que ha sido un problema ginecológico, sin entrar en detalles, para que cuando te pregunten, des la misma versión —dijo, tras lo cual me dio un beso en la mejilla y salió de la habitación.

Una vez que me quedé sola, la rabia y el dolor se hicieron presentes, y lloré como nunca antes lo había hecho, pero prometiéndome a mí misma que ni una más, que no iba a volver a consentir que nadie me humillara ni me utilizara de esa manera.

—Buenos días, Sandra. ¿Cómo te encuentras? —preguntó un doctor, que accedió a la habitación a la misma vez que Lina.

—Sandra, él es Guillermo, el doctor que te trajo hasta aquí y que se encargó también de la intervención quirúrgica —me presentó Lina al médico.

—Pues me encuentro mejor, algo aturdida, pero sin dolor ni malestar. Ese dolor lacerante ya no lo tengo —contesté.

—Necesito que me cuentes todo lo que recuerdes del día de ayer, absolutamente todo, sin dejarte nada, ya que todo lo que digas puede ser determinante en lo que te voy a explicar después, ya que os hemos hecho un análisis, tanto a ti como a los restos del feto, y ya tengo los resultados —inquirió Guillermo.

—Bueno, pues llegamos por la mañana al hotel, desayunamos lo mismo de siempre... —Empecé a relatarle todo lo que había hecho a lo largo del día, haciendo hincapié, tal y como me había pedido, en todo lo que ingerí tanto de comida como de bebida.

—¿Recuerdas no haber tomado ningún medicamento? Me refiero a alguno distinto al ácido fólico u otra cosa de las que tienes recetadas, algo por tu cuenta —preguntó Guillermo.

—No he tomado absolutamente ninguna medicación que no sea el ácido fólico o las vitaminas, porque ni siquiera he hecho uso del jarabe que me mandó la doctora para las náuseas, ya que no las he tenido durante el tiempo que he estado embarazada. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tiene algo que ver con lo que me ha pasado?

—Vamos a ver, en los resultados de los exámenes realizados, tanto a ti como al embrión, hemos visto que hay una gran cantidad de restos de una sustancia que se utiliza para tratar la depresión y que, en caso de ser ingerido por una embarazada, es letal para el feto, pudiendo incluso afectar a la vida de la gestante —me explicó muy preocupado.

—Te juro por lo más sagrado que yo no he ingerido nada en absoluto, y mucho menos sin que me lo hubiera dicho un médico. Porque digo yo que ese medicamento no se podrá comprar sin que te lo receten, ¿no? Es demencial, todo esto es para volverse loca.

—Siendo así, no tengo más remedio que ponerlo en conocimiento de las autoridades competentes, para que el hecho sea investigado, ya que se trataría de un hecho delictivo —expuso el doctor, y yo asentí con la cabeza, esa que me iba a explotar. ¿Quién demonios se atrevería a hacer algo así?

—Nos parece perfecto, Guillermo, aunque nosotros tenemos que volver a Córdoba, no habría problema, ¿verdad? —informó Lina.

—Para nada, lo único es que tendría que esperar dos días, al menos, ya que no es aconsejable un viaje tan largo después de la intervención a la que ha sido sometida. Pero, si me prometes que te vas a portar bien y vas a guardar reposo estos dos días, me comprometo a darte el alta. Eso sí, saldrás de aquí en una silla de ruedas, la misma que utilizarás hasta que te vayas, ya me la dejaré en el hotel ese día, que yo pasaré a recogerla.

—Te lo agradecería, de verdad, puesto que allí estaría más cómoda que en este cubículo del hospital. Prometo no moverme para nada.

—En ese caso, espérame aquí unos minutos, que bajo a por el informe de alta y a por las recetas de la medicación que tendrás que tomarte, ahora mismo vuelvo y te explico todo, puedes ir cambiándote mientras —me dijo Guillermo.

—Ahí tienes ropa limpia —dijo Lina tendiéndome una bolsa de viaje con todo lo necesario—. Le dije a David que fuera un momento al hotel, pues sabía que la ibas a necesitar. Te confirmo que en tu habitación no quedan restos de la decoración ni de nada de lo que preparaste anoche.

—Gracias por todo, Lina, no sabes cuánto te agradezco que hayas estado a mi lado en este momento tan duro —le agradecí, sobre todo, por lo que había dicho sin palabras, que no era otra cosa que su hijo no había dormido allí, por lo que me ahorraría el mal trago de echarlo.

Al cabo de un rato, apareció Guillermo con una silla de ruedas, así como con toda la documentación necesaria, la cual le tendría que entregar a mi ginecóloga en cuanto llegara a Córdoba, así como las recetas de la medicación y su posología.

Lina fue la encargada de empujar la silla de ruedas hasta la salida del hospital, donde nos estaban esperando David, junto a su padre y su pareja. En cuanto mi amigo me vio, se lanzó hacia mí y me abrazó con fuerza, llorando mientras decía que nunca iba a perdonar a su hermano. Lloramos juntos, abrazados, porque solo él sabía lo que me había dolido la actitud de Alberto, ya que era mi confidente, y conocía todas mis inseguridades sobre nuestra relación, que ahora se

había truncado para siempre.

Fuimos dando un paseo, ya que el hotel estaba a la vuelta de la esquina, y tomar un poco de aire me vendría bien, puesto que ahora me esperaban tres días de estar encerrada en la habitación, que era el tiempo que me había dicho Guillermo que me tendría que tomar de reposo.

Capítulo 45



Estábamos doblando la esquina de la calle que daba al hotel cuando, de repente, vimos a Alberto bajar de un taxi junto a esa maldita mujer. Mi rostro mudó de la tristeza a la rabia, podría decir que, al odio, pero ese era un sentimiento muy feo al que yo no quería dar cabida en mi corazón. Cada uno terminaba pagando por lo que había hecho, así que no dudaba que la vida se lo iba a hacer pagar a los dos, a ella por mala persona y al otro por convertirse en un pelele a cambio de sexo, porque eso es lo único que ella le podía ofrecer, sexo en el más amplio significado de la palabra.

David salió corriendo y lo cogió por la solapa de la chaqueta, ya que llevaba puesta la misma ropa de la noche anterior, y empezó a increparle, algo de lo que su hermano no se estaba dando cuenta, porque venía borracho como una cuba.

—¡Eres un cabrón! —le gritaba mientras lo sacudía—. Tu mujer entre la vida y la muerte, y tú follando con esta hija de puta.

—Primero, yo no tengo mujer porque no me he casado nunca. Segundo, si con esa palabra te refieres a Sandra, yo la veo vivita y coleando. Y, para terminar, no voy a consentir que insultes a Salma —dijo balbuceando y casi sin poder ponerse en pie.

Lina lloraba al ver el enfrentamiento entre los dos hermanos porque, por mucha razón que tuviera David, los dos eran sus hijos. Yo sentía cómo las lágrimas brotaban de mis ojos, llenas de tristeza e impotencia, deseando poder decirle lo que realmente pensaba, esas palabras que guardaba para cuando se le pasara la borrachera, pero en ese momento, sabía que no servirían de nada.

—Eres la mayor decepción de mi vida, mañana hablaremos, ahora duerme la mona, que das asco. —Se dirigió Daniel a su hijo mayor, con un semblante que corroboraba todo aquello que había salido de su boca.

—¿Una decepción? ¿Yo? —le contestó con una risa sarcástica— Tiene cojones la cosa, cuando he sido el único que ha seguido tus pasos, no como el marica de mi hermano, que solo sabe meterse en todo lo que no le importa, porque yo me acuesto y follo con quién me dé la gana. ¿Os habéis enterado todos? —volvió a gritar, cuando su padre se fue hacia él y le dio un

guantazo cuyo sonido retumbó en toda la calle.

—¡Yo sí que no voy a consentir que te dirijas a tu hermano de esa manera! Y mucho menos con tanto odio. Espero, por tu bien, que cuando se te pase la borrachera que llevas, seas capaz de pedir disculpas, aunque hay cosas muy difíciles de perdonar —le replicó Daniel a la vez que entraba en la recepción del hotel.

—Olvidalo papá, hay personas que no merecen la pena, por muy hermano mío que sea. Como he dicho antes, para mí ya está muerto y enterrado, y no porque lo que ha hecho haya sido a Sandra, lo haría igual si se lo hiciera a cualquier otra mujer que le hubiese entregado su corazón sin reservas, perdonándolo en infinitud de veces. Y en cuanto a ti —dijo esta vez dirigiéndose a mí—, si lo vuelves a perdonar, tampoco te volveré a dirigir la palabra.

—Por mi parte, puedes tener claro que se acabó, por mucho que lo quiera, pero todo tiene un límite, y el mío ya lo ha rebasado. Podríamos haber sido muy felices, pero él se ha encargado de joderlo todo —le contesté con mucho orgullo, aunque por dentro me estaba muriendo de pena de verlo ahí con esa mujer, la que me miraba con una sonrisa triunfante, sabiendo que me había hecho daño y se había salido con la suya.

—Sí, encima dártelas de mártir ahora, cuando te he dicho en infinitud de ocasiones que quería que formáramos una familia, a lo que siempre te has negado, por mucho que decías que me amabas más que a tu vida. —Tuvo la poca vergüenza de decirme.

—Y doy gracias a Dios de ello, ¿qué clase de padre iban a tener mis hijos contigo? Uno que no estuviera nunca para él, uno que saldría corriendo en cuanto le propusieran sexo barato. Yo no quiero eso, ni para mis hijos ni para mí, quiero una persona que me valore por encima de todo, para el que yo sea su prioridad, porque no merezco menos.

—¿Sexo barato? ¡El sexo que yo he tenido esta noche no podrías ofrecérmelo tú ni en mil vidas que vivieras!

Ahí sí que me levanté y le di un guantazo con la mano abierta, con el que le dejé la marca de la mano en su mejilla, y que no se esperaba por lo que se quedó totalmente descolocado.

—En tu puta vida te atrevas a dirigirte a mí en ese tono, ¿te enteras? Cualquier mujer con la que puedas estar, y en especial esta, no me llega ni a la suela del zapato. Así que grábatelo bien en la mierda de cabeza que tienes, porque a mí me has perdido para siempre. Ojalá, llegues a sufrir solo una cuarta parte de lo que yo he padecido desde anoche, con eso me sentiré más que pagada —le dije y volví a sentarme en la silla, esa que David empujó hasta donde nos estaba esperando su padre, su madre permanecía en la calle junto a Alberto.

—¿Tú también, mamá? ¡Venga, suelta todo lo que tengas que decir, para que así os quedéis a gusto todos! —le espetó a su madre.

—Siempre, por mucho que hagas, seré tu madre, y el amor que siento por ti es incondicional e infinito, pero cuando las cosas se hacen mal, hay que apechugar con ello, tenemos mucho que hablar tú y yo. Aun así, no será ahora, lo haremos en cuanto pase todo y te des cuenta de lo que

has hecho, eso por lo que vaticino que derramarás muchas lágrimas —le contestó Lina, dejándolo en la calle con un par de narices.

Subimos a mi habitación, donde David ya se había encargado de sacar todas las pertenencias de su hermano, trasladándolas a la habitación de sus padres. Me dijo que no quería que pasara también por el mal trago de tenerle que decir que se llevara sus cosas, lo cual yo agradecía de corazón.

Pedí que me dejaran sola, puesto que necesitaba procesar todo lo que me había dicho Alberto, esas palabras que habían sido como dagas clavadas en mi corazón, y para las que no encontraba explicación, ya que el cambio que había dado en veinticuatro horas era brutal, cosa que no entendía.

Lloré, pataleé, me desgañité la garganta gritando, de alguna manera tenía que sacar ese sentimiento de derrota que tenía. ¿Por qué la vida tenía que ser tan cruel e injusta conmigo? ¿Acaso había cometido algún pecado en otra vida que ahora debía expiar en esta? Porque una cosa tenía clarísima, y es que yo no era mala persona ni tenía mal corazón, siempre intentaba ayudar a quien me lo pedía. Tenía claro que todos los hijos de puta tenían suerte, tal y como me solía decir mi abuela, a quien extrañaba más que nunca en momentos así. Aunque Lina estaba a mi lado, ella era su madre y eso no iba a cambiar, mientras que yo me sentía más sola que nunca.

—Hola, bonita, ¿cómo te encuentras? —Entró Lina en la habitación una vez que habían pasado un par de horas, aunque para mí era como si hubieran pasado cinco minutos.

—Resignada con todo lo que ha tocado vivir, Lina. Ahora mismo es el sentimiento que quiero que se arraigue en mi corazón y en mi alma, la resignación, no quiero que, ni el odio ni el rencor se apoderen de mí, porque yo no soy así. Solo quiero seguir con mi vida, en paz y tranquila, sin nada más que empañe mi existencia.

—La policía ha venido para hablar con los camareros y empleados que estuvieron atendiendo en la gala y en el almuerzo anterior, los están interrogando a todos, luego subirán para hablar contigo. Solo venía para decirte eso, además de que esta tarde, todos vuelven a Córdoba, pero yo me quedo aquí contigo.

—No es necesario que lo hagas, de verdad, deberías regresar con tu familia, yo podré apañármelas sola —contesté con tristeza, pues las personas que hasta ese momento había considerado parte de mi vida, debía dejarlas ir. Necesitaba aprender a vivir sola, a no depender de nadie más que de mí misma, así de tocada me había dejado la situación.

—Ni se te ocurra decir eso, vamos es que no te consiento ni que lo pienses, estaría bueno, hombre. Tú —dijo recalcando esa palabra—, eres parte de esta familia, y si a mi hijo no le gusta, ya sabe dónde está la puerta. Él ya eligió, pues ahora nos toca a nosotros.

Capítulo 46



La policía pasó por la habitación a última hora de la tarde, tras haber interrogado a todas las personas que nos atendieron a lo largo del día, para tomarme declaración, y dijeron que pasarían al día siguiente, una vez que revisaran las imágenes de las cámaras de seguridad del hotel, por si veían algo que fuera relevante para la investigación, y que me lo harían saber en caso de que así fuera.

David llegó a despedirse, y a contarme lo que había sucedido en la habitación de sus padres, que me relató a pesar de decirle que no quería saber nada.

—Esta tarde, mi padre me llamó para que fuera a su habitación, y al entrar, me encontré a mi hermano de rodillas en el suelo, llorando desconsoladamente. Se acercó a mí y me pidió perdón, y yo me explayé con él, le dije de todo menos bonito, y le he negado la palabra. Según me contó mi padre, él entró en la habitación como un toro de miura, preguntando por qué se había despertado en la cama de Salma.

»Cuando mi madre le explicó lo que había hecho y cómo te había humillado, rompió en un llanto que desgarraba. Quiso venir a hablar contigo, pero mi madre se lo impidió, insistiendo en que debía pedirte perdón y explicarte que no recordaba nada de lo sucedido.

»Pero ¿sabes qué? No le creo, él sabía perfectamente lo que se hacía; ahora simplemente le conviene negarlo —habló casi sin respirar—. Mi madre le dijo que, si todavía no te había hecho suficiente daño, que te dejara sanar tus heridas en paz, tanto las físicas como las emocionales, que eran aún más profundas.

—No lo quiero delante, David, ahora mismo no puedo verlo. A lo mejor, en un futuro, logro permanecer en la misma habitación que él, pero no ahora, mi salud mental no lo resistiría —contesté a la vez que mi amigo me daba un beso y un abrazo, dejándome con su madre, que acababa de entrar en la habitación.

Lina me abrazó y me contó lo mismo que David, pidiéndome, por favor, que intentara tener una relación cordial con su hijo mayor, a lo que yo respondí que, en ese momento, no me veía capaz, que me había hecho mucho daño, dejando en el aire la posibilidad para un futuro.

—Sí, dígame —contesté a una llamada que acababa de entrar en mi móvil.

—¿Sandra Marcos, por favor? —preguntó el interlocutor.

—Soy yo, ¿quién es y en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, mi nombre es inspector Molina, y soy el encargado de la investigación de su caso, y me gustaría poder hablar con usted en persona, así como enseñarle unas imágenes, ¿le viene mal que pase por el hotel en media hora aproximadamente? Tengo entendido que necesita guardar reposo unos días, transcurridos los cuales volverá a su ciudad, y lo que tengo que mostrarle es sumamente importante.

—Puede pasar cuando quiera, lo estaré esperando, muchas gracias —contesté pensativa, ¿que sería eso tan importante que quería que viera?

En un lapso de unos treinta o cuarenta minutos, llamaron a la puerta de la habitación. Lina se acercó a abrir, pues sabíamos de quién se trataba. Efectivamente, allí se encontraba el inspector Molina, acompañado de una joven oficial de policía que traía consigo un ordenador portátil, listo para enseñarme lo que me había comentado por teléfono.

—Como puedes ver, permíteme que te tutee, podrías ser mi hija, en estas imágenes se ve como estas señoras vierten algo en las copas, lo que no sabemos exactamente es qué fue lo que echaron. ¿Conoce usted a estas dos mujeres? —me preguntó el inspector.

—A una de ellas sí, la morena, se llama Salma y trabaja para un despacho de abogados en Córdoba, el apellido no lo sé, a la otra solo de oídas, sé que es la asistente de dirección de la clínica La Sanidad, así como la hija del dueño, pero no recuerdo su nombre. ¿Creen que pueden ser ella las causantes de lo que me ha ocurrido? —pregunté sin saber que creer ya.

—No lo sabemos con certeza, aún no hemos terminado con la investigación, pero de momento, son las principales sospechosas. Pero no se preocupe, que como tenemos su teléfono, la mantendremos informada de todo lo que averigüemos. Muchas gracias por su colaboración —dijo la chica que acompañaba al inspector, y de cuyo nombre ni siquiera me había enterado, estaba totalmente en *shock*.

No podía dejar de pensar en todo lo que había visto, hasta que, de repente, lo vi todo claro. Esa copa de zumo con la medicación no era para mí, ya que nadie sabía que yo estaba embarazada; en realidad, estaba destinada a Carol. Su intención era deshacerse de ella para tener vía libre con Santi, y Salma la había ayudado, vertiendo por el camino la misma medicación en la copa de Alberto, anulando por completo su voluntad. No me lo podía creer, ¿qué otras maldades estarían dispuestas a llevar a cabo? Era urgente que avisara a Carol, porque tal vez todas las desgracias que le habían pasado a lo largo de su embarazo no eran simples coincidencias, sino el resultado de las malvadas intenciones de esas dos.

—Lina, necesito que llames a Alberto, tengo que hablar con él urgentemente, y he borrado su número de mi móvil —le pedí con premura.

—¿Ocurre algo, Sandra? Te has puesto muy nerviosa, voy a llamar al médico...

—No, al médico no, necesito hablar con tu hijo, estoy bien —la interrumpí.

Lina se levantó hasta alcanzar su bolso, del que sacó el móvil, marcando su número y tendiéndolo hacia mí, para que fuera yo quien hablara.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Sandra está bien? —contestó preocupado.

—A buenas horas te vas a preocupar por mi salud, pero bueno, ya me das igual y no tengo tiempo para tonterías, voy a ir al grano...

—Sandra, por favor...

—No hay por favor que valga. Te pido que me escuches con atención, no tenemos tiempo. Tienes que localizar a Carol y a Santi, y decirles que tanto la asistente de él como tu queridísima Salma, vertieron algún tipo de medicación en el zumo de ella, y que por error me tomé yo. Además, también echaron algo en la tuya, que la policía tiene las imágenes, para que tomen las medidas oportunas.

—¿Me estás diciendo lo que creo? Sabía que no era consciente de mis actos, que esas palabras que pronuncié no podría haberlas dicho conscientemente, y te lo voy a demostrar, te voy a recuperar, aunque sea lo último que haga en esta vida. Y con respecto a esas dos hijas de puta, las voy a arruinar, van a terminar con sus huesos en la cárcel, te lo juro por lo más sagrado —dijo antes de colgar el teléfono.

Lina me miraba con la boca abierta, boqueaba queriendo decir algo, pero se había quedado sin palabras, mientras que yo volvía a llorar. Esa mujer, por llamarla de algún modo, había matado a lo que yo más quería en el mundo, y me prometí que iba a acabar con ella, no en sentido literal, pero sí en el metafórico, no iba a parar hasta que no le quitara todo lo que era importante para ella, empezando por su trabajo.

Estaba deseando de que pasaran esos días y poder volver a mi ciudad, puesto que lo primero que iba a hacer era plantarme en su despacho de abogados, con una copia de las imágenes, la cual me había facilitado la policía, para enseñárselas a su jefe, junto con el mi informe médico, para que tomara las medidas oportunas, así mismo, iría a denunciarla al colegio de abogados, para que le retiraran la licencia. Tenía todo en mi mano para llevar a cabo mi venganza, y no pararía hasta verla hundida en la miseria.

—Vas a perdonar a mi hijo, ¿verdad? —me preguntó Lina después de escucharme como planeaba todo.

—De momento, no entra en mis planes perdonarlo. Me ha hecho mucho daño, aunque me digas que no era dueño de sus actos, pero le repetí en infinidad de veces que esa mujer era mala, que no se acercara a ella, que terminaría por lastimarnos, como así ha sido. ¿Qué hacía él? Ignorarme y decirme que había cambiado, que le daría una oportunidad. Como decían las abuelas de mi barrio «tiran más dos tetas que dos carretas», y de pecho la otra va sobrada —le contesté muy enfadada.

—Eso es verdad, ahí no te puedo discutir nada. Solo te voy a pedir una cosa, no se lo pongas fácil, hazlo sufrir, que sienta en sus propias carnes lo mismo que tu sentiste.

—Eso es imposible, él jamás va a vivir ese sentimiento de que te arranquen de lo más profundo de las entrañas a tu hijo, ese que crecía sano —dije limpiando las lágrimas que caían por mi rostro.

Capítulo 47



Me había recuperado bien, por lo menos en el plano físico, el que correspondía con mi salud, en el plano sentimental, todavía me dolía en el alma todo el sufrimiento al que me había visto sometida.

Tal y como llegué a Córdoba, y solté las maletas, me di una ducha y me cambié de ropa, dirigiéndome al despacho en el que trabajaba Salma, me acompañaba mi inseparable David, ese que estaba ahí para lo bueno y para lo malo, sin dejarme sola ni un solo momento, con el *pen drive* con las imágenes y el informe médico, no me iba a marchar de ahí hasta que no consiguiera lo que había venido buscando.

—Buenos días, venía buscando al señor Alfonso Guzmán —le dije a la chica de recepción.

—¿Tienen cita? Porque el señor Guzmán no atiende a nadie sin cita previa —me respondió con desgana, otra que debía de tener un enchufe como la catedral de grande, porque no encontraba la razón para que la mantuvieran allí.

—Por la cuenta que le trae, me va a atender, o me tendré que llevar las imágenes que traigo a la prensa, y créeme cuando te digo que este bufete se verá gravemente afectado —dije con toda la chulería que era capaz de mostrar, aunque por dentro me temblaran hasta las pestañas.

—Un momentito, voy a avisarlo. ¿Su nombre es? —dijo bastante asustada, ya que no sabía que era lo que yo podría traer en el bolso.

—Sandra Marcos, directora de la clínica Las Flores, sabrá quién soy.

—Señor Guzmán, se encuentra aquí la señorita Sandra Marcos, dice que tiene que hablar con usted con urgencia. Sí, efectivamente es la directora de Las Flores. Ahora mismo. Gracias.

—El señor Guzmán estará encantado de recibirla, acompáñenme por aquí hasta su despacho, por favor —dijo con una amabilidad impostada, me parecía a mí que aquí, quien más y quien menos, tenía algo que ocultar.

De camino a hablar con el Señor Guzmán, nos cruzamos con Salma que, en cuanto se dio

cuenta de que era yo, se puso blanca como la pared, y entonces fui yo la que sonrió victoriosa, ya que su miedo se notaba a leguas, y solo por eso, merecía la pena.

—Buenos días, señorita Marcos, ¿en qué puedo ayudarla? —saludó el jefe de Salma.

—Buenos día, llámeme Sandra, por favor —contesté de manera educada.

—Perfecto, entonces yo soy Alfonso, y tú debes ser el pequeño de los Romero, ¿me equivoco?

—Para nada. David Romero, encantado de conocerte Alfonso.

—Pues tú dirás para qué soy bueno, ya que no creo que vengas buscando asesoramiento legal, viniendo de la familia que vienes.

—Voy a ir directa al grano, Alfonso, me gustaría que le echaras un vistazo a las imágenes que se encuentran en este *pen drive*, así como a la documentación que llevo en esta carpeta y que me des tu opinión, pues de lo que tú opines dependen muchas cosas —le dije tendiéndole el *pen* y la carpeta, ese que, de inmediato introdujo en su ordenador portátil.

Su cara iba mudando de color a medida que las imágenes iban pasando, cuando terminó de verlas, se dispuso a leer el informe médico, así como todas las pesquisas que había reunido la policía de Madrid, de modo que al final estaba blanco como la pared, sabiendo a lo que tendría que enfrentarse.

—¿Y bien? ¿Qué opinas al respecto? La falsa demanda por agresión sexual pudiste taparla, porque nosotros tampoco queríamos un escándalo ni nada por el estilo, pero te aseguro que esto no se va a tapar. Yo misma me encargaré de que lleguen a la prensa, así como de que todo el mundo sepa la clase de personas que trabajan aquí. Así que, de ti depende que el bufete se vea perjudicado o no —le dije totalmente convencida de que lo iba a hacer.

—No te preocupes, que las medidas las voy a tomar ahora mismo, y delante de vosotros. Sonia, dile a Salma que venga a mi despacho inmediatamente, por favor —dijo marcando la extensión de la recepción, y esperando a que entrara por esa puerta el mayor calentamiento de cabeza que iba a tener en su vida.

—¿Me llamabas, Alfonso? —Entró con altanería en el despacho. —¿En qué puedo ayudarte?

—Recoge tus cosas y deja en tu mesa toda la documentación referida a los casos que estás llevando para que algún compañero pueda hacerse cargo, estás despedida —dijo sin que le temblara el pulso.

—Me parece que te he oído mal. ¡No puedes despedirme! No después de todo lo que he hecho por ti y por esta firma —gritó.

—Claro que puedo y, de hecho, lo estoy haciendo. Eres todo lo opuesto a lo que este bufete necesita, eres una mentirosa, manipuladora y, ya lo último, una delincuente. Y no te atrevas a

negármelo, porque tengo las imágenes que lo demuestran. Así que, tienes diez minutos, ni uno más.

—Esto no va a quedar así, te voy a hundir la vida —dijo dirigiéndose a mí.

—¿Tú? Ya no tienes poder para eso, la que te la voy a hundir voy a ser yo, por quitarme lo que más quería.

—¡Si no fueras tan entrometida, no te hubiera pasado nada, esa copa no era para ti! —gritó furiosa.

—¿Y la de Alberto? ¿Esa tampoco era para él?

—De eso no voy a decir absolutamente nada. Alberto vino conmigo porque quiso, y anda que no se lo pasó de miedo en el local al que fuimos, disfrutó tanto que quiere volver a ir a uno que hay a las afueras de aquí, el que visitaremos este fin de semana.

—Pues disfrútalo mucho, y haz con él lo que quieras, a mí me importa menos que nada —sentencié mientras me levantaba para marcharme—. Gracias por todo, Alfonso, un placer.

Salimos del edificio y me temblaban hasta las pestañas, mi venganza iba tal y como la había planeado, ya había perdido una de las cosas que más quería, y no tardaría en perderlo todo, puesto que el propio Alfonso me pidió que lo dejara a él denunciarla al colegio de abogados, ya que, si lo hacía yo, su firma podría verse comprometida, así que lo dejé hacer a su antojo. Ahora tocaba hacerle una visita a la otra mala pécora, y de camino íbamos.

—Buenas tardes, vengo buscando a Santiago Martínez, el director de la clínica. ¿Podría avisarle, por favor? Soy una amiga y colega de profesión, Sandra Marcos —dije en la recepción.

—Un momento, creo que ha salido a desayunar —dijo la chica en el momento en el que Santi entraba por la puerta.

—Sandra, qué alegría verte. ¿Qué te trae por aquí? No me vayas a decir que es por un tema profesional, que entonces tendría que ir yo a verte a ti —dijo Santi contento de verme, aunque no sabía cómo se iba a sentir cuando escuchara lo que tenía que contarle.

—No, es por un tema personal, ¿dónde podemos hablar en privado?

—Pasemos a mi despacho, deduzco que es referente al tema que me comentó Alberto por teléfono, ¿verdad? —asentí con la cabeza.

Estuvimos hablando en su despacho más de una hora, esa en la que vio las imágenes y llegó a la conclusión de que nada de lo que había pasado Carol en el embarazo había sido casual, ya que siempre le ocurría poco después de estar en la clínica o de coincidir con esa víbora que tenía por asistente. Decidió poner todo en conocimiento de la policía, pero dejando a su mujer al margen, lo que menos quería era que tuviera otro sobresalto ahora que estaba de lo más tranquila, ya se lo diría cuando no tuviera más remedio o cuando se aclarara todo. Lo que sí hizo, y además en el

mismo momento en que vio lo que había sucedido, fue llamar al dueño de la clínica, con el que había quedado para comer, y al que le mostraría de lo que era capaz de hacer su hija, si él no ponía remedio, presentaría su renuncia, tras lo cual, yo le dije que las puertas de mi centro siempre estarían abiertas.

—Por fin las cosas se están poniendo en su sitio —dije empezando a respirar, porque hasta entonces, tenía un nudo en el pecho que me impedía hacerlo.

—Menos mal, y por eso, ahora soy yo quién quiere que le acompañes a un sitio, quiero que conozcas a Pablo, ¿vienes conmigo?

—No hay nada que me haga más ilusión que conocer a ese niño —le contesté, puesto que era verdad, estaba deseando conocerlo y darle un achuchón.

Nos pasamos la tarde con Pablo, ese niño encantador que me sacó más de una carcajada, aunque también alguna que otra lagrimilla, porque con su inocencia, era capaz de conseguir las dos cosas. Me había enamorado de él, y le propuse ir a merendar a mi pastelería preferida, donde se comió un cruasán de chocolate que era casi más grande que él. Ojalá, permaneciera para siempre en la vida de David, porque se necesitaban mutuamente.

Capítulo 48



Los meses fueron pasando, y aunque mis heridas del alma iban curándose poco a poco y ya era capaz de tener a Alberto cara a cara, no podía perdonar lo que me había hecho, cada vez que lo miraba me asaltaban esas palabras y esa mirada de odio hacia mi persona.

Esa noche se celebraba la cena previa a la Navidad en la clínica y, en estos últimos meses, había forjado una bonita amistad con uno de los médicos, Josué. Quien tenía a todas las mujeres del personal completamente fascinadas, aunque lo que no sabían es que él era gay y que su pareja, era un bombero que también estaba de toma pan y moja, aunque que no podría acompañarlo a ese evento, ya que se encontraba de guardia esa noche. Así que decidimos que iríamos juntos, conscientes de que seríamos la comidilla de toda la clínica, pero nos daba absolutamente igual. David lo conocía, ya que antes de que ambos tuvieran pareja, solían frecuentar los mismos círculos y se llevaban muy bien.

—Estás impresionante —me dijo David, que había venido a vestirse a mi casa, ya que Álvaro iría directamente al restaurante donde la celebraríamos, como todos los años. La relación con su hermano no había vuelto a ser la misma, y me constaba que Alberto había dejado sus salidas de lado, limitándose a ir de casa al trabajo y viceversa, como mucho se tomaba una cerveza con Manu y Mario, de vez en cuando.

—Mira que eres exagerado, ni que llevara un vestido de fiesta.

—Ni falta que te hace, guapa, aunque te pusieras una sábana por encima, seguirías estando preciosa.

Me vestí con un elegante traje de chaqueta negro brillante, cuyos pantalones eran tipo pitillo y tobilleros. Debajo llevaba un bodi lencero de encaje del mismo color, que aportaba un toque sensual al conjunto. Para completar mi estilo, elegí unos zapatos de tacón y un mini bolso en tonos plateados, que combinaban perfectamente con los pendientes y otros accesorios que llevaba. El cabello lo llevaba engominado en una coleta alta, que resaltaba aún más el color de mis ojos. El maquillaje era en tonos ahumados y los labios rojos. Para protegerme del frío, opté por un abrigo de paño también en negro.

Josué nos recogió con el coche, que aparcó en una explanada que había junto al restaurante, y

en donde acababa de aparcar también Álvaro, que se bajaba en ese momento junto a sus suegros y su cuñado, que me miró con una mezcla de nostalgia y decepción, al verme acompañada de mi compañero.

—Buenas noches, ¿podemos hablar? —Se dirigió a mí.

—¿Es a mí? —pregunté extrañada, pues desde ese día que hablamos por teléfono, no se había puesto en contacto conmigo de ninguna de las maneras.

—Sí, por favor, necesito comentarte algo, a solas a ser posible —dijo mirando a Josué.

—Te espero dentro, preciosa —dijo dándome un beso en la mejilla, en el momento en el que Alberto miraba y al que se le mudó el rostro. Yo asentí con la cabeza.

—Tú dirás —hablé muy seria.

—En primer lugar, quiero pedirte perdón, de rodillas si hace falta. No pretendo trastocar tu vida, pero necesito que sepas que no hay un solo minuto en el que no me arrepienta de no hacerte caso, de no pararle los pies a esa mujer como tendría que haber hecho en su momento.

—Eso ya está fuera de lugar, no es el sitio ni el momento, si es eso lo que querías hablar, ya lo has dicho. —Pretendía marcharme cuando me agarró del brazo, y una corriente eléctrica me atravesó desde donde había puesto su mano hasta lo más profundo de mi alma.

—No, no era eso lo que quería decirte, aunque entiendo que estés deseosa de entrar con tu chico, seguro que él te trata mejor que yo —me habló con cierto resentimiento en la voz.

—¿En serio tú me vas a reprochar que este con alguien? ¿Tú, que me dejaste sola en el peor momento de mi vida, y te fuiste con la persona que me arrebató lo más importante de mi vida, y que ni siquiera fuiste consciente de su maldad? ¡Estaba embarazada y, mientras que ella mataba a nuestro hijo, tú te la estabas follando! —grité llorando como hacía tiempo que no lo hacía.

—¿Qué estás diciendo, Sandra? ¿Eso es verdad? ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntaba contrariado.

—Te lo iba a contar esa noche. Había contratado a una empresa para que nos decorara la habitación del hospital, y la dejaron preciosa, pero esa hija de puta lo mató, quitándome lo que más quería en el mundo. Solo lo sabe tu madre, que fue la que me encontró tirada en el pasillo del hotel, si no llega a salir, hoy no lo estaría contando.

»Lo que he sufrido y llorado desde entonces, lo tengo guardado para mí, y estuve sola, me sentí sola, porque la persona que tenía que estar dándome ánimos y sujetando mi mano, para pasar ese mal trago junto a mí, estaba tirándose a la persona que lo había provocado todo.

—Lo siento, mi vida, lo siento. Eso que me dijo mi madre en la puerta del hotel, y a lo que no le encontraba sentido, lo acaba de cobrar, lloraré lágrimas de sangre por eso que hice, debería haberla cortado, como hizo Santi, que antepuso a su mujer, ante todo, y yo, sin embargo, confié en la palabra de esa hija de puta, que me juraba y perjuraba que había cambiado y que tan solo quería una relación cordial de colegas —decía mientras que lloraba a moco tendido, abrazado a

mí.

»Sé que ahora estás con otra persona, pero quiero que confíes en mí, una última vez, y me ayudes a vengar nuestro sufrimiento. Me he enterado de que ya no tiene trabajo, ni lo va a encontrar en la ciudad, puesto que Alfonso se ha dedicado a hablar con todos y cada uno de los despachos, contándoles cómo es y a qué se dedica.

—No estoy con nadie, Alberto, no confío en ningún hombre, necesito curar mi alma antes de empezar una relación. Josué es solo un compañero, además de que es gay y tiene pareja.

—Deja que curemos esas heridas juntos, por favor, dame la oportunidad de demostrarte lo mucho que te amo, y vengamos a nuestro bebé los dos juntos.

Capítulo 49



Esa noche entramos juntos a la cena, y se acercó a presentarse a Josué, pidiéndole disculpas por sus modales, y nos contó cuál era su plan, que no era otro que tenderle una trampa, en la que todos seríamos sus cómplices. Sus padres nos miraban, pero fue Lina la primera que se atrevió a hablar.

—¿Estáis juntos de nuevo? —preguntó al ver la complicidad que volvíamos a tener.

—Estamos en proceso, mamá. De momento volvemos a ser amigos, y vamos a ver qué va sucediendo, yo lo he dejado todo en sus manos, seremos lo que ella quiera que seamos, no me encuentro en disposición de reclamar nada, seré feliz con lo que ella quiera darme, no puedo pedir más —contestó Alberto.

—Amiga, si no lo quieres tú, me lo llevo yo, que entre Sergio y yo lo vamos a cuidar y a mimar muchísimo —dijo Josué destensando la situación, y todos soltamos una carcajada, bueno excepto Alberto, que lo miraba arqueando una ceja.

—Te lo agradezco de corazón, Josué, pero si no es ella, me quedo sin pareja para toda la vida —respondió Alberto.

—Eso, sin presión ni nada. Que intensito eres, hermanito. Si yo fuera ella, ya te hubiera partido la nariz, por lo menos, por todo lo que ha sufrido, pero claro, ella tiene otro carácter, afortunadamente para ti.

Esa noche, la disfrutamos muchísimo, bailando con gestos muy cómplices entre los dos, aunque no fue a mayores, ni siquiera nos dimos un beso, él por miedo a mi rechazo y yo por miedo a volver a caer en lo mismo otra vez. Hablamos de cómo lo haríamos con respecto a Salma, en la que Álvaro también se dispuso a ayudarnos, sacándose de la manga una fiesta en la discoteca, que sería donde llevaríamos a cabo nuestros planes.

Los días transcurrieron rápidamente, y ya teníamos todo organizado para ejecutar nuestra venganza, tan solo faltaba que ella no fallara y cayera en nuestra trampa, cosa que cada vez teníamos más claro que sucedería.

—Sabemos todos lo que tenemos que hacer, ¿verdad? —dijo Alberto más como una pregunta retórica que como otra cosa, antes de abrir las puertas del local, en cuya fila para acceder habíamos visto a Salma junto con su amiguita del alma, esa a la que su padre, tras hablar con Santi, apartó inmediatamente de su puesto de trabajo— Espera un momento antes de abrir, ven vamos a un lugar a solas.

—¿Qué pasa ahora? —Pero no me dio tiempo a seguir hablando, pues me besó con la misma intensidad a la que me tenía acostumbrada, ya que parecía que nuestros labios y nuestras lenguas se habían reconocido y no querían separarse.

—Antes que nada, quiero que te quede claro que te amo más que a nadie en este mundo, y que todo lo que veas u oigas no es verdad, es todo parte de un papel que tengo que interpretar, porque tengo que ser convincente, y tiene que caer en su propia trampa.

—Lo sé, dolerá, pero sé que no lo vas a sentir de verdad.

—Eso es, esa mujer me da asco, pero necesito que crea que puede hacer conmigo lo que quiera, para que se confíe, así que te miraré con desprecio, pero en realidad será como me gustaría mirarla a ella.

Se abrieron las puertas de la discoteca, y las primeras personas ya habían accedido a su interior, cuando la vi entrar, tan altiva como siempre, con esa mirada sucia que tenía y que me estaba dedicando en ese momento, y tras la cual agaché la cabeza, pues ella tenía que interpretar mi gesto como que había me había vencido.

—Ahí está mi chico, vamos con él, a ver si ha venido hoy su amigo Manu, y conseguimos que te acuestes con él y deje a la mosquita muerta con la que está, que encima está embarazada, que se quede tirada con su hijo, sin tener dónde caerse muerta —dijo al pasar por mi lado y refiriéndose a Alberto y a María, ya que ella sabía que era mi amiga, y esperaba a que yo saltara, cosa que no hice porque David me paró a tiempo.

—No puedo con ella, te lo juro que no. Me dan ganas de irme y partirle la cara esa de zorra que tiene. ¿Cómo se puede ser tan mala, por Dios? Si el karma le tiene que cobrar todas las maldades que ha hecho, le va a faltar vida para hacerlo, eso seguro —le hablé a David indignada y enfadada al mismo tiempo, por el comentario que había salido de su sucia boca.

—Mira, ya se ha acercado, crucemos los dedos para que se confíe y caiga, y así quitárnosla de encima ya de una vez por todas, porque hasta que eso no suceda, no me voy a quedar tranquilo. Y, ya sabes, no te creas nada de lo que veas, por favor, por mucho que duela, que yo también quiero ver a mi hermano feliz, de una vez por todas.

Todo iba viento en popa, la idiota había caído en la trampa, y estaba más feliz que una perdiz, ahora nos tocaba marcharnos al despacho, para enfocar sus manos y grabar desde el ordenador claramente como vertía la droga en la copa de Alberto, esa de la que Alvaro estaría pendiente para darle el cambiao y ponerla a buen recaudo.

—Enfoca la cámara un poco más a la derecha y acércala más, que se vea bien su cara y lo que

va a hacer, pues no creo que tarde mucho, con dos cobras más de tu hermano, lo lleva a cabo. Esa, esa es la posición, no la muevas —dije a mi amigo, que estaba junto a mí en el despacho, para que no tuviera que pasar por ese mal trago sola, ya que, una vez que se suponía que Alberto tomaba la droga, debería hacer lo que ella quisiera, y eso iba a ser muy duro para mí.

—Mira, mira, ya ha sacado el recipiente del bolso, voy a decirle a Álvaro que vaya a distraer a mi hermano para que ella lleve a cabo su fechoría y mi chico le cambie la copa automáticamente. —Cogió el dispositivo de contacto que usaban en la discoteca, y del que la pareja de mi amigo llevaba el auricular puesto, y se lo dijo, a lo que hizo un gesto para saber que lo había escuchado, yéndose al momento hacia donde estaba Alberto.

En ese momento, vimos cómo ella, con mucho disimulo vertía el contenido en la copa de Alberto, y David avisó a su chico, que ya tenía la otra copa preparada, y a la que pegó el cambio sin que nadie se diera cuenta.

—¡Sí, la tenemos! —exclamó David mientras nos abrazábamos— Ahora solo queda llamar a la policía para que se persone en el local.

Dicho y hecho, ya teníamos las imágenes grabadas, por lo que las pasamos a un dispositivo portátil, para poder entregarlas a la policía que estaba a punto de llegar, salimos del despacho y volvimos al interior de la discoteca.

Me estaba matando ver cómo la agarraba y le besaba el cuello, pero era lo que tenía que hacer e intentaba no mirar en la dirección en la que estaban ellos, pero era inevitable que mis ojos lo buscasen.

En ese momento, entraba una pareja de la policía en la discoteca, preguntando por el dueño, para comunicarle que habían recibido una llamada denunciando que alguien había visto a una persona que había vertido droga dentro de la copa de otra, y le preguntaban si sabía algo al respecto. La muy idiota se reía, pensando que el perjudicado seríamos Álvaro y yo, ya que yo también era propietaria de una parte de esa empresa, cuando la realidad era totalmente distinta.

—Todo, lo sabemos todo, además de que tenemos las imágenes de lo sucedido en este dispositivo, que podrán ver en mi despacho si es necesario —dijo Álvaro.

—Eso sería primordial para esclarecer los hechos, si es tan amable de guiarnos hasta allí. Pero antes, indique a su personal de seguridad que no deje que nadie abandone el recinto, por favor, no queremos que el o los culpables se marchen antes de que podamos detenerlos.

Se fueron, junto con Álvaro hasta el despacho, en el que estuvieron alrededor de unos veinte minutos y, al salir, todos llevaban una sonrisa de satisfacción, puesto que mi amigo había guardado la copa para que pudieran analizar el tipo de droga que era. No había pagado por la muerte de mi bebé, pero pagaría por esto, sí o sí, y ya no tendría la posibilidad de hacerle daño a nadie más.

—Queda usted detenida por un delito contra la salud pública, además de por un intento de agresión sexual —le dijo la policía mientras la esposaba—. ¿Quiere usted personarse como

acusación particular?

—Por supuesto, ya es hora de que pague por todo lo que has hecho. —Se dirigió Alberto a ella con mucho odio en sus palabras.

—Tú.... tú.... —Titubeaba sin poderse creer que estuviera tan lúcido, y entonces entendió que le habíamos tendido una trampa.

Epílogo



Diez años después...

Por fin se había terminado esa pesadilla, y ahora éramos una familia feliz, pero déjame que te lo cuente todo desde el principio.

Esa noche en la que Salma fue detenida, y por mucho que ella negaba los hechos, su amiguita, viéndose con el agua al cuello y temiendo decepcionar a su padre una vez más y que se le acabara lo bueno, cantó como Pavarotti, dejándola, como se suele decir, con el culo al aire. No solo dijo lo que había hecho esa noche, sino que también explicó lo que había pasado la noche en la que yo perdí a mi hijo, sumándole unos cuantos cargos más a la denuncia. Le cayeron unos cuantos años de cárcel, cuando cumplió su condena, se marchó de España, no sabemos dónde, pero tenía claro que aquí no iba a poder ejercer su profesión y prefirió poner tierra de por medio.

Manu y María son padres de un niño precioso que se llama Alexandro, que ya tiene casi diez añitos, y que es el vivo retrato de su padre. Su madre quiso ponerle ese nombre en mi honor, ya que seguía diciendo que yo era su ángel de la guarda en la tierra. Seguía siendo mi asistente personal y una de mis mejores amigas, la que aguantaba mis charlas de monologuista cuando algo no me cuadraba o cuando discutía con Alberto. Volvía a estar embarazada, esta vez de gemelas, esas que estamos seguros traerán a su padre loco de la cabeza, pues era la persona más protectora que conocíamos. No se habían casado, puesto que decían que a ellos no les hacía falta un papel para decir que eran una familia. Su madre había mejorado mucho de sus dolencias, y mantenía una relación con uno de los médicos que la habían tratado.

Patricia, por su parte, seguía trabajando en la clínica, pero había pasado al departamento de contabilidad, donde había encontrado el amor, pues el mujeriego de Matías, tras conocerla bien puesto que trabajaba codo a codo con ella, cayó rendido a sus pies. Aunque ella se resistió y se lo puso difícil, finalmente terminó cediendo, y se casaron hace dos años. Lo de los niños, dicen que lo dejan para más adelante, que quieren disfrutar unos añitos más de ellos como pareja, que ya tendrán tiempo de ampliar la familia.

David y Álvaro seguían juntos, y ahora eran padres. Sí, finalmente le dieron la adopción de Pablo, ese niño que nos enamoró a todos desde el primer día, sobre todo a su abuelo Daniel, ese que se lo comía a besos a la menor oportunidad, el que le enseñó a nadar en la piscina de la

azotea, con el que compartía horas y horas de juego.... Pablo se desvivía por su abuelo al igual que lo hacía su abuelo por él. Años después, se pusieron de nuevo en contacto con ellos, puesto que los padres de Pablo habían tenido otro bebé y no querían hacerse cargo de él, dándolo en adopción, pero preferían que los hermanos permanecieran juntos. En cuanto vieron a esa preciosa niña, que tan solo tenía la cuarentena, no necesitaron nada más que mirarse para decir que sí. Así que Davinia, que así se llama, vino a completar su familia, y Pablo a ejercer de hermano mayor. Actualmente, Davinia tiene siete años, y su hermano doce, aunque ella le da mil vueltas y hace con su hermano lo que quiere.

En cuanto a nosotros, a los dos meses de que sucediera lo de la detención, nos fuimos a vivir juntos a casa de Alberto, y desde ese momento no nos hemos vuelto a separar. Nos casamos dos años después y durante la luna de miel, mi marido dio en la diana, yéndonos dos y regresando dos y medio, pues vine embarazada de mi hija mayor, Daniela, cuyo cumpleaños es hoy y estamos preparando su fiesta, mi niña cumplía siete añitos, se parecía mucho a mí, aunque con el pelo negro de su padre.

—Mami, mami, papá dice que vayas, que ya han llegado los titos con los primos. —Vino mi hija a avisarme, pero yo estaba preparando una sorpresa para mi marido, esperemos que esta vez me salga bien.

—Dile que me dé cinco minutos, que enseguida voy, mi amor —le respondí a mi hija, mientras que llevaba un pastel hacia afuera, porque daba la casualidad de que mi hija nació el mismo día que su padre, así que lo íbamos a celebrar los dos juntos.

Salí hacia afuera en la azotea, ya que lo celebrábamos ahí. El abuelo Daniel había hecho reformas, vallando la piscina para evitar accidentes, dicha valla solo se podía bajar marcando una clave en el teclado e insertando una llave, y la parte del gimnasio, la había convertido en una zona de juegos para los niños, que estaban encantados con ella.

—Primero soplo las velas yo, papi, que tú ya eres muy viejito y yo quiero que me den ya mis regalitos —dijo mi niña a su padre.

—Siento decirte, amor mío que los regalos no se van a dar hasta que los dos los soplemos —contestó su papá riendo, a la vez que ella resoplaba.

Saqué la tarta de mi hija, que gritó de emoción al ver que estaba decorada con los personajes de su película favorita, que no era otra que La Bella y la Bestia, que decía que eran ella y su abuelito.

Le tocó el turno a mi marido, que cuando la vio, no sabía si reír o llorar, pues en ella, como decoración tenía un chupete y la frase: «Este no va a nacer el mismo día que tú» para anunciarle que estaba de nuevo embarazada.

—Te amo —me dijo mirándome a los ojos—, no dejes de quererme nunca, por favor.

—Sabes que, aunque entre tú y yo había un mundo, siempre hemos podido salvar las distancias.

FIN